

Paisaje funerario al sur del valle del Cajón

Cuerpos, contextos y trayectorias históricas

Autor:

Cortés, Leticia Inés

Tutor:

Baffi, Elvira Inés

2011

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía y Letras.

Posgrado

Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires

Tesis

Tesis Doctoral

15.3.13

**Paisaje funerario al sur del valle del Cajón:
cuerpos, contextos y trayectorias históricas**



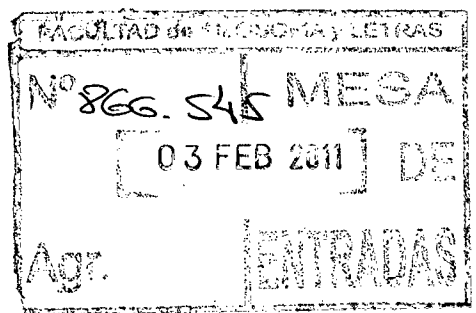
Leticia Inés Cortés

Directora: Dra. Elvira Inés Baffi
Co-Directora: Dra. Marisa Lazzari

Buenos Aires, 2011

Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires

Tesis Doctoral



Paisaje funerario al sur del valle del Cajón: cuerpos, contextos y trayectorias históricas

Leticia Inés Cortés

Directora: Dra. Elvira Inés Baffi

Co-Directora: Dra. Marisa Lazzari

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

Buenos Aires, 2011

A mis padres y mi hermano

A Cristina Scattolin

Agradecimientos

A mis directoras, Inés Baffi y Marisa Lazzari por sus enseñanzas, su constante apoyo, guía, dedicación y cariño. Sin ellas, esta tarea no hubiera sido posible.

A Cristina Scattolin, por ser una fuente de inspiración constante, por su confianza y por su generosidad. Por sus consejos y su comprensión. Por haber estado con una sonrisa en los momentos felices y con una palabra de apoyo en los más difíciles.

A Alicia Goicoechea, por el aliento y la confianza que me ha brindado a través de los años.

A mis amigos y compañeros de trabajo, Fabiana Bugliani, Lucas Pereyra Domingorena, Marilín Calo, Andrés Izeta, Victoria Videla y María Concepción Pérez por hacerme sentir parte de un gran equipo.

A la cuña Florencia Ávila, por los nicks, las catarsis, las risas y la simbiosis.

A aquellos que han colaborado de distintas maneras en esta investigación, participando de las campañas arqueológicas, y compartiendo conmigo su conocimiento: Victoria Coll Moritán, María Laura Parolín, María Eugenia de Feo, Joaquín Izaguirre, Clarita Quinteros, Henrik 'Quike' Lindskoug, Leandro Palacios, Francisco Pazzarelli, Daniel Rampa, Laura Huehara, Diego Andreoni, Carlos Bellotti, Alejandra Oliva Bustamante, Gabriela Srur, Analía González Simonetto, Bárbara Martínez, Guillermina Couso, Malena Vázquez, Axel Nielsen.

A la comunidad de La Quebrada, por la hospitalidad y generosidad con la que me reciben cada año.

Al CONICET que ha sustentado mi proyecto doctoral como becaria y a la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT), instituciones que han financiado los proyectos que posibilitaron esta investigación.

A José Antonio Pérez Gollán y Myriam Tarragó, sucesivos directores del Museo Etnográfico 'Juan B. Ambrosetti', institución donde he desarrollado esta investigación.

A los profesionales de la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA) que han colaborado desinteresadamente con esta tarea en distintos momentos.

A mis amigas y amigos de la vida.

A Alejandro, junto a quien transitó gran parte de este trayecto.

A mi familia, por tantas cosas, que es difícil enumerar. Por el cariño incondicional y la paciencia incansable, por haber estado ahí cuando más los necesité.

Índice

Agradecimientos

Índice..... i

Lista de Figuras..... iv

Lista de Tablas..... vii

Capítulo 1

Introducción: desandando el camino andado.....1

1.1 Presentación

1.2 Objetivos, carácter y organización de la tesis

Capítulo 2

Arqueología funeraria: la construcción histórica de un objeto de estudio..... 9

2.1 Introducción

2.2 Perspectivas comparadas en la arqueología funeraria: acerca de la percepción arqueológica de la muerte

2.2.1 Coleccionistas, colecciones y primeras explicaciones de la variabilidad

2.2.2 La medida de la variabilidad y la búsqueda de principios generales

2.2.3 La mirada crítica: ideología, principios simbólicos y significados históricos

2.2.4 La influencia de la arqueología del paisaje

2.3 Maneras de decir, maneras de ver

Capítulo 3

La mirada desde el cuerpo: una perspectiva integradora sobre las prácticas funerarias..... 39

3.1 Introducción: la indivisibilidad de los cuerpos

3.2 Osteobiografías: características de la muestra y consideraciones analíticas del análisis bioarqueológico de los cuerpos

- 3.3 Gestos y materias: variables significativas en el tratamiento y asociación de los cuerpos
- 3.4 Paisajes vividos, paisajes contruidos: percepciones sensoriales en la disposición espacial de los cuerpos

Capítulo 4

Arqueología, restos prehispánicos y vida cotidiana en La Quebrada..... 71

- 4.1 Introducción
- 4.2 La Quebrada del valle del Cajón
- 4.3 Las aldeas formativas de Cardonal y Bordo Marcial

Capítulo 5

Cuerpos en contexto: a través del tiempo y del espacio en La Quebrada..... 89

- 5.1 Introducción
- 5.2 Cuerpos en el paisaje
 - 5.2.1 Contexto 1: la mujer arcaica
 - 5.2.2 Contexto 2: el niño y sus adornos
 - 5.2.3 Contexto 3: catorce personas y una máscara
 - 5.2.4 Contexto 4: el niño, la urna y las cuentas
 - 5.2.5 Contexto 5: la mujer y el bebé
 - 5.2.6 Contexto 6: el hombre de la Duna
 - 5.2.7 Contexto 7: un hombre sin cabeza y dos instrumentos de hueso
 - 5.2.8 Otros lugares de entierro: los arenales de Cardonal y Bordo Marcial
- 5.3 Consideración de las variaciones espaciales y temporales en la dieta a partir de los valores isotópicos de $\delta^{13}\text{C}$

Capítulo 6

Paisajes funerarios, paisajes cotidianos: los trayectos imbricados de la vida y la muerte..... 159

- 6.1 Introducción

- 6.2 La construcción del paisaje y la creación de los muertos: elecciones singulares y tradiciones compartidas
- 6.3 El rol de los muertos en la construcción del paisaje
- 6.4 Síntesis y conclusiones

Capítulo 7

Reflexiones finales y perspectivas futuras..... 206

Bibliografía..... 210

Apéndice

Informe de los análisis efectuados sobre la ‘máscara Marcial’ (Contexto 1)..... 247

Lista de Figuras

Figura de tapa: ©Tullio Pericoli

Figura 1. “Celebración de los muertos en Chinchayuyu”.

Figura 2. Excavaciones en La Poma por Manuel B. Zavaleta.

Figura 3. Excavaciones en Fuerte Quemado por Manuel B. Zavaleta.

Figura 4. Reproducción del esquema original de Vladimiro Weiser de una tumba formativa en Ingenio del Arenal Alto, Sierra del Aconquija.

Figura 5. Dibujo de un entierro de la libreta de campo de A. Methfessel (Moreno 1890-91).

Figura 6. Dibujo de un entierro de la libreta de campo de A. Methfessel (Moreno 1890-91).

Figura 7. Momia de la costa centro norte del Perú y ‘suplicante’ (Pérez Gollán 2000).

Figura 8. Entierro en Alamito (sitio C-0, Recinto 1, Entierro 1) (Nuñez Regueiro 1998).

Figura 9. “Suplicantes” Museo de La Plata y joven indio *aché-kwaré* (Scattolin 2006).

Figura 10. Momia y cráneos hallados en una cueva de Perú en 1915 (National Geographic 2007).

Figura 11. El valle del Cajón en el Noroeste argentino.

Figura 12. La Quebrada en el valle del Cajón.

Figura 13. Paisaje de La Quebrada. Octubre de 2005.

Figura 14. Paisaje de La Quebrada. Octubre de 2005.

Figura 15. Paisaje de La Quebrada. Octubre de 2005.

Figura 16. Documento del IV Censo Nacional de 1947, La Quebrada.

Figura 17. Iglesia San Francisco de Asís, La Quebrada.

Figura 18. Peregrinación al Calvario. Pascuas de 2006.

Figura 19. Ritual de la Pachamama.

Figura 20. Área de estudio en La Quebrada.

Figura 21. Plano de la aldea de Cardonal con indicación del Núcleo 1.

Figura 22. Planta del Núcleo 1 de Cardonal.

Figura 23. Plano del sitio Bordo Marcial.

Figura 24. El sitio Km 75 de Tafi del Valle (Scattolin 2010).

Figura 25. Foto aérea señalando la ubicación del Contexto 1.

Figura 26. Cúbito y húmero articulados (Contexto 1).

Figura 27. Foto aérea señalando la ubicación del Contexto 2.

Figura 28. Planteo de la excavación por cuadrículas (Contexto 2).

Figura 29. Vista superior (Contexto 2).

Figura 30. Vista de paisaje (Contexto 2).

Figura 31. Esquema del Contexto 2.

Figura 32. Cuenta lítica (Contexto 2).

Figura 33. Pendiente de cobre (Contexto 2).

Figura 34. Foto aérea señalando la ubicación del Contexto 3.

Figura 35. Planteo de la excavación por cuadrículas y esquema (Contexto 3).

Figura 36. Perfil (Contexto 3).

Figura 37. Restos humanos y estructura de piedras (Contexto 3).

Figura 38. Detalle de la estructura de piedras (Contexto 3).

Figura 39. Detalle de las piedras de la estructura halladas en superficie (Contexto 3).

- Figura 40. Esquema del Contexto 3.
- Figura 41. Mandíbula de adulto (Contexto 3).
- Figura 42. Máscara antropomorfa de cobre (Contexto 3).
- Figura 43. Máscara antropomorfa de cobre (Contexto 3).
- Figura 44. Foto aérea señalando la ubicación del Contexto 4.
- Figura 45. Fragmentos de la urna (borde) (Contexto 4).
- Figura 46. Cuentas de valva (Contexto 4).
- Figura 47. Detalle de las cuentas de valva (Contexto 4).
- Figura 48. Foto aérea señalando la ubicación del Contexto 5.
- Figura 49. Perfil de la barranca (Contexto 5).
- Figura 50. Restos humanos caídos del perfil de la barranca (Contexto 5).
- Figura 51. Esquema del perfil de la barranca (Contexto 5).
- Figura 52. Rocas de la estructura asociadas a los restos humanos (Contexto 5).
- Figura 53. Restos humanos (Contexto 5).
- Figura 54. Esquema del Contexto 5.
- Figura 55. Detalle del cráneo y vértebras del párvulo (Contexto 5).
- Figura 56. Cráneo de la mujer adulta, norma lateral (Contexto 5).
- Figura 57. Foto aérea señalando la ubicación del Cementerio Duna y Contexto 6.
- Figura 58. Vista del Cementerio Duna en octubre.
- Figura 59. Vista del Cementerio Duna en abril.
- Figura 60. Objetos de la colección Baudilio Vázquez del Museo Eric Boman de Santa María y dos láminas de oro, procedencia de La Quebrada.
- Figura 61. Superficie del Cementerio Duna.
- Figura 62. Superficie del Cementerio Duna.
- Figura 63. Fragmento de oro y cuentas líticas del Cementerio Duna.
- Figura 64. Grillado y georeferenciación del Cementerio Duna (Contexto 6).
- Figura 65. Piedras dispuestas sobre los restos humanos (Contexto 6).
- Figura 66. Restos humanos (Contexto 6).
- Figura 67. Esquema del Contexto 6.
- Figura 68. Foto aérea señalando la ubicación del Contexto 7.
- Figura 69. Vista en superficie antes de iniciar la excavación (Contexto 7).
- Figura 70. Estructura visible a nivel de superficie (Contexto 7).
- Figura 71. Estructura de piedras (Contexto 7).
- Figura 72. Rasgo de piedras que subyacía a la estructura superior (Contexto 7).
- Figura 73. Detalle del rasgo de piedras (Contexto 7).
- Figura 74. Conana hallada en posición invertida como parte del rasgo (Contexto 7).
- Figura 75. Esquema del rasgo de piedras (Contexto 7).
- Figura 76. Disposición del cuerpo (Contexto 7).
- Figura 77. Detalle de la disposición del cuerpo (Contexto 7).
- Figura 78. Esquema de la disposición del cuerpo y los instrumentos (Contexto 7).
- Figura 79. Instrumento de hueso sobre la pelvis (Contexto 7).
- Figura 80. Instrumento de hueso a la altura de la cavidad abdominal (Contexto 7).
- Figura 81. Esquema del Contexto 7.
- Figura 82. Instrumentos de hueso (frente) (Contexto 7).
- Figura 83. Instrumentos de hueso (revés) (Contexto 7).
- Figura 84. Cuenta lítica del cementerio de Bordo Marcial y cuentas del Museo Gustavo Le Paige, San Pedro de Atacama, Chile.
- Figura 85. Foto aérea del área de La Quebrada.
- Figura 86. Fechados radiocarbónicos de los contextos funerarios y los sitios Cardonal y Bordo Marcial.

- Figura 87. Distribución de las muestras regionales de valores de $\delta^{13}\text{C}$.
- Figura 88. Ubicación de los sitios mencionados en el texto.
- Figura 89. Máscaras antropomorfas del Noroeste Argentino.
- Figura 90. Esquema de la representación de los objetos y los cuerpos de los Contextos 2 y 3.
- Figura 91. Esquema de simetría y oposición de los Contextos 2 y 3 de Bordo Marcial.
- Figura 92. Tumba de Azampay (Sempé et al. 2005).
- Figura 93. Entierros documentados por Methfessel en Catamarca (Ten Kate 1986).
- Figura 94. Entierros documentados por Methfessel en Catamarca (Ten Kate 1986).
- Figura 95. Entierros documentados por Methfessel en Catamarca (Ten Kate 1986).
- Figura 96. Entierros documentados por Methfessel en Catamarca (Ten Kate 1986).
- Figura 97. Cementerio Duna, La Quebrada.
- Figura 98. 'La Salamanca' de Ovejería Chica (arenal).
- Figura 99. 'La Salamanca' de La Quebrada, cerca del sitio Cardonal (arenal).
- Figura 100. Hallazgo registrado por Methfessel en Catamarca de cuerpos decapitados y el cráneo colocado por fuera de la estructura (Ten Kate 1896).
- Figura 101. Imagen del sacrificador en una tableta de rapé de estilo Tiwanaco, San Pedro de Atacama (Llagostera 2006).
- Figura 102. Esquema de la alternancia vertical y los cauces de agua en relación a los contextos funerarios.
- Figura 103. Apacheta actual en el trayecto entre La Quebrada y la Puna.

Apéndice

- Figura 1. Máscara Marcial, anverso.
- Figura 2. Máscara Marcial, reverso.
- Figura 3. Sectores sobre los cuales se efectuaron los estudios arqueometalúrgicos.
- Figura 4. Análisis de EDS. El espectro muestra los picos de cobre.
- Figura 5. Espectro resultado de la Fluorescencia de Rx.
- Figura 6. Detalle del pulido en el sector superior cercano al orificio.
- Figura 7. Microestructura de trabajado y recocido.
- Figura 8. Microestructura del sector del borde del orificio donde se observan las maclas de trabajado y recocido.
- Figura 9. Microestructura de trabajado y recocido en el sector del borde del orificio.

Lista de Tablas

- Tabla 1. Características morfológicas del sexo en cráneo humano.
- Tabla 2. Características morfológicas diagnósticas del sexo en la pelvis humana.
- Tabla 3. Fechados radiocarbónicos de los sitios Cardonal y Bordo Marcial.
- Tabla 4. Estimación de edad (Contexto 1).
- Tabla 5. Fechado radiocarbónico y valor de $\delta^{13}\text{C}$ (Contexto 1).
- Tabla 6. Fechado radiocarbónico y valor de $\delta^{13}\text{C}$ (Contexto 2).
- Tabla 7. Fechado radiocarbónico y valor de $\delta^{13}\text{C}$ (Contexto 3).
- Tabla 8. Fechado radiocarbónico y valor de $\delta^{13}\text{C}$ (Contexto 4).
- Tabla 9. Estimación de edad. Mujer adulta (Contexto 5)
- Tabla 10. Estimación de edad. Neonato/feto (Contexto 5).
- Tabla 11. Estimación de estatura (Contexto 5).
- Tabla 12. Fechado radiocarbónico y valor de $\delta^{13}\text{C}$ (Contexto 5).
- Tabla 13. Estimación de edad (Contexto 6).
- Tabla 13. Estimación de estatura (Contexto 6).
- Tabla 14. Fechado radiocarbónico y valor de $\delta^{13}\text{C}$ (Contexto 6).
- Tabla 15. Estimación de edad (Contexto 7).
- Tabla 16. Estimación de estatura (Contexto 7).
- Tabla 17. Fechado radiocarbónico y valor de $\delta^{13}\text{C}$ (Contexto 7).
- Tabla 18. Fechados radiocarbónicos de los contextos funerarios y los sitios Cardonal y Bordo Marcial.
- Tabla 19. Contextos funerarios de La Quebrada, valle del Cajón.
- Tabla 20. Valores de $\delta^{13}\text{C}$ obtenidos sobre los individuos inhumados en el valle del Cajón.
- Tabla 21. Muestra regional de valores de $\delta^{13}\text{C}$ en orden cronológico.
- Tabla 22. Muestra regional de valores de $\delta^{13}\text{C}$ en orden de mayor a menor enriquecimiento.

Capítulo 1

Introducción: desandando el camino andado

“Life is lived, I reasoned, along paths, not just in places, and paths are lines of a sort. It is along paths, too, that people grow into a knowledge of the world around them, and describe this world in the stories they tell”

(Ingold 2007:2)

1.1 Presentación

Esta tesis tiene como objetivo principal analizar la construcción del paisaje a partir de la disposición de los cuerpos de los muertos, basándose en el estudio de la variabilidad de las prácticas funerarias observadas a través del tiempo y del espacio en la localidad de La Quebrada, sur del valle del Cajón. Se busca así aportar al conocimiento de los estilos de vida y cosmovisiones de los grupos que habitaron dicha localidad en épocas prehispánicas, con el fin último de atender a la diversidad en las formas de clasificar y organizar la existencia en el pasado.

A través de los años que he dedicado a la investigación arqueológica de las prácticas funerarias, perspectivas teóricas y metodológicas derivadas de diversas disciplinas han dado lugar a un acercamiento que contempla múltiples miradas sobre este objeto de estudio, y han enriquecido el análisis e interpretación de aquellos contextos que implican la presencia de restos humanos.

La síntesis y resultados de este trayecto reflexivo es lo que se transmite en las páginas que siguen. En lo personal, ha sido un camino de crecimiento, indisoluble de las experiencias vividas y de la persecución de nuevos intereses en cada etapa. Por tanto, esta tesis es una historia contada a partir de las evidencias del pasado como la historia y el trayecto de una búsqueda personal en la investigación antropológica.

Se enmarca en los proyectos mayores dirigidos por María Cristina Scattolin abocados al estudio de los estilos de vida del primer milenio de la Era al sur de los valles Calchaquíes. El trabajo conjunto del equipo ha producido a lo largo de los años un cúmulo de información que aporta de maneras diferentes y complementarias al conocimiento de las de las primeras sociedades agroalfareras de esta región. Mi análisis contribuye a este objetivo general contemplando el aspecto funerario en particular.

Globalmente, este trabajo comulga con la perspectiva que aboga por la indivisión de la arqueología, la antropología biológica y la antropología social en tanto son éstas subdivisiones académicas de lo que en realidad constituye una única tarea intelectual (Ingold 1993:152). Predicar esta postura no es difícil; darle forma en el discurso mismo, en la presentación de los datos, en el análisis y la metodología, en la reflexión y en la interpretación, ha sido en cambio, el mayor desafío sobre el que esta tesis espera haber avanzado.

A través de los capítulos que siguen se verán reflejadas las distintas perspectivas teóricas y metodológicas que fueron tomando relevancia en la tarea investigativa: los cuerpos de los muertos como materia de significaciones pasadas y presentes; los aportes que la bioarqueología puede realizar para conocer a las personas a partir de sus restos esqueléticos; las prácticas de depositación y la construcción social del paisaje; los sentidos y la materialidad; el carácter indisoluble de las biografías de los objetos y las personas; la cualidad del registro arqueológico funerario como objeto de estudio; la construcción del conocimiento a partir de la práctica y el discurso; la narrativa del pasado desde el presente; y lo que subyace a todos estos temas, las maneras de construir mundos a partir del empleo de clasificaciones y categorías.

Cuanto más me interiorizaba en cada uno de estos aspectos, sabía que todos eran, por diversos motivos, principales al carácter de la investigación que estaba llevando a cabo. Y aunque intuía la conexión entre cada uno de ellos, darles un único sentido y orientación en la argumentación se volvió el desafío más importante. Por cierto, el mayor esfuerzo fue unirlos y darles coherencia, poder demostrar por qué considero que aportan de maneras fundamentales al tema de estudio. Porque las líneas diferentes que cada evidencia traza y sobre las que la interpretación transcurre, no pueden ser vistas de manera independiente, sino entrelazadas unas con otras, resultando en las historias del pasado.

La idea de que los mundos están hechos a partir de otros mundos en un mecanismo de composición y descomposición, de ponderación y descarte (Goodman 1990), constituyó una base fundamental para reconocer que la historia del pasado que esta tesis reflejará es una historia construida a partir de narrativas preexistentes, necesariamente sesgada por la ponderación y descarte de ciertos tipos de evidencia, e igualmente, materia de futuras reformulaciones.

Varios autores han influido de maneras decisivas en el carácter de esta tesis. Muchos de ellos han tenido un papel principal al destacar las conexiones profundas de aquello que había intuido inconexo; lo que usualmente damos por sentado, aquello que por ser tan fundamental, logra evadir todo análisis (Thomas 1996:13). Por eso, desandar el camino andado puede ser útil para entender el cómo y el porqué de la perspectiva que en las próximas páginas ha quedado plasmada.

Mi tesis de Licenciatura (Cortés 2005) fue una primera aproximación al estudio arqueológico de las prácticas funerarias. Estuvo orientada a establecer un primer ordenamiento de la variabilidad de evidencias del período Formativo a lo largo de una vasta región de los valles y yungas. A tal fin clasifiqué los contextos funerarios de acuerdo a criterios que no tardaron en mostrar un número de inconvenientes, en tanto algunas evidencias se presentaban inclasificables frente a las categorías preestablecidas, enmascarando la diversidad original. Buscar la independencia de estas categorías y plantear otro ángulo posible de observación y análisis se volvió el principal interés en los años que siguieron.

La revisión de relatos etnográficos y etnohistóricos –principalmente de la región andina y las tierras bajas adyacentes– fue una experiencia de carácter fundamental, en tanto me puso frente a otros sistemas de ordenación. Aunque estos relatos fueron tomados como narrativas históricas, tamizadas por la subjetividad de quien las vio y transcribió, tuvieron un gran impacto en la manera en que comencé a pensar sobre la vida, la muerte, la materia y sus transformaciones y cómo estas eran expresadas en el mundo material de maneras totalmente insospechadas. El resultado de esta búsqueda fue plasmado en mi tesis de Maestría (Cortés 2007), un estudio exploratorio de las estructuras de entierro como manifestaciones materiales de las concepciones de la muerte en el pasado prehispánico del Noroeste argentino.

La tesis Doctoral implicaba entonces un nuevo desafío para seguir indagando sobre las maneras en que la muerte y los muertos fueron pensados en el pasado prehispánico. Al plantearme el carácter de esta nueva investigación, volví a enfrentarme con ciertas limitaciones en las categorías utilizadas. Sólo más tarde intuí que ya desde aquel inicio, la demarcación misma del tema de investigación prefiguraba el tipo de evidencia al que prestaba atención. En tal sentido, de radical importancia fue reconocer que en arqueología se solía asumir el ámbito de ‘lo funerario’ en términos de una dicotomía con el ámbito de ‘la vida cotidiana’; en otros términos, que la arqueología funeraria era a la arqueología de espacios domésticos o productivos como lo sagrado es a lo profano, y lo ritual es a lo secular (Bell 1992, Brück 1999, Edmonds 1999, Bradley 2005).

El estudio de los cuerpos, ha sido el núcleo de mi interés a lo largo de mi carrera en arqueología, tanto desde la bioarqueología como desde las prácticas funerarias. Ello llevó a comprender que la labor analítica se vería enriquecida a partir de considerar a los cuerpos – en tanto materia de significaciones variables en el espacio y el tiempo– como pilar de la investigación. En concordancia con otros autores, adhiero a la postura de que los cuerpos son biología y cultura, una y otra al mismo tiempo, y en tal sentido deben ser considerados.

Ambas perspectivas se reunieron en la voluntad de explorar cuál había sido el rol de la depositación de los cuerpos en la construcción del paisaje. El punto fundamental fue entonces no limitarme a considerar a las tumbas como elemento aislado, sino entender que estas se insertan en un paisaje mayor, configurando los trayectos cotidianos. En tal sentido, he preferido hablar de ‘contextos funerarios’, implicando por ello que las tumbas son inseparables del contexto espacial y temporal mayor de su ocurrencia.

1.2 Objetivos, carácter y organización de la tesis

Esta tesis tiene como objetivo principal analizar los modos materiales implicados en la disposición de los difuntos, entendiendo que estas elecciones son índice del modo en que los muertos fueron pensados por los grupos que habitaron al sur del valle del Cajón.

A lo largo de los últimos cinco años, los trabajos de campo desarrollados en la localidad de La Quebrada han proporcionado un variado registro de las prácticas funerarias

tempranas, registro que hasta el momento prácticamente carecía de antecedentes específicos.

La muestra a considerar comprende los restos de una veintena de personas en siete contextos de características y cronología diversas. A lo largo de un área de aproximadamente 2 km² los contextos recuperados abarcan un lapso que se extiende desde 6000 hasta 1300 años AP, situación que, siendo inicialmente insospechada, requirió atender a la profundidad histórica y a la creación de este paisaje a lo largo del tiempo.

La postura teórica que guía este análisis considera al paisaje como producto del habitar (Ingold 1993, 2000), concepción que se separa de la visión de éste como un espacio preexistente y ahistórico. Esta perspectiva permite atender a la configuración del paisaje funerario en un mismo movimiento con el desarrollo de la vida cotidiana, repensando en este sentido la usual división entre lo ritual y lo secular, lo extraordinario y lo ordinario, que subyace al imaginario de los rituales y las actividades productivas, respectivamente.

Los cuerpos ocupan un lugar central en la discusión en tanto sus características biológicas, la forma en que estos fueron tratados a su muerte, su asociación con objetos, texturas, lugares y formas, están ancladas a una cosmovisión particular de la muerte.

A partir de las evidencias recabadas en las tareas de campo, los análisis efectuados y las interpretaciones derivadas, esta tesis buscará contrastar y argumentar las siguientes ideas:

1. que a lo largo del tiempo, el entierro de los muertos prefiguró la ocupación posterior del espacio, así como la disposición de nuevos cuerpos en el paisaje, redefiniendo de esta manera los lugares y los caminos transitados. Se implica por ello, que el propio pasado histórico de las personas influyó en las decisiones y acciones de las generaciones que se sucedieron en la ocupación del valle.

2. que el paisaje funerario de La Quebrada fue creado a través del emplazamiento de los cuerpos, acción que involucró la ponderación de determinadas materias y rasgos del paisaje, configurando a partir de los movimientos corporales y la sensorialidad, el ámbito de lo funerario dentro del espacio cotidiano.

3. que el espacio funerario no estaba escindido de la vida doméstica, en tanto ambos se implicaban en un mismo paisaje construido a partir de los trayectos de la vida diaria.

La arqueología está en una posición privilegiada para atender a estas cuestiones en tanto su objeto de estudio es una condensación histórica del tiempo, el espacio y la

práctica, las tres inseparables e implicadas mutuamente (Ingold 1993, 2000, Richards 1993:148).

La tesis se organiza en siete capítulos y un apéndice. Cada uno discute un aspecto particular del tema de estudio, desarrollándose de forma que el lector pueda observar la consecuencia lógica a la sustentación de la perspectiva que se sigue en esta investigación.

A continuación de este capítulo introductorio, el *Capítulo 2 “Arqueología funeraria: la construcción histórica de un objeto de estudio”* está dedicado a revisar algunas de las principales posturas teóricas y metodológicas que a lo largo del tiempo han marcado el carácter de este campo de estudio. Asimismo, se expone el modo en que el devenir histórico de la arqueología en el Noroeste argentino, sobre todo los intereses de su etapa no profesional, en muchos casos signaron el la cualidad de las muestras funerarias y sus posibilidades de análisis posterior. Se realiza un breve repaso sobre la variabilidad de tipos de registros producidos desde fines del siglo XIX hasta la actualidad y las aproximaciones diversas a las que han dado lugar, remarcando la desigual proporción de antecedentes y registros funerarios disponibles para el área y período estudiado en comparación con áreas aledañas. Al mismo tiempo, este repaso busca resaltar en una mirada crítica algunas ideas que –ancladas en el imaginario de lo que constituye el ámbito de ‘lo funerario’– han prefigurado el carácter de las interpretaciones.

El *Capítulo 3, “La mirada desde el cuerpo: una perspectiva integradora de la arqueología funeraria”* está dedicado a exponer los lineamientos teóricos y metodológicos que he optado por aplicar en esta tesis, justificando su validez y a la vez tomándolos como una de otras tantas posibilidades de análisis. Atendiendo a la cualidad indivisible de los cuerpos como entidades biológicas y materia de significados fluidos y cambiantes, el capítulo explora tres aspectos fundamentales a través de los cuales el estudio de los cuerpos puede aportar al entendimiento de las prácticas funerarias en el pasado.

Primero se considera la forma en que el análisis de los restos humanos a partir de la metodología bioarqueológica –desde un enfoque fundamentalmente osteobiográfico– puede ayudar a responder a la pregunta de quiénes eran las personas enterradas, otorgando identidad a los cuerpos del pasado. Se describen las variables y la metodología empleada, dando cuenta de la forma en que cada una de ellas aporta a la interpretación de las prácticas funerarias.

A continuación, se argumenta sobre la manera en que el análisis del tratamiento y disposición de los cuerpos puede ser informativo de los modos en que estos fueron pensados. La comprensión de los cuerpos necesariamente se integra con la consideración de su asociación con otras materias y a la manera en que su combinación específica, una acción clasificatoria deliberada, implica la construcción de mundos significativos anclados en una cosmovisión histórica particular.

Finalmente, el último acápite de este capítulo se centra en la consideración del emplazamiento espacial de los muertos. Se elabora sobre el modo en que la percepción corporeizada aporta al entendimiento de la construcción social del paisaje, ayudando a deslindar hipótesis sobre la manera en que los movimientos y trayectos corporales delinearon los ámbitos de la vida cotidiana, acción en la que los cuerpos de los difuntos han jugado un rol fundamental.

El *Capítulo 4 "Arqueología, restos prehispánicos y vida cotidiana en La Quebrada"* se inicia con una descripción del área de estudio y las tareas realizadas por el equipo de trabajo en los sitios Cardonal y Bordo Marcial. Relato la experiencia personal de lo que ha sido trabajar viviendo en la comunidad de La Quebrada, experiencia que considero indispensable transmitir puesto que ha influido en el carácter de las discusiones que siguen.

El *Capítulo 5 "Cuerpos en contexto: a través del tiempo y del espacio en La Quebrada"* está centrado en la descripción detallada de los contextos funerarios que he excavado como parte de los objetivos previstos en mi proyecto doctoral. Se da cuenta de las condiciones de hallazgo, características específicas, y la metodología que he diseñado y empleado en su recuperación. Asimismo se discuten los resultados obtenidos a partir de la caracterización biológica de los individuos inhumados y consideraciones respecto de la composición de sus dietas de acuerdo a los valores isotópicos de $\delta^{13}\text{C}$.

El *Capítulo 6 "Paisajes funerarios, paisajes cotidianos: los trayectos imbricados de la vida y la muerte al sur del valle del Cajón"* está dedicado a la discusión de los resultados y las conclusiones alcanzadas. Se argumenta sobre las implicancias que las elecciones en la disposición de los muertos y su asociación con rasgos y materias específicas tuvieron en la larga historia de ocupación y construcción de este paisaje como parte de las tareas del habitar. Los resultados se enmarcan en el contexto regional y temporal mayor del Noroeste argentino y los Andes del sur.

Por último, el *Capítulo 7 “Reflexiones finales y perspectivas futuras”* se presenta como una mirada retrospectiva de la investigación realizada, atendiendo tanto a las conclusiones obtenidas como a las posibilidades y perspectivas de análisis que su continuación supone.

Se incluye asimismo un *Apéndice* que detalla los análisis particulares realizados sobre una máscara metálica hallada en uno de los contextos funerarios estudiados.

Espero que el lector encuentre al final de este trabajo el comienzo de una perspectiva que contempla múltiples miradas sobre los cuerpos del pasado, todas ellas orientadas a enriquecer el análisis de las prácticas funerarias, propuesta que continuará ciertamente en constante proceso de crítica y revisión.

Capítulo 2

Arqueología funeraria: la construcción histórica de un objeto de estudio

*“What could be more universal than death? Yet what an
incredible variety of responses it evokes.”*
(Celebrations of Death, Metcalf y Huntington 1991:24)

2.1 Introducción

Históricamente, el análisis de las prácticas funerarias ha despertado especial interés en el ámbito de la arqueología, pero también en la antropología, sociología, filosofía y otras ciencias afines (e.g. Hertz 1960, Mitford 1965, Becker 1973, Ariès 1974, Huntington y Metcalf 1979, Humphreys y King 1981, Bloch y Parry 1982a, Barley 1995; con especial referencia a los Andes ver: Allen 1982, Harris 1982, Pærregaard 1987). Estos estudios sociológicos y antropológicos clásicos resaltaron las creencias y miradas particulares sobre el mundo como principales en la variabilidad observada en los rituales mortuorios, enfatizando las concepciones históricamente específicas sobre la ontología de las almas, la muerte y los muertos, el espacio y el tiempo, aspectos que han sido de utilidad fundamental en su aplicabilidad a los estudios arqueológicos de las prácticas funerarias.

La frase inicial de este capítulo, extraída de la obra que se ha vuelto un clásico en la literatura antropológica, *Celebrations of Death*, hace referencia a la ‘universalidad’ de la muerte en términos biológicos, en contraposición a las formas culturales de enfrentarse con ella.

No obstante, como se sostiene a lo largo de esta tesis, los muertos pasan a ocupar su lugar social en tanto tales no sólo por la ocurrencia del deceso biológico, sino fundamentalmente, por su tratamiento posterior a la muerte. En otras palabras, el rol

principal de las prácticas funerarias es *crear* a los muertos, esto es, incluirlos en un sistema de referencia específico dentro del cual cobran sentido y existencia: lo socialmente prescripto –el ritual funerario– transforma la muerte, en una “buena muerte” (*‘good death’*, en el sentido de Bloch y Parry 1982b).

Autores que abordaron el estudio crítico de las prácticas funerarias han llamado la atención respecto de aquellas taxonomías que en el imaginario académico obtienen un criterio de verdad incuestionable cuando son en realidad, al igual que otras categorías y sistemas de clasificación, producto de una construcción histórica. En su experiencia etnográfica entre los melanesios Maurice Leenhardt (1947:24) reflexiona acerca de “las oposiciones que integran la base de nuestro entendimiento: vida, muerte; animado, inanimado; si, no.” y agrega que “tales oposiciones impiden muy a menudo al etnólogo penetrar en el espíritu de las gentes a las que se dirige”. Estas categorías están implícitas en las formas del designar. Así por ejemplo, debemos reconocer que las palabras ‘muerte’ o ‘funeral’ necesariamente generan asociaciones ancladas en el significado que nosotros damos a dichos conceptos (Gittings 1984). Por tanto, aunque el carácter imbricado del lenguaje y el pensamiento sea hasta cierto punto insalvable, reflexionar acerca de lo que se ha vuelto normal desde nuestra racionalidad es el comienzo de cualquier investigación que busque aproximarse las concepciones históricamente específicas de la muerte en el pasado.

Así, como han preconizado Metcalf y Huntington (1991:26), “recordar la rareza de nuestras propias prácticas funerarias” se vuelve un punto de partida para incluirnos a nosotros mismos dentro de la variabilidad de formas culturales de lidiar con la muerte y los muertos, índices de otras formas de pensamiento.

Como es sabido, desde la perspectiva occidental, la muerte ocurre en un momento absoluto del tiempo. Vida y muerte son realidades axiomáticamente opuestas: una determinada por la ausencia de la otra. Pero tal como Hertz (1960) nos recordó, esos somos sólo nosotros. Basta con aproximarse a los relatos etnográficos de distintos tiempos y lugares para reconocer que en otras sociedades la muerte pudo no haberse correspondido con un evento tajante, un corte neto entre lo que es y lo que no es (Gittings 1984:19), sino en cambio haber implicado una serie formas y estados intermedios del ser, clasificaciones que en muchos casos comienzan aún antes de la ocurrencia de la muerte y continúan largo tiempo después de ésta.

Así por ejemplo, en algunas regiones de los Andes, la sospecha de la ocurrencia de una muerte, el tiempo empleado en preparar el cuerpo del difunto o el período de descomposición del cuerpo, son considerados momentos liminales durante los cuales los muertos pueden ejercer algún tipo de influencia sobre los vivos, que en muchos casos, se prolonga por varios años después de la muerte (para los Andes, ver por ejemplo, Tschopik 1951, Allen 1982, Harris 1982, Pærregaard 1987, Sillar 1992, Salomon 1995, Martínez 2008).

En general, estos relatos coinciden en destacar el sentimiento de ambivalencia hacia los muertos, los cuales son temidos y a la vez reverenciados, considerados peligrosos y a la vez imprescindibles en el desarrollo de la vida (ver también Parker Pearson 1999a). La influencia negativa o positiva que puedan tener depende muchas veces de que se lleven a cabo los rituales necesarios. Por ejemplo, los muertos recientes son esperados cada año durante los días de Todas las Almas y Todos los Muertos, momentos en los cuales se realizan agasajos para recibir a las almas, incluyendo la construcción de un altar, la disposición de las ropas del difunto y comidas (Bastien 1978, Harris 1982, Allen 1988, Gose 1994).

Así también, como ha quedado documentado en las descripciones de los primeros cronistas, para los Incas, las momias de los ancestros ejercían un rol activo en la sociedad, siendo participes fundamentales de las ceremonias llevadas a cabo cíclicamente (Rowe 1946, Sillar 1992). Los dibujos de Guaman Poma de Ayala, ampliamente conocidos y citados en la bibliografía andina, documentan cómo las momias eran expuestas con sus vestimentas, ofrecidas comida y bebida (Figura 1).

Lo que estas prácticas demuestran, es que bajo otras formas de pensamiento, la muerte no marca un estado absoluto, sino que es visto como un proceso que muchas veces demanda acciones rituales que se extienden más allá de la muerte biológica, e incluso, en algunos casos, es un proceso plausible de ser revertido (Barley 1995:47).

La arqueología funeraria, como delimitación de un campo de estudio particular, combina distintas líneas de evidencia material que se ven condensadas en el hallazgo de un contexto que involucra la presencia de restos humanos. En nuestra disciplina, tal como ha sucedido con otras áreas de investigación, la forma de abordar el estudio de este registro ha ido cambiando a lo largo del tiempo según fueron puestas en práctica nuevas aproximaciones teóricas y metodológicas. En consecuencia, la heterogeneidad

de posturas ha producido una igualmente heterogénea producción, ya que en cada caso, las preguntas formuladas, las evidencias consideradas y las metodologías aplicadas han sido diversas.

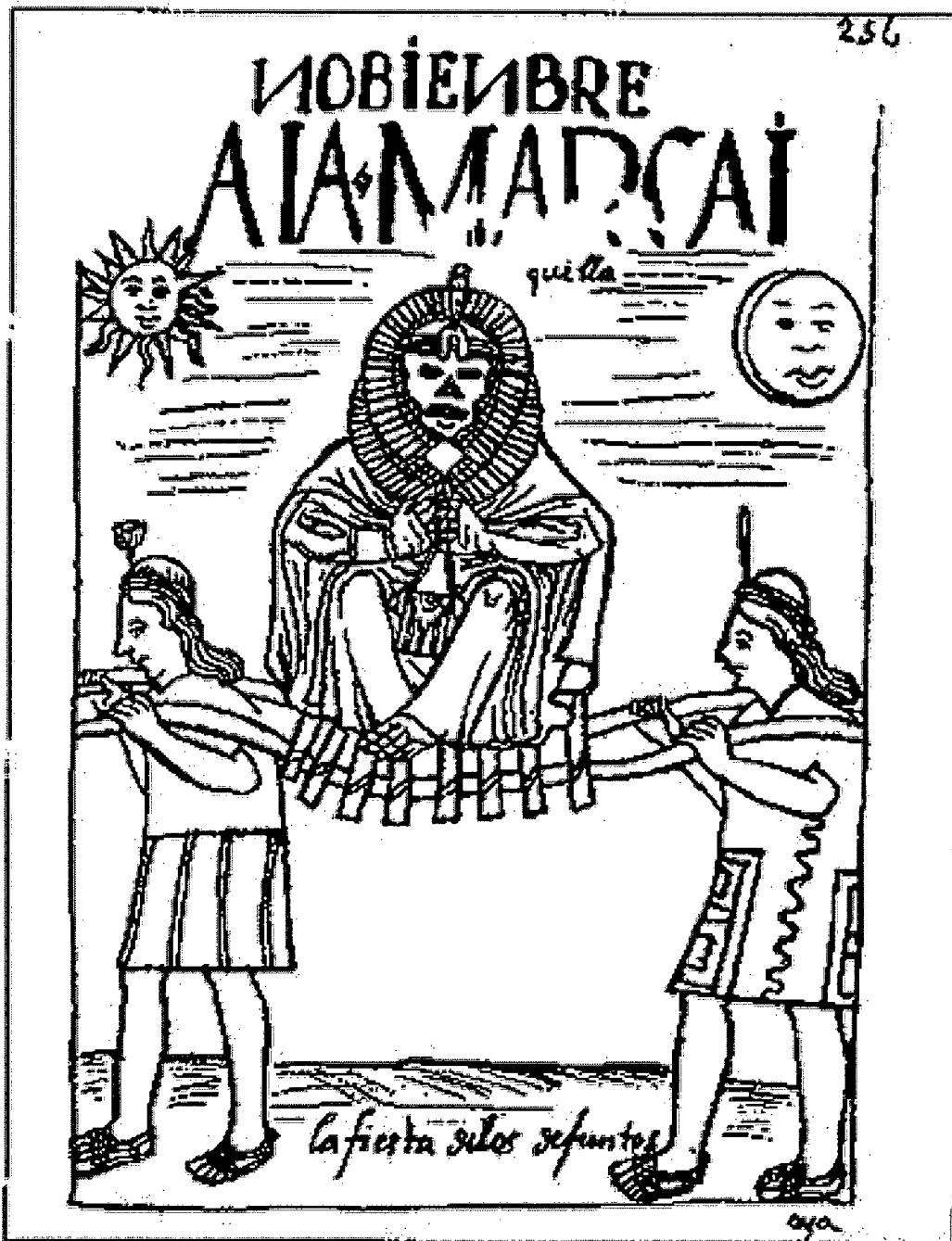


Figura 1. "Celebración de los muertos en Chinchayuyu" (Guaman Poma de Ayala 1936 [1615]:256)

Índice de estas variaciones es la diversidad formas que, según los momentos, han sido utilizadas para designar a este campo de estudio: 'comportamiento mortuario',

‘arqueología de la muerte’ o ‘prácticas funerarias’ son denominaciones particulares a las que subyacen posturas teóricas específicas.

La denominación ‘arqueología de la muerte’, por ejemplo, deja en evidencia la implícita la demarcación de un campo separado dentro de la investigación arqueológica, esto es, conceptualmente distinto a la ‘arqueología de espacios domésticos’. Aquella designación, además, pone en primer plano la cualidad del dato y métodos arqueológicos en el estudio de la muerte. ‘Comportamiento mortuario’ engloba una visión más cercana a la existencia de un modelo conductual en la forma en que las personas se desenvuelven ante la muerte. Mientras que la designación ‘prácticas funerarias’ está anclada a la teoría de la práctica aplicada en arqueología, la cual otorga un rol activo a los individuos en las acciones y decisiones que llevan a cabo. Las tres, por tanto, aluden a ideas distintas que denotan la variación teórica por la que esta área de estudio transcurrió a lo largo del tiempo.

Varios trabajos de síntesis se han ocupado de la sistematización y crítica de las diferentes perspectivas aplicadas en arqueología funeraria (e.g. Chapman y Randsborg 1981, O’Shea 1984, Carr 1995, Parker Pearson 1999b). En el plano internacional, Christopher Carr (1995) ensaya una división respecto de las principales corrientes teóricas y metodológicas que marcaron el desarrollo histórico del estudio de las prácticas mortuorias, tanto en antropología y sociología como en arqueología. Distingue así tres principales líneas de investigación, la primera de carácter materialista-ecológico, fundamentalmente desarrollada en Estados Unidos; la segunda, influenciada por la escuela sociológica francesa y la antropología británica y estadounidense contemporánea y un tercer acercamiento desarrollado principalmente dentro de la arqueología del Reino Unido, focalizado en los componentes simbólicos y contextuales del registro.

A más de una década de la publicación del artículo de Carr, las perspectivas en el análisis de las prácticas funerarias se han diversificado y multiplicado. Será conveniente entonces repasar algunas de las tendencias principales que han marcado el desarrollo de esta área de investigación en el ámbito internacional en general, y en nuestro país en particular, a fin de comenzar a deslindar los contrastes y convergencias de estas aproximaciones, con la perspectiva que se aplicará en esta tesis. No siendo el objetivo de esta revisión abarcar cada uno de los casos de análisis –que incluiría una lista por demás extensa– antes bien, se busca señalar algunas de las posturas teóricas y

metodológicas y situaciones históricas que han caracterizado la producción en este campo de estudio a través del tiempo.

El final de este capítulo se dedica a hacer una reflexión acerca de aquellas ideas que comúnmente se asocian al ámbito de lo funerario y a exponer la necesidad de reconocer el carácter arbitrario de nuestras propias categorías y como éstas pueden influir en la interpretación del pasado si son empleadas de manera acrítica.

2.2 Perspectivas comparadas: acerca de la percepción arqueológica de la muerte

2.2.1 Coleccionistas, colecciones y primeras explicaciones de la variabilidad

Las primeras exploraciones al Noroeste argentino a fines del siglo XIX y principios del XX centraron sus esfuerzos en la detección de cementerios y tumbas prehispánicas guiadas por el afán de encontrar en ellas los objetos preciados que luego pasarían a integrar las numerosas colecciones que hoy llenan los depósitos de museos nacionales y del exterior (ver Scattolin 2000, 2003a, Farro 2009). Siendo el principal interés los objetos depositados –en particular, aquellos considerados estéticamente valiosos– a menudo estas excavaciones no dejaban registro alguno de las asociaciones contextuales. Una situación común era la de transportar los objetos y abandonar los restos humanos que no eran de interés para los coleccionistas que subvencionaban tales exploraciones, mientras que sólo en contadas ocasiones fueron confeccionados registros escritos o pictóricos que dan cuenta de la asociación de los esqueletos, objetos y estructuras de entierro (Baldini y Baffi 2007).

Otra situación frecuente era la de transportar sólo los cráneos o discriminar los restos óseos por partes anatómicas haciendo que la reconstrucción de los individuos fuera luego una tarea imposible. Las fotos de las excavaciones realizadas por Manuel B. Zavaleta en La Poma y Fuerte Quemado son un documento histórico impactante de aquellas épocas (Figuras 2 y 3).



Figura 2. Excavaciones en La Poma por Manuel B. Zavaleta (Zavaleta 1906:299)



Figura 3. Excavaciones en Fuerte Quemado por Manuel B. Zavaleta (Zavaleta 1906:299)

En muchos casos además, los restos humanos se ingresaron en los museos con nomenclaturas que no guardaban correlación con los objetos, de modo que los contextos originales fueron posteriormente irrecuperables. Finalmente, el comercio de piezas arqueológicas fomentó también dichas prácticas, razón por la cual en la actualidad es común encontrar los rastros de estas excavaciones en antiguas áreas de cementerio.

Asimismo, algunas de las colecciones provenientes de estas excavaciones se dividieron y enviaron a museos en el exterior. Tal es el caso de la colección que el explorador sueco Styg Rydén –discípulo de Erland Nordenskiöld– obtuviera como resultado de las exploraciones que realizara en la década del '30 a La Candelaria, donde excavó al menos 15 sitios asignables al período Formativo (Rydén 1936). Conservada actualmente en el Etnografiska Museet de Gotemburgo, incluye tanto restos humanos como urnas funerarias y diversos objetos asociados (Muñoz y Fasth 2000, Fasth 2003). Entre ellos, se destacan dos máscaras datadas en unos 500 años AC realizadas sobre una variedad de materiales (cuero, madera, pelo, fibra vegetal, hueso, resina). Ambas fueron halladas junto con una tercera máscara de cuero al interior de una urna “de tipo Candelaria” que contenía el esqueleto de un infante (Stenborg y Muñoz 1992:240).

Ese museo atesora también la importante colección Schreiter (Stenborg y Muñoz 1999), adquirida en 1930 la cual “contiene no menos que el número de 366 objetos, entre los cuales hay 16 urnas funerarias, una cantidad menor de vasijas de cerámica, pipas de piedra y cerámica, objetos de metal, etc.” (Isacson 1999:9, citando a Nordenskiöld 1931). Por su parte, la colección Zavaleta, se encuentra actualmente dividida en tres partes que se conservan en los museos de Berlín, Chicago y Buenos Aires (Scattolin 2003a).

Todas ellas son acervos únicos de materiales formativos, no obstante, como ha puntualizado Scattolin (2003a:53) –a diferencia de lo que ocurre con otras colecciones pretardías tales como la colección Muniz Barreto de Hualfín o la colección de San Pedro de Atacama del Museo Gustavo Le Paige– ninguna de las anteriores ha sido acompañada por registros de contextos de asociación de las tumbas de las cuales proceden sus materiales.

Por cierto, la colección Muniz Barreto, depositada en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata, es una de las más importantes del Noroeste argentino, siendo una de las pocas que poseen registros de asociación contextual. Dicha información ha quedado plasmada en uno de los más valiosos documentos de esta época, los diarios y

libretas de campo de Vladimiro Weiser, testimonio de sus numerosas expediciones al Noroeste argentino impulsadas por Benjamín Muniz Barreto entre los años 1920 y 1929 (ver Torres 1934). Aunque sólo transportó los objetos dejando en el lugar los restos humanos, Weiser documentó en detalladas descripciones y dibujos –donde pueden observarse a grandes rasgos las posturas dadas a los cuerpos, su relación con los objetos y las estructuras– las tumbas y cementerios excavados en su paso por el valle del Cajón, el valle de Santa María, la falda occidental del Aconquija, el valle de Hualfin, y Laguna Blanca, entre otras regiones (Figura 4).

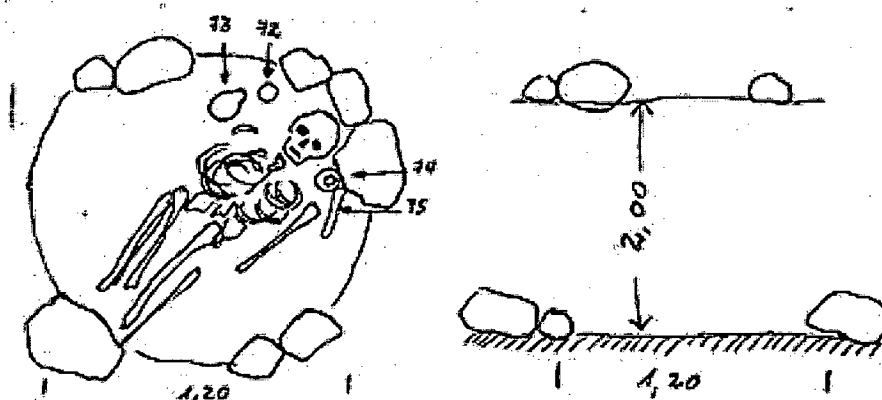


Figura 4. Reproducción del esquema original de Vladimiro Weiser de una tumba formativa en Ingenio del Arenal Alto, Sierra del Aconquija. Dibujo: María Cristina Scattolin (Scattolin 1986).

Adolphe Methfessel, otro expedicionario enviado a Catamarca a fines del siglo XIX por parte del Museo de La Plata, dejó descripciones y excepcionales dibujos de los contextos de entierro que observara en “Santa María, Valle del Cajón, Andalguala y Siquivil” de los cuales transportó “ochenta y siete cráneos [y] un buen número de otras partes del esqueleto” (Moreno 1890-91:199). Lamentablemente las libretas originales de Methfessel se hallan actualmente extraviadas, pero parte de la información y sus dibujos han sido publicados posteriormente por Francisco P. Moreno (1890-91) (Figura 5) y Herman Ten Kate (1896) (Figura 6).

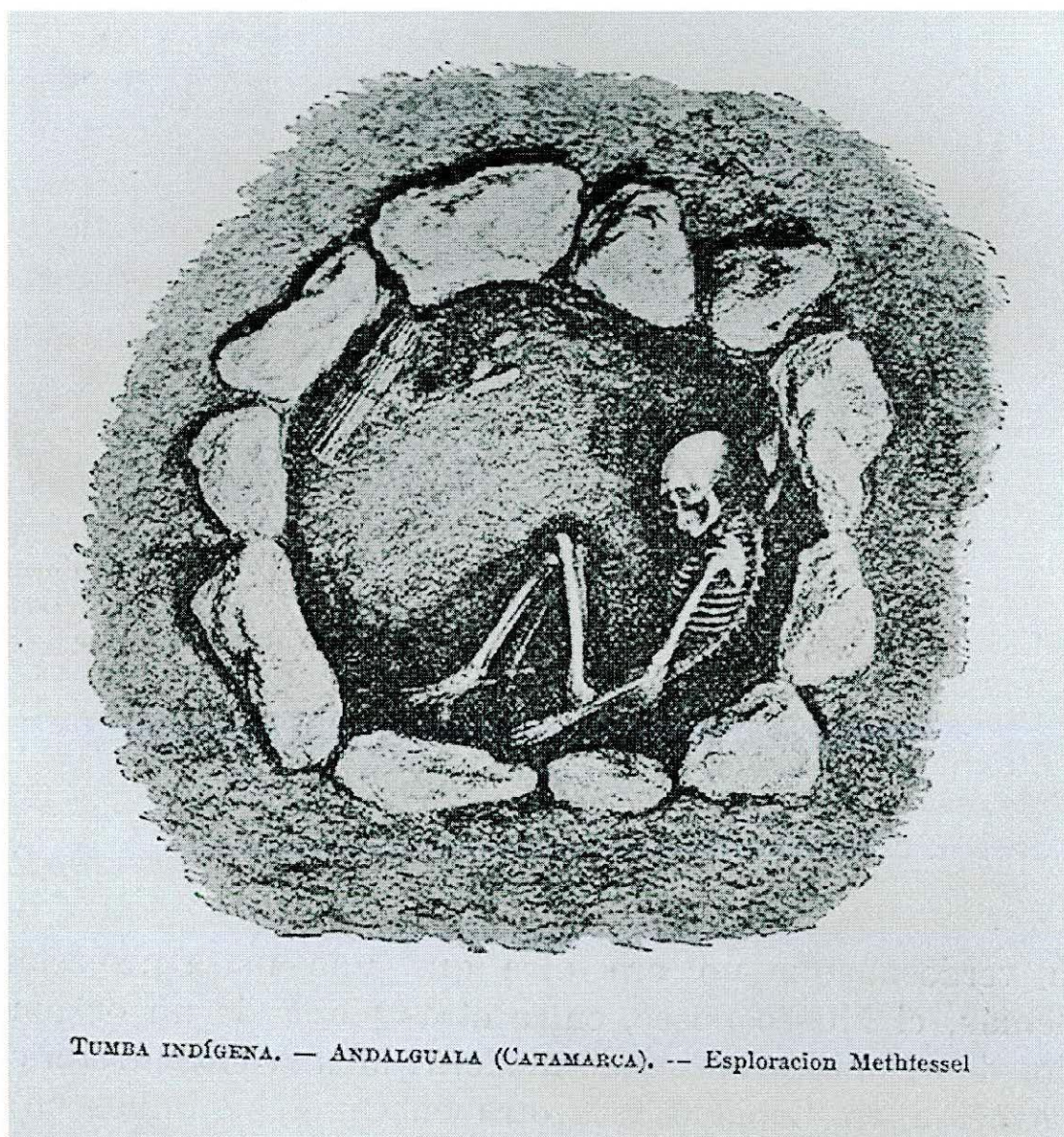
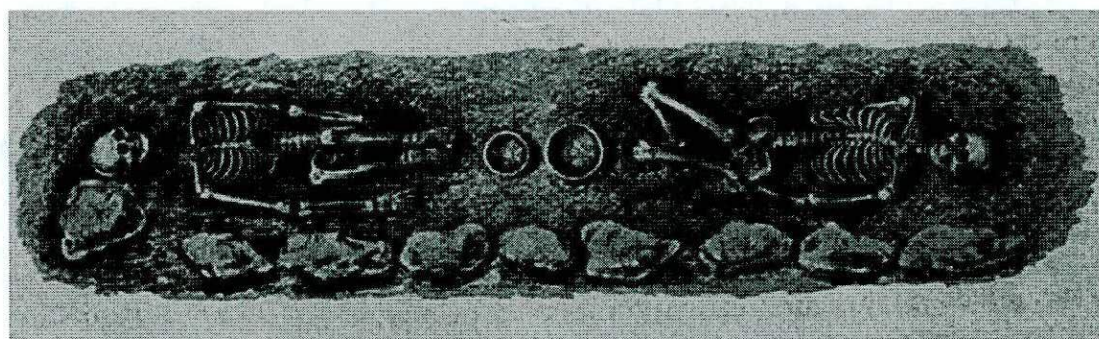


Figura 5. Dibujo de un entierro de la libreta de campo de A. Methfessel.
Reproducido por Moreno (1890-91:201)



Más allá del afán coleccionista, el interés por las prácticas de entierro de las poblaciones prehistóricas ha sido un tema clásico de los autores y exploradores de fines del siglo XIX y principios del XX. En lo que podría considerarse un primer antecedente de los estudios que luego se enmarcarían dentro de la arqueología funeraria en sentido estricto, varios trabajos clásicos dan cuenta de la diversidad observada en las costumbres de entierro. Entre las principales publicaciones de esta época podemos resaltar las ya mencionadas obras de Moreno (1890-91) y Ten Kate (1896), quienes dan cuenta la gran variabilidad de “modos funerarios” de las antiguas poblaciones de la región calchaquí a partir de una selección de imágenes y notas de las libretas de campo de A. Methfessel. Al respecto, Moreno apunta que estos pertenecerían “a varias razas y a distintas épocas” a juzgar por la diversidad de formas descriptas:

“Los esqueletos á que corresponden estos restos, han sido hallados en muy distintas condiciones de yacimiento y posicion; á unos se les ha encontrado aislados, acostados, encojidos, sin piedra alguna que indicara el sitio en que fueron depositados los cuerpos á que pertenecía, y sin que los acompañara ningun resto de industria; otros estaban acostados, encojidos, separados por pequeñas murallas, inmediatos á centro de poblacion antigua, y otros, enterrados en verdaderas sepulturas, ‘enmurallados’, cubiertas éstas por grandes piedras; algunos de estos cuerpos estaban sin cabeza, colocadas éstas fuera de las sepulturas, las que no presentan signos de haber sido abiertas posteriormente al depósito del cadáver. Un buen número de restos, proceden de verdaderos *Abris sous roche*, cubiertos los esqueletos por grandes piedras. La mayor parte de los cráneos juveniles proceden de cuerpos que estaban encerrados en urnas de tierra cocida, pintadas generalmente con complicadas figuras.” (Moreno 1890-91:199-200, ortografía y énfasis en el original)

Algunos años más tarde, en 1902, Carlos Bruch publica “*Descripción de algunos sepulcros Calchaquíes*” resultado de las exploraciones que realizara en 1897 en la localidad catamarqueña de Hualfín, como otro de los expedicionarios enviados por del Dr. Francisco P. Moreno, en ese entonces director del Museo de La Plata. En esta publicación el autor ofrece descripciones y dibujos de una variedad de sepulcros, esquemas de la disposición de los restos humanos y los objetos asociados (en su

mayoría asignables al período Tardío), y las características constructivas de las estructuras (Bruch 1902).

Por su parte, en 1919 Rodolfo Schreiter escribe “*Distintas clases de sepulturas observadas en los Valles Calchaquíes*”, trabajo en el que documenta las variantes observadas en distintas localidades del valle del Cajón y el valle de Santa María (Famabalasto, Huituhuasi, Santa Ana, Kashuan, El Río, El Mishito, El Paraíso, Amaicha, Pichao, Talapaz, Quilmes, Fuerte Quemado, Las Mojarras, Molleyaco, Yavamayo) distinguiendo cinco “categorías” de cementerios:

- I. Cementerios de párvulos en urnas funerarias decoradas, las que están:
 - a. depositadas en cámaras sepulcrales subterráneas (“cistas”),
 - b. enterradas directamente en la tierra.
- II. Cementerios de niños enterrados en grandes urnas toscas (“*huirquis*”), sin ornamentación pintada.
- III. Cementerios de adultos en cámaras sepulcrales subterráneas
- IV. Sepulturas de adultos directamente en la tierra. Estas se encuentran generalmente en los mismos cementerios de la categoría anterior o en sus cercanías.
- V. Sepulturas en grutas naturales, tanto de adultos como de urnas conteniendo párvulos.” (Bruch 1902:3).

En la introducción, Eric Boman afirma que todas “proceden de un mismo pueblo, queda demostrado por la presencia de alfarería del llamado ‘tipo Santa María’”, esto es, asignables al período Tardío. Realiza además un breve repaso de los modos funerarios de los ‘diaguitas’ destacando sus formas características de entierro.

Por otra parte, en el trabajo clásico que Juan B. Ambrosetti publicara en 1906 a raíz de sus exploraciones en Pampa Grande, yungas salteñas, se describen con detalle una gran cantidad de enterratorios. Sobre los que luego ensaya una clasificación cronológica de acuerdo a la posición estratigráfica de los hallazgos, asignando las urnas toscas (probablemente formativas) como pertenecientes a un “pueblo de cultura inferior a los habitantes de los valles Calchaquíes” (Ambrosetti 1906:196). Se refería así a aquellos asociados a la cerámica santamariana característica del período Tardío.

Estos casos sirven de ejemplo, sobre una lista por demás extensa, de aquellos trabajos pioneros que dieron cuenta de la gran diversidad de prácticas asociadas al

tratamiento de los difuntos en Noroeste argentino prehispánico. Como hemos visto, si bien muchos de estos trabajos se limitaron a la descripción detallada de la variabilidad observada, otros ensayaron además una clasificación cronológica de los hallazgos, tomando en cuenta las diferencias estilísticas de los objetos asociados, las estructuras y las formas en que los cuerpos habían sido dispuestos.

Dichos trabajos, enmarcados dentro de las corrientes evolucionistas de la época, asignaron las diferencias observadas a distintos grados de complejidad cultural, la cual – se afirmaba– muy probablemente se correspondiera con diferencias temporales, étnicas, a la mayor o menor ‘riqueza’ de los individuos inhumados, así como al grado de ‘superioridad o inferioridad’ de los pueblos estudiados.

Aproximadamente para la misma época, Alfred Kroeber había propuesto en cambio, que la variabilidad etnográfica observada en los modos de disposición de los difuntos en los distintos continentes parecía no atenerse a ningún principio fijo, destacando las fluctuaciones en lugar de la supuesta estabilidad usualmente asociada a dichas prácticas (Kroeber 1927). En su planteo argumentó que los principios que guiaban el tratamiento de los muertos no estaban asociados a tipos institucionales, religiones o sistemas de organización social. En cambio, planteó que las lógicas que gobernaban dichas prácticas eran más asimilables a las fluctuaciones de las ‘modas’ (*fashion*) que a costumbres y tradiciones culturales mantenidas a lo largo del tiempo. En este sentido, si bien destacó que la variabilidad escapaba a clasificaciones estáticas basadas en fundamentos universales o tipológico-evolutivos, dejó ‘a la deriva’ la explicación de la variabilidad en las costumbres funerarias, sin proponer una mirada alternativa para la interpretación de los principios que subyacían a esta aparente fluctuación azarosa en la disposición de los muertos.

Décadas más tarde la tesis de Kroeber fue rescatada por Aubrey Cannon (1989). En su análisis diacrónico de los cambios en las prácticas funerarias de dos casos históricos, propuso que éstas debían ser entendidas como el medio para la expresión competitiva de las aspiraciones de estatus entre distintos sectores sociales y era esta motivación la que, siguiendo la lógica de las ‘modas’, llevaba a la ‘elaboración o simplificación’ de las prácticas como medio de distinción y demarcación social.

No obstante, previo a que Cannon realizara su relectura de dicha tesis, la ‘inestabilidad’ de las prácticas funerarias planteada por Kroeber había sido fuertemente criticada desde una postura totalmente opuesta: la búsqueda de regularidades

universales, lema que motivó a los estudios enmarcados dentro de la Nueva Arqueología.

2.2.2 La medida de la variabilidad y la búsqueda de principios generales

Tal vez por la influencia que han tenido durante casi una década en los estudios de arqueología funeraria, las investigaciones de Arthur Saxe (1970) y Lewis Binford (1971) suelen ser citadas como principales exponentes de este marco teórico.

En explícita oposición a las corrientes difusionistas e histórico-culturales que habían prevalecido en décadas anteriores, ambos autores abordaron el estudio de las prácticas mortuorias desde un enfoque procesual, buscando formular leyes generalizadoras y enfatizando la necesidad de alcanzar una medida científica de la variabilidad. Con el objetivo de encontrar las constantes que subyacían a la diversidad de prácticas funerarias, estos análisis tomaron una perspectiva transcultural a partir del estudio comparativo de diversos grupos etnográficos. Los aspectos mortuorios fueron correlacionados con distintos grados de organización social, variable que a su vez era entendida desde una perspectiva evolutiva, clasificando a las sociedades en términos de su mayor o menor ‘complejidad’ según su modo de subsistencia (i.e. cazadores-recolectores, agricultores incipientes, agricultores sedentarios y pastores). Como resultado, la ‘complejidad’ de la estructura social fue asumida como directamente proporcional a la ‘complejidad’ del ritual mortuario.

Un concepto clave utilizado en dichos análisis fue el de ‘*social persona*’ – inicialmente propuesto por Goodenough– referido a la multiplicidad de identidades sociales que, mantenidas en vida, se planteaba podían ser reconocibles en el ritual mortuario a partir de la edad, sexo, posición y afiliación social, condiciones y lugar de ocurrencia de la muerte (Chapman y Randsborg 1981, O’Shea 1984). Lo que se denominó el programa Saxe-Binford en el análisis de las prácticas mortuorias originó una importante producción académica en los años subsiguientes (ver Brown 1995).

En nuestro país, el concepto de ‘persona social’ aplicado al estudio de un contexto funerario fue explorado por Bordach y colaboradores (1998), quienes adhirieron al supuesto base de que “la diversidad de las personas sociales observadas dentro de una

determinada sociedad, está estrechamente relacionada con el mayor o menor grado de complejidad que se observe en la organización social misma” (Bordach et al. 1998:199)

En su análisis de la Tumba 17, correspondiente a la inhumación de un hombre con una variedad de ítems de ajuar y vestimenta que lo destacan sobre el resto de los enterratorios del cementerio de La Falda (Tilcara), los autores concluyen que dichos elementos al igual que en la “inversión energética” empleada en la construcción del sepulcro son indicativos del “conjunto de todas las identidades sociales atribuibles al individuo”. Específicamente, de los elementos asociados, el arco, los astiles y un cincel fueron interpretados como “ítems de naturaleza y representación masculina”, por tanto, indicativos de su “diferenciación horizontal” (identidad de sexo). Mientras que los adornos cefálicos, la ausencia de elementos de laboreo de la tierra y la presencia de elementos foráneos, fue postulada como evidencia de “una prerrogativa de (...) personas sociales de rango o jerarquía diferencial”, esto es, de su “diferenciación vertical” (identidad de estatus) (Bordach et al. 1998:205-6).

Joseph Tainter (1978) parte de los trabajos pioneros de la arqueología procesual y elabora sobre los mismos conceptos pero buscando delinear un modelo formal basado en un desarrollo matemático que permitiera cuantificar las regularidades a fin de obtener una medida comparativa aplicable a distintos contextos (Tainter 1975). Con este objetivo, clasifica la variabilidad en los rituales mortuorios en términos energéticos, establecidos a partir de una escala ordinal, esto es, mayor o menor energía empleada en el ritual mortuario como índice de grado de complejidad de las sociedades, o el rango de los individuos inhumados (Tainter 1978). Las variables, derivadas asimismo de casos etnográficos, incluían la complejidad del tratamiento de los cuerpos, la energía empleada en la construcción y disposición de las tumbas, la duración y extensión del ritual, entre otras. Como mencionara anteriormente, este concepto energético también fue aplicado por Bordach et al. (1998) a la interpretación de su caso de estudio.

En una revisión crítica de estos análisis, John O’Shea (1984) puso en cuestión la aplicabilidad de las conclusiones alcanzadas a partir de estudios etnográficos al registro arqueológico y postuló en cambio la utilidad de generar una metodología específica para el análisis arqueológico de las prácticas mortuorias. En especial, subrayó la necesidad de atender a los procesos de formación del registro arqueológico ya que éstos pueden ciertamente influir en las interpretaciones que se derivan de aquél. Elaboró así un cuerpo teórico-metodológico para abordar el estudio de la variabilidad mortuoria,

estableciendo tanto las limitaciones inherentes a la cualidad del registro arqueológico como evidencia, como las distintas variables que debieran ser consideradas en tales análisis. Su propuesta, válida en muchos aspectos, no dejó sin embargo de establecer unos principios o regularidades estáticas de aplicabilidad universal, en palabras del propio autor, principios que

“reflejan los enunciados mínimos de los constreñimientos que estructuran el comportamiento mortuario humano de contextos arqueológicos (...) ofreciendo un fundamento para una teoría arqueológica de la variabilidad mortuoria aplicable a un amplio rango de fenómenos funerarios” (O’Shea 1984:37).

En tal sentido, no se separó de las tendencias anteriores que entendían la evidencia funeraria como un reflejo lineal de los sistemas sociales, donde ciertas regularidades en el comportamiento se interpretaban independientemente de los contextos históricos particulares.

En efecto, más allá del carácter específico de cada uno de estos estudios, el supuesto que subyace a las propuestas de Saxe, Binford, Goldstein, Tainter y otros que han seguido esta línea de pensamiento es que los aspectos materiales del ritual mortuario proveen una lectura directa de la sociedad. Las prácticas funerarias fueron entendidas como un “sistema de comunicación” (Tainter 1978:113) que podía revelar información sobre la organización social de los grupos considerados, entendidos estos desde parámetros tipológicos y evolutivos. Como luego plantearían Chapman y Randsborg (1981:4) ésta es, en última instancia, una visión normativa de la cultura, donde ciertos patrones de comportamiento observados en las prácticas mortuorias se traducen en la cristalización de tipos culturales.

Metodológicamente, estos estudios pusieron en práctica una variedad de técnicas para medir las correlaciones de las variables relevadas en los registros funerarios, asumiendo la existencia de alguna relación predecible entre el modo en que un individuo es tratado tras la muerte, su estatus en vida y el tipo de organización social al que perteneció (O’Shea 1984, Gillespie 2001).

La influencia de esta corriente en la arqueología local, puede verse reflejada en las interpretaciones realizadas a partir del hallazgo de una tumba ‘excepcional’ en Tastil. El gran número de piezas de ajuar y su estructura arquitectónica diferencial sobre el resto

de los enterratorios llevó a Eduardo Cigliano a proponer “la complejidad cultural del sitio (...) y la existencia de jerarquías sociales, que darían explicación de la presencia de una marcada estratificación social” (Cigliano 1973:96).

Por su parte, en el análisis de las tumbas relevadas por Weiser en el cementerio Aguada Orilla Norte (valle de Hualfin), Carlota Sempé y Marta Baldini (2005) consideraron como supuesto base que las prácticas funerarias eran “la expresión final de comportamientos relacionados con la organización de la sociedad” (Sempé y Baldini 2005:65). Las autoras afirmaron que si bien las tumbas compartían “un conjunto emblemático de iconos, que expresan la unidad ideológica de la sociedad Aguada”, las organizaciones espaciales de los ajuares, las asociaciones iconográficas y las estructuras de las tumbas denotaban asimismo “la existencia de segregación grupal”, esto es, de desigualdades al interior de la sociedad ‘Aguada’ (Sempé y Baldini 2005:77).

Nils Johansson también efectuó un análisis de la diferenciación social en los cementerios de contacto hispano-indígena de El Pichao, valle de Santa María, pero a diferencia de los casos anteriores, postuló que “no existe ninguna relación directa” entre la variabilidad funeraria y la diferenciación social, proponiendo en cambio la necesidad de contextualizar los resultados en el marco socio-histórico de los grupos considerados (Johansson 1996:209).

Retomando el trabajo de Saxe, una de las principales hipótesis planteadas en su tesis doctoral –reformulada más tarde por Lynn Goldstein (1981)– sostenía que el desarrollo de áreas formales para la disposición de los difuntos estaba directamente relacionado con el uso o control de recursos críticos, esto es, que los muertos *funcionaban* como legitimadores territoriales (Saxe 1970:119). Desde esta perspectiva, la ancestría materializada en áreas circunscriptas de entierro (cementerios) era utilitaria a los intereses económicos de grupos corporativos con sistemas de descendencia lineal. En el lenguaje y en la grafía misma con que se expresa la denominada ‘Hipótesis 8’, queda explícito el carácter cientificista y la búsqueda de leyes generales característica de este marco teórico:

*“To the Degree that Corporate Group Rights to Use and/or Control Crucial
but Restricted Resources are Attained and/or Legitimized by Means of Lineal
Descent from the Dead (i.e. Lineal Ties to Ancestors), Such Groups will*

Maintain Formal Disposal Areas for the Exclusive Disposal of Their Dead and Conversely.” (Saxe 1970:119)

La Hipótesis 8 es además un ejemplo del énfasis puesto por la Nueva Arqueología al análisis de cementerios, considerando a estos como ‘lugares formales de entierro’ en los cuales directa o indirectamente se asumía, estaba representada la totalidad de modos funerarios de un grupo particular. Probablemente el énfasis puesto en los cementerios por los estudios procesuales (Chapman y Randsborg 1981) tuviera que ver con la ya mencionada búsqueda de medidas cuantificadoras de la variabilidad, para lo cual necesariamente debieron hacer uso de muestras estadísticamente significativas.

No obstante, el punto que muchas veces se pasa por alto es que los cementerios – independientemente de la cantidad de entierros que contengan– pueden en sí mismos ser una fuente sesgada de información sobre la variabilidad funeraria en el pasado (Hodder 1982, Joyce 2001). Como décadas más tarde reconocieran los exponentes de la escuela postprocesual, la ahistoricidad y universalismo de esta corriente debía ser revisada a en pos de un reconocimiento de la singularidad de las sociedades humanas, los actores sociales y los significados culturalmente específicos asociados a las prácticas.

En el Noroeste argentino, las posibilidades de realizar estudios exhaustivos de muestras significativas provenientes de cementerios prehispánicos se vio limitada por la conformación de las muestras funerarias. Como se mencionó anteriormente, la excavación de cementerios prehispánicos fue una práctica común desde fines del siglo XIX, en muchos casos resultó en el desmembramiento de los contextos originales (ver Scattolin 2003a, Tabla 1). Esta situación ha sido especialmente perjudicial en lo que respecta al registro del primer milenio de la Era en el valle del Cajón y el valle de Santa María (ver Tarragó y Scattolin 1999, Scattolin 2000, 2003). No obstante, esta situación está revirtiéndose paulatinamente con la incorporación de nuevos datos, varios de ellos consecuencia de hallazgos fortuitos (e.g. Scattolin et al. 2005, Aschero y Ribotta 2007, Chiappe Sánchez 2007, Palamarczuck 2007, Somonte 2007).

No obstante, importantes colecciones como la ya mencionada Muniz Barreto del valle de Hualfín dieron lugar a una multiplicidad de análisis sobre los materiales que la componen. Durante la década del ’70, momento en que el interés por el establecimiento de una cronología regional tomó un primer plano en la investigación, el análisis de los materiales cerámicos de las tumbas excavadas por Weiser en el valle de Hualfín

permitió a Alberto Rex González establecer lo que por muchos años fue considerada la secuencia cronológica maestra del Noroeste argentino (González 1955, González y Cowgill 1975).

A partir de la década de 1950 aproximadamente y hasta el presente, se generaron nuevas colecciones y registros de contextos funerarios esta vez bajo los lineamientos y técnicas de la arqueología profesional. El énfasis puesto en la excavación de cementerios, sin embargo, se vio disminuida y en general se han producido una gran cantidad de hallazgos de tumbas ‘aisladas’ o bien de entierros donde no habían sido previstos, por ejemplo en distintos sectores de recintos habitacionales (e.g. al interior de las paredes, o bajo el piso de los patios).

En mi tesis de Licenciatura realicé una recopilación exhaustiva de todos los hallazgos funerarios publicados abarcando un área extensa que comprendía el valle de Santa María, el valle Calchaquí y la vertiente oriental andina desde el área del río San Francisco hasta Tafi del Valle (Cortés 2005). Este trabajo puso en evidencia el exiguo registro funerario disponible para el período Formativo en el valle de Santa María en comparación con los registros asignables al período Tardío en el mismo valle y los registros tempranos de la región de yungas adyacentes, situación que, como se mencionó, ya había sido puntualizada por otros autores (Tarragó y Scattolin 1999, Scattolin 2000, 2003, Scattolin et al. 2005).

El contraste se vuelve más notorio cuando se compara el registro temprano disponible para otras localidades arqueológicas cercanas como Alamito (Nuñez Regueiro 1998), el valle de Ambato (e.g. Cruz 2001, 2006, Gordillo y Solari 2009) o el valle de Hualfin (e.g. Sempé y Baldini 2004, 2005, Sempé y Salceda 2005, Sempé et al. 2005, Fantuzzi 2008); la región de Cachi, al norte del valle Calchaquí (Tarragó 1996, Baldini 2007), y el área de occidental de Puna (Krapovickas 1955, Haber 1999).

Y ciertamente, la ausencia de información es aún más marcada en el valle del Cajón. A diferencia de lo que aconteció en otras regiones del Noroeste argentino, el conocimiento sobre las prácticas funerarias del primer milenio de la Era en este valle permaneció largamente postergado. Tal es así que en la localidad de La Quebrada los registros contextualizados de muestras funerarias son prácticamente inexistentes. Más allá de los siete contextos recuperados en el transcurso de esta investigación, el único antecedente específico de un entierro formativo en el área de estudio es el de una tumba

colectiva junto con cuatro vasijas de estilo Candelaria en las cercanías de Peñas Azules (Arena 1975), del cual no ha quedado registro gráfico de los objetos ni de la estructura.

En contraposición, y al igual que lo que ocurre con el valle de Santa María, el conocimiento sobre la variabilidad de registros funerarios asignables a momentos tardíos en el Cajón ha sido ciertamente más prolífico (e.g. Arena 1975, Cigliano 1958, Nastri 2005).

No obstante, durante los años '70 se realizaron también algunos hallazgos significativos para el período Formativo, tanto por el tamaño de las muestras recuperadas como por su excepcional estado de conservación. Entre ellos podemos mencionar el cementerio Salvatierra en la localidad de Cachi, norte de los valles Calchaquíes (Tarragó y Díaz 1977, Tarragó 1996, Baldini 2007), aunque investigaciones detalladas sobre estos materiales permanecen aún inéditas.

Otra importante colección, Las Pirguas, proviene de una serie de cavernas ubicadas en Pampa Grande, yungas salteñas, que fueron excavadas inicialmente por Francisco de Aparicio (1941) y luego por Alberto Rex González (González 1972). Depositado en el Museo de La Plata, este acervo de materiales formativos está compuesto por más de 120 individuos y 15 cuerpos momificados asociados a una gran variabilidad de materiales arqueológicos. En los últimos años, ha sido objeto de numerosos estudios específicos que han proporcionado un cúmulo de información detallada referente a distintos aspectos de las poblaciones que habitaron esta región entre el 500 y 600 DC (Baffi et al. 1996, Baldini y Baffi 1996, Torres y Baffi 1996, Baldini et al. 2003, Barboza et al. 2005, Carnese et al. 2010).

Marta Baldini e Inés Baffi (1996) analizaron la muestra a fin de establecer si la variabilidad observada en los modos de entierro se correspondía con diferencias temporales, espaciales, o con los roles o estatus asignados dentro de la sociedad. Este último aspecto fue explorado a partir de la correlación del sexo y la edad de los individuos inhumados con los diferentes modos de entierro presentes en cada una de las cavernas.

Aquel trabajo se enmarca dentro de una tendencia general en arqueología, explorada fundamentalmente desde la década de 1980 en adelante, que tenía como objetivo primordial, evaluar el lugar que los individuos ocupaban dentro de la sociedad. La evidencia funeraria fue considerada una de las fuentes más valiosas de información en este sentido, en tanto los contextos de entierro permitían evaluar las correlaciones

entre el sexo y la edad de las personas inhumadas con el número y tipos de ajuares asociados (clasificados de acuerdo a características tales como el tipo de materia prima utilizada, su procedencia, la calidad de las técnicas empleadas, entre otras).

Dentro de este marco, una de las principales metas fue reconocer la expresión en el registro funerario de los conceptos de ‘estatus adscripto’ y ‘estatus adquirido’ (Flannery 1972, Service 1984 [1975], Fried 1979 [1960], Peebles y Kus 1977). Esta hipótesis postulaba que durante su vida, las personas podían ‘adquirir’ un rango de estatus que luego se vería reflejado en la complejidad del contexto funerario, mientras que, la presencia de entierros de niños con ricos ajuares, era indicativa de su estatus ‘adscripto’ (i.e. otorgado), en tanto estos no habrían vivido lo suficiente como para adquirirlo.

A partir de la década de 1980, con el advenimiento de las teorías críticas englobadas dentro de lo que se conoció como corriente postprocesual (Shanks y Tilley 1992 [1987]), el carácter generalizante y ahistórico hacia lo que por definición es intrínsecamente variable –la cultura– fue puesto en discusión por varios autores (e.g. Parker Pearson 1982, Hodder 1982, 1984, Morris 1991). Alineados con distintas perspectivas antropológicas y sociológicas, estos trabajos pioneros comenzaron a cuestionar la mirada funcionalista y materialista-ecológica de las escuelas procesuales, al tiempo que resaltaron la importancia de considerar a los actores sociales y sus elecciones significativas en la disposición de los muertos, atendiendo principalmente a la simbología de estas prácticas y a su análisis histórico-contextual.

Los trabajos enmarcados en esta línea de pensamiento realizaron varios aportes de distinta índole. Repasar algunos de ellos por tanto, se vuelve imprescindible para aproximarse a otras perspectivas en la interpretación de las prácticas funerarias.

2.2.3 La mirada crítica: ideología, principios simbólicos y significados históricos

Basándose en un marco influido por las corrientes marxistas y la teoría social contemporánea, otorgando un lugar preeminente a las nociones de ideología y poder, Mike Parker Pearson (1982) sostuvo que en el ritual funerario se da un doble movimiento de convalidación de los roles preexistentes –una afirmación del pasado– pero a su vez, y a causa de la muerte de un miembro de la sociedad, la nueva estructura

de roles debía ser reconfigurada. Argumentó así acerca de la necesidad de estudiar la expresión material de las relaciones simbólicas establecidas entre vivos y muertos y su manifestación en los contextos funerarios.

En tal sentido, se opuso explícitamente a la hipótesis de Saxe afirmando que en el ritual mortuario no siempre se ven reflejadas las relaciones de poder vigentes sino que – al igual que en otras esferas de la vida– las estructuras de poder son manipuladas a partir de una elección activa de las personas. En consecuencia, propuso que las prácticas funerarias no necesariamente revelan la organización social, sino que estas son la expresión idealizada de esas relaciones, objetivadas en el simbolismo del ritual. El pasado (los muertos) era uno entre otros medios para “naturalizar o mistificar” el orden existente (Parker Pearson 1982:112).

En la misma línea de pensamiento, tanto Hodder (1982) como Metcalf y Huntington (1991), no sólo desestimaron la idea de que las prácticas mortuorias fueran reflejo directo de los sistemas de organización social, sino que, basándose en casos etnográficos, demostraron que éstas podían llegar a enmascarar o incluso invertir el orden establecido.

En el registro arqueológico, las relaciones simbólicas entre los vivos y los muertos quedarían entonces expresadas en forma de asociaciones materiales y estas asociaciones debían ser entendidas como “construcciones sociales de categorías de clasificación” (Parker Pearson 1982:110), aspecto en el que esta tesis se interesa particularmente.

En suma, estas propuestas destacaban la importancia de considerar los significados históricos de la evidencia funeraria, en tanto la variabilidad observada en las formas de entierro no podía ser separada de los contextos sociales particulares y de la ideología de las sociedades consideradas (Hodder 1984). En opinión de este autor, un modo particular de entierro debía ser visto como una elección activa de las personas, una ‘manera de hacer las cosas’.

En tal sentido, los primeros exponentes de las teorías críticas en arqueología buscaron revertir la tendencia general de las corrientes procesuales que habían otorgado primacía a las explicaciones funcional-adaptativas relegando las cuestiones ideológicas a un epifenómeno de la investigación del pasado (Bender et al. 1997). Las hipótesis procesualistas fueron cuestionadas sobre la base de que éstas restringían las causas a una única dimensión de interés ignorando los procesos cognitivos de las personas involucradas (Morris 1991).

Otro punto importante a destacar de en los estudios de arqueología funeraria alineados con las escuelas críticas, fue la consideración de múltiples líneas de evidencia además de la funeraria propiamente dicha. Por ejemplo, en su análisis de las tumbas megalíticas, Hodder (1984) propuso mirar más allá del contexto funerario y evaluó las características de las tumbas en relación con las casas y los estilos cerámicos. La evaluación conjunta de estas variables permitió asignar un rol activo a la cultura material en la explicación del cambio, actuando ideológicamente en la objetivación, significación y legitimación de las estrategias sociales en el largo tiempo. En la misma línea de pensamiento, Parker Pearson (1982) ya había advertido sobre la necesidad de abordar el análisis del tratamiento de los muertos en el contexto mayor de la sociedad y las distintas categorías de restos materiales disponibles.

En los últimos años se ha visto un énfasis creciente en las posturas que promueven la integración de las distintas disciplinas dentro de la antropología defendiendo la complementariedad de las perspectivas etnográficas y arqueológicas. La publicación del volumen *Social memory, identity and death: anthropological perspectives on mortuary rituals* (Chesson 2001) demostró a través de diversos casos de estudio los beneficios de aplicar una mirada multidisciplinaria a los estudios de las prácticas funerarias.

En suma, sin ser homogéneas en sus planteos, las tendencias teórico-metodológicas englobadas dentro de la arqueología postprocesual remarcaron la necesidad de expandir la investigación arqueológica de las prácticas funerarias más allá del contexto funerario en sí o la variabilidad observada intracementerio. Como resultado, el énfasis puesto en el emplazamiento y disposición de los muertos en el paisaje fue tomando preeminencia.

2.2.4 La influencia de la arqueología del paisaje

En explícita oposición a las hipótesis de Saxe-Goldstein, Chapman y Randsborg (1981:17) ya tempranamente planteaban que los determinantes en la localización de los entierros pudieron no haber respondido a una necesidad económica exclusivamente (ver también Brown 1995). En cambio, alertaban que otros factores –constreñimientos topográficos, visibilidad e intervisibilidad entre sitios y cementerios– también debían ser considerados. No obstante, su propuesta de relacionar “el paisaje de los muertos con

aquel de los vivos”, continuó asimilando el paisaje de los muertos con los ‘cementerios’ y el de los vivos, a los ‘sitios de asentamiento’ (Chapman y Randsborg op. cit.).

Por su parte, Parker Pearson (1982) propuso que el emplazamiento de los muertos debía ser entendido en términos de una “disposición social” (*social placing*), índice de una categorización expresada materialmente en el contexto funerario (Parker Pearson 1982:112). En su planteo, incluyó como variables significativas los límites o fronteras que pudieran haber separado los ámbitos de la vida y la muerte, tales como ríos, cercos, la distancia física que podría ir desde el entierro bajo los pisos de habitación hasta el emplazamiento en puntos destacados del paisaje, y las diferencias entre la fisicalidad de dichos ámbitos. De alguna forma, esta postura ya prefiguraba las aproximaciones fenomenológicas aplicadas al estudio de las prácticas funerarias.

Derivado de aquellos trabajos pioneros, las investigaciones que se sucedieron buscaron separarse de lo que hasta ese momento había sido una tendencia general en arqueología funeraria, la considerar a los cementerios como unidades analíticas en sí mismas, desligándolos de otros factores y evidencias que podrían aportar al entendimiento de las concepciones de la muerte desde una perspectiva arqueológica.

Con la publicación de *Regional approaches to mortuary analysis* (Anderson Beck 1995) se hizo explícita la postura de expandir el foco de estudio de las prácticas funerarias más allá de los límites del cementerio y de su variabilidad intrínseca. En su introducción, Richard Bradley (1995:vi) instó a considerar a los ritos mortuorios como un proceso, no un evento, al tiempo que puntualizó que diferentes prácticas de entierro pudieron dar lugar a diferentes registros, por lo que una perspectiva regional se volvía indispensable. Esto no sólo implicaba considerar una escala de análisis diferente, sino también tipos de evidencia diferentes, aquellas que son comúnmente estudiadas por otros especialistas dentro de la arqueología.

Con el tiempo, la importancia de ‘levantar la mirada’ y observar el lugar que ocupan los cuerpos en el paisaje y cómo a su vez configuran los espacios de la vida doméstica, se volvió una variable fundamental (Parker Pearson 1993, Bender et al. 1997). *The space and place of death* (Silverman y Small 2002) fue una clara evidencia de este continuo interés por la espacialidad de las prácticas funerarias, al cual se sumaban además los beneficios de una mirada integradora de las disciplinas etnográfica y arqueológica en la interpretación de dichas prácticas.

Estos estudios se distanciaban así de un cúmulo de trabajos previos que parecían atender a los contextos funerarios en aislamiento, una acción que ‘recortaba’ estas evidencias de otros aspectos de la vida cotidiana.

El advenimiento de un cambio fundamental en la manera en que el paisaje fue considerado un factor ineludible en el estudio de las prácticas funerarias vino asociado al auge de lo que se conoció como ‘arqueología del paisaje’ (Ashmore y Knapp 1999). Inspirado por la geografía humanística y la fenomenología, Chris Tilley, uno de los principales expositores de esta tendencia, partió de la definición del espacio como un producto social, diferenciándolo de la idea de un simple fondo neutro donde la actividad transcurre (Tilley 1994, 2004). Se distanciaban así de aquellas perspectivas ambientalistas que reducían los paisajes a una lista de parámetros funcionales y adaptativos, considerándolo irrelevante en el estudio de las prácticas funerarias (Tilley 1994).

Este tipo de acercamiento se tradujo en la consideración de variables que no habían sido antes examinadas en profundidad. Así, a partir de una metodología que implica un compromiso (*engagement*) activo con el paisaje, esto es, transitarlo y apreciarlo a partir de los sentidos, variables como las cualidades del terreno donde los contextos funerarios fueron emplazados, su relación con puntos topográficos específicos del paisaje, el impacto visual generado a partir de su encuentro, las posibilidades visuales habilitadas u obliteradas en la localización de cada uno de ellos, comenzaron a pesar en los análisis (e.g. Thomas 1993, Cummings y Whittle 2003, Fowler y Cummings 2003), aunque no sin suscitar diversas críticas (e.g. Fleming 1996, 2006, Barret y Ko 2009).

Algunos trabajos plantearon la necesidad de poner en consideración la experiencia humana de las cualidades físicas de los materiales: texturas, pesos, temperaturas, durabilidad, dureza, etc., propiedades que aunque no podrían ser pensadas como ajenas a la arbitrariedad del significado, pudieron haber canalizando asociaciones metafóricas similares en distintos tiempos y lugares, funcionando como fuentes de hipótesis a ser exploradas contextualmente (Parker Pearson 2002, 2004).

Basándose en estudios etnográficos y testeando la aplicabilidad de sus observaciones a contextos arqueológicos, Parker Pearson y Ramilisonina (1998) atendieron a las cualidades de los materiales constructivos utilizados en tumbas y casas,

entendiendo que ellos podían ser una metáfora sensorial de los ámbitos de la vida y la muerte.

Las perspectivas ‘sensoriales y corporales’ se sumaban así a la variabilidad de herramientas teóricas y metodológicas en el análisis de las prácticas funerarias.

2.3 Maneras de decir, maneras de ver

Aunque sin ser exhaustiva, esta breve revisión a través de las distintas posturas teórico-metodológicas permite reflexionar acerca de cómo la consideración de cierto tipo de datos en detrimento de otros, ha prefigurado parcialmente la investigación de las prácticas funerarias.

Además, la segmentación de ‘arqueología funeraria’ como un campo de estudio particular en cierta forma ha recortado a priori la especificidad de ‘lo funerario’ en vez de determinar su pertinencia como resultado de la investigación. En tal sentido, y retomando lo expuesto al inicio de este capítulo, cuando la investigación se sustenta acríticamente en ideas predefinidas sobre lo funerario –y a las asociaciones que son propias a nuestra concepción del término–, se corre el riesgo de obstaculizar el entendimiento de la diversidad en las concepciones de la muerte en el pasado (e.g. Gittings 1984, Brück 1999, Owoc 2004).

Esta reflexión no pretende desestimar este campo de estudio sino antes bien llamar la atención respecto de algunas limitaciones, riesgos e implicancias que tal recorte analítico impone sobre las maneras de aproximarse a la ontología de los muertos en otros lugares y tiempos.

Por ejemplo, debiéramos repensar la idea de ‘evento extraordinario’ que de manera implícita o explícita se asocia al ámbito de lo funerario en arqueología. Esto es, la idea de ‘extraordinario’ surge en oposición directa a la de ‘cotideaneidad’: cotidiano se vuelve sinónimo de lo doméstico o secular, extraordinario de lo funerario o lo ritual (Bell 1992, Brück 1999). En este sentido la esfera ritual suele ser percibida

“como algo que ocurre más allá de los límites de la vida cotidiana: una actividad que involucra gente especial, lugares especiales y un rango distintivo de cultura

material (...) asumiendo que el ritual estuvo separado de las cuestiones de la vida diaria” (Bradley 2005:35).

Incluso a nivel de la narrativa misma, el vocabulario usado para evocar los rituales pasados contrasta con la rigidez del lenguaje en las descripciones de las tareas cotidianas (Edmonds 1999:8).

Este modo de discriminar la evidencia deja expuesta una forma particular de segmentación de la realidad, aquella donde la dicotomía ritual/secular da origen a la bipartición del entendimiento, de dos extremos que se oponen entre sí: el de la práctica cotidiana y el de la acción ritual (Bradley 2005:16-20).

Sin embargo, ello no implica asumir que ambos registros debieran ser equiparados –acción que sería igualmente cegadora de los contextos particulares– sino, antes bien, el objetivo será establecer de qué manera uno y otro adquieren su especificidad histórica. En tal sentido, lejos de mantener una escisión tajante entre lo ritual y lo secular, el tratamiento de los difuntos en tiempos prehispánicos, parece por momentos balancearse entre una y otra categoría y no incluirse en ninguna exactamente.

En el Noroeste argentino prehispánico, la inoperancia de esta demarcación binaria quedará manifiesta, por ejemplo, al aceptar que no podremos concebir a un cementerio como un lugar más ‘funerario’ de lo que es el patio de una casa típica Tafi (Berberían y Nielsen 1988), espacio de la vida cotidiana y a la vez lugar para el entierro de los difuntos (Scattolin 2010). Asimismo, el entierro de niños en vasijas que han sido utilizadas en tareas domésticas durante el período Tardío (Baldini y Baffi 2007) es otra evidencia de la imbricación de lo cotidiano y lo funerario en el pasado de esta región. Este y otros casos (Chiappe Sánchez 2007, González Baroni 2008) demuestran cómo nuestras categorías (casa vs. cementerio, cotidiano vs. ritual) son atravesadas y desestabilizadas por la coherencia de otros sistemas de referencia.

En este punto debiéramos preguntarnos ¿qué se incluye y qué se excluye cuando se habla del análisis de las prácticas funerarias? Esta cuestión, que aunque en principio podría considerarse como meramente terminológica, no está exenta –como cualquier otra demarcación del lenguaje– de una manera particular de pensar el registro arqueológico. En este sentido, y tal como se ha planteado para la prehistoria británica, aquellos términos comúnmente utilizados para definir las estructuras de entierro (e.g. *earthen mounds, rings, stone cairns, ditches*) se han vuelto con el correr de los tiempos

predefinitorios de dichas estructuras, condicionando su experiencia e interpretación (Owoc 2004:18). Sucede que una vez que se ha aprendido a observar la variación desde un punto de vista, resulta difícil cambiar el ángulo de observación (Dobres 1999:7).

En el Noroeste argentino, tal como una gran cantidad de registros lo atestiguan, la variedad de contextos en los cuales se han recuperado restos humanos es notablemente amplia. De estos, sin embargo, sólo aquellos que se corresponden con ciertos formatos han sido predominantes en los estudios de arqueología funeraria, en particular, tumbas o cementerios considerados como entidades aisladas. En tal sentido, la utilización de categorías descriptivas tales como ‘entierros en cista’, ‘entierros directos’ o ‘entierros en urna’ ha estructurado la variabilidad a partir de una clasificación rígida, donde otras formas que no se ajustan a esta taxonomía quedan excluidas del análisis (e.g. Cortés 2005).

La laxitud terminológica ha generado también dificultades en la interpretación de las evidencias publicadas a principios de siglo XX. Por ejemplo, el uso del término ‘urna’ “no siempre se corresponde con el concepto de contenedor de cadáver, sino que suele referirse a un tipo de vasija independientemente de su pertenencia o no a un contexto funerario” (Baldini y Baffi 2007:19). En otras palabras, las ‘maneras de decir’ pueden volverse determinantes de las ‘maneras de ver’.

Sucede que en ocasiones, el hallazgo de restos humanos fuera de lo que el imaginario occidental considera un ‘contexto funerario’ ha implicado que estos no sean incluidos dentro de dicha temática de estudio, otorgándoles un estatus diferencial al de otros hallazgos.

Brück (1999) ha planteado que la familiaridad que ciertos contextos arqueológicos representan, en términos de lo que estamos acostumbrados a ver, trae aparejadas interpretaciones más o menos directas y notablemente concordantes con la racionalidad actual. Otro trayecto interpretativo se sigue en cambio de aquellos registros que no se asemejan a nada de lo conocido.

Así por ejemplo, el hallazgo de restos humanos en contextos distintos a los esperados ha representado un problema en términos interpretativos, o mejor dicho, no ha representado un problema verdaderamente, siendo estos casos relegados a categorías vacías de capacidad explicativa como la de ‘ritual’ (Bell 1992, Brück 1999, Bradley 2005:28). Asimismo, ante el hallazgo de artefactos asociados a la vida cotidiana en contextos caracterizados como ‘rituales’, las interpretaciones suelen asignarles mayor

significación o un carácter diferente a aquellas de orden funcionalista que se aplican cuando estos son hallados en contextos domésticos (Bradley 2005:35).

Asignar una dimensión funeraria a estructuras o monumentos que no contienen cuerpos humanos o inversamente, tratar de caracterizar aquellas estructuras que se asocian a restos humanos, pero que su funcionalidad no está relacionada con lo que comúnmente se entiende por un contexto funerario, ha desestabilizado la lógica de lo esperado (Parker Pearson 2002:145).

En su discusión sobre las inferencias derivadas del hallazgo de entierros en vasijas toscas a principios del siglo XX, Baldini y Baffi (2007:20) transcriben un pasaje que Juan B. Ambrosetti realizara a raíz de sus excavaciones en La Paya en 1907, donde queda manifiesta esta situación. El hallazgo de entierros en ‘vasijas utilitarias’, esto es, con evidencias de uso en contextos domésticos inferida por la presencia de hollín en la superficie exterior, lleva a Ambrosetti a plantear que:

“estas eran utilizadas en momentos de verdaderos apuros o cuando el cadáver no tenía mayor importancia... aún cuando las hayamos encontrado cubiertas por pucos pintados, imitando en esto a *las verdaderas urnas funerarias*, nos ha sido imposible, a veces, constatar la evidencia de la presencia del cadáver” (Ambrosetti 1907 citado en Baldini y Baffi 2007:20, énfasis mío).

“La urna estaba rota y no aparecieron los restos del niño que *debía* contener...” (Ambrosetti 1907 citado en Baldini y Baffi 2007:20, énfasis de las autoras).

Tal como argumentan en su artículo, el uso de determinadas categorías plantea la dificultad de distinguir “si los términos empleados para identificar a las vasijas aluden a una forma o una función” (Baldini y Baffi 2007:19), situación que deja asimismo en evidencia cómo la prefiguración de lo funerario puede estructurar los caminos interpretativos, en palabras de Ambrosetti, ‘las verdaderas urnas funerarias’ o ‘el niño que debía contener’.

En tal sentido, muchas veces, la relevancia otorgada a cierto tipo de evidencias por sobre otras ha determinado que el análisis de las prácticas funerarias transcurra por caminos conocidos antes que caminos por comprender. Mi punto es que esta purgación de los datos corre el riesgo de traducirse en una construcción del objeto de estudio a la

medida de nuestras expectativas. Ya que tomar en consideración sólo el rango de las evidencias que responden a formatos conocidos (o reconocibles) es, en cierta forma, comenzar a andar el camino desde uno de sus posibles puntos de llegada. Supone partir desde nuestro propio orden de las cosas, desde una racionalidad donde efectivamente existe una esfera de la práctica que denominamos 'funeraria' –y su parafernalia material que le es propia– y observar el registro arqueológico desde este lugar. Ello no implica que tal segmentación fuera ajena al pasado, sino que su pertinencia, antes de ser asumida debe ser investigada.

Es entonces aceptar de que nunca podremos estar exentos totalmente de las categorías a través de las cuales pensamos y creamos el mundo, aunque sí podemos reflexionar sobre ellas críticamente, lo que sienta el punto de partida de esta investigación, que busca aplicar los aportes derivados de distintas líneas de indagación sobre el registro funerario del sur del valle del Cajón con el fin último de comenzar a delinear las trayectorias históricas en la concepción de la muerte en el pasado andino prehispánico.

Capítulo 3

Múltiples miradas sobre el cuerpo: una perspectiva integradora sobre las prácticas funerarias

“The body is not an object to be studied in relation to culture, but is to be considered as the subject of culture, or in other word as the existential ground of culture” (Csordas 1990:5)

3.1 Introducción: la indivisibilidad de los cuerpos

Tal como se discutió en el capítulo anterior, la arqueología funeraria se ha desarrollado según lineamientos variables de acuerdo a las distintas corrientes teóricas y metodológicas aplicadas como así también de acuerdo a la cualidad de las muestras consideradas.

La propuesta que a continuación se presenta sitúa a los cuerpos como denominador común de la investigación de las prácticas funerarias, entendiendo que éstos son entidades biológicas, a la vez que materia de significados fluidos y cambiantes (Geller 2008:114). Por tanto, se sostiene que un examen que conjugue información biológica, arqueológica y antropológica propicia la identificación de los parámetros a través de los cuales los muertos fueron pensados en el pasado. Se busca así dar curso a la necesidad de historización y problematización de los cuerpos, a fin de repensar aquella postura que ve a éstos como una entidad natural y presocial sobre la cual se imprimen significados culturales (Knapp y Meskell 1997, Ingold 2000, Fowler 2002; Hamilakis et al. 2002, Pluciennik 2002, Thomas 2001, Thomas 2007).

Los contextos funerarios pueden ser entendidos como “historias condensadas” (Ingold 2007b:14), esto es, lugares donde las biografías de las personas y de las materias se combinan de maneras socialmente significativas. De ello se deriva que la

aplicación conjunta de estas perspectivas permite dar cuenta de los procesos de ordenación que subyacen a la conceptualización histórica de los muertos.

A continuación, el capítulo se divide en tres partes. Cada una de ellas discute un aspecto particular de la manera en que el estudio de los cuerpos puede aportar al entendimiento de las prácticas funerarias.

En primer lugar se considera la forma en que el análisis de los restos humanos a partir de la metodología bioarqueológica –desde un enfoque osteobiográfico– puede ayudar a responder a la pregunta de quiénes eran las personas enterradas, otorgando identidad a los cuerpos recuperados. Se describen las variables relevadas y la metodología empleada, a la vez que se discuten sus alcances y limitaciones sobre la muestra que aquí se considera. Los resultados para cada uno de los individuos analizados se detallan en el Capítulo 5, dedicado a la descripción integral de los contextos que conforman la muestra de esta tesis.

En segundo lugar, se argumenta sobre la manera en que el tratamiento, disposición y asociación de los cuerpos con diversas materias es informativa de las maneras en que estos fueron pensados y resignificados a través del tiempo. La disposición de los cuerpos se explora a partir de la ‘perspectiva del gesto’, entendiendo que el tratamiento y postura que les fue dado tras la muerte es índice de su objetivación como entidades que demandan acciones específicas. Esta variable es inseparable de la consideración de las cualidades de los objetos, estructuras y paisajes con los cuales se asocian. En tanto elecciones deliberadas, dichas prácticas son los modos implicados en la construcción de la muerte.

Finalmente, el último acápite se centra el rol de los muertos en la construcción del paisaje y en la ordenación de los trayectos cotidianos. Se sostiene que la percepción corporeizada actual y el uso herramientas analíticas como fotos aéreas permiten deslindar la manera en que los movimientos y trayectos corporales delinear los ámbitos de la vida y la muerte y su variación a través del tiempo.

Las perspectivas consideradas son entonces múltiples pero complementarias. Cada uno de los ‘aspectos corporales’ considerados aportan un único objetivo final: el estudio de las clasificaciones y taxonomías a través de las cuales los muertos fueron pensados, postura inseparable de un ejercicio crítico respecto de las categorías que como investigadores situados en el presente aplicamos a su análisis y que tienen consecuencias directas sobre las cuestiones éticas que se derivan de su estudio.

3.2 Osteobiografías: características de la muestra y consideraciones analíticas del análisis bioarqueológico de los cuerpos

Geller (2008:114) ha argumentado que a partir de “contextualizar los cuerpos del pasado en su tiempo histórico, en su espacio físico y en su lugar cultural” la bioarqueología tiene la potencialidad de reconciliar las dos dimensiones en que la corporeidad es arbitrariamente dividida. El “análisis bioarqueológico contextualizado” (Torres-Rouff 2008), es aquél que integra información osteológica y arqueológica, y sitúa a los muertos en relación con la sociedad mayor a la que pertenecieron (e.g. Costa et al. 1998, 2004, Robb et al. 2001). Por tanto, el estudio de los cuerpos –en este caso, de sus restos esqueléticos– a partir de las técnicas y métodos de la bioarqueología ofrece la posibilidad única de obtener información que remite a aspectos que se vuelven cruciales en el entendimiento de su conceptualización en el pasado.

Por su dinámica fisiológica específica, el tejido esquelético guarda registro de diversos aspectos de la osteobiografía siendo evidencia directa de las historias de vida individual y de los estilos de vida de las poblaciones, aspectos inaccesibles desde otras líneas de indagación (Saul 1976, Neves 1984, Larsen 2002, Torres-Rouff y Knudson 2007).

Basándome en una variedad de herramientas analíticas descritas en la literatura específica, se buscó relevar la manifestación osteológica de las siguientes variables: número de individuos, sexo y edad de muerte, indicadores de pautas de actividad y estilo de vida, salud, nutrición y dieta, patologías y marcadores culturales manifiestos a nivel esquelético.

No obstante, aunque el crecimiento, la enfermedad, la edad o el sexo puedan responder a ciertos patrones reconocibles universalmente, es preciso tener en cuenta que las interpretaciones de dichos procesos son culturalmente específicas y por ende, deben ser objeto de problematización (Robb 2002).

Por otro lado, es preciso advertir que, aunque mi análisis procede en los aspectos metodológicos de forma similar a la mayoría de los estudios bioarqueológicos, dado el carácter reducido de la muestra y su amplia dispersión cronológica, los resultados obtenidos no pueden ser considerados representativos de parámetros poblacionales. Sí, en cambio, son indicativos de la dimensión osteobiográfica, de la individualidad de cada persona inhumada como miembro de la sociedad a la que perteneció.

En tal sentido, el análisis bioarqueológico que he desarrollado estuvo orientado a:

1. identificar las partes esqueléticas recuperadas atendiendo a los factores tafonómicos que pudieron haber influido en su conservación;
2. determinar el número de personas inhumadas, en cada contexto;
3. estimar el sexo biológico de cada una de ellas;
4. estimar sus edades al momento de la muerte;
5. calcular la estatura de los individuos adultos;
6. relevar indicadores de actividad, salud y nutrición, y patologías observables a nivel esquelético;
7. determinar la presencia o ausencia y tipo de marcadores culturales y
8. realizar inferencias sobre la cualidad de la dieta de los individuos muestreados de acuerdo a los valores isotópicos de $\delta^{13}\text{C}$ obtenidos.

A continuación se describen cada una de estas variables:

1. La identificación de los restos óseos constituye el primer paso del análisis bioarqueológico. La determinación a nivel de elemento y lateralidad permite discriminar partes esqueléticas correspondientes a un mismo o varios individuos, mientras que frecuencias inusuales de huesos pueden ofrecer evidencia clave en el análisis de las prácticas funerarias. Esta información, necesariamente debe evaluarse a la par de una consideración de los procesos tafonómicos que pudieron haber actuado sobre la muestra, a fin de establecer si la ausencia o selección de partes esqueléticas es producto de la acción fortuita de procesos postdepositacionales o bien, si es indicativa de una acción intencional el tratamiento de los cuerpos. Por tal motivo, tanto la presencia como ausencia de elementos óseos fue registrada (Buikstra y Ubelaker 1994:95).

Asimismo, cualidades químicas, biológicas o físicas de los ambientes de depositación pueden influir en la conservación de los restos óseos, por ejemplo, produciendo cambios de color, textura, quemado, fracturas, marcas en la superficie del hueso o variaciones en su forma. Su correcta identificación, por tanto, permite realizar inferencias y discriminar entre la acción de agentes naturales y prácticas culturales deliberadas (Buikstra y Ubelaker op. cit.).

2. Las muestras arqueológicas de restos esqueléticos pueden incluir esqueletos completos, o conjuntos fragmentarios de huesos (osarios) así como huesos o dientes aislados. Por tanto, determinar el número mínimo de individuos (NMI) permite discriminar entre prácticas de entierro individuales o colectivas, e inferir la reutilización de las estructuras de entierro. Siguiendo a Buikstra y Ubelaker (1994:9) esta

determinación se realizó a partir de la identificación de cada parte ósea a nivel de elemento y lateralidad, estableciendo como número mínimo aquél que revistiera la mayor representatividad.

3. La relevancia de estimar el sexo de los individuos inhumados radica en el aporte que esta variable puede realizar a la interpretación de tratamientos diferenciales en hombres y mujeres, por ende, a las percepciones variables de cada sexo en un momento histórico particular. No obstante, sobre este punto es preciso advertir que la determinación biológica del sexo no debe asociarse directamente a categorías culturales de género como ‘femenino o masculino’, ya que tanto la binariedad del sexo en términos biológicos como la de género en términos culturales, son ambas producto de construcciones sociales, las cuales pudieron o no haberse correspondido con las categorías identitarias reconocidas en el pasado (Butler 1993, Knapp y Meskell 1997, Alberti 1999, Geller 2008). Esto implica que estas distinciones son categorizaciones que requieren de un análisis crítico.

Siguiendo el acuerdo general en la bibliografía específica, la estimación de esta variable se realizó en aquellos individuos que hubieran alcanzado completamente su desarrollo esquelético. Si bien se ha planteado que la expresión del dimorfismo sexual estaría presente ya desde el desarrollo intrauterino, los métodos aplicables en individuos subadultos no alcanzan hasta el momento consenso entre los distintos especialistas (e.g. Buikstra y Ubelaker 1994:16, Bass 1995 [1971]:25-6, Scheuer y Black 2000:15).

Con posterioridad a la pubertad –momento en que aparecen los caracteres sexuales secundarios– el dimorfismo sexual se vuelve observable macroscópicamente a nivel osteológico como variaciones en la forma y dimensiones de los huesos, principalmente en el coxal. En general, se considera al sexo masculino como más ‘robusto’ que el femenino, pero no debe perderse de vista que la medida de esta dimensión no es absoluta sino que es variable en las distintas poblaciones (Bass 1995 [1971]:26, Buikstra y Ubelaker 1994:16).

Asimismo, factores ambientales pueden influir en la expresión del dimorfismo sexual, por ejemplo, la exposición prolongada a distintos estresores durante la etapa de desarrollo puede ocasionar un retraso en el crecimiento; en el sexo masculino, no alcanzar el potencial genético de crecimiento podría resultar en una morfología más ‘grácil’, equiparándose al sexo femenino (Stini 1972, 1985, Hall 1982). Por ejemplo, en el

Noroeste argentino prehispánico, la población de Las Pirguas constituye una evidencia de la disminución del dimorfismo sexual como resultado probable del estrés nutricional prolongado y severo al que se estima estuvo sometida esta población (Baffi et al. 1996).

Existe acuerdo en la bibliografía específica respecto a la pelvis y el cráneo como las regiones donde pueden observarse los indicadores más confiables para la estimación del sexo. Se relevaron la mayor cantidad de indicadores disponibles de acuerdo al estado de conservación de la muestra siguiendo los parámetros y recomendaciones de Phenice (1969), Ferembach et al. (1980), Krogman y Iscan (1986), Buikstra y Ubelaker (1994), Schwartz (1995) y Loth y Henneberg (1996) (ver Tablas 1 y 2).

No obstante, atendiendo al grado relativo de certeza que reviste la estimación de sexo a partir de muestras esqueléticas, los resultados se expresan como ‘probablemente femenino’, ‘probablemente masculino’ o ‘no estimable’ según el caso.

indicador	probablemente femenino	probablemente masculino
morfología general	grácil/redondeada	robusta/angulosa
perfil de la glabella	suave	prominente
hueso frontal	vertical	inclinado
tuberosidades frontal y parietal	marcadas	reducidas o ausentes
proceso zigomático del frontal	estrecho	ancho
arco supraorbital	leve	prominente
línea orbital	circular, con límites angulosos	cuadrangular, con límites redondeados
huesos nasales	pequeños/poco prominentes	grandes/más prominentes
hueso zigomático	corto/margen inferior suave	alto/margen inferior rugoso
arcos temporales	leves	marcados
proceso mastoideo	corto/por bajo de la calota	largo/vertical
área nugal	suave	rugosa
protuberancia occipital externa	pequeña	grande
placas pterigoideas	pequeñas	grandes
cóndilos occipital y mandibular	pequeños	grandes
eminencia canina	indistinguible	distinguible
paladar	pequeño/corto/arco parabólico	ancho/largo/forma de U
rama mandibular	angosta/borde posterior recto	ancha/borde posterior flexionado
profundidad incisivos al mentón	corta	larga
mentón	pequeño/redondeado	grande/protuberante
margen inferior de la mandíbula	fino	grueso
ángulo mandibular	obtuso/límites suaves	perpendicular/límite evertido
primer molar inferior	usualmente 4 cúspides	usualmente 5 cúspides

Tabla 1. Características morfológicas del sexo en cráneo humano según Ferembach et al. (1980), Krogman y Iscan (1986), Buikstra y Ubelaker (1994), Schwartz (1995) y Loth y Henneberg (1996).

indicador	probablemente femenino	probablemente masculino
morfología general	baja / ancha	alta/estrecha
estructura general	inserción muscular leve	inserción muscular pronunciada
entrada pélvica	ancha/oval/elíptica	angosta
cresta ilíaca	sinuosa/levemente flexionada	angulosa/fuertemente flexionada
ala ilíaca	achatada lateralmente	más vertical
tuberosidad ilíaca	discreta/en punta/ausente	ancha/monticular
escotadura ciática mayor	forma U/obtusa/>60°	forma V/angosta/ aprox. 30°
superficie auricular	angosta/elevada sobre la superficie ilíaca	ancha/en plano con la superficie ilíaca
surco preauricular	frecuentemente presente	ausente
espacio preauricular	ancho y amplio	pequeño y angosto
acetábulo	pequeño/postura anterolateral	grande/postura lateral
altura de la sínfisis púbica	baja	alta
rama púbica	larga	corta
ángulo subpúbico	ancho/forma de U	angosto/forma de V
tubérculo púbico	aguzado/alejado de la sínfisis	no pronunciado/cercano a la sínfisis
rama inferior del pubis	grácil	ancha
arco ventral	presente	ausente
concauidad subpúbica	presente	ausente
rama isquio-púbica (cresta)	presente	ausente
forámen obturador isquio-púbico	pequeño/ancho/triangular	largo/alto/oval
tuberosidad del isquion	pequeña	grande
espiná del isquion	más corta/menos intrusita	más prominente e intrusita
ancho del ala sacra	más ancha que el cuerpo de S1	más angosta que el cuerpo de S1
curvatura sacra anterior	extendida desde S3 a S5	extendida desde S1 a S5
superficie articular del sacro	extendida desde S1 a S2	extendida entre S1 y S3

Tabla 2. Características morfológicas diagnósticas del sexo en la pelvis humana según Phenice (1969), Ferembach et al. (1980), Krogman y Iscan (1986), Buikstra y Ubelaker (1994) y Schwartz (1995).

4. Conocer la edad de los individuos inhumados en relación con el contexto de entierro habilita la reflexión crítica sobre el modo en que el desarrollo biológico fue percibido –o más correctamente, expresado en el ámbito funerario– en términos del ‘ciclo de vida’, esto es, la separación del crecimiento fisiológico en etapas socialmente significativas (e.g. Joyce 2000, Stoodley 2000). En última instancia, estas etapas hacen referencia a una concepción del paso del tiempo y al modo en que este ciclo fue relevante en el pasado (Meskell 2000, *World Archaeology* 2000, vol. 3).

A favor de uniformar criterios terminológicos, Baldini y Baffi (2003:57) propusieron utilizar las categorías de edad definidas por Bogin (1995) en grupos vivos.

Este autor divide la vida posnatal preadulta en seis períodos: *neonatal* (nacimiento a 28 días); *infancia* (2 mes al final de la lactancia, ca. 36 meses); *niñez* (3 a 7 años); *juventud* (7 a 10 años en mujeres, 7 a 12 años en varones); *pubertad* (etapa de reactivación hormonal relacionada con el desarrollo de caracteres sexuales secundarios) y *adolescencia* (desarrollo posterior a la pubertad, puede durar entre 5 a 10 años). Se considera al individuo en la etapa de *adultez* desde los 20 años hasta el final de la capacidad reproductiva en mujeres. La última etapa es referida como *senectud* (Bogin y Smith 2000:380-1). No obstante, y de manera similar a lo planteado para las adscripciones de sexo/género, la estimación de la edad de muerte y la adscripción de los individuos a categorías como ‘adulto’, ‘joven’, ‘niño’, etc. debe estar exenta de la percepción moderna de dichas clasificaciones y los roles sociales que se le adscriben a cada una.

Metodológicamente, la estimación de edad de muerte se llevó a cabo considerando en todos los casos el mayor número de indicadores disponibles de acuerdo a las partes esqueléticas presentes y su estado de conservación. En el resultado final se ponderaron las discusiones vigentes en la bibliografía específica respecto de la mayor o menor confiabilidad de los distintos métodos. Asimismo, cuando existieran en la bibliografía estimaciones diferentes para cada sexo, y éste fuera desconocido o no estimable en el individuo muestreado, la edad se expresa como un promedio de los valores femeninos y masculinos.

Atendiendo a las variaciones intrínsecas de cada método y a la variabilidad derivada de las diferencias en los patrones de crecimiento y desarrollo asociadas a poblaciones distantes en tiempo y espacio, se consideró pertinente expresar las estimaciones etáreas como intervalos y no como edades puntuales.

En el caso de individuos inmaduros –esto es, aquellos que no hubieran alcanzado su desarrollo esquelético completo– se consideraron por un lado, los patrones de desarrollo dental según el método propuesto por Moorrees et al. (1963) a partir del cual se puede evaluar el estadio de maduración de dientes deciduos y permanentes según las etapas de formación de la corona, raíz y ápice tanto en piezas uniradiculares como en molares. Este método es de gran utilidad en tanto puede aplicarse sobre dientes aislados –esto es, separados de su inserción mandibular–, una situación común en las muestras arqueológicas.

En el caso de mandíbulas con dientes in situ, se consideró el patrón de erupción dental según Ubelaker (1989).

Por otro lado, se evaluó el grado de desarrollo y maduración esquelética a partir de la medición de los huesos disponibles, utilizando los métodos de Fazekas y Kósa (1978) para el caso de fetos y perinatos, y Scheuer y Black (2000, citando a distintos autores) para subadultos hasta el cese de crecimiento.

Cuando las estimaciones realizadas en base al desarrollo y erupción dental discreparan notablemente de aquella obtenida en base al crecimiento de los huesos largos, se optó por expresar la edad de acuerdo al primer método, considerado genéticamente menos variable frente a situaciones de estrés (Baffi et al. 2001:74).

Por último, se consideraron los distintos estadios de osificación y fusión de las epífisis según Buikstra y Ubelaker (1994) y Scheuer y Black (2000). El proceso de unión de las epífisis sigue, en líneas generales, un patrón regular con mayor o menor grado de variación según las partes esqueléticas consideradas. Por ejemplo, las fusiones más tempranas ocurren a nivel vertebral, entre los dos y los seis años, primero entre los arcos neurales y posteriormente entre estos y el centro (Buikstra y Ubelaker 1994:43, Scheuer y Black 2000:196, 218). Mientras que las fusiones más tardías, ocurren a nivel de la sutura esfeno-basilar en la base del cráneo (en general, durante la adolescencia aunque con notable variabilidad según los autores considerados [Scheuer y Black 2000:59]); la cresta ilíaca en la pelvis, cuya osificación completa se estima entre los 20-23 años (Scheuer y Black 2000:372); la primera y segunda vértebra sacra, aproximadamente después de los 25 años (aunque este rasgo también puede exhibir gran variabilidad [Scheuer y Black 2000:213]) y la epífisis medial de la clavícula, cuya osificación completa en general no ocurre antes de los 22 años, pero debiera estar totalmente fusionada para los 30 años (Scheuer y Black 2000:251).

Es preciso tener en cuenta que, en líneas generales, las mujeres tienden a madurar uno o dos años antes que los hombres, por tanto si el sexo es conocido en la muestra, esta variabilidad debe ser tomada en cuenta (Buikstra y Ubelaker 1994:42)

Para el caso de individuos que hubieran concluido su desarrollo y maduración esquelética, las aproximaciones de edad se realizaron atendiendo a distintos criterios según las partes óseas disponibles. En general, los distintos autores consultados acuerdan respecto de la pelvis como la región más confiable para la estimación de edad

de una muestra esquelética de adultos (Bass 1995 [1971], Buikstra y Ubelaker 1994, Scheuer y Black 2000).

La sínfisis púbica y la superficie articular del ileon atraviesan patrones de cambio morfológico específicos a lo largo del tiempo, los cuales han sido descritos en detalle por varios autores y correlacionados con rangos de edad aproximados, permitiendo inferir la edad de los individuos inhumados. La observación de dichos cambios se realizó siguiendo las metodologías propuestas por Todd (1921a, 1921b) y Brooks y Suchey (1990, en Buikstra y Ubelaker 1994) para la sínfisis púbica y Lovejoy et al. (1985) y Buikstra y Ubelaker (1994:26-32) para la superficie articular del ileon.

Por último, se evaluó el grado relativo de fusión de las suturas craneales, aunque este método es considerado menos confiable que los anteriores en tanto los patrones de obliteración están sujetos a mayor variabilidad que el resto de los indicadores. No obstante, su utilización se justifica en casos de ausencia de otros rasgos informativos o en conjunto con ellos (Buikstra y Ubelaker 1994:32). Como otras fusiones óseas, el cierre de las suturas sigue un patrón específico a lo largo del tiempo; en líneas generales, a mayor grado de obliteración, mayor es la edad del individuo inhumado.

5. En los casos en que la conservación de la muestra lo permitiera, se realizaron estimaciones de estatura sobre los individuos adultos. La estimación de estatura a nivel poblacional es considerada un indicador general del estado de nutrición (Stini 1969, Hall 1982, Martin et al. 1985, Larsen 1987). Ante situaciones de estrés prolongado durante la etapa de crecimiento, el potencial genético de desarrollo de las extremidades inferiores puede verse retardado o incluso detenido como una de las respuestas adaptativas del organismo (Huss-Ashmore et al. 1982:412). Dado que el crecimiento de los hombres durante la etapa adolescente se da en un período más prolongado de tiempo que el de las mujeres, ante situaciones de estrés, aquellos son más propensos a no alcanzar su potencial de crecimiento, situación que puede derivar en una disminución del dimorfismo sexual a nivel poblacional (Hall 1982, Stini 1985, Stinson 1985, Larsen 1987:352).

No obstante, extraer conclusiones de este tipo es posible sólo en el caso de muestras estadísticamente significativas, provenientes de una misma población, a efectos de poder comparar ambos sexos (e.g. Baffi et al. 1996, Barboza et al. 2005). En casos de muestras esqueléticas pequeñas como la que aquí se considera, no fue posible

obtener conclusiones en aquel sentido. Asimismo, se debe tener en cuenta que la aplicación de los estándares derivados de poblaciones modernas, distantes en tiempo y el espacio de los grupos prehispánicos que aquí se consideran, proporcionan, más que una estimación de la estatura 'real', un valor relativo de utilidad comparativa. Sin embargo, la estimación de estatura constituye otra fuente de información para reconstruir la osteobiografía de los individuos inhumados, a la vez que la misma puede ser de utilidad comparativa a otros estudios específicos, por tanto se consideró importante relevarla en la muestra.

De los métodos propuestos en la bibliografía, se optó por el de Trotter (1970). Se realizó la medición del largo máximo de los huesos de las extremidades (fémur, tibia, peroné, húmero, radio y cúbito) siguiendo las especificaciones de dicho autor. En las tablas correspondientes se exponen los resultados obtenidos sobre todos los huesos disponibles. El resultado expresado en el texto corresponde al valor obtenido en base al fémur, por ser este hueso el que contribuye proporcionalmente en mayor medida a la estatura de adulto (Feldesman 1992).

En los casos en que el sexo de los individuos fuera conocido, se aplicaron los estándares para "*American White Males*" o "*American White Females*" (Trotter 1970:78 y 80, Tabla XXVIII), sobre individuos masculinos y femeninos respectivamente. Si el sexo fuera desconocido, la estatura se estima como un promedio de ambas predicciones.

6. Los restos esqueléticos fueron examinados en detalle a fin de detectar la presencia de cambios degenerativos asociados con pautas de actividad, lesiones patológicas e indicadores del estado de salud y nutrición. Los distintos autores consultados recomiendan la evaluación conjunta de la mayor cantidad de indicadores disponibles (Huss-Ashmore et al. 1982:449, Larsen 1987:375). No obstante, es preciso recordar que no todos estos procesos tienen manifestación esquelética o bien, la gravedad de la afección puede ser tal que el individuo muera antes de manifestarla.

Las variables relevadas incluyeron: a. hiperostosis porótica/criba orbitalia; b. hipoplasias de esmalte; c. infecciones a nivel esquelético y dental; d. anomalías de forma o tamaño de los huesos; e. osteoartritis; f. lesiones traumáticas.

a. La hiperostosis porótica o criba orbitalia, observable en el cráneo (frontales, parietales) y en la pared superior de las cavidades oculares, es la manifestación esquelética de un déficit severo de hierro en el organismo (anemia) (Huss-Ashmore et al.

1982:414, Boyd 1996:192). No obstante, se ha planteado que algunas enfermedades infecciosas pueden provocar los mismos resultados (Huss-Ashmore et al. 1982:416, Martín et al. 1985:266-268, Larsen 1987:357). Macroscópicamente, puede distinguirse por la particular textura porosa de la superficie ósea, producto del afinamiento del tejido compacto y la consecuente exposición del tejido trabecular subyacente. Asimismo, es posible distinguir entre una afección activa al momento de la muerte, o una condición recuperada, indicando que el individuo sobrevivió por algún tiempo a la condición anémica (Martín et al. 1985:267).

b. Las líneas de hipoplasia se observan como deficiencias en el grosor del esmalte dental, resultado del cese de crecimiento durante el período de formación de la corona. Esta condición se asocia con eventos de estrés nutricional, por lo que conociendo el patrón de desarrollo dental, puede determinarse el momento en que tal afección tuvo lugar (Huss-Ashmore et al. 1982, Rose et al. 1985, Larsen 1987, Boyd 1996). Existe asimismo una correlación positiva entre la presencia de hipoplasias y la frecuencia de estadios de enfermedad (May et al. 1993), y con una menor expectativa de vida (Duray 1996).

c. Ciertos tipos infecciones pueden detectarse a nivel óseo aunque este es considerado un indicador inespecífico, ya que salvo en casos excepcionales no es posible determinar su etiología (Ortner 2003b:180). Al mismo tiempo, no todas las infecciones tienen manifestación a nivel esquelético. Se denomina periostitis a la infección que afecta la superficie externa del hueso (periostio), mientras que si la afección compromete la parte interna del tejido óseo (la cavidad medular y la superficie interna del hueso o endostio), se conoce como osteomielitis (Larsen 1987:380, Ortner 2003b:181). Las causas de su ocurrencia pueden ser múltiples: los agentes infecciosos pueden ingresar a la cavidad medular a raíz de una fractura, la infección de otro tejido, o por vía sanguínea transmitiendo infecciones localizadas en otro lugar (Ortner op. cit.)

Las caries son una de las más comunes lesiones infecciosas que afectan la salud bucal, provocando la progresiva destrucción de la estructura, corona o raíz de las piezas dentales como consecuencia de la acción desmineralizadora de los agentes microbacteriales actuando sobre la superficie dental (Larsen 1987:375, Ortner 2003d:589). La incidencia de esta patología puede verse favorecida o disminuida por múltiples factores, entre ellos, la cualidad de la saliva y las microbacterias presentes en la boca, defectos en el esmalte o en la estructura dental, así como el tipo de alimentos

ingeridos y su modo de preparación (Larsen op. cit., Boyd 1996:193, Ortner 2003d:590).

La progresión de una lesión cariogénica sin tratamiento puede resultar en la destrucción total de la corona y partes significativas de la raíz, exponiendo la cavidad pulpar, creando un gran riesgo de infecciones que deriven en abscesos y la destrucción del hueso alveolar. Los abscesos generalmente producen la caída del diente, seguida en algunos casos por la remodelación y obliteración del tejido alveolar (Ortner 2003d:590).

Altas frecuencias de caries en grupos agricultores han sido asociadas con el consumo de alimentos ricos en carbohidratos y azúcares como el maíz, sin embargo, esta no es una tendencia unilineal en tanto en grupos cazadores-recolectores también han sido reportadas frecuencias comparables. Por otro lado, en grupos agrícolas, la tecnología empleada en la preparación de alimentos puede contrarrestar la acción de los alimentos en la formación de caries. El uso de morteros y molinos de piedra, por ejemplo, incluye partículas abrasivas en los alimentos que desgastan la corona de los dientes alisando las cavidades que suelen ser más propicias para la actividad cariogénica (Larsen 1987:379).

El grado de desgaste dental fue asignado según las cuatro etapas del esquema de Miles (1963): 1. sin desgaste/esmalte pulido; 2. superficie del esmalte severamente desgastada; 3. exposición progresiva de dentina; 4. exposición de la dentina secundaria o la cavidad pulpar. Si bien este esquema se propone como un método para la estimación de edad en base al grado de desgaste observado, se utiliza aquí con fines descriptivos, y no como estimativo de la edad de muerte, por las razones antes mencionadas.

d. Ciertas variaciones en la forma y tamaño de los huesos pueden ser interpretadas como resultado de actividades rutinarias o estilo de vida. Algunas de estas modificaciones pueden considerarse no patológicas en tanto derivan de la reacción normal del tejido óseo frente a diferentes pautas reiteradas en el uso del cuerpo. Por ejemplo, alteraciones en las superficies articulares o la hipertrofia de las regiones de inserción muscular pueden ser indicativas de el uso prolongado y reiterado de las mismas, y ser interpretadas como resultado de movimientos habituales (Boyd 1996:193). No obstante, asignarlas a un tipo de actividad específica no es posible en la mayoría de los casos.

e. Otro tipo de modificaciones en las superficies articulares revisten el carácter de patológicas producto del estrés mecánico reiterado y los cambios degenerativos resultantes de la demanda músculo-esquelética. La más común de estas afecciones se conoce como osteoartritis, ocasionada por la hipertrofia del hueso en los márgenes de las articulaciones o la ruptura del tejido duro provocando la formación anormal de tejido óseo en la superficie articular (Larsen 1987:388). Junto con las infecciones y los traumas, la artritis es una de las tres patologías más comúnmente observadas en restos esqueléticos humanos (Ortner 2003c:545).

f. La presencia de traumas (golpes, fracturas) son referentes de la historia de vida individual, aunque la determinación de su causa (violencia o accidente), depende en muchos casos de la presencia de una muestra significativa que permita establecer patrones de localización de las lesiones específicas (Larsen 1987:385, Ortner 2003a:119-117). En el caso de Las Pirguas, por ejemplo, la alta frecuencia de golpes y fracturas tanto en adultos como en subadultos fue señalada como evidencia de una situación de alta “tensión grupal” para esta población (Baffi et al. 1996:211). La evidencia de callos que indiquen la remodelación del hueso y posterioridad a una lesión, puede ser indirectamente indicativa del entorno social, que debió ocuparse de la persona afectada mientras el proceso de curación hubiera tenido lugar (Ortner 2003a:128).

7. El análisis bioarqueológico se completó con la evaluación de modificaciones intencionales del esqueleto. En las poblaciones andinas, la más comúnmente observada es la deformación artificial del cráneo. Esta práctica, documentada extensivamente en el Noroeste argentino prehispánico, demuestra que el cuerpo fue entendido como una materia a ser modificada en formas socialmente prescritas (Joyce 1998:156, Blom 2005).

Durante la infancia, los huesos que conforman el cráneo no están fusionados entre sí (a menos que ocurra una fusión temprana anormal), por lo que la cabeza del individuo es una superficie maleable. Mediante el uso de distintos artefactos deformadores (algunos de los cuales han sido recuperados en contextos arqueológicos), el cráneo puede ser manipulado para darle una forma distintiva (Dembo e Imbelloni 1938, Buikstra y Ubelaker 1994:160).

La terminología y clasificaciones utilizadas para describir las deformaciones craneanas son variables según las regiones. En este lugar he optado por seguir el sistema clasificatorio propuesto por Dembo e Imbelloni (1938) basado en los estudios

craneométricos de Imbelloni sobre las colecciones de los museos de Buenos Aires y La Plata.

De acuerdo a este autor, las deformaciones pueden ser divididas en dos grandes tipos: tabulares y anulares. El tipo tabular se logra mediante la “compresión fronto-occipital”; según sea el ángulo de la compresión, pueden obtenerse dos formas: oblicua y erecta. En el caso de los tabulares oblicuos, el aparato más comúnmente asociado es el de las “tabletas libres”, mientras que los tabulares erectos “resultan de comprimir por medio de un plano decúbiteo (cuna) la región posterior del cráneo” (Dembo e Imbelloni 1938:255). La deformación anular se logra mediante la aplicación de vendas, logrando una forma alargada del cráneo.

Sobre cada uno de los tres tipos principales los autores distinguen a su vez variedades, grados y formas, resultantes de las condiciones anatómico-fisiológicas del individuo, y la técnica de deformación empleada (Dembo e Imbelloni 1938:267), no obstante, a los fines descriptivos utilizaré sólo la clasificación tripartita principal.

En un estudio actualizado sobre la distribución de la deformación artificial del cráneo en el área andina centro sur, Cocilovo y Varela (2010) realizan una recopilación exhaustiva de la información disponible. Refiriéndose a los datos que publicara Imbelloni en la década del '30, los autores destacan que en una amplia región comprendida por Perú, norte de Chile y de Argentina, los tipos deformativos registrados corresponden a:

“Chimú y Chincha (deformación tabular erecta exclusivamente), Huanta-Kichua (deformación anular erecta y tabulares), ‘pueblos de la Montaña N. O. Perú’ (deformación anular), ‘pueblos amazónicos, Perú oriental’ (tabulares oblicuos exclusivamente), Colla (deformación tabular erecta y circular), Atacameña (deformación anular, tabular oblicua y tabular erecta), Puna de Jujuy (circulares y tabulares), Humahuaca (tabular oblicua exclusivamente), Diaguita occidental, Chile (predominio de tabular erecta), Diaguita oriental, Argentina (predominan tabulares y escasos circulares)” (Cocilovo y Varela 2010:42)

Su propio análisis sobre un total de 2753 casos relevados (adultos, de ambos sexos, deformados y no deformados) procedentes del norte de Chile y el Noroeste argentino para un lapso temporal que abarca desde el 3000 AC y el 1450 DC, los autores concluyen que la deformación artificial del cráneo (según la clasificación

Tabular Erecta, Tabular Oblicuo, Circular Erecto, Circular Oblicuo) fue una práctica común en estas regiones, detectándose en el 82% de los casos.

El Noroeste argentino presenta una mayor proporción de tipos tabulares, siendo los Tabulares Erectos dominantes en la subárea de Valles Calchaquies (82%) y los Tabulares Oblicuos en la Puna (69%) y la Quebrada de Humahuaca (64%), mientras que los Tabulares Erectos alcanzan el 90 % en la serie Belén, y los tabulares son el tipo principal (62%) en las Selvas Occidentales (Pampa Grande). En todas las muestras es baja la proporción de circulares, sin superar el 3% de los casos.

En el Norte chileno, la diversidad de tipos es mayor, sin embargo, siguen prevaleciendo los tipos tabulares. Para esta región pudo establecerse además una discriminación temporal de las deformaciones: durante el período Arcaico Tardío predominan los tipos circulares y no deformados, sobre una baja proporción de Tabulares Erectos y ausencia de Tabulares Oblicuos. Posteriormente, todos los tipos están presentes aunque con distintas frecuencias: la forma Tabular Oblicua aparece recién a partir del Intermedio Temprano, junto a los otros tipos y los no deformados. En el período Medio disminuyen las formas circulares y se da un incremento sustancial de tabulares, destacándose el aporte de San Pedro de Atacama. En el Intermedio Tardío vuelven a predominar los tipos circulares, mientras que en el Tardío se registra nuevamente una alta frecuencia de los tipos tabulares (Cocilovo y Varela op. cit.:54).

En líneas generales los autores concluyen que “la diversidad de formas desde el Período Arcaico hasta el Tardío varía substancialmente, siendo escasa en los registros más antiguos, alcanzando una mayor variedad en los momentos intermedios para luego disminuir en las etapas más tardías” (Cocilovo y Varela op. cit.:60).

Indicios osteológicos de otra práctica cultural han sido documentados en San Pedro de Atacama (sitio Solcor 3, ca. 400-900 DC), donde la presencia de patrones característicos de abrasión dental fue interpretada como causa del uso reiterado de ornamentos labiales (Torres-Rouff 2003). No siendo esta una modificación intencional de la morfología dental, sí es una consecuencia derivada de la modificación corporal por el uso de adornos específicos. En tal sentido, y atendiendo a una larga tradición de contacto entre las poblaciones del Noroeste argentino y norte de Chile se tuvo en cuenta la observación de posibles modificaciones dentales que pudieran ser indicativas de tales prácticas en la muestra que aquí se contempla.

8. Finalmente, se tomaron en consideración los valores isotópicos de $\delta^{13}\text{C}$ obtenidos sobre los individuos fechados. La interpretación de dichos valores permite obtener información directa del tipo de alimentos que ha sido mayormente constitutivo de la dieta, información complementaria a las inferencias indirectas provenientes de los estudios arqueobotánicos, zooarqueológicos y tecnológicos.

Las señales isotópicas de $\delta^{13}\text{C}$ son indicativas de la proporción relativa de recursos vegetales consumidos de acuerdo a los patrones fotosintéticos C_3 , C_4 y CAM. El maíz, como principal exponente de las plantas comestibles del tipo C_4 , ha sido considerado como el alimento por excelencia de las poblaciones agrícolas del Noroeste argentino. No obstante, como varios autores han resaltado, dentro de la diversidad de alimentos consumidos desde los principios de la domesticación de alimentos, se encuentran otros tipos de cereales y pseudocereales tales como la quinoa, porotos y tubérculos (plantas del tipo C_3), así como la tuna y la pasacana (del tipo CAM).

A partir de la comparación de los valores arqueológicos de $\delta^{13}\text{C}$ contra rangos de referencia para cada grupo es posible asignar la importancia relativa de esos alimentos en la composición de la dieta (Schoeninger y DeNiro 1983, Hastorf y DeNiro 1985, Ambrose y DeNiro 1986, Burger y van der Merwe 1990, Norr 1995, Schoeninger 1995, Ubelaker et al. 1995, de France et al. 1996, Larsen et al. 1996). No obstante, los rangos propuestos en la bibliografía específica para cada uno de estos tipos de plantas no son uniformes debido a que los mismos pueden presentar variaciones de acuerdo a la incidencia de diversas situaciones.

En otro lugar (Calo y Cortés 2009) hemos sintetizado algunos de los principales factores que causantes de dichas discrepancias en la expresión de los valores isotópicos. Por ejemplo, fluctuaciones en las tasas de $^{13}\text{C}/^{12}\text{C}$ de las plantas pueden ocurrir como resultado de oscilaciones climáticas, cambios en las proporciones relativas de CO_2 en el ambiente, variaciones intra e interespecíficas e incluso entre los distintos órganos de un mismo individuo (e.g. Tieszen 1991, Tieszen y Fagre 1993, Heaton 1999, Rubenstein y Hobson 2004). Una de las consecuencias de esta situación radica en que una pequeña diferencia entre los valores isotópicos –i.e. de menos de dos puntos por mil– debe ser tomada con cautela en tanto puede estar reflejando tanto los efectos de dichas variaciones como divergencias en el tipo de alimentos consumidos (Heaton 1999).

Para soslayar esta circunstancia, en la bibliografía específica se destaca la importancia de generar valores de referencia locales para los períodos y áreas en

estudio, situación que, en el Noroeste argentino es aún una tarea incipiente. La disponibilidad de muestras de referencia que concuerden con la época y el lugar geográfico estudiado podría minimizar dichos efectos en la interpretación, no obstante, y aunque muchos investigadores se hallan actualmente trabajando en esta temática, hasta el momento no disponemos de valores isotópicos de referencia de muestras arqueológicas provenientes del área del valle del Cajón o el valle de Santa María.

En tal sentido, he decidido seguir los mismos criterios empleados previamente (Calo y Cortés 2009), tomando como valores de referencia aquellos publicados por Fernández et al. (1991) sobre muestras modernas de plantas silvestres de la Puna argentina, a fin de integrar los valores obtenidos de las siete nuevas muestras provenientes del valle del Cajón con los datos hasta ahora disponibles para el período Formativo en el área de puna, valle de Santa María y la vertiente oriental de los Andes. Los rangos de las rutas fotosintéticas de $\delta^{13}\text{C}$ propuestos por Fernández et al. (1991) abarcan del -10,6 a -13,8 ‰ para las plantas C_4 y -21,6 a -29,1 ‰ para las C_3 . Cabe destacar, que los valores isotópicos que aquí se presentan son hasta lo que mi conocimiento alcanza, los únicos para el área del valle del Cajón.

Así entonces, la consideración conjunta de todos los indicadores descriptos en esta sección puede aportar a reconstruir las osteobiografías de los individuos que conforman la muestra, en otras palabras, la historia de vida de cada uno. A la par de los aspectos corporales que se exploran a continuación, esta información es fundamental al estudio de la concepción de la muerte y su expresión en el ritual funerario.

3.3 Gestos y materias: variables significativas en el tratamiento y asociación de los cuerpos

Así como durante la vida las personas usan y modifican sus cuerpos de formas culturalmente prescriptas –formas que transmiten sentido de pertenencia, creencias, sentimientos e historias de vida– tras la muerte, los cuerpos continúan siendo “entidades plásticas” que requieren y exigen manipulación por parte del grupo social al cual pertenecieron (Meskell 2004:124). La forma en que estos son tratados –la postura o ‘el gesto’ que les es dado–, su asociación y combinación con diversas materias –objetos,

estructuras, rasgos del paisaje– son índices de la forma en que los muertos fueron pensados en el pasado.

Entre los vivos los gestos actúan como demarcadores de pertenencia tanto al interior de grupos (e.g. de género, de edad, de estatus, etc.) como entre grupos (Bremmer 1991, Bremmer y Roodenburg 1991, Kendon y Blakely 1986), su interpretación por ende es una forma de desentramar el sistema social del cual forman parte (Thomas 1991:11).

En un estudio inaugural, Marcel Mauss acuñó la expresión ‘técnicas del cuerpo’ para referir a las formas en que en cada sociedad la gente aprende a usar su cuerpo (Mauss 1979:97). Central a su argumento, fue la idea de que no debíamos esperar ninguna manera natural de hacer aún las cosas más simples (Mauss 1979:102): caminar, pararse, descansar o dar a luz encierran modos culturalmente específicos de movimiento y postura (Mauss 1979).

En la evidencia arqueológica, los gestos corporales han quedado manifiestos en la disposición de los difuntos y en la representación de la figura humana, pero también, indirectamente, en los diseños arquitectónicos (el gesto implicado en circular al interior de los recintos), en los objetos (a través de las elecciones tecnológicas suponen gestos específicos involucrados en el uso de los mismos) (Matthews 2004, 2005), y –como discutiré en el próximo acápite– en los movimientos corporales implicados en el tránsito por el paisaje.

A propósito de la representación de la figura humana en el pasado, José Antonio Pérez Gollán ha destacado la ineludible similitud formal de la postura de las esculturas líticas conocidas como “suplicantes” y aquella dada a las momias prehispánicas (Figura 7):

“Los suplicantes son, sin lugar a dudas, una representación de un ser humano, pues las características anatómicas así lo indican. El rasgo que los distingue es el tratamiento de brazos y piernas; las extremidades han sido talladas como dos arcos perforados y, partiendo de estos elementos, se organiza la composición total de la figura; vistos de perfil tienen la apariencia de una letra B mayúscula. En la mayoría de los suplicantes la cara mira hacia arriba; la boca y los ojos son pequeños cilindros protuberantes, mientras que la nariz es aguileña: algunos tienen indicación de sexo masculino. A nuestro juicio se trata de representaciones en piedra de los antepasados que, como ya dijimos, fueron amortajados, siguiendo el rito fúnebre

andino, con las manos en las mejillas y las rodillas contra el pecho. El suplicante debió ser el ancestro, huaca tutelar del ayllu, fundador de la aldea y de las chacras.” (Pérez Gollán 2000b:236)



Figura 7. Momia de la costa centro norte del Perú (izquierda) Tomado de Pérez Gollán (2000:29a, foto: J.M.Vreeland Jr.) y ‘suplicante’ (derecha). Tomado de Pérez Gollán (2000a:25).

Esta postura no sólo ha quedado manifiesta en los cuerpos momificados, también en los restos esqueléticos es común observar la posición genuflexa característica de dicho gesto (Figura 8). Asimismo, los gestos de los vivos destacan posturas específicas hacia la muerte (Figura 9).

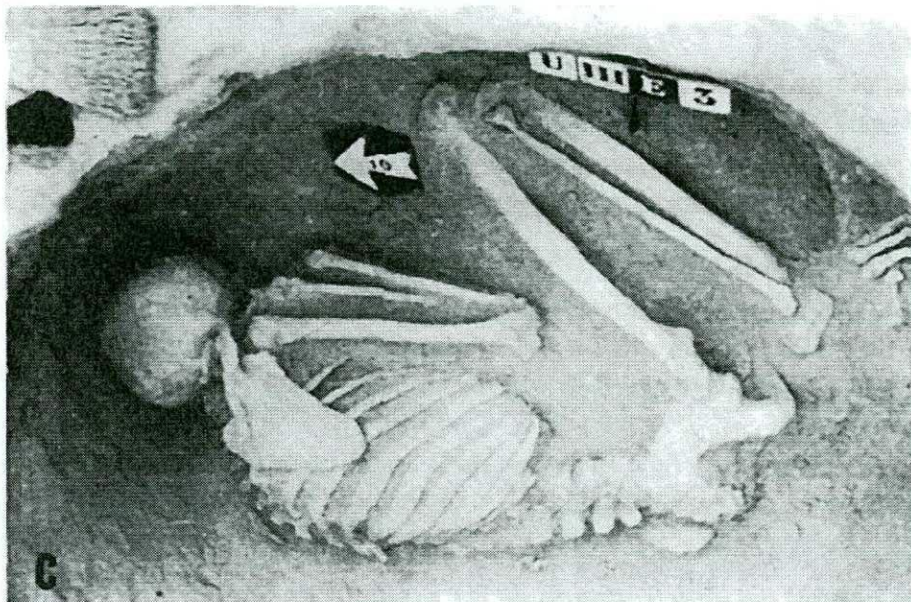


Figura 8. Entierro en Alamito (sitio C-0, Recinto 1, Entierro 1). Tomado de Nuñez Regueiro (1998:102).



Figura 9. “suplicantes” Museo de La Plata (izquierda) (foto: María Cristina Scattolin); un joven indio *aché-kwaré* imita la posición de la muerte en una tumba (derecha) (foto: Lucien Sebag, Paris, *Laboratoire de anthropologie sociale/fonds des archives photographiques, Collège de France y École de hautes études en sciences sociales* 1969. Una foto, blanco y negro; cf Sebag 1969). Tomado de Scattolin (2006a:366).

Estos ejemplos son evidencia de las formas en que el uso del cuerpo ha codificado la expresión de significados en circunstancias y contextos particulares y de la importancia que determinados gestos revistieron en el pasado para ser objeto de ‘inmortalización’ tanto en los cuerpos de los difuntos como en distintos soportes materiales (Cortés 2007:67).

Siguiendo la argumentación de Mauss (1979), una técnica corporal implica una acción fundamentalmente tradicional, y en tal sentido, no puede ser considerada distinta de las acciones mágicas, religiosas o simbólicas (Mauss 1979:104). Principal en este sentido fue la idea de que los gestos poseen una “efectividad” (Mauss 1979:104), siendo muchas veces portadores de un poder ausente en el discurso (Kendon 1981:158). Las expresiones gestuales producen algo, tienen un resultado, generan nuevas acciones, y es allí donde su eficacia reside en última instancia (Schmitt 1991:62). Por tanto, y contrariamente a la común consideración del gesto como algo inmaterial y meramente ‘simbólico’, estos operan efectivamente como prácticas corporales silenciosas. Pero mientras que los gestos actuados por los vivos son efectivos y transformadores, también son efímeros y pasajeros. En contraste, los gestos dados a los difuntos pueden estar destinados a perdurar en el tiempo al igual que los efectos que ellos propician (Cortés 2007).

Varios ejemplos etnográficos de distintas regiones de los Andes dan cuenta de estas prácticas y sus resultados (ver Allen 1982, 1988:54-63; Bastien 1978:171-187, 1995; Paerregaard 1987). Entre los Laymi de Bolivia por ejemplo, el cuello, brazos y pies del difunto son atados para restringir el espíritu a su propio cuerpo, evitando así que cause daños a los vivos (Harris 1982). La contundente imagen de una momia recuperada en Perú en 1915 es la evidencia material de la larga tradición y expansión regional de estas prácticas (Figura 10).

Asimismo, relatos de los extirpadores de idolatrías dejaron registrados los “impresionantes esfuerzos” para dar a los ancestros “posturas, gestos y orientaciones similares a las de los vivos” (Salomon 1995:346).

En el Noroeste argentino prehispánico, el rango de variabilidad en los gestos dados a los difuntos es amplio: existen casos en los que se observa una total obliteración de la anatomía corporal individual (osarios), o disposiciones que respetan la identidad anatómica de los individuos otorgándoles distintas posturas: extendidos, flexionados, recostados sobre su espalda o en posición de sentado. Asimismo, el hallazgo de ‘paquetes funerarios’, muchas veces recubiertos en cuero u otros materiales ha dado sustento a la hipótesis de que los muertos no sólo eran depositados sino también transportados, transitando el paisaje y desplazándose a la par de los vivos (Aschero 2007). El gesto dado puede ser por tanto indicativo de una práctica particular.

Como he destacado en otro lugar (Cortés 2007) el análisis de esta variable debe necesariamente ser considerada en relación a las estructuras que ‘contienen’ los cuerpos. Por ejemplo, mientras que una urna limita la postura, constriñendo las posibilidades anatómicas a ciertas formas (e.g. flexionado, desarticulado), un entierro realizado directamente en la tierra no posee, en principio, tales limitantes. Sin embargo, las pautas de entierro demuestran que ciertas posturas y no otras son ponderadas más allá de los limitantes físicos o estructurales (i.e. Figura 8).

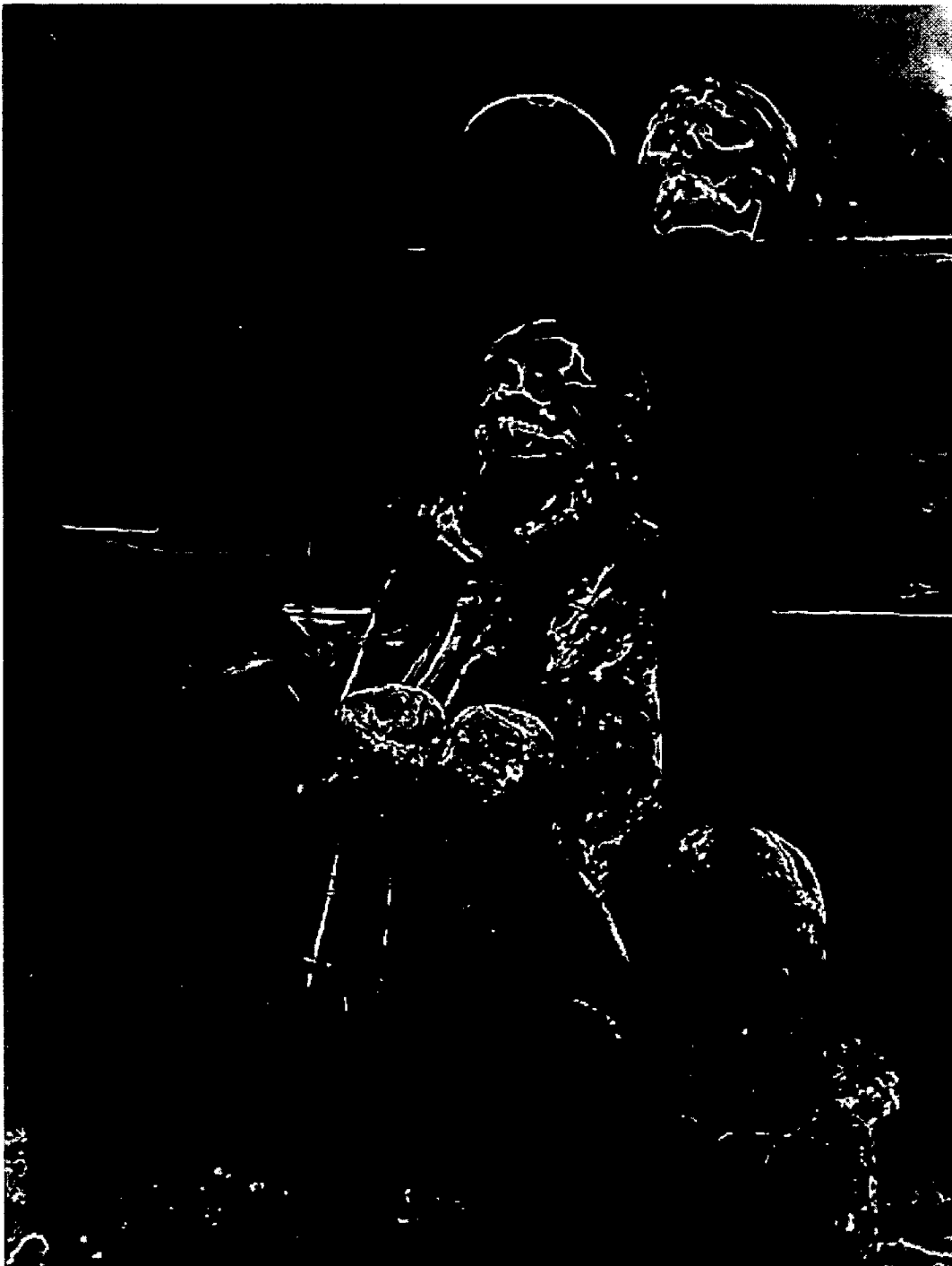


Figura 10. Momia y cráneos hallados en una cueva de Perú en 1915, durante una expedición conjunta de Nacional Geographic-Yale dirigida por Hiram Bingham (National Geographic 2007. Foto: David E. Ford).

Como se mencionó, tal como la disposición y tratamiento dado a los cuerpos es índice de su cualidad ‘material’ en tanto entidades plásticas que a la muerte requieren ser manipulados siguiendo pautas socialmente prescriptas, también su combinación con otras materias es índice de una forma a la ordenación de lo real en términos de un

sistema clasificatorio particular (Goodman 1990). En otras palabras, las prácticas deliberadas de entierro implican acciones de selección, ordenación y combinación de materiales –cuerpos, paisajes, estructuras y objetos– según sus cualidades asignadas y su pertinencia al ámbito de la muerte en determinados momentos históricos.

Esta perspectiva es en todo coherente con aquella que sostiene que los objetos son constitutivos de las historias de las personas (Hoskins 1998). Vale decir, que las biografías de las materias (Kopytoff 1986, Gosden y Marshall 1999, Meskell 2004) son inseparables de las personas en tanto han sido creadas, apropiadas o resignificadas por éstas a lo largo de sus vidas.

De aquí que los contextos que involucran la presencia de restos humanos podrían entenderse como “enunciados materiales” (*material statements*) (Pollard 2001:316), esto es, formas no discursivas de expresar la cualidad de la muerte a partir de la combinación de los significados asociados a ciertas sustancias y formas.

En efecto, toda creación es un proceso de selección sobre una variedad virtualmente infinita de posibilidades y combinaciones, y este proceso está precedido por las cualidades simbólicas adscriptas a la materia (Sillar 1996:237). Esto no significa que no existan aspectos universales de las propiedades físicas, químicas y mecánicas de los materiales, sino que la forma en que dichas propiedades son entendidas y utilizadas, consideradas apropiadas o inapropiadas en ciertos contextos, es culturalmente específica, por tanto, relativa a cada sistema de pensamiento (Sillar 1996:283, Boivin y Owoc 2004).

En tal sentido debiéramos ver en la materialidad de los contextos funerarios la elección significativa de las sociedades pasadas y de una forma particular de ver el mundo (Miller 1985:1). Así como las personas no preexisten los mundos que crean, sino que se vuelven tales en el mismo movimiento creativo (Miller 2005:10), los muertos son ‘creados’ socialmente a partir de su tratamiento en formas culturalmente prescriptas.

Salirse de estas formas, equivale a privar al muerto de su lugar social, privarlo de una ‘buena muerte’ (Bloch y Parry 1982b), excluirlo del ‘rito de paso’ (van Gennep 2008 [1969]) que le es propio. Tal como ha quedado registrado en algunos de los relatos de los cronistas de indias, los castigos efectuados en casos de adulterio y asesinato, consistían en dejar a los muertos sin entierro, para que fueran presa de animales, y de esta forma, impedir que el cuerpo siguiera los procesos aceptados de descomposición:

“Y se se concienten los dos, mueren juntamente y no le an de enterrar que allí le an de comelle los buytris y soras y los güesos a de estar por los suelos tendido.” (Guaman Poma de Ayala 1615:309, con referencia al adulterio, ortografía original).

“A éstos no les enterrauan, que lo dexauan comer los *condores* y gallinasos y sorras en el canpo...” (Guaman Poma de Ayala 1615:313, con referencia al asesinato, ortografía original).

Ahora bien, si los ordenamientos materiales responden a racionalidades específicas de cada grupo social, el objetivo será indagar de qué modo estas “confluencias de materiales” (Ingold 2006/2007:315) pueden dar cuenta de las distintas formas de concebir a los muertos. El punto de partida será entonces preguntarnos ¿por qué ciertas cosas corresponden juntas? (Meskell 2004:42). ¿Qué cualidades materiales se asocian al ámbito de lo funerario?

Una característica esencial de la materialidad es su carácter sensorial: texturas, formas, colores y olores interactúan en la experiencia humana (Meskell 2004:64, Tilley 2004:12). Cada cultura, tiene su propio modelo sensorial basado en la importancia relativa que confiere a cada sentido, y este “sesgo sensorial” tiene profundas implicancias en la forma en que el mundo es percibido (Classen 1990:722). Por ejemplo, Nicholas Saunders (1999) ha explorado las consecuencias derivadas de las distintas sensorialidades que se pusieron en juego entre españoles e indígenas en los momentos iniciales de contacto:

“Europeans found incomprehensible the Amerindian willingness to trade gold, silver and pearls for such commonplace items as European glass (i.e. mirrors, clear and coloured beads). In Europe, glass had long since ceased to be of religious or spiritual significance, its origins a commonplace manufacturing technique. For Amerindians, *its shiny-ness indicated its nature as powerful cosmological matter, its production regarded as supernatural and magical talent* (Tabeau, quoted in Rogers 1990:75 (...))” (Saunders 1999:247, énfasis mío)

La significación de estas cualidades y su relación con el ámbito de la muerte, han sido profusamente registradas en registros etnográficos y etnohistóricos de distintas

regiones de los Andes. Entre ellas, aunque con matices locales, la antítesis entre el agua y los muertos es una visión compartida a lo largo de toda esta región (e.g. Allen 1982, Harris 1982, 1988, Gose 1994, Sillar 1996).

Así por ejemplo, en los rituales funerarios, principal importancia es adjudicada a los distintos estadios que atraviesa el cuerpo: putrefacción, desecación o momificación. La primera –asociada con la carne, los fluidos, lo blando– es generadora de sentimientos negativos, mientras que la segunda –asociada con los huesos, lo seco– es considerada el estado ideal de los muertos (Pærregaard 1987, Salomon 1995).

En un estudio etnográfico actual en la comunidad de Sonqo, Perú, Allen (1988) ha propuesto que es la percepción de este proceso lo que da sustento a una clasificación tripartita de los muertos, discriminando a su vez entre formas correctas e incorrectas en el proceso de transformación de los cuerpos:

“While the Machus are bones desiccated beneath a punishing sun, the Kukuchis are described as putrid flesh, with never a mention of bones. In contrast, the benevolent Machula Aulanchis are dry bones whose flesh has been *properly absorbed* by the earth.” (Allen 1982:187, énfasis mío)

El eje fundamental que subyace a la importancia de la percepción sensorial en la cosmovisión andina, es la cualidad de animación que atañe a todo aquello que tiene existencia material, muy en particular, a los restos de los difuntos (e.g. Allen 1982, 1988, Pærregaard 1987, Salomon 2002). Los relatos coinciden en que la experiencia del mundo material es animada, poderosa y actúa en respuesta a la intervención humana (ver Allen 1988:37).

Estos registros han destacado que en el pasado y presente andino, la tierra, las piedras, los rasgos conspicuos del paisaje, brillos y texturas son sustancias simbólicamente activas (e.g. Mariscotti de Görlitz 1978, Allen 1988, Sillar 1996, Saunders 1999, 2004).

Por ejemplo, la importancia fundamental que la tierra –*Pachamama*– reviste en las sociedades andinas, ha sido documentada desde tiempos históricos hasta la actualidad (Ambrosetti 1976, Mariscotti de Görlitz 1978). La tierra es objeto de innumerables rituales y gestos llevados a cabo cotidianamente.

En tal sentido, llama la atención que en las excavaciones arqueológicas, la tierra sea ‘dada por sentado’ en tanto un material que necesita ser removido, tamizado, descartado, para *descubrir* los restos del pasado (Cortés 2007:25). Tal como lo ha planteado Parker Pearson (2004:85-86) la tierra ha sido usualmente considerada por los arqueólogos como una matriz simbólicamente neutra, en la cual los hallazgos se encuentran enterrados.

¿Qué lógica específica subyace al hecho de que cavar un pozo no sea considerado como el resultado de actos tan significativos como lo es el modelado de una vasija (Parker Pearson 1993:227, 2004:85-86)? Esta situación llama más aún la atención cuando el mismo acto de mezclar materiales y colocarlos dentro de la tierra ha sido largamente destacado como un gesto fundamental en la cosmovisión de distintos grupos andinos (e.g. Bastien 1978:55, Mariscotti de Görlitz 1978, Allen 1988). Esta forma de pensar deja en evidencia la arbitrariedad que subyace a tratar parte del registro arqueológico “positivamente como un objeto material” y a otra “negativamente como un agujero en la tierra” (Ingold 2007b:7).

Esta indiferencia debiera ser repensada al tratar con contextos del pasado andino, esto es, debiéramos ser cuando menos sensibles al acto no neutral que pudo haber representado la disposición de los cuerpos en superficies particulares.

Asimismo, cuando para la mirada occidental las piedras se han vuelto la metáfora material de lo ‘inanimado’, ‘lo no viviente’, ‘lo inerte’, Allen apunta que la dureza de las piedras y huesos constituyen un estado específico de animación, siendo una de las fuentes más potentes de energía (Allen 1988:63). Numerosos registros etnográficos y etnohistóricos documentan el carácter personificado de las rocas, formaciones rocosas (montañas, cuevas, promontorios, etc.) y minerales, especialmente aquellos que revisten una forma o brillo particular, o que por su color, forma o textura resaltan sobre el paisaje circundante (e.g. Arriaga 1621, Karsten 1926:363, Mariscotti de Görlitz 1978:57, Gose 1994, Bastien 1978, Van de Guchte 1999:154, Saunders 1999, 2004). A modo de ejemplo podemos citar una descripción del jesuita Bernabé Cobo quien afirma que los antiguos habitantes del Perú reverenciaban

“cualquier cosa natural que se percibiera diferente en alguna manera a otras de su mismo tipo por alguna rareza o cualidad extraordinaria (...) También adoraban manantiales, ríos, lagos, y cerros que fueran diferentes en forma o

sustancia de aquellos cercanos, formados de tierra o arena cuando el resto fuera rocoso, o viceversa” (Cobo 1990 [1653], citado en Van de Guchte 1999:154).

La imbricación de los muertos, las *huanca*s y los elementos del paisaje ha sido objeto de exhaustivo estudio por parte de Pierre Duviols, quien afirma que el *huanca* “era tomado por el doble mineral del cadáver sacralizado” y jugaba un rol fundamental en la demarcación del espacio ‘litificando’ las relaciones de parentesco en su carácter de réplica del ancestro momificado (Duviols 1979).

Tal como transcribe Pérez Gollán, los cronistas de indias y extirpadores de idolatrías dejaron constancia de estas prácticas como parte del ‘culto a los ancestros’:

“Adoran los indios dos géneros de ídolos, unos fijos, como los cerros y peñascos y cumbres altas de la sierra nevada, y al sol, luna y las estrellas, (...) y al trueno y rayo, y á la mar y á los manantiales; otros son móviles, de los cuales unos tienen en sus chacras y labranzas en medio, como abogados de los que en su lengua llaman *guanca*, (...) Adoran también a sus progenitores gentiles, cuyos huesos tenían en mucha veneración y los guardan en unos sepulcros de piedra y les ofrecían sacrificios de conejos (*cuyes*) y corderos de la tierra (*llamas*) y ofrendas de *chicha* y *coca*.” (Pérez Gollán 2000b:231-232, citando a Hernando de Avendaño [1617]).

En el Noroeste argentino, esta significación también fue explorada en torno a la distribución espacial y contextual de los monolitos del valle del Tafi, propuestos a la vez como el ancestro, protectores y propiciadores de los cultivos, y marca territorial en los lugares de tránsito (García Azcárate 1996). Manifestando que la piedra, como materia prima, es en sí misma objeto de alta significación, concuerda con Galdames, en que esta “constituye una clave para penetrar en aquellas estructuras profundas que desde la perspectiva de la larga duración, pasan a conformar los principios fundadores de una cultura como la andina” (Galdames 1987, citado en García Azcárate 1996:172).

En suma, el carácter sensorial de las materias, texturas y formas ha tenido una significación omnipresente e ineludible en la cosmovisión de distintas sociedades andinas. No obstante, tal como lo ha planteado Susan Kus, pese a que el aspecto ‘sensitivo’ está siempre presente en la explicación de los fenómenos sociales, este ha

sido relegado en las discusiones teóricas a favor de las “lógicas y motivaciones fríamente calculadas” (Kus 1992). En otras palabras, “la credibilidad de la experiencia sensorial” se ha visto desautorizada frente a las “credenciales de la abstracción lógica” (Kus 1992:168).

El beneficio de este reconocimiento estará entonces en considerar la existencia de distintas formas de percibir el mundo material y el modo en que pueden complementarse enriqueciendo la interpretación del pasado. En tal sentido, se plantea que no debemos desestimar el rango de experiencias que pueden informar nuestras hipótesis (Thomas 2001:174). Estas cualidades sensoriales demandan mayor exploración a fin de desentramar sus significados en los contextos de entierro en tanto manifestaciones materiales de las concepciones de la muerte en el Noroeste argentino prehispánico.

3.4 Paisajes vividos, paisajes contruidos: percepciones corporales en la disposición espacial de los cuerpos

Como se adelantara en el Capítulo 2, dentro del campo de la arqueología funeraria, el paisaje ha sido usualmente omitido en las discusiones pertinentes, y en tal sentido no ha escapado a una tendencia general en antropología y en los estudios de cultura material, la de “escribir como si la gente y los objetos materiales fueran *todo lo que hay*” (Ingold 2007c:S30, énfasis en el original). En tal sentido, el paisaje ha sido por muchos años ‘invisible’ al estudio de las prácticas funerarias, en tanto sus significados no han sido contemplados a la par de las teorías sobre materialidad.

En las ciencias sociales el énfasis ha estado puesto en los ambientes como substrato físico o ecológico de las acciones (Preucel y Meskell 2004:219), en otras palabras, como el cimiento ‘natural’ sobre el cual se construye o se deposita lo ‘cultural’. Derivado de ello, los contextos funerarios han sido percibidos como objetos culturales cerrados puestos por encima de un substrato natural que los rodea.

Los acercamientos arqueológicos han asimismo pasado por alto la dimensión de la experiencia en implicada en las prácticas de caminar y moverse por el espacio (Lazzari 2006:30), movimientos que en muchos casos están determinados por las cualidades y significaciones asociadas a rasgos específicos del paisaje (Tilley 1994, Richards 1993,

1996, Edmonds 1999), y que son producto de un aprendizaje, de un conocimiento socialmente adquirido (Ingold 2000:25, 240).

No obstante, más recientemente, y a la par de los trabajos enmarcados en la arqueología del paisaje (ver Capítulo 2), ha habido un giro en este sentido, tras el cual numerosos autores comenzaron a destacar la experiencia sensorial del “ser en el mundo” (Thomas 2001:172, refiriendo a Heidegger 1962) y las maneras en que el paisaje es socialmente *construido* como parte de las tareas del habitar (e.g. Ingold 1992, Richards 1996, Bradley 2000).

La aplicación de las perspectivas derivadas de la geografía humanística (Lefebvre 1991 [1974], Soja 1989) y de las corrientes fenomenológicas (Merleau-Ponty 2005 [1962]) a los estudios arqueológicos sentó las bases para que la percepción humana del paisaje fuera considerada una entre otras variables relevantes, poniendo a los cuerpos pasados y presentes como centro de la investigación. Se distanciaban así de otras corrientes teórico-metodológicas que se abstraían del paisaje habitado cuantificando sus cualidades a partir de modelos derivados de teorías económicas modernas como la de ‘costo-beneficio’. Por el contrario, desde una postura basada en el entendimiento de la práctica del habitar, los rasgos del paisaje no son cuantificables sino cualificables a partir de su percepción situada (Tilley 1994, Richards 1993, 1996).

El punto de partida es comprender que el ambiente es siempre para alguien, es relacional y procesual, en constante cambio en la interacción con un individuo para el cual toma sentido y existencia. No siendo naturaleza preexistente, los paisajes son históricos esencialmente. En tal sentido, el paisaje (*taskscape*) es testimonio de las vidas de aquellos que lo han habitado y al hacerlo, lo han creado, dejando en él algo de ellos mismos (Ingold 1993, 2000). Por tanto, el paisaje cuenta una historia. En esencia profundo temporalmente, hecho y rehecho a través del tiempo, es relato de las generaciones que lo han transitado, de sus modos de ver el mundo: el concepto de paisaje se balancea entre las cualidades físicas del medio y los usos y significados adscriptos, variables que son vitales al entendimiento de la historia humana (Gosden y Head 1994:116).

Resaltando la importancia de considerar su historicidad, varios autores han argumentado que la forma en que los grupos interactúan con su paisaje está parcialmente estructurada por las acciones de aquellos que los han precedido (Richards 1993, Gosden 1989 citado en Preucel y Meskell 2004:219, Pauketat 2001). En tal

sentido el paisaje es el medio para la acción como el resultado de las acciones pasadas (Tilley 1994:23) resignificadas a través del tiempo por las generaciones sucesivas (Preucel y Meskell 2004:225).

Así, siendo producto de un doble movimiento, constituido y a la vez constitutivo de las prácticas y las relaciones sociales (Tilley 1994:34), el paisaje puede ser considerado como hecho aún cuando no haya sufrido ninguna alteración física (Ingold 2000:175). Esta postura comulga con la idea antes mencionada, aquella que sostiene que la distinción entre lo artificial y lo natural no es una realidad incuestionable, sino que – como otras taxonomías– es resultado de una particular forma de clasificar el mundo. Desde esta perspectiva, la división entre lo que es ‘producto del hombre’ y lo que es ‘dado naturalmente’ se vuelve poco operativa y en este sentido, pensar en ciertos paisajes como ‘naturales’ adolecería de los mismos preconceptos que implica pensar en la existencia de sociedades ‘prístinas’, independientes de los contactos que las han forjado históricamente.

La arqueología está en una posición única para entender los usos y apropiaciones del espacio, en tanto se ocupa de las construcciones de identidad y significados a través del tiempo en lugares particulares (Preucel y Meskell 2004:215). En tal sentido, las sociedades deben ser analizadas a partir de su espacialidad así como los espacios deben ser analizados en términos de su carácter social (Lazzari 2006:57, 2005).

Para llevar esta aseveración a una aplicación concreta, y atendiendo a la complementariedad de distintas perspectivas teórico-metodológicas, en esta tesis consideraré como herramientas de análisis tanto los aspectos corporales implicados en la experiencia misma de transitar el paisaje, como el uso de mapas y fotos aéreas. Si bien es cierto que la perspectiva cartográfica omite la experiencia corporal y temporal implicada en recorrer el paisaje (Cosgrove 1984:26) proporcionando una visión inexistente para las poblaciones prehispánicas (Thomas 2001:170), también es una herramienta útil para observar el tiempo y el espacio condensado, que es, en definitiva, la mirada arqueológica: la del palimpsesto de las generaciones que han transitado y creado los espacios del habitar. Por tanto, no se sostiene la validez de una sobre otra, sino que en su complementariedad está el beneficio.

Es este aspecto “acumulativo” de las historias de vida que quedan plasmadas en los paisajes, el que herramientas analíticas como mapas y fotos aéreas permiten abarcar

en una sola mirada, y la experiencia sensorial posibilita ir desentramando de a poco, desandando el camino de quienes lo han andado previamente.

Por tanto, si el paisaje es entendido como “una categoría sintética de tiempo y espacio y mediadora entre naturaleza y cultura” (Haber 2006:82), en la disposición de los muertos en el paisaje, los tres órdenes –espacio, tiempo, práctica– se verán imbricados indefectiblemente.

En suma, la propuesta teórico-metodológica sostenida en esta tesis aboga por una mirada interdisciplinaria, combinando los aportes que la bioarqueología, la arqueología y la antropología pueden realizar al estudio de las prácticas funerarias en el pasado. En tanto las tres se han ocupado de los cuerpos desde distintas perspectivas, se sostiene que las líneas de evidencia que cada una traza enriquecerán los alcances de esta investigación cuyo objetivo final es aproximarse al entendimiento de las formas en que los muertos y la muerte fueron pensados en el pasado de La Quebrada.

A continuación, se describen las características del área de estudio y los trabajos previos realizados (Capítulo 4), para luego presentar la muestra y los resultados de esta investigación (Capítulo 5), y finalmente ofrecer una discusión de ellos de acuerdo a los lineamientos teóricos y metodológicos aquí explicitados, contemplando el paisaje funerario de La Quebrada en la escala regional mayor del Noroeste argentino y los Andes del sur (Capítulo 6).

Capítulo 4

Arqueología, restos prehispánicos y vida cotidiana en La Quebrada

“...A mi abuelo lo enterramos con toda su ropa -la mejor que tenía- en un cajoncito y después en el pozo pusimos coca -porque era muy coqueador- y maíz tostado, que era lo que más le gustaba comer. También pusimos vino, harina cocida... como cuando se hace la Pacha y también se les pone agua bendita.

Después se les lleva flores cada tanto, o el Día de los Muertos...”

(Relato de una de las pobladoras de La Quebrada, 22 de abril de 2006)

4.1 La Quebrada del valle del Cajón

Visité por primera vez el valle del Cajón durante la temporada arqueológica de noviembre de 2004 como integrante del equipo dirigido por María Cristina Scattolin. A partir de allí he vuelto todos los años, como los demás, en razón de los promisorios hallazgos arqueológicos que se sucedieron en cada campaña efectuada en la localidad de La Quebrada.

El valle del Cajón se extiende en sentido norte-sur a lo largo de 90 km entre los 66° 00' y 66° 30' de Longitud W y los 26° 10' y 27° 00' de Latitud S (Figura 11). Surcado por el río Cerro Colorado, sus aguas nacen en el Nevado de Chuscha, el punto de mayor elevación en esta área (5468 msnm), y descienden paulatinamente hasta el Campo del Arenal (2300 msnm). El Nevado de Chuscha, santuario incaico donde se descubrió la momia del mismo nombre, domina la sección norte del valle, pero no se aprecia más al sur.

Dentro de este valle, la localidad de La Quebrada se recuesta sobre la vertiente oeste, y queda comprendida entre el fondo del valle, al este, y las estribaciones de la Puna sur, al oeste (Figura 12). Como se propuso en otro lugar, ocupa un lugar

estratégico que pudo haber sido de importancia fundamental en el tránsito y redes de intercambio en el pasado prehispánico, conectando a la gente y los recursos de los valles de altura con aquellos de las tierras bajas y de las altitudes puneñas (ver Scattolin et al. 2007, 2009a, 2009b).

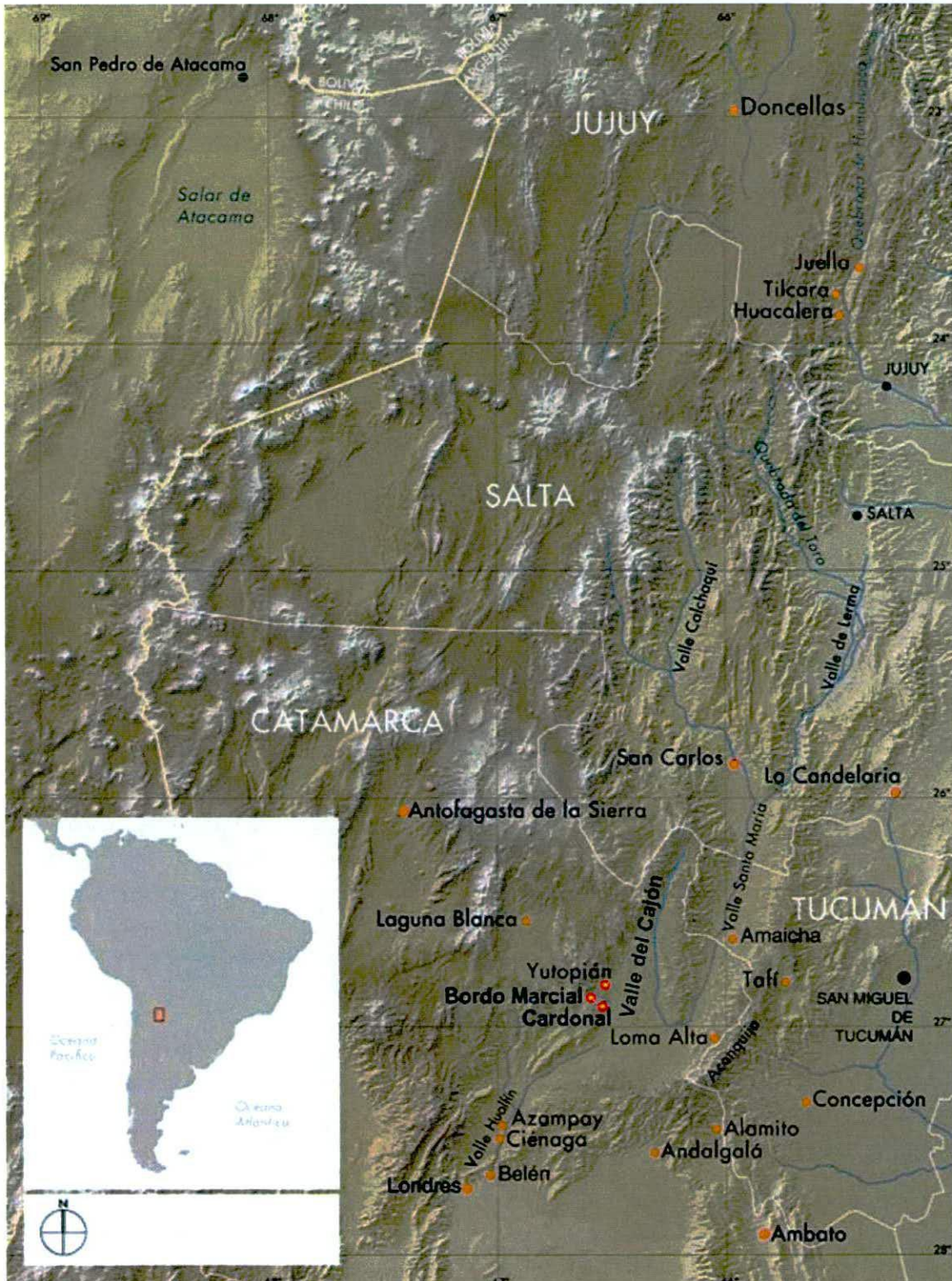


Figura 11. El valle del Cajón en el Noroeste argentino (modificado de Scattolin et al. 2010).

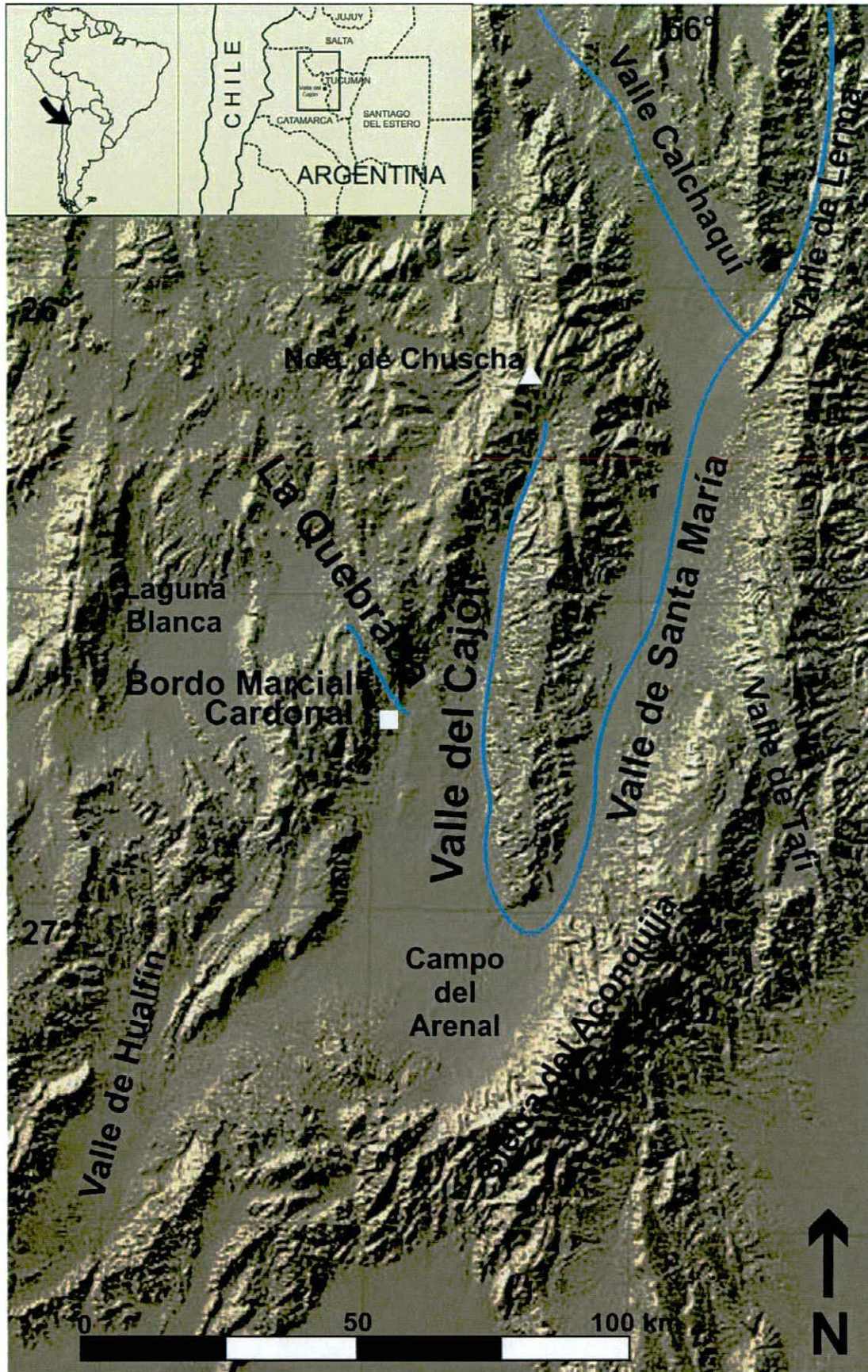


Figura 12. La Quebrada en el valle del Cajón.

El valle del Cajón posee un clima semiárido, con gran amplitud térmica diaria (Figuras 13, 14, 15). Las precipitaciones ocurren estacionalmente durante los meses de verano, y los registros del fondo del Bolsón del Arenal no superan los 250 mm en promedio anual. No obstante, en los últimos años, se han producido fuertes lluvias, algunas de las cuales incluso han modificado de forma abrupta el curso de arroyos. Durante la temporada invernal, el clima suele ser muy frío, con fuertes vientos que pueden durar hasta semanas sin interrupción y nevadas ocasionales. Las tareas de campo, por tanto, se organizan en los meses de clima más benigno: marzo, abril, octubre, noviembre.



Figura 13. Paisaje de La Quebrada. Octubre de 2005. Se observan campos de cultivo actuales.

Estas características climáticas tienen efecto directo en la tasa de denudación del suelo y acarrear consecuencias sobre la arqueología local, ya que cada año de nuestro estudio, ha sido una constante que el paso de las lluvias o los fuertes vientos dejaran al descubierto restos humanos, objetos y estructuras que habían pasado desapercibidas años anteriores. En todas las ocasiones, estos nuevos hallazgos fueron informados por los pobladores locales estimando que podrían ser de nuestro interés.



Figura 14. Paisaje de La Quebrada. Octubre de 2005. Tras los cerros nevados se accede a la Puna.



Figura 15. Paisaje de La Quebrada. Octubre de 2005.
A lo lejos se observa el la vertiente occidental de la Sierra del Aconquija nevada.

La muestra que esta tesis considera es mayormente producto de esos hallazgos fortuitos y de los rescates arqueológicos efectuados en consecuencia. La buena predisposición hacia nuestra labor por parte de la comunidad de La Quebrada ha sido por tanto fundamental al desarrollo de esta investigación.

Las campañas arqueológicas se desarrollaron por períodos no mayores de uno o dos meses al año. Adiestrar la mirada y aguzar la percepción para percibir aquellos rasgos que en principio pasaron inadvertidos fue, a la vez, una exigencia metodológica y una tarea de aprendizaje. En tal sentido, la enseñanza de quienes habitan a diario dicho paisaje, ha sentado la diferencia entre ver y observar, distinguir y percibir, los indicios del pasado que se han preservado de diversas maneras hasta la actualidad.

La Quebrada (Dpto. Santa María, Catamarca) es un pequeño poblado de casas dispersas, algunas de ellas distantes varios kilómetros de la pequeña Iglesia San Francisco de Asís y de la Escuela Provincial N°404, instituciones que nuclean a la comunidad a través de las distintas actividades que allí se organizan. El agente sanitario encargado de la salud de la población nos ha informado que tiene a su cargo treinta familias o núcleos domésticos, incluyendo las unidades residenciales de La Quebrada propiamente dicha, y lugares subsidiarios como El Arroyo y Yutopian, algo más al norte y al este. En total, la población de esta circunscripción abarca menos de un centenar de personas. Su economía es de subsistencia, se dedican al laboreo de las tierras, cuidado del ganado (cabras y ovejas principalmente) y como complemento obtienen bienes indispensables del mercado (azúcar, combustibles, medicamentos) a través de la venta de sus productos agrícolas (hortalizas, ganado, lana, etc.).

Hay una marcada despoblación paulatina de esta alejada zona rural, especialmente notable en el número de alumnos inscriptos en la escuela –no más de una decena–, debido precisamente a su lejanía de los centros urbanos que hace muy ruda la vida cotidiana en tales condiciones (Figura 16). Algunos de estos niños vienen de zonas distantes a dos horas de caminata de la escuela.

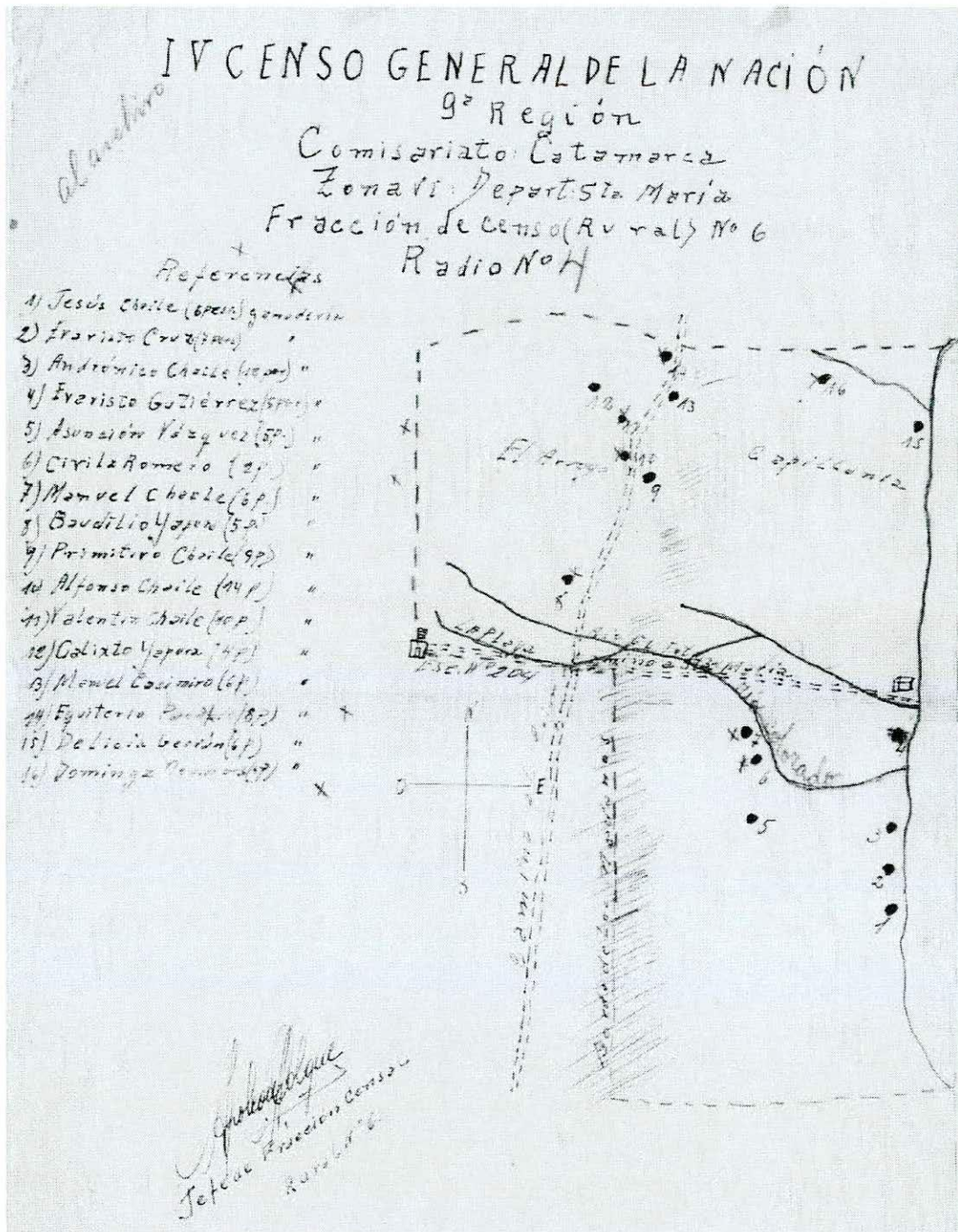


Figura 16. Documento del IV Censo Nacional de 1947 relevado por Marilyn Calo en la Escuela 404 (ex 204) donde se detallan los residentes de lugares subsidiarios a La Quebrada los cuales albergan hoy a la mitad de la población mencionada.

Los temas que atañen a la comunidad se resuelven en asamblea, generalmente reunidos en las instalaciones parroquiales. Uno de los principales asuntos a ser acordados es el sistema de turnos de agua, ya que, siendo este un recurso sumamente escaso, cada familia tiene asignado un turno cada doce días para utilizarla en sus sembradíos y tareas domésticas. Asimismo, se toman decisiones respecto a la

organización del trabajo comunal en la construcción de caminos, la utilización de predios comunes, y en general cualquier tema que suponga el acuerdo de los miembros de la comunidad. Aunque existen cargos jerárquicos formales de autoridad local, renovables anualmente –‘Presidente de la Capilla’ y ‘Presidenta de la Comisión de Damas’– las decisiones no son unilaterales, sino que se acuerdan en conjunto.

La mayor parte de la población de La Quebrada, adscribe al Catolicismo, respetando todos los ritos y fiestas que le son propias, especialmente las del patrono local San Francisco, la Virgen del Valle –patrona de Catamarca–, Cuaresma, Pascua y Navidad (Figuras 17 y 18).

Además son devotos de la Pachamama, la Madre Tierra, a la que invocan en las ocasiones más variadas, pero sobre todo en los momentos claves del ciclo agrícola, la apertura de los campos, la limpia de las acequias, la siembra, la cosecha y también en los atinentes a la ganadería, como las señaladas de vacas, cabras, ovejas, burros y llamas en el caso que las tuvieran.

En oportunidad de las ceremonias religiosas, el sincretismo de la liturgia cristiana con los ritos y costumbres ancestrales tales como el pago a la Pachamama demuestran la imbricación histórica de sistemas de pensamiento y cosmovisiones diversas. La coexistencia de creencias autóctonas locales –que deriva de la herencia histórica y resignificada de costumbres de larga data– con los rituales del Catolicismo no son exclusivos de esta localidad. Situaciones similares se repiten a lo largo del valle del Cajón (de Hoyos 2001, Martínez 2008) y diferentes regiones de los Andes (e.g. Harris 1982). Volveré sobre estas percepciones locales en el Capítulo 6.

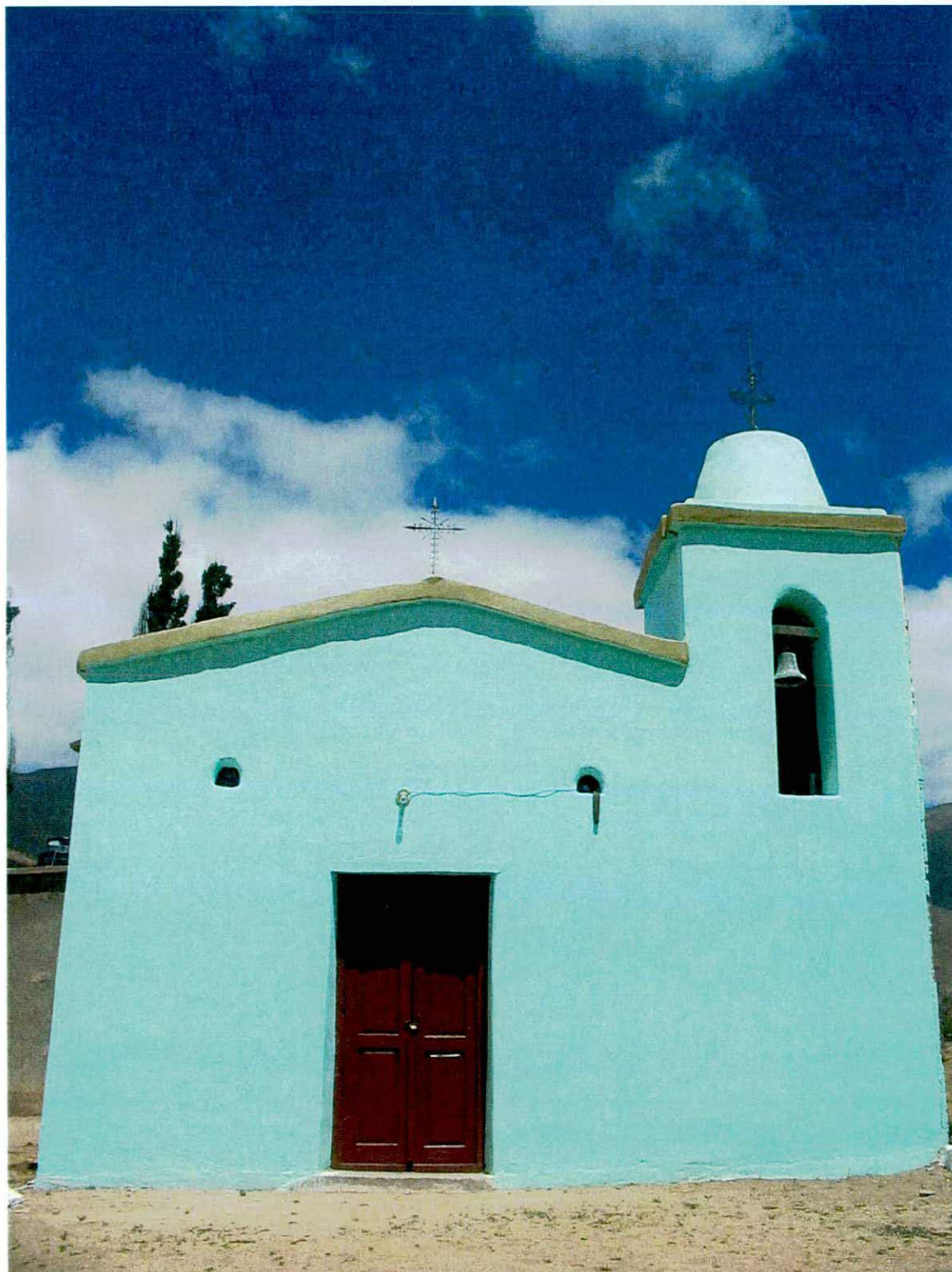


Figura 17. Iglesia San Francisco de Asís, La Quebrada.



Figura 18. Peregrinación al Calvario, La Quebrada. Pascuas de 2006.

Por su conexión con el tema que investigo, me he interesado por las percepciones y visiones de la comunidad respecto de los ‘antiguos’, así como sobre las formas de entierro pasadas y sus posibles significados. No obstante, creo preciso advertir que los relatos que reproduzco son la opinión de individuos particulares, aquellos con los que he tenido contacto, y por tanto, de ningún modo pueden considerarse extensivos al resto de la comunidad.

Los pobladores locales nos han requerido explicaciones de lo que ha pasado con ‘los indios’ que habitaron ese lugar, por lo que deducimos –pero habrá que corroborarlo con investigaciones específicas– que no reconocen una ancestría común con “los indígenas”, al contrario de lo que ocurre en algunas del Noroeste argentino. No obstante, solicitan que a la apertura de la temporada de excavaciones se realice una ceremonia de pago a la Pachamama en el sitio arqueológico objeto de nuestro estudio, la cual se cumple de modo habitual (Figura 19).



Figura 19. Ritual de la Pachamama.

Paralelamente, he recopilado información respecto de las costumbres actuales de entierro en La Quebrada, y porque con frecuencia los ‘quebradeños’ traen a la memoria cómo fueron los usos ‘del tiempo de sus abuelos’. Toda esta información ha sido sumamente enriquecedora en mi investigación y ha quedado plasmada, implícita y explícitamente en distintos acápites de esta tesis.

4.2 Las aldeas formativas de Cardonal y Bordo Marcial

Las excavaciones en las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial han proporcionado valiosa información respecto de las formas de vida de las primeras sociedades productoras de alimentos en el área de La Quebrada, asignadas al período Formativo del Noroeste argentino (ca. 1000 AC - 900/1000 DC) (Scattolin 2006^a). Comunidades aldeanas de base agraria y pastoril caracterizan a este período, durante el cual prosperaron diversas manufacturas (cerámica, textil, metalurgia, entre otras), y se diversificó la ocupación del espacio. Se observan variantes locales en los patrones

arquitectónicos de las viviendas, al tiempo que comienzan a identificarse lugares ceremoniales (Scattolin op. cit.). Estas comunidades semisedentarias estuvieron además inmersas en un complejo sistema de intercambio entre distintas regiones (puna, valles, yungas), a través de las cuales circularon objetos, personas, estilos y tradiciones (Albeck 1994). Cardonal y Bordo Marcial guardan registro de estas antiguas redes de interacción (Scattolin et al. 2007, 2009a, 2009b) (ver abajo).

Cardonal y Bordo Marcial se emplazan sobre dos terrazas de escasa pendiente que bordean casi completamente a un cerro de mayor altura (Figura 20). Sobre la parte media-baja de cada una de estas formaciones, se asientan las aldeas formativas de Cardonal, en la terraza sur, y Bordo Marcial, en la terraza norte. Pequeñas cárcavas labradas por cursos de agua, surcan la superficie de estas mesadas.

Una de las características que destaca al conjunto de Cardonal y Bordo Marcial es su particular disposición. La distribución de las estructuras exhibe un patrón de simetría, ya que en ambos se utilizaron criterios de organización del espacio similares. Este patrón de simetría se refuerza aún más por la presencia de dos áreas de cementerio emplazadas en suelos medianosos ubicadas al norte de cada sitio, pero separadas de éstos por pequeñas cárcavas (volveré más adelante sobre este punto, ver Capítulo 6).

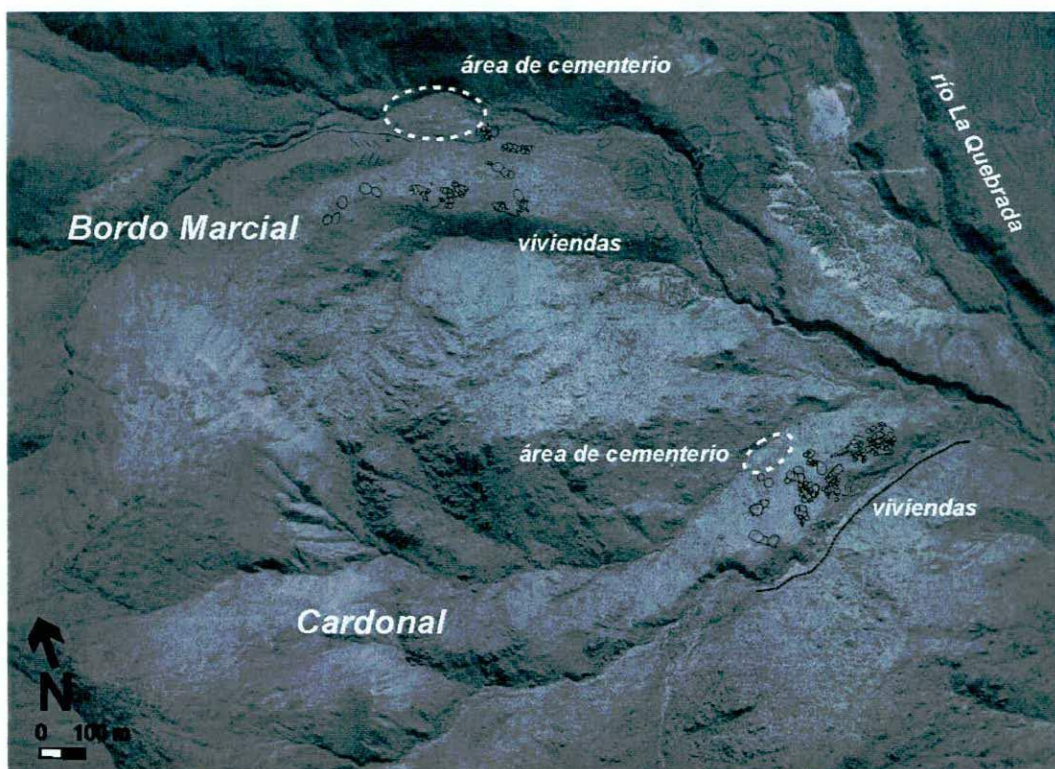


Figura 20. Área de estudio en La Quebrada. Nótense la disposición simétrica de las estructuras con respecto a las áreas de cementerio.

Las estructuras de piedra circulares y subcirculares de diámetros variables fueron construyéndose unas adosadas a las otras conformando conjuntos discretos, que llamamos *núcleos*, mediados por espacios abiertos y concentrados en grupos mayores dispersos en el terreno, que denominamos *sectores*.

Se distinguen asimismo algunas estructuras de piedra de diámetros más grandes, posiblemente corrales, emplazadas pendiente arriba pero intermedias entre las áreas de habitación y los espacios más altos. Otros sectores debieron estar destinados al cultivo y se destacan por la presencia de arreglos de piedra. En los alrededores, afloramientos de materias primas líticas (e.g., cuarzo blanco) sugieren la existencia de antiguas canteras de este material.

En el año 1993 Scattolin y Gero iniciaron las investigaciones sobre Cardonal y realizaron el primer plano del sitio en 1996 (Figura 21). En el año 2004, Joan Gero efectuó las primeras excavaciones que consistieron en la realización de quince pozos de sondeo a lo largo del sitio y comenzó la excavación parcial de la estructura E1, una de los cinco recintos que componen el Núcleo 1 (Gero ms). Las tareas de excavación continuaron ese mismo año bajo la dirección de Scattolin. Como resultado de las temporadas de excavación entre los años 2004 y 2009, se ha podido completar la excavación íntegra de las cinco estructuras que componen el Núcleo 1 (Figura 22). En el año 2005 fue detectado el sitio Bordo Marcial y excavado a partir de 2006 (Figura 23).

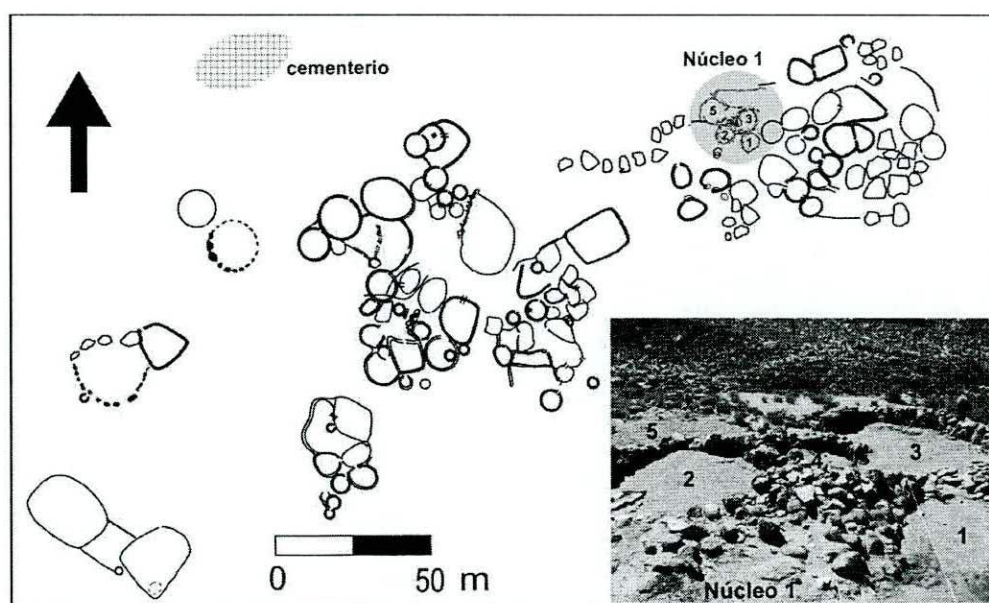


Figura 21. Plano de Cardonal con indicación del Núcleo 1 (modificado de Scattolin et al. 2009b).

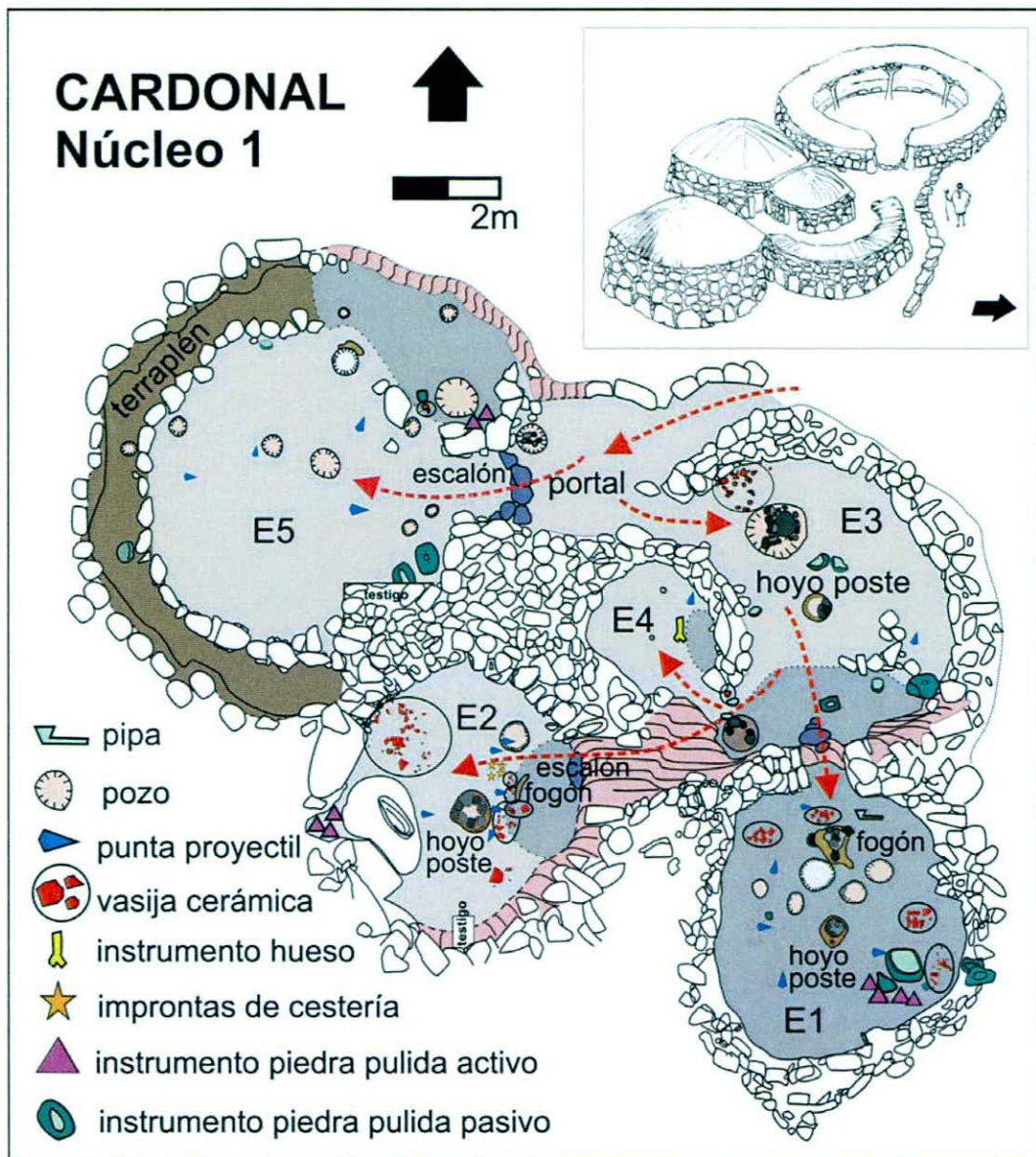


Figura 22. Planta del Núcleo 1 de Cardonal (centro) y reconstrucción hipotética de la casa (arriba-derecha) (tomado de Scattolin et al. 2009a). Las flechas rojas indican las posibles vías de circulación entre los recintos (tomado de Scattolin et al. 2009a)

Los trabajos de campo desarrollados en los alrededores de ambos sitios han proporcionado un variado registro de las prácticas funerarias que carecía de antecedentes en la región sur del valle del Cajón. Un total de siete contextos funerarios fueron detectados en un área muy circunscrita, de aproximadamente 2 km², pero de notable extensión temporal, alrededor de 5000 años de ocupación.

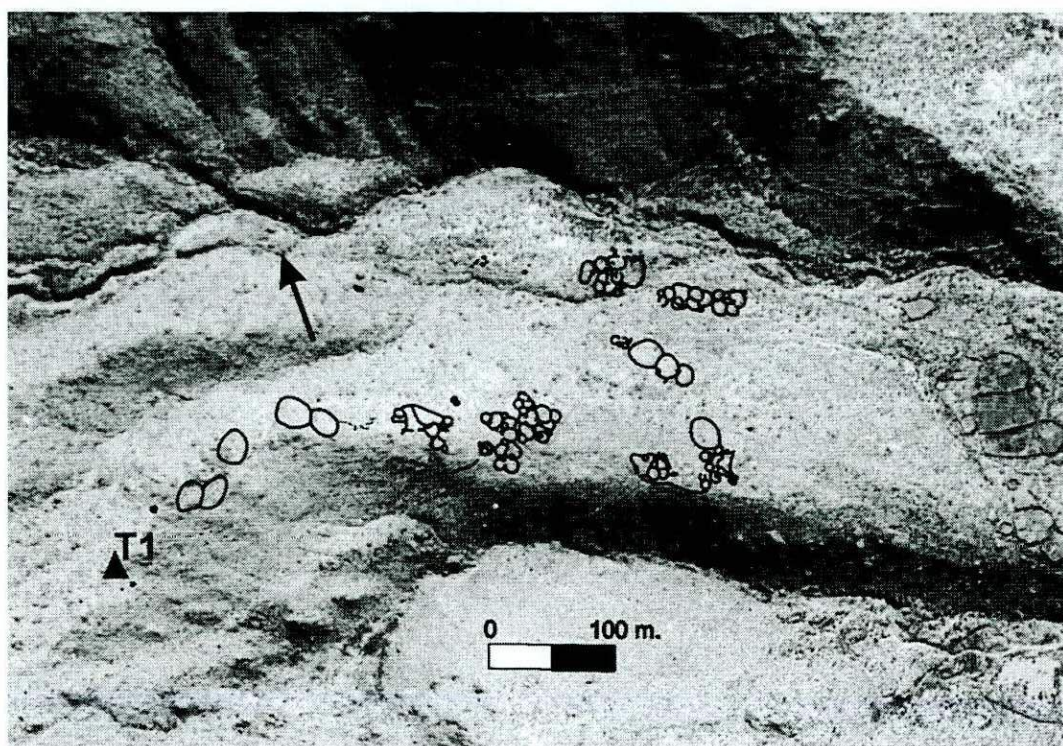


Figura 23. Plano del sitio Bordo Marcial (tomado de Scattolin et al. 2007-2008).

Los núcleos residenciales estudiados se componen de recintos circulares grandes ('patios') a los que se adosan estructuras de menor tamaño con muro de piedra simple inclinados hacia el interior de las habitaciones. En este sentido, el patrón arquitectónico demuestra similitudes con viviendas formativas de los valles ubicados hacia el este, como el de Tafi, Ciénaga y Anfama o de Caspinchango-El Ciénago y de Bajo Los Cardones en el valle de Santa María (Cigliano 1960, González y Nuñez Regueiro 1962, Berberían y Nielsen 1988, Cremonte 1996, Sampietro y Vattuone 2005, Chiape Sánchez 2007, Somonte 2007,) y también con los de Laguna Blanca (Delfino 1999) y Tebenquiche, hacia el oeste (Haber 1997, 2006).

No obstante, el Núcleo 1 de Cardonal presenta algunas características constructivas propias (ver Scattolin et al. 2007, 2009a, 2009b). Si se lo compara con las "Unidades Circulares Compuestas" descritas para sitios del valle de Tafi (Berberían y Nielsen 1988, ver también Cremonte 1996) se hallan ciertas diferencias notables. En el caso de los asentamientos de Tafi del Valle, el patio es el eje central alrededor del cual se distribuyen los recintos más pequeños y es la única estructura que se comunica directamente con el exterior.

El resto de los recintos, de tamaño menor, se abre hacia el patio, y normalmente no se articulan entre sí. Por el contrario, en La Quebrada la configuración no es radial, es decir, no gira en torno a un patio central. Y sobre todo, el Núcleo 1 de Cardonal carece de cistas bajo el piso que es un rasgo recurrente en el valle de Tafi (Figura 24). Esta modalidad de entierro aún no ha sido detectada en las aldeas del Cajón.

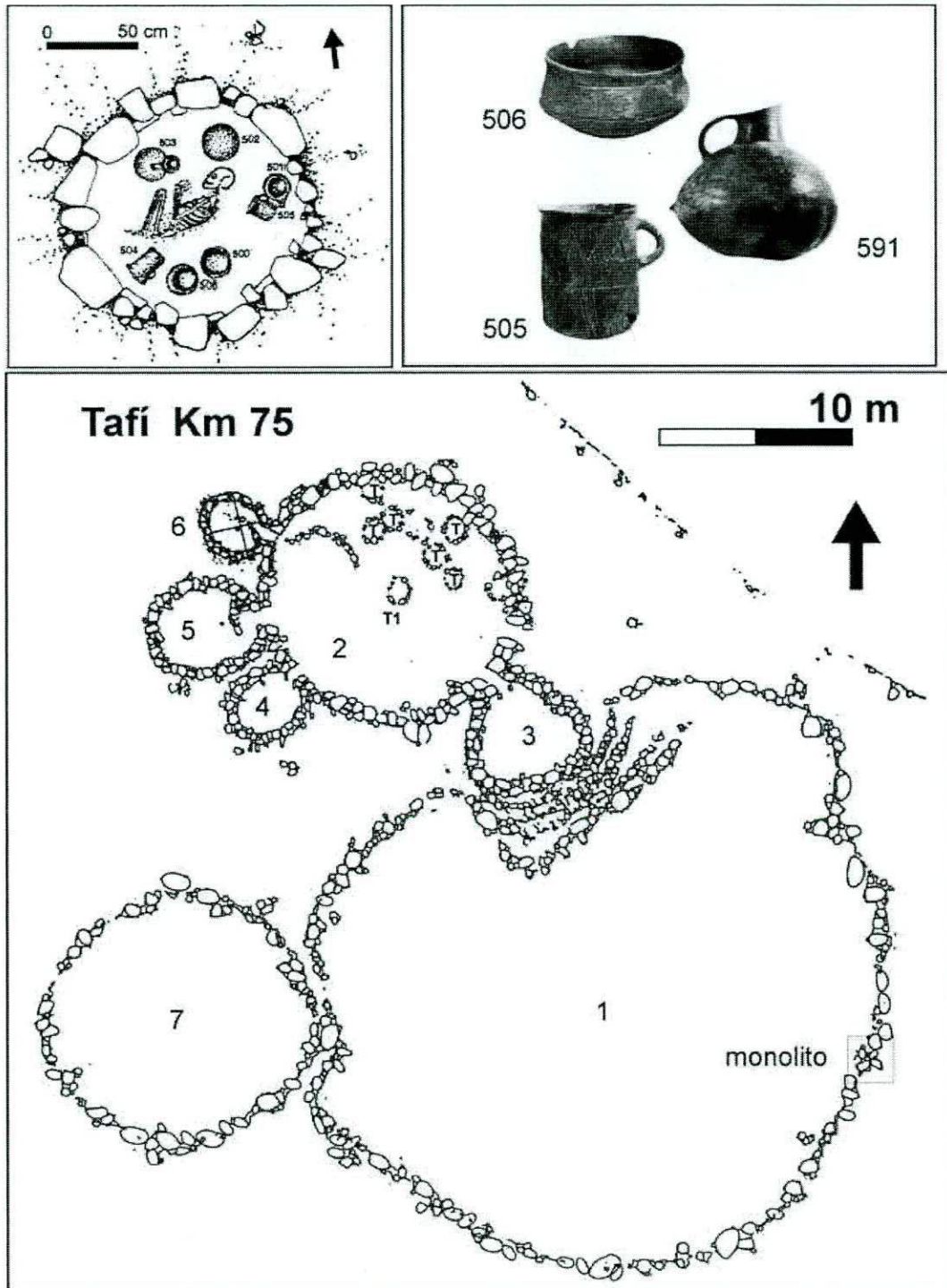


Figura 24. El sitio Km 75 de Tafi del Valle donde se aprecia la distribución de sepulturas en el interior del patio central de un núcleo habitacional. En el Recinto 1, se indica la ubicación de un monolito o “menhir” (tomado de Scattolin 2010).

Las investigaciones en Bordo Marcial, del cual se ha excavado en forma total el Recinto R18, muestran los mismos rasgos que Cardonal. Algo parecido ocurre en la apenas distante aldea de Yutopián de la que se han excavado dos núcleos habitacionales y ninguno de ellos proporcionó inhumaciones.

En cuanto a la disposición de las habitaciones tanto Bordo Marcial como Cardonal parecen asemejarse más a las aldeas de Tebenquiche y quizá las de Laguna Blanca. En ambas localidades se han mencionado inhumaciones pero por fuera de los patios (Krapovickas 1955, Delfino 1999, Haber 2006).

Los materiales hallados tanto en Cardonal y Bordo Marcial contribuyeron a poner en relieve la compleja red de relaciones que caracterizaron a las sociedades del primer milenio DC en este valle. Los hallazgos dan cuenta de las interacciones que directa o indirectamente conectaron a los pobladores de esta aldea con otros lugares y personas (Scattolin et al. 2007, 2009a, 2009b).

Tanto en el patrón arquitectónico como en las características de los materiales cerámicos de manufactura local (Pereyra Domingorena 2009) se observa en este valle una selección y combinación de rasgos que demuestran la utilización de estilos como recursos plásticos compartidos con poblaciones vecinas extendidas en distintas direcciones (Scattolin 2007b), creando a partir de su combinación y selección, configuraciones originales (Scattolin et al. 2009a).

Cardonal y Bordo Marcial poseen fechados radiocarbónicos que los ubican entre 1800 y 1900 años AP (Tabla 3). Los contextos funerarios se extienden cronológicamente con anterioridad, en contemporaneidad y, en un caso, con posterioridad a ambos sitios (ver Capítulo 5).

Por otra parte, en las inmediaciones de estas aldeas se han prospectado al menos otros cuatro sitios de características arquitectónicas variadas, que podrían referir a momentos temporales diferentes dentro del período Formativo e incluso, posiblemente al período Tardío (1000-1500 DC). Debe recordarse que a unos 7 km desde Cardonal y Bordo Marcial se encuentra la aldea de Yutopián, la cual ha sido objeto de investigaciones previas (Scattolin y Gero 1999, Gero y Scattolin 2002, Izeta 2007, Bugliani 2008a) y que es, en numerosos aspectos, semejante a las anteriores. El paisaje de la región abarca de esta manera una larga historia y dinámica de ocupación.

fecha ^{14}C	Nº Laboratorio	procedencia	materia	años calibrados (1 sigma)	años calibrados (2 sigmas)
1958 ± 37	AA87285	Cardonal Estructura A	carbón vegetal	1 a 80 DC	41 AC a 92 DC 98 a 124 DC
1932 ± 35	AA82260	Cardonal Núcleo 1 E5 Nivel 6	carbón vegetal	27 a 41 DC 48 a 89 DC 101 a 123 DC	8 a 39 AC 3 AC a 34 DC
1878 ± 57	AA67778	Cardonal Núcleo 1 E2 Nivel 6	carbón vegetal	70 a 220 DC 73 a 180 DC 186 a 214 DC	1 a 320 DC 3 a 255 DC 304 a 315 DC
1869 ± 38	AA87294	Bordo Marcial Estructura 18	carbón vegetal	83 a 172 DC 193 a 211 DC	66 a 236 DC
1841 ± 35	AA82262	Cardonal Núcleo 1 E1 Nivel (fogón)	carbón vegetal	130 a 220 DC	80 a 245 DC
1831 ± 35	AA82258	Cardonal Núcleo 1 E3 Nivel 3	carbón vegetal	134 a 222 DC	83 a 254 DC 307 a 312 DC
1781 ± 35	AA82259	Cardonal Núcleo 1 E4 Nivel 5	carbón vegetal	175 a 191 DC 211 a 262 DC 279 a 327 DC	133 a 340 DC

Tabla 3. Fechados radiocarbónicos de los sitios Cardonal y Bordo Marcial

En síntesis, la idea que trasciende de las viviendas de Cardonal y Bordo Marcial es aquella de ‘confluencia’ de paisajes: recursos y ‘modos de hacer’ característicos tanto de las yungas (i.e., cerámica de estilo afín a Candelaria), la puna (i.e., líticos de obsidiana) y otros valles lejanos (i.e., tiestos Vaquerías), que han sido apropiados y resignificados por la gente del Cajón.

Ambos sitios continúan siendo objeto de detallado estudio (Scattolin et al. 2007, 2009a, 2009b), complementando las investigaciones del equipo en otras localidades del sur de los valles Calchaquíes (Izeta 2007, Bugliani 2008a, Lazzari 2006, Calo 2010, Pereyra Domingorena 2010) y complejizando el panorama de variabilidad del período Formativo en el Noroeste argentino (e.g. Núñez Regueiro 1974, Tarragó 1980, Olivera 1991, Tarragó 1992, Tarragó y Scattolin 1999, Scattolin 2006a).

Capítulo 5

Cuerpos en contexto: a través del tiempo y del espacio en La Quebrada

5.1 Introducción

A continuación me centraré en la descripción de las tareas de campo y los contextos funerarios excavados. La descripción se realiza en orden cronológico según las edades radiocarbónicas obtenidas. Los contextos se numeran del 1 al 7, siendo el 1 el más temprano y el 7 el más tardío.

Se consideran las circunstancias de cada hallazgo, las características de cada contexto y del paisaje en el cual se emplazan. Se presentan los resultados del análisis bioarqueológico realizado sobre los restos humanos recuperados.

El último acápite de este capítulo está dedicado a la interpretación conjunta de los valores isotópicos de $\delta^{13}\text{C}$ a fin de observar las variaciones espaciales y temporales en la cualidad de la dieta de los individuos muestreados.

5.2 Cuerpos en el paisaje

5.2.1 Contexto 1: la mujer arcaica

Como en años anteriores, durante la temporada de campaña de marzo de 2009 los pobladores locales nos indicaron la presencia de un conjunto de restos óseos humanos que habían sido descubiertos tras el paso de las lluvias ese mismo año. El lugar del nuevo hallazgo era un sector de cárcavas labradas por el agua al norte de las estructuras

de vivienda de Cardonal, aproximadamente en línea recta con el Núcleo 1, pero separado de este por un pequeño curso de agua (Figura 25).

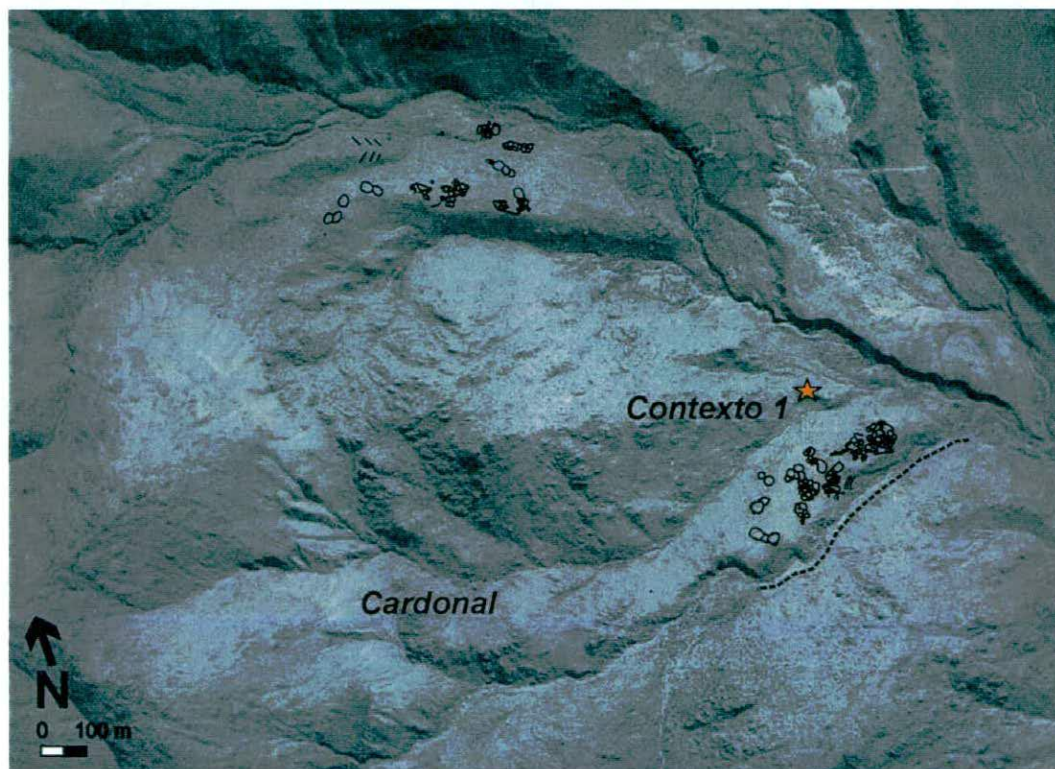


Figura 25. Foto aérea señalando la ubicación del Contexto 1.
 Latitud 26° 40' 48.1", Longitud 66° 28' 4.5", Altitud: 2957 msnm.

En superficie se pudieron observar varios fragmentos óseos deteriorados y blanqueados por la exposición a la intemperie. Se planteó entonces una excavación de rescate. Tras delimitar un área de 2x2 m, se recolectaron los restos esqueléticos en superficie, entre los cuales estaba representada la mayor parte del esqueleto, aunque en estado muy fragmentario y deteriorado. La excavación se realizó por niveles artificiales de 10 cm, tamizando la totalidad del sedimento removido, realizando mapeo y registro tridimensional de los hallazgos. A 40 cm de iniciada la excavación se recuperaron un cúbito y húmero articulados, ambos rotos a la altura media de la diáfisis (Figura 26). Por debajo de estos, apareció otra porción de radio fracturado en el mismo lugar.

Otros huesos muy fragmentados aparecieron dispersos alrededor de aquellos, extendiéndose sobre el perfil oeste, razón por la cual se decidió realizar una ampliación de 1 m hacia este sector. Como resultado, se recuperaron algunos pequeños restos óseos aislados. La mayor parte del esqueleto, por tanto, se hallaba en superficie al momento de efectuarse el rescate.



Figura 26. Cúbito y húmero articulados (Contexto 1). Sobre el extremo izquierdo se observa la apófisis mastoideas del hueso temporal (cráneo).

El sedimento era uniforme, una gravilla suelta, producto de la selección y arrastre del agua que estacionalmente escurre por esta ladera. La presencia de huesos en estado articulado, así como la concentración de la mayor parte de los restos en un único sector, permite afirmar que el lugar original del entierro debió haber sido el mismo a aquél en el que fue hallado.

El esqueleto presenta un grado avanzado de deteriorado a causa de la degradación sufrida por su exposición a la intemperie. Pese a que los restos óseos están muy fragmentados, se han podido identificar partes de los siguientes elementos: cráneo maxilar, mandíbula, varias piezas dentales sueltas (caninos, premolares, molares), escápulas, clavículas, vértebras (cervicales, torácicas y lumbares), costillas, extremidades superiores (húmeros izquierdo y derecho, radio izquierdo, cúbito izquierdo y derecho, carpos de ambas manos, metacarpos izquierdos y derechos, falanges media y proximal), pelvis (ileon izquierdo y derecho, sínfisis púbica), sacro, extremidades inferiores (ambos fémures).

Aunque podrían hallarse entre el número de fragmentos no identificados, o bien, que estos hubieran estado en superficie y sido lavados por el paso del agua, es llamativa

la ausencia de partes esqueléticas de la rodilla hacia abajo (rótula, tibia, peroné y huesos del pie). El número mínimo de individuos correspondió a uno (NMI=1).

De acuerdo al ángulo de la escotadura ciática mayor y la presencia de surco preauricular en el ileon, se estimó que se trata de un individuo de sexo probablemente femenino (Buikstra y Ubelaker 1994, ver Capítulo 3).

Su edad fue estimada entre los 40-50 años en base a la morfología de la sínfisis púbica (ver Tabla 4), concordante con un estadio intermedio entre las fases 9 (45 a 49 años) y 10 (>50 años) según Todd (1921b), y la fase 5 (48.1 ± 14.6 años) de acuerdo los estándares de Suchey-Brooks para el sexo femenino (Buikstra y Ubelaker 1994:22-24).

indicador	método	estimación (en años)
pelvis (sínfisis púbica)	Todd (1921b)	fase 9 = 45-49 fase 10 = 50 +
	Suchey-Brooks (en Buikstra y Ubelaker 1994)	fase 5 = 48.1 ± 14.6

Tabla 4. Estimación de edad (Contexto 1).

No fue posible estimar su estatura debido al grado de fragmentación de las partes diagnósticas.

Se observó la presencia de osteofitos en los cuerpos vertebrales lumbares característicos de la osteoartritis. Esta es una manifestación común en individuos de edad avanzada, posiblemente como resultado del estrés mecánico reiterado y los cambios degenerativos causados por una alta demanda músculo-esquelética, produciendo como resultado el deterioro de las superficies articulares y la formación anormal de tejido óseo sobre los márgenes de los cuerpos vertebrales (Larsen 1987:388, Ortner 2003c:545).

Los dientes presentan un elevado grado de desgaste, correspondiente con las etapas 3 y 4 de Miles (1963). Más allá de estos rasgos, no se detectaron otros indicadores patológicos o manifestaciones de su estado de salud general.

Esta mujer fue fechada por AMS en 6133 ± 66 años AP (AA87287), esto es, 5292 a 4851 años AC (calibrados, 2 sigmas). La señal isotópica $\delta^{13}\text{C}$ asociada fue de $-14,3 \%$ (Tabla 5)¹.

¹ Todos los análisis radiocarbónicos fueron realizados en el Laboratorio de AMS de la Universidad de Arizona, Estados Unidos. En las tablas correspondientes se detalla el resultado obtenido en años antes del presente (AP) y a continuación los fechados calibrados con 1 y 2 sigmas mediante el programa *Calib*-

procedencia	N° laboratorio	material	^{14}C (años AP)	años calibrados (AC)		$\delta^{13}\text{C}$ ‰
				1 sigma	2 sigmas	
Contexto 1	AA87287	costilla	6133 ± 66	5207 a 5144 AC	5292 a 5267 AC	-14,7
				5139 a 5091 AC	5228 a 4897 AC	
				5082 a 4998 AC	4866 a 4851 AC	

Tabla 5. Fechado radiocarbónico y valor de $\delta^{13}\text{C}$ (Contexto 1).

5.2.2 Contexto 2: el niño y sus adornos

Durante la excavación del Contexto 3 en abril de 2006, tras realizar la segunda ampliación hacia el oeste, se observó otro alineamiento de piedras que se extendía de manera paralela al anterior (Figura 27). Estimando que podría tratarse de un segundo entierro se realizó una ampliación de 4 m² a partir de las cuadrículas C17 a C20 siguiendo la misma metodología de excavación.

Esta nueva ampliación confirmó la presencia de una pared de piedras chatas algo más pequeñas que las anteriores, dispuestas simétricamente aunque en sentido opuesto al Contexto 3. Una vez delimitado este rasgo y a fin de obtener una visión en área de la excavación, se efectuaron dos nuevas ampliaciones hacia el oeste de 4 m² cada una (C21 a C24 y C25 a C28) (Figura 28).

Pese a estar adyacentes uno del otro, la matriz sedimentaria del Contexto 2 era mucho más suelta que en el anterior, facilitando por tanto las tareas de excavación y extracción de los hallazgos. A poco más de un metro al oeste de la pared de piedras yacía el esqueleto de un individuo subadulto en posición extendida, decúbito dorsal, con la cabeza orientada hacia el norte y los pies hacia el sur. Su cara miraba hacia el este, a hacia la Sierra del Cajón. Bordeando el costado derecho del esqueleto se detectaron los límites de una pequeña fosa (Figuras 29, 30, 31).

Radiocarbon Calibration Program (Stuiver y Reimer 1986-2005). En algunos casos, a fin de simplificar la discusión de la temporalidad de cada contexto se tomaron los valores extremos obtenidos según la calibración en 2 sigmas.

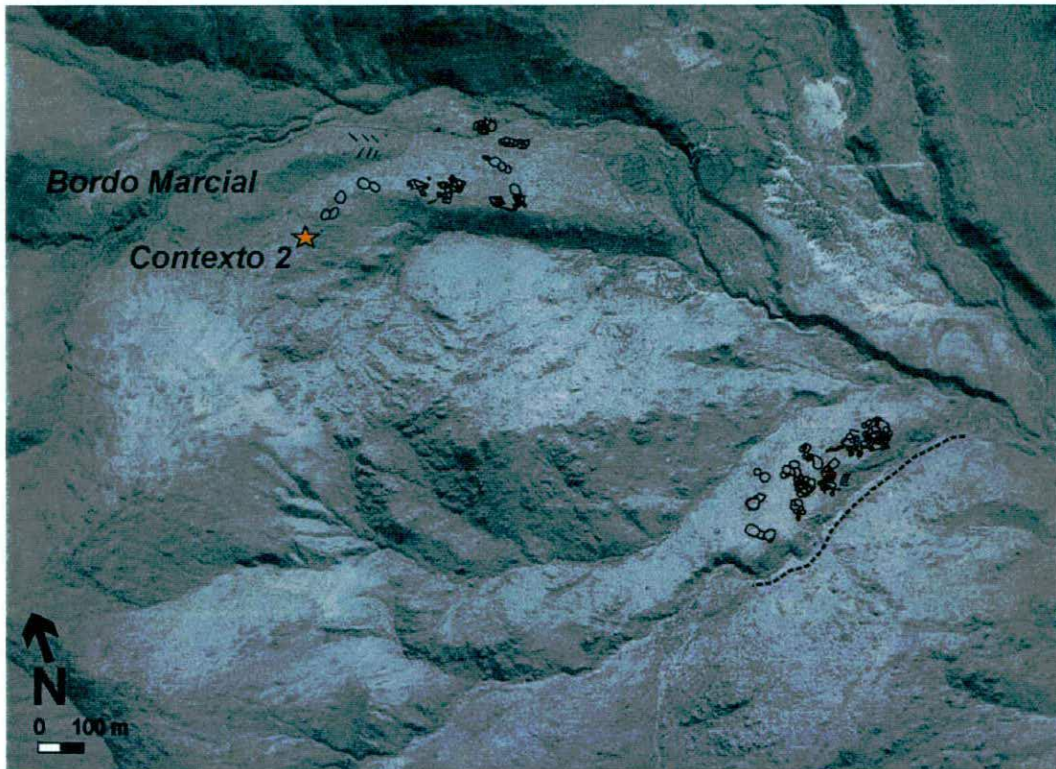


Figura 27. Foto aérea señalando la ubicación del Contexto 2.
 Latitud S 26° 40' 29.3", Longitud W 66° 28' 39.3", Altitud 3184 msnm.

Los restos humanos que yacían extendidos correspondieron a un único individuo. Dispersos entre este individuo y la pared de la estructura se hallaron algunos pocos fragmentos aislados de hueso –una clavícula derecha, algunas piezas dentales y un fragmento de mandíbula– correspondientes al menos a otras tres personas. Por tanto, el número mínimo de individuos identificados en este contexto corresponde a 4 individuos (NMI=4).

En base al patrón de desarrollo y erupción dental se estimó la edad del individuo que yacía extendido en la fosa entre los 8 y 12 años (Moorrees et al. 1963, Ubelaker 1989). No se observaron indicadores de modificaciones patológicas o funcionales, ni evidencias de carencias nutricionales a nivel esquelético.

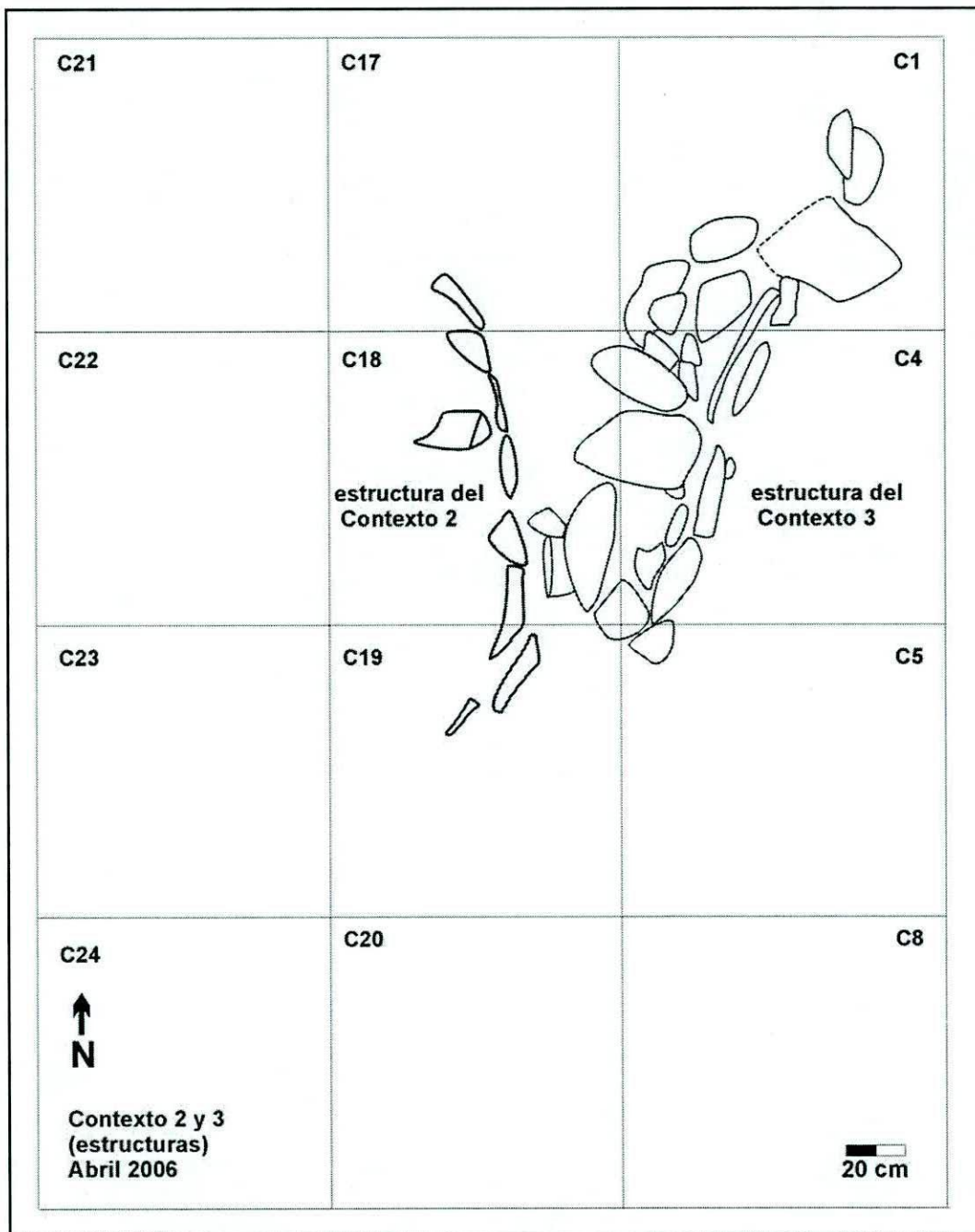


Figura 28. Planteo de la excavación por cuadrículas (Contexto 2).
Se observan las dos estructuras simétricas y opuestas (derecha: Contexto 2, izquierda: Contexto 3).

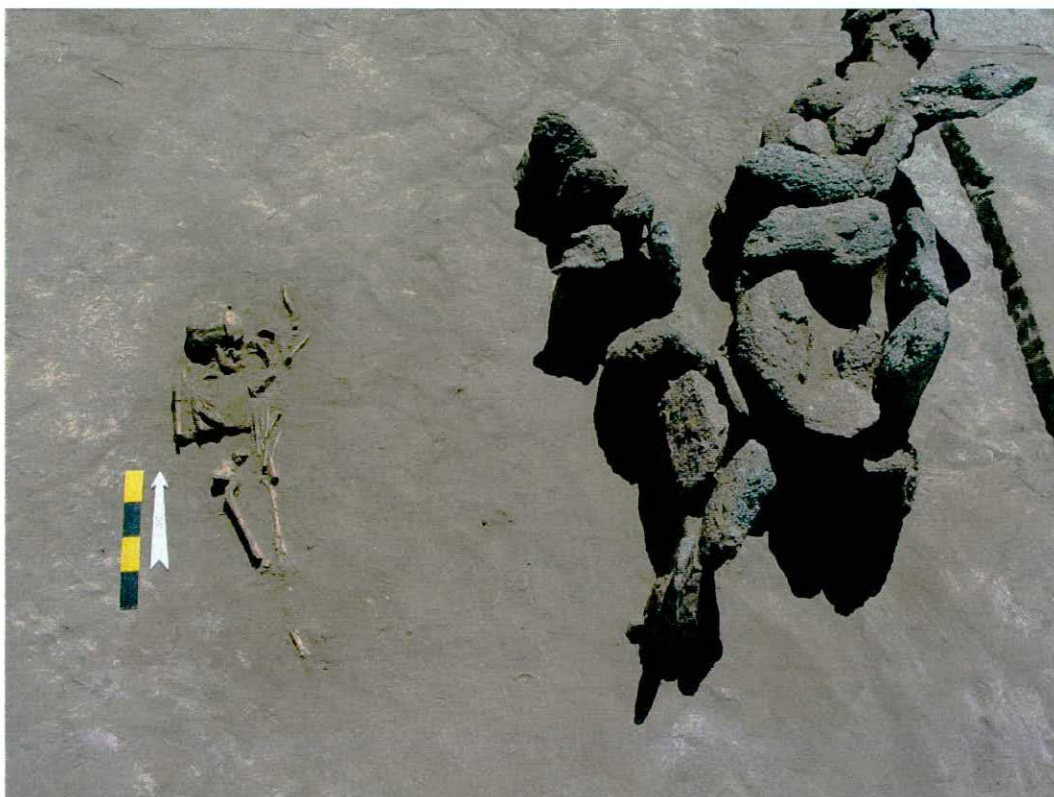


Figura 29. Vista superior (Contexto 2). Hacia la derecha se observa la estructura del Contexto 3.



Figura 30. Vista de paisaje (Contexto 2).

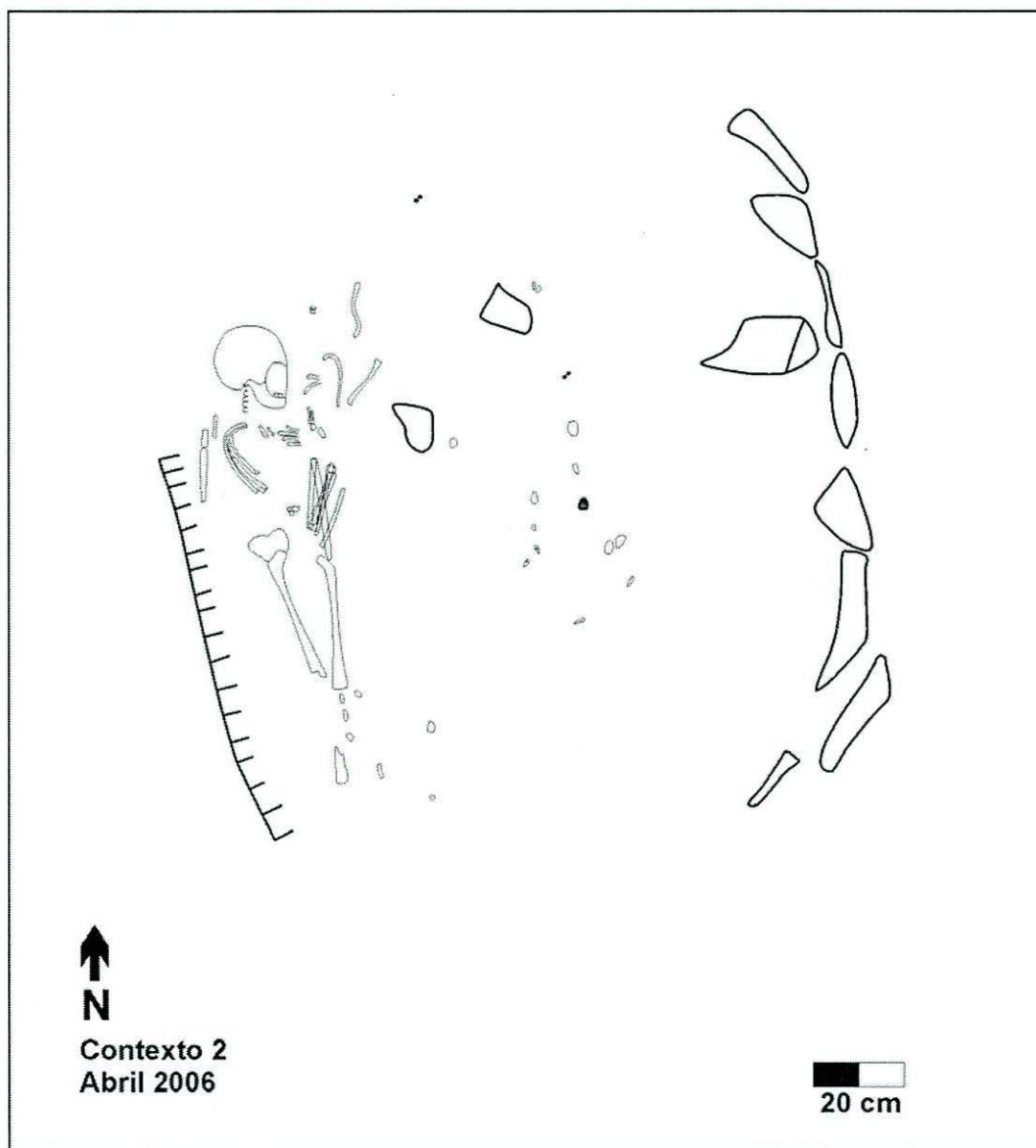


Figura 31. Esquema del Contexto 2.

En el caso de los otros tres individuos, se estimó que corresponden a: (1) un individuo de edad adulta que muestra un grado muy avanzado de desgaste dental, involucrando la abrasión total de la corona e incluso, de la cavidad pulpar en algunas piezas dentales (equivalentes al grado 3 y 4 de Miles [1963]); (2) un individuo representado por varias piezas dentales permanentes completamente desarrolladas, esto es, probablemente correspondientes a un individuo adulto, aunque no es posible establecerlo su edad con mayor precisión; (3) un tercer individuo representado por un pequeño fragmento de mandíbula y dos gérmenes de molar concordantes con un individuo de unos pocos meses de edad.

Como se discutirá en el Capítulo 6, la presencia de estos restos aislados junto al entierro del niño podría haber estado relacionada con el uso cíclico de este lugar para entierros, y que sus restos hubieran sido trasladados en algún momento anterior o posterior al del niño.

Por tratarse de un individuo en etapa de desarrollo, no se realizaron estimaciones de sexo (ver Capítulo 3). En el caso de los dos individuos adultos, las partes esqueléticas disponibles no son diagnósticas para la estimación de sexo.

En asociación a los restos del niño se recuperaron una cuenta de collar de piedra de tono verde claro (Figura 32), y algo más alejado del cuerpo, un pendiente de cobre (Figura 33).



Figura 32. Cuenta lítica (Contexto 2).



Figura 33. Pendiente de cobre (Contexto 2).
Dimensiones: ancho 20 mm; alto 36 mm.

Un primer molar permanente inferior izquierdo del niño fue fechado en 3057 ± 50 años AP (AA82257), esto es, 1432 a 1132 años AC (calibrados, 2 sigmas), por tanto, estadísticamente contemporáneo con el Contexto 3 adyacente. El valor isotópico de $\delta^{13}\text{C}$ obtenido fue de -17.8 ‰ (Tabla 6).

procedencia	N° laboratorio	material	^{14}C (años AP)	años calibrados (AC)		$\delta^{13}\text{C}$ ‰
				1 sigma	2 sigmas	
Contexto 2	AA82257	diente (M ₁ izq)	3.057 ± 50	1395 a 1268	1432 a 1192	-17.8
					1175 a 1164 1143 a 1132	

Tabla 6. Fechado radiocarbónico y valor de $\delta^{13}\text{C}$ (Contexto 2).

5.2.3 Contexto 3: catorce personas y una máscara

En octubre de 2005, durante nuestra primera prospección del sitio Bordo Marcial, fuimos advertidos por los pobladores locales acerca de la presencia de restos humanos que habían aflorado en superficie durante la temporada de lluvias en abril de ese mismo año.

El sector donde se hallaban los huesos correspondía a la parte más alta de la terraza (Figura 34), un lugar particularmente destacado del paisaje, desde donde se obtiene una visión panorámica de las estructuras que componen el sitio Bordo Marcial, la sierra del Cajón extendiéndose al este, y el Campo del Arenal, al sur.

Para acceder al lugar del hallazgo es preciso caminar cuesta arriba en dirección oeste, atravesando en el trayecto los recintos de habitación. Un poco antes de alcanzar el lugar del entierro, se observan algunas estructuras de mayor tamaño, posiblemente corrales o espacios dedicadas a tareas agrícolas.

Una vez en el lugar se pudo constatar la presencia de fragmentos de huesos y dientes en superficie, muy deteriorados y blanqueados por la exposición a la intemperie, algunas piedras planas de formas más o menos regulares yaciendo en el suelo, y otras aún clavadas en la tierra. Estas últimas, indicio de una estructura semienterrada, formaban una única pared curva con una leve concavidad hacia el este de aproximadamente 1,5 m de extensión en sentido norte-sur.

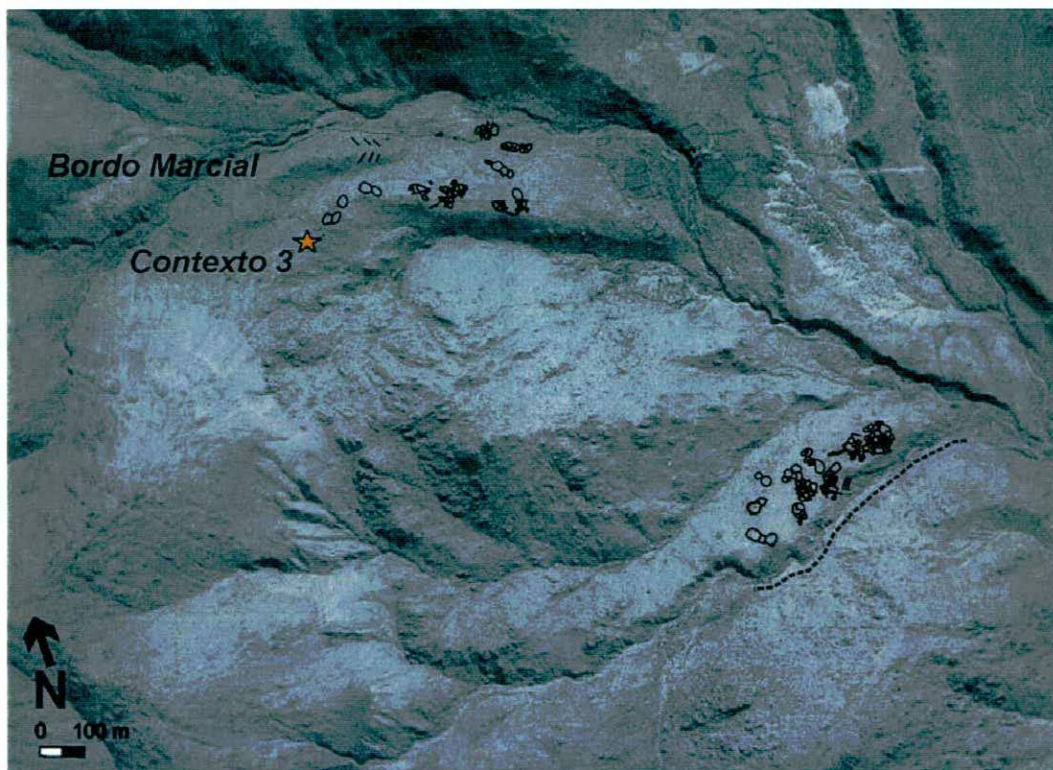


Figura 34. Foto aérea señalando la ubicación del Contexto 3.
 Latitud S 26° 40' 29.2", Longitud W 66° 28' 39.1", Altitud 3194 msnm.

La excavación de rescate se inició en ese mismo año y fue finalizada al año siguiente. Como primera tarea se realizó una recolección discriminada por sectores (denominados concentraciones A, B, C, D, E) a fin de recuperar de la manera más sistemática posible los fragmentos de hueso que habían quedado expuestos.

A continuación, se plantearon cuatro cuadrículas de 1x1 m abarcando la totalidad de los restos visibles en superficie (cuadrículas C1 a C 4) y posteriormente dos ampliaciones más: una hacia el sur, de cuatro cuadrículas (C5 a C8), y ocho cuadrículas hacia el este (C9 a C16) de iguales dimensiones que las anteriores. Finalmente, se efectuó una última ampliación de cuatro cuadrículas hacia el oeste (C17 a C20), abarcando un área total de 20 m² de excavación (Figura 35). La excavación se realizó por niveles artificiales de 10 cm, tamizando la totalidad el sedimento removido, realizando mapeo y registro tridimensional de los hallazgos.

La remoción de los restos óseos fue muy dificultosa debido a las características de la matriz sedimentaria, de granulometría muy fina, de tipo arenosa-arcillosa, extremadamente dura y compacta. En la estratigrafía del perfil podían observarse con claridad la depositación intermitente de estratos grisáceos y blanquecinos formando una especie de 'cubeta' (Figura 36). Esta depositación coincide con la morfología de la

superficie del terreno, que presenta una depresión en el sector del entierro, lo que pudo haber facilitado la acumulación de agua de manera cíclica y por ende la consolidación de la matriz sedimentaria.

El sedimento que contenía los restos óseos alcanzó una potencia de 28 cm (Figura 37). Las piedras que formaban la estructura estaban calzadas por debajo del nivel de los restos humanos. Las de mayor tamaño estaban a su vez sostenidas por otras piedras más pequeñas colocadas del lado interno (Figura 38). En la elección de las piedras principales que conforman la estructura se seleccionaron formas chatas, tipo laja, de las variantes naturales disponibles localmente. No obstante, dos de las piedras que se hallaban sueltas en superficie habían sido retocadas para lograr una forma rectangular alargada, manteniendo una de sus caras plana y la otra algo redondeada (Figura 39).

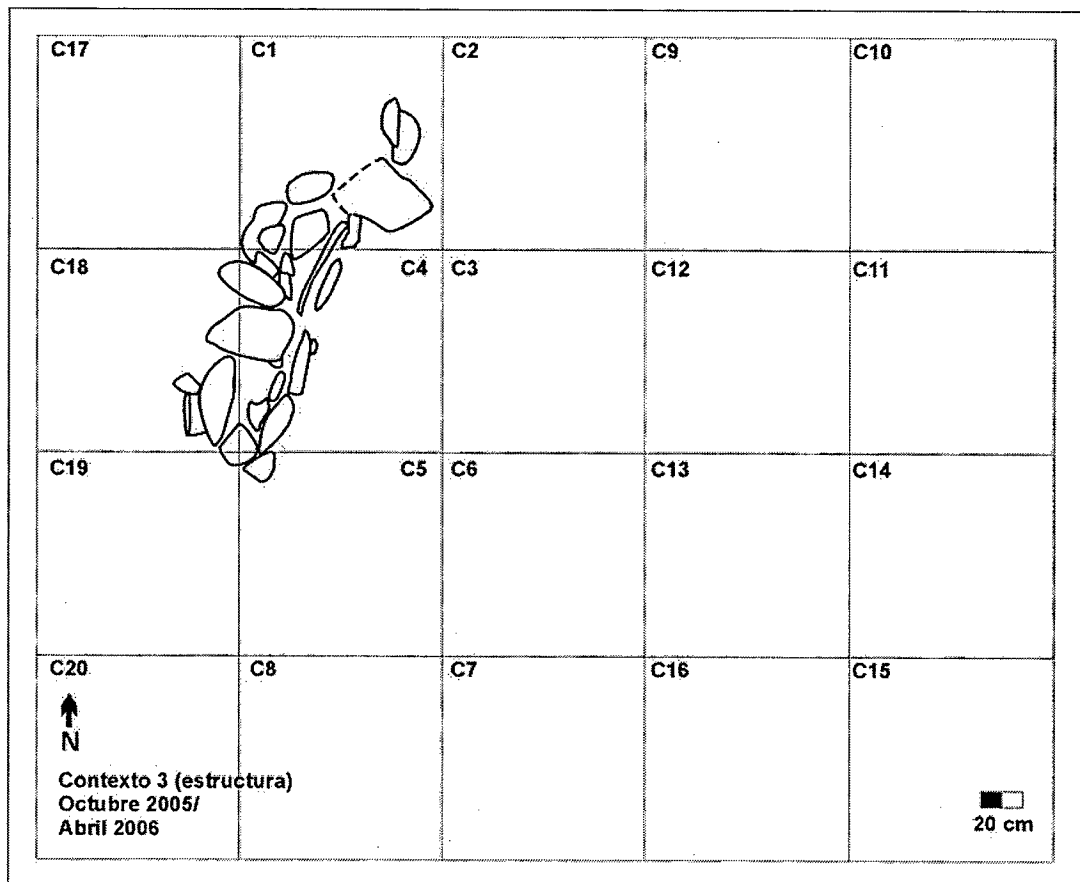


Figura 35. Planteo de la excavación por cuadrículas y esquema de la estructura en planta a nivel de superficie (Contexto 3). Dimensiones de las cuadrículas: 1x1 m. Área total excavada: 20 m².



Figura 36. Perfil (Contexto 3).
Se observa la deposición cíclica de estratos y la orientación de los mismos.



Figura 37. Restos humanos y estructura de piedras (Contexto 3).

Los restos humanos se circunscribían a un área aproximada de 2x1,20 m, entremezclados unos con otros sin articulación entre ellos (Figura 40). Su estado de conservación resultó bastante pobre, la mayor parte en estado muy fragmentario.



Figura 38. Detalle de la estructura de piedras (Contexto 3).



Figura 39. a. detalle de las piedras de la estructura halladas sueltas en superficie.
b. detalle de dos piedras formatizadas (Contexto 3)

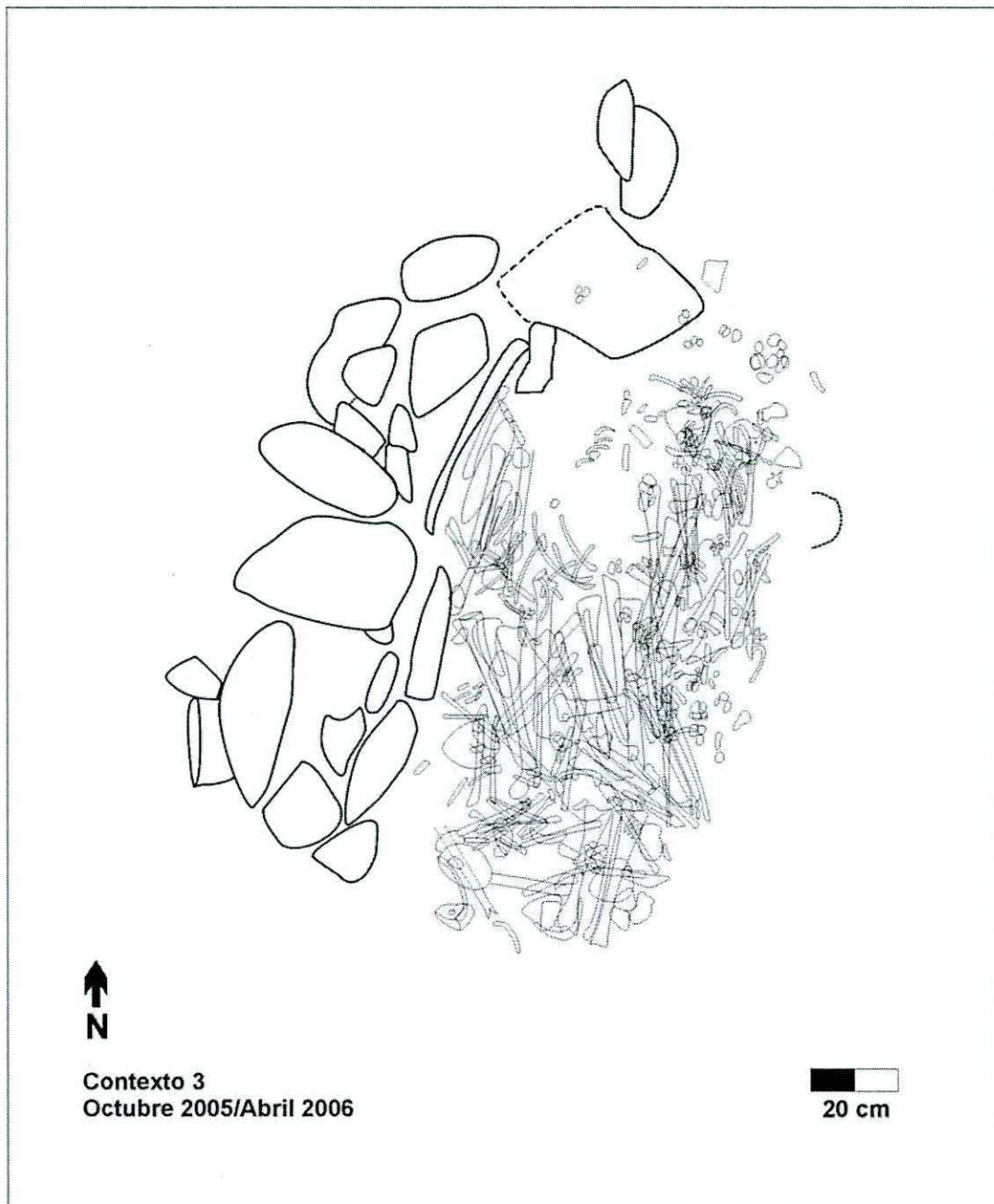


Figura 40. Esquema del Contexto 3.

El análisis bioarqueológico se inició con la identificación, y la posterior discriminación por elemento y lateralidad de las partes esqueléticas a fin de establecer el número mínimo de individuos presentes en este contexto (ver Capítulo 3). Como resultado, pudieron identificarse catorce individuos, siete adultos y siete subadultos. No obstante, el alto grado de deterioro y fragmentación de la muestra hace de esta una estimación conservadora, la cual probablemente esté subestimando una cantidad mayor de personas enterradas en este lugar.

En el caso de los adultos, los elementos con mayor representatividad correspondieron a temporales izquierdos (NMI=7), fémures izquierdos (NMI=6), húmeros izquierdos y derechos (NMI=6), quintos metatarsos izquierdos (NMI=6). Los individuos subadultos fueron discriminados fundamentalmente a partir de la asignación del grado de desarrollo sobre las piezas dentales aisladas, según correspondieran a distintas etapas madurativas (ver abajo).

Dado el estado altamente fragmentario de la muestra, salvo en algunos casos, no fue posible adscribir los distintos fragmentos a una mismo elemento esquelético, por lo que la estimación de la representación relativa de las distintas partes del esqueleto se vio comprometida. No obstante, a partir de evaluar la cantidad de fragmentos por parte esquelética identificada, y de acuerdo al grado de conservación diferencial de los distintos huesos del esqueleto, se pudo observar que:

-existe una baja frecuencia en la proporción de carpos en comparación con metacarpos y falanges, pese a ser aquellos más compactos y menos friables que los últimos.

-a la inversa, mientras que existe un número elevado de tarsos y metatarsos, sólo unas pocas falanges del pie fueron identificadas.

-no se registró la proporción de rótulas esperables para la cantidad de miembros inferiores identificados

-se registra una alta proporción de huesos del cráneo, y no así de mandíbulas, maxilares o fragmentos de ellos.

-las clavículas se hallan escasamente representadas pese a ser éste un hueso compacto, por tanto con mayores posibilidades de conservación.

-no se identificó ningún esternón, o parte del mismo, mientras que son escasos los fragmentos de pelvis y sacro. Sin embargo, no podemos descartar aquí que el carácter friable del tejido óseo haya influido en su baja representatividad.

La estimación de la representación diferencial de partes esqueléticas aproximada en base a la cantidad relativa de fragmentos óseos recuperados y la ausencia de elementos articulados indica que los cuerpos no fueron enterrados con tejidos blandos. Por tanto, se trata de una modalidad de entierro secundario (ver Capítulo 6) donde no todas las partes esqueléticas fueron enterradas con posterioridad a su esquelétización.

En el caso de los individuos adultos, no fue posible estimar la edad debido a la ausencia o deterioro de partes diagnósticas. En el grupo de los subadultos, se

identificaron un individuo de edad aproximada entre 2-3 años; otro de entre 3-4 años; dos de entre 4-5 años; un niño de entre 8-10 años; otro de aproximadamente 10-12 años y por último un individuo de entre 14-16 años de edad. Todas estas estimaciones fueron realizadas en base al grado de desarrollo dental según el método de Moorrees et al. (1963) aplicable a piezas dentales aisladas, uniradiculares como molares. Complementariamente, se corroboró esta estimación con los patrones de erupción dental según Ubelaker (1989).

La estimación del sexo en los individuos adultos se vio comprometida por la fragmentación y deterioro de las partes esqueléticas diagnósticas (cráneos y pelvis). No obstante, considerando la variación morfológica existente en rasgos dimórficos como apófisis mastoidea del hueso temporal, pudo inferirse la presencia de individuos de ambos sexos en la muestra.

No fue posible estimar la estatura en ningún caso debido al estado fragmentario de los miembros inferiores y superiores.

Se examinó la muestra fin de detectar posibles indicadores de estado de salud y nutrición, uso del cuerpo y patologías. La única mandíbula de adulto en estado íntegro recuperada tiene una caries circular en el segundo molar izquierdo y pérdida premortem del primer molar izquierdo con reabsorción alveolar completa. El tercer molar izquierdo y los dos incisivos centrales también están ausentes, pero no es posible determinar si su pérdida fue pre o postmortem. Exhibe desgaste leve a pronunciado, aproximadamente correspondientes con las etapas 2 y 3 de Miles (1963) (Figura 41).



Figura 41. Mandíbula de adulto (Contexto 3).

Más allá de estos indicadores, no se detectaron otros rasgos que permitieran inferir afecciones o modificaciones manifiestas a nivel esquelético, no obstante, tampoco se puede afirmar su ausencia a raíz del estado fragmentario y pobre conservación de la muestra.

Junto con los huesos que afloraron tras el paso de las lluvias, los pobladores hallaron un objeto de metal semienterrado que fue retirado antes de nuestra llegada: se trata de una pieza única para el Noroeste argentino y el área andina: un máscara antropomorfa realizada sobre una fina lámina de cobre (Figuras 42, 43).



Figura 42. Máscara antropomorfa de cobre (Contexto 3).



Figura 43. Máscara antropomorfa de cobre (Contexto 3). a. frente, b. revés.
Dimensiones: alto 180 mm, ancho 150 mm, espesor 1 mm.

Los análisis metalúrgicos realizados en la Comisión Nacional de Energía Atómica determinaron que la misma fue manufacturada sobre una lámina de cobre mediante la técnica de recocido y martillado, vale decir, aquel logrado mediante sucesivos calentamientos y martillados del material (Lic. Silvia Balart, com. pers., ver Scattolin et al. 2007-2008, 2010) (ver Apéndice).

La integridad de este contexto, esto es, la asociación original de la máscara y los restos humanos fue confirmada por la presencia de varios fragmentos óseos que exhibían una coloración verde característica del contacto con el carbonato de cobre.

El Contexto 3 fue fechado por AMS en 3001 ± 49 años AP (AA82256), esto es, aproximadamente entre 1398 y 1058 años AC (calibrados, 2 sigmas). El fechado se efectuó sobre un segundo molar superior izquierdo permanente de adulto cuyo valor isotópico de $\delta^{13}\text{C}$ fue $-16,9 \text{ ‰}$ (Tabla 7).

procedencia	N° laboratorio	material	^{14}C (años AP)	años calibrados (AC)		$\delta^{13}\text{C}$ ‰
				1 sigma	2 sigmas	
Contexto 3	AA82256	diente (M ² izq)	3001 ± 49	1370 a 1356	1398 a 1112	-16,9
				1316 a 1191	1101 a 1085	
				1177 a 1161	1064 a 1058	
				1143 a 1132		

Tabla 7. Fechado radiocarbónico y valor de $\delta^{13}\text{C}$ obtenido sobre un individuo adulto del Contexto 3

5.2.4 Contexto 4: el niño, la urna y las cuentas

Dos años más tarde, durante abril de 2008, en una recorrida del sector de los Contextos 2 y 3, se observó que a pocos metros de este lugar había una gran cantidad de fragmentos cerámicos y parte de una calota humana asomando en superficie (Figura 44). Se planteó entonces una excavación de rescate con el objetivo de recuperar los restos.

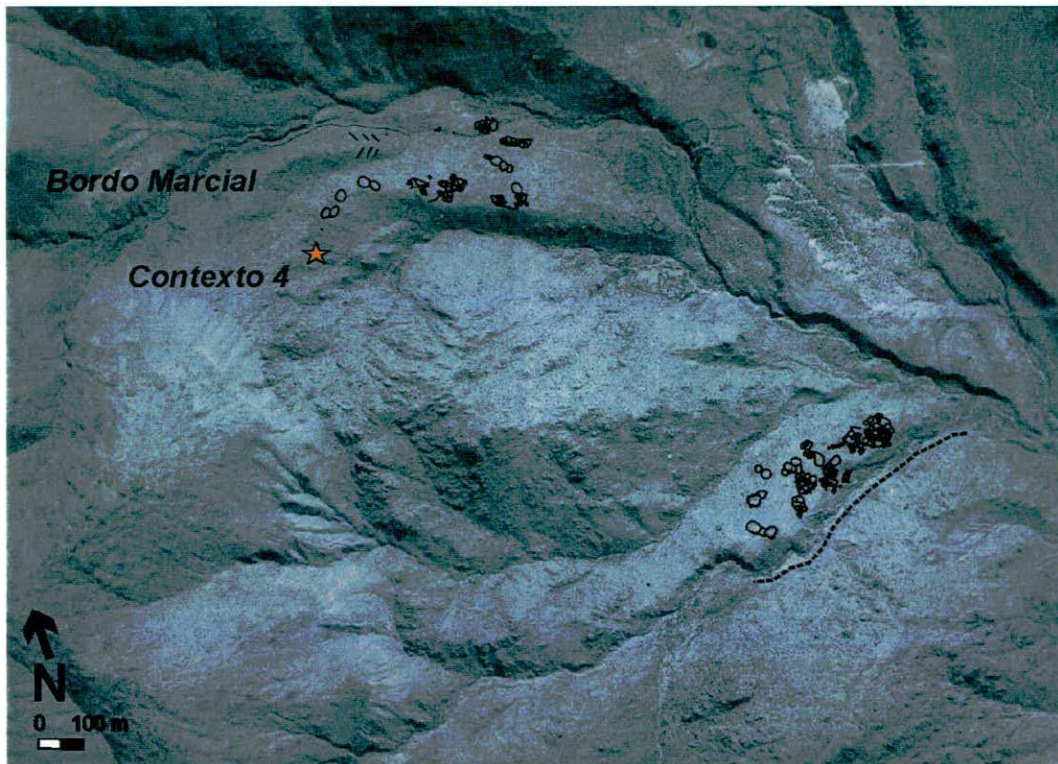


Figura 44. Foto aérea señalando la ubicación del Contexto 4.
Latitud S 26° 40' 29.9", Longitud W 66° 28' 39.4", Altitud 3099 msnm.

Como primera medida, se demarcó un área de 2 x 2 m abarcando la acumulación de cerámica y los restos óseos visibles en superficie. La excavación se realizó por niveles artificiales de 10 cm, tamizando la totalidad del sedimento removido, realizando mapeo y registro tridimensional de los hallazgos. El sedimento era arenoso, facilitando la extracción de los hallazgos. Durante la excavación se recuperó parte del cráneo, mandíbula, algunos fragmentos de huesos largos, arcos vertebrales, costillas y dientes de un subadulto.

A partir del análisis bioarqueológico se determinó que las partes esqueléticas recuperadas correspondían a un único individuo (NMI=1). A excepción de las piezas

dentales, el resto de los fragmentos óseos se encontraba en un estado avanzado de fragmentación y deterioro.

Su edad fue estimada en 4-5 años a partir de la evaluación del grado de desarrollo y erupción dental (Moorrees et al. 1963, Ubelaker 1989). No se estimó el sexo por tratarse de un individuo en etapa de desarrollo (ver Capítulo 3).

Se observó la presencia de defectos en el crecimiento del esmalte en los dos incisivos centrales superiores y en los cuatro caninos, pero estas malformaciones no se corresponden con las características definitorias de las hipoplasias de esmalte. La etiología de esta afección podría responder a causas múltiples, entre ellas, defectos congénitos o a la exposición a un estrés nutricional severo durante la etapa de formación del esmalte. No existiendo otros indicadores de carencias nutricionales o patologías, la presencia de estos defectos no permite realizar inferencias debidamente sustentadas sobre el grado de compromiso en el estado de salud de este individuo.

Además de los fragmentos cerámicos recolectados en superficie, se recuperaron otros tientos de cerámica en asociación con los huesos del individuo. El análisis posterior de estos fragmentos determinó que se trata de una olla tosca, pero su grado de fragmentación no permitió reconstruir su forma. El cuello de la misma presenta un borde engrosado de aproximadamente 3 cm (Figura 45).



Figura 45. Fragmentos de la urna (borde) (Contexto 4).

Asimismo, mezclados en el sedimento que contenía los restos del niño se recuperaron 1654 cuentas blancas circulares, 'waikitas', según la terminología local (Figura 46). Poseen una perforación central y sus diámetros oscilan entre los 2 y 5 mm (aunque posiblemente el tamaño original haya sido mayor, puesto que se hallan notablemente erodadas). Su componente principal es carbonato de calcio, y vistas en perfil se distinguen sucesivas láminas que forman su espesor (Figura 47) por lo que estimamos que la materia prima haya sido valva.

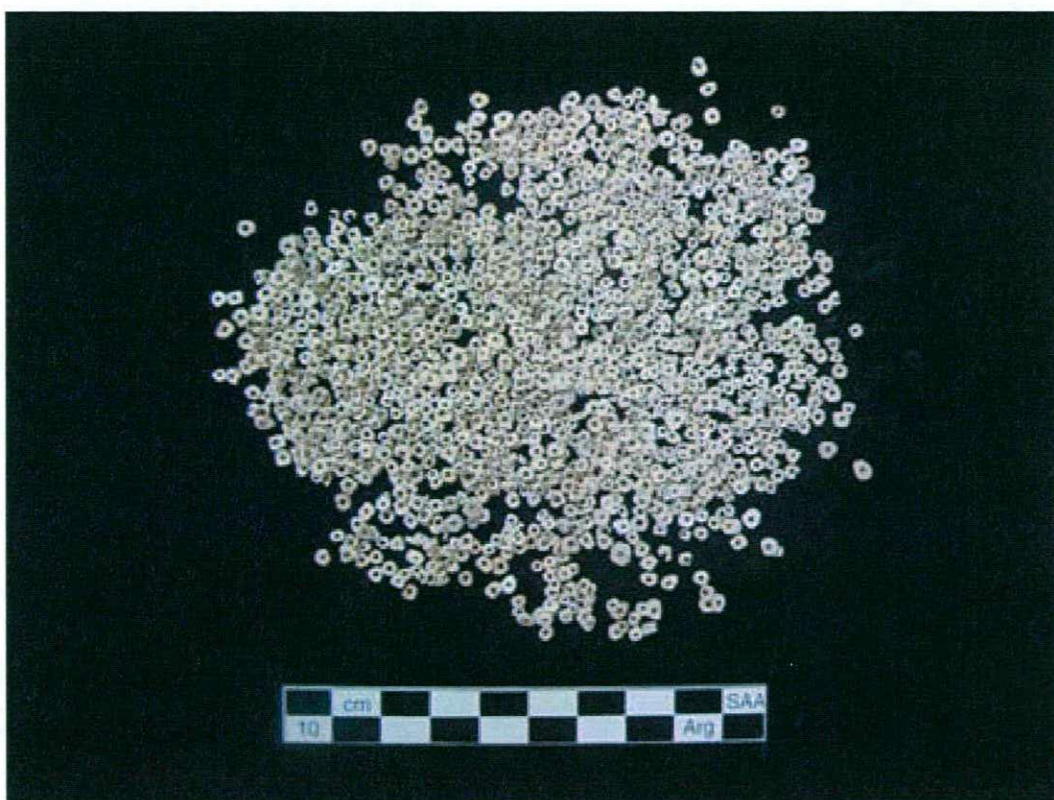


Figura 46. Cuentas de valva, aproximadamente n=1654 (Contexto 4).



Figura 47. Detalle de las cuentas de valva (Contexto 4).

El Contexto 4 ha sido fechado en 2190 ± 48 años AP (AA87293), esto es, aproximadamente 387 a 113 años AC (calibrados, 2 sigmas). La señal isotópica de $\delta^{13}\text{C}$ obtenida a partir de un primer molar permanente inferior izquierdo del niño fue $-20,4$ ‰.

procedencia	N° laboratorio	material	^{14}C (años AP)	años calibrados (AC)		$\delta^{13}\text{C}$ ‰
				1 sigma	2 sigmas	
Contexto 4	AA87293	diente (M ₁ izq)	2190 ± 48	358 a 277 AC 258 a 196 AC	387 a 152 AC 138 a 113 AC	-20,4

Tabla 8. Fechado radiocarbónico y valor de $\delta^{13}\text{C}$ (Contexto 4).

5.2.5 Contexto 5: la mujer y el bebé

Como en años anteriores, durante nuestra estada de campaña de 2009, fuimos informados por los pobladores, que tras la temporada de lluvias, habían aflorado restos humanos en las inmediaciones del sitio Bordo Marcial. El lugar del hallazgo era un

sector de barrancas labradas por el paso del agua al sur-este de las estructuras de habitación del sitio (Figura 48). El bordo descende en este sector, recortándose transversalmente por una serie de cárcavas que terminan abruptamente en el curso de un pequeño arroyo.

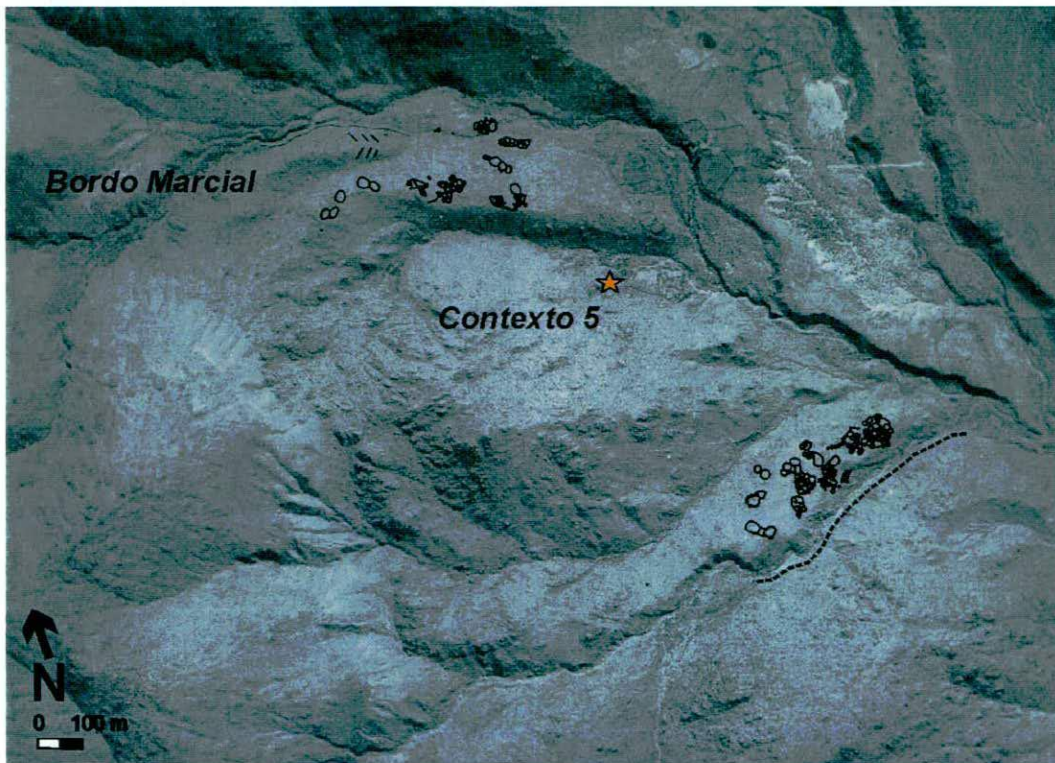


Figura 48. Foto aérea señalando la ubicación del Contexto 5.
 Latitud S 26° 40' 37.9", Longitud W 66° 28' 16.1", Altitud 2860 msnm.

Sobre el perfil de una de estas barrancas se observaron algunos huesos largos y vértebras lumbares, mientras que otras partes óseas habían caído al fondo de la cárcava, unos 3 metros por debajo de la superficie de la barranca (Figuras 49, 50, 51).

Tres rocas, que luego se determinó habrían formado parte de la estructura asociada a los restos humanos, se hallaban aún clavadas en el perfil por encima de los restos óseos, otra roca de similares características se encontraba en la parte inferior de la cárcava, junto a las partes esqueléticas desmoronadas del perfil. Es probable que al caer esta última haya quebrado los huesos largos visibles en el perfil (fémur, tibia) y arrastrado consigo el resto de las partes esqueléticas caídas a la cárcava (sacro, ambos huesos ilíacos de la pelvis y algunas falanges).

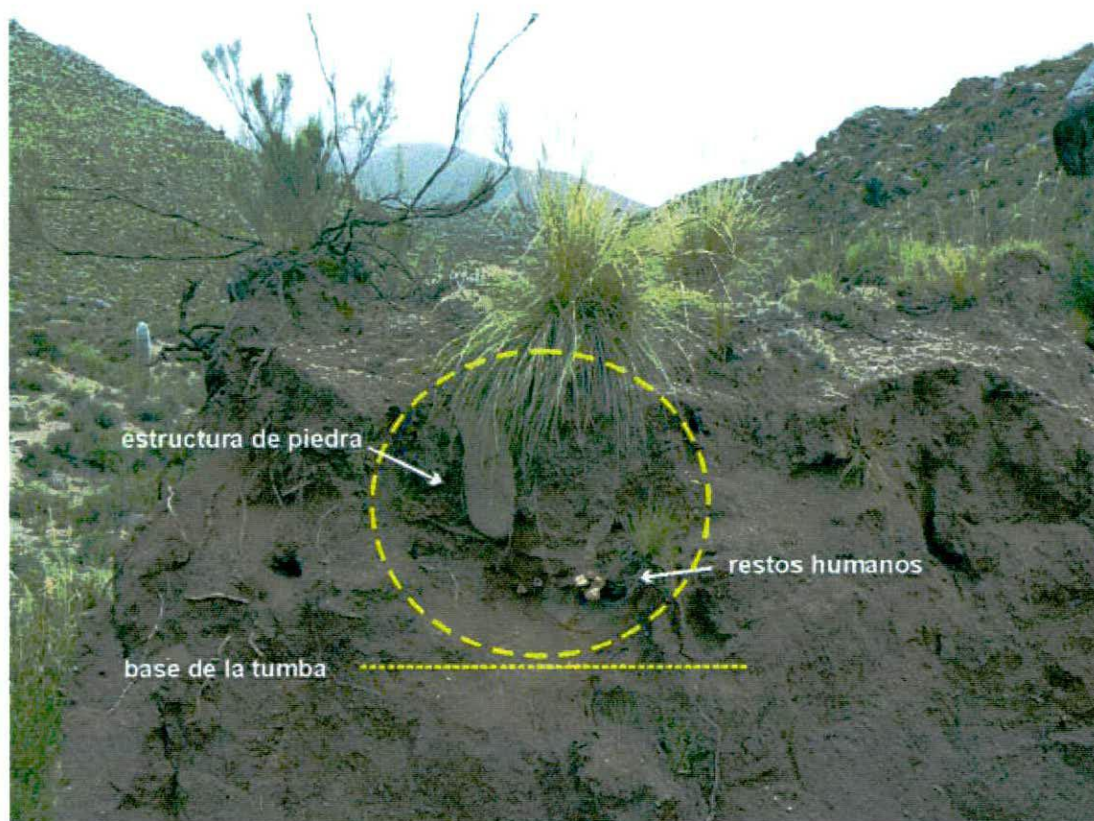


Figura 49. Perfil de la barranca (Contexto 5). El círculo demarca el lugar donde los restos óseos y una de las piedras que formaban parte de la estructura original se proyectaban por fuera de la barranca.



Figura 50. Restos humanos caídos del perfil de la barranca (Contexto 5).

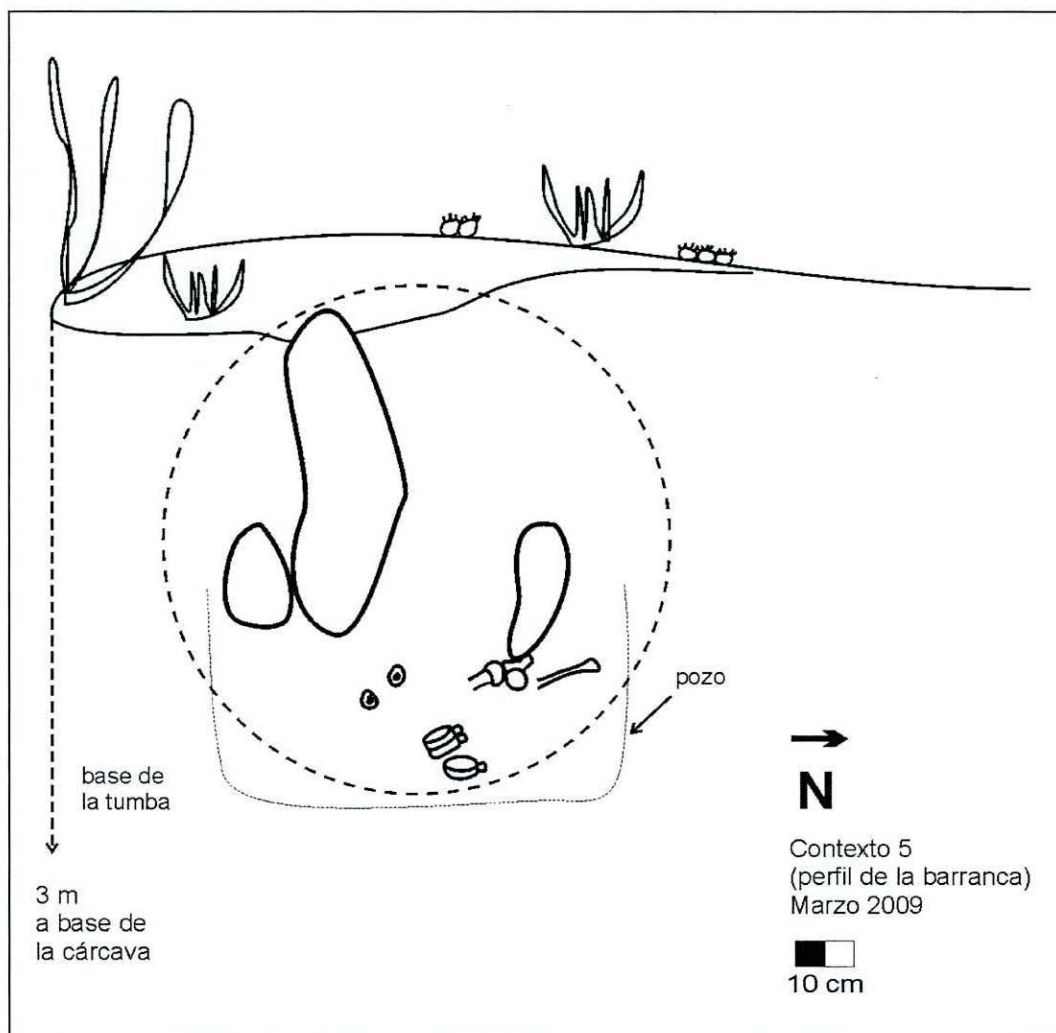


Figura 51. Esquema del perfil de la barranca (Contexto 5). Se observan tres piedras de la estructura aún clavadas y los restos óseos proyectándose por debajo.

Se planteó una excavación de rescate para recuperar el contexto. La barranca no medía más de un metro de ancho y se desmoronaba fácilmente, produciendo inestabilidad sobre la superficie. Por esta razón se optó por trabajar a partir del perfil expuesto, utilizando una escalera, y excavando lateralmente desde la superficie y descendiendo hasta el nivel de los hallazgos.

A medida que la excavación descendía en profundidad, fue posible retirar las tres piedras que formaban parte de la estructura (Figura 52). Estas tienen una forma aproximadamente alargada, y habían sido dispuestas en posición vertical. No se hallaron otras piedras durante la excavación.

Por debajo de esta estructura yacía el resto del esqueleto (Figuras 53, 54). El sedimento era muy fino, arenoso y suelto, de modo que pudieron extraerse los hallazgos

sin dificultad. A pocos centímetros, bordeando el esqueleto el sedimento se endurecía notablemente, demarcando los límites de un pozo en el cual se dispuso el cuerpo.

Los restos esqueléticos se hallaban articulados y correspondieron al cráneo y mandíbula, columna vertebral articulada hasta la segunda vértebra lumbar, costillas, ambas extremidades superiores y parte de las inferiores (fémures, tibias y radios fragmentados). Debe remarcarse el perfecto estado de conservación de los restos.



Figura 52. Rocas de la estructura asociadas a los restos humanos (Contexto 5).

Sobre el costado derecho del cuerpo, a la altura de las últimas vértebras torácicas y las primeras lumbares, se detectaron restos del cráneo, una falange y varios arcos vertebrales de un individuo en los últimos meses de gestación o neonato (ver abajo). Otras partes esqueléticas de este individuo se hallaron dispersas por sobre el individuo adulto (Figura 55).



Figura 53. Restos humanos (Contexto 5). En los alrededores del esqueleto se observan los límites del pozo. Los restos de las extremidades inferiores fueron retirados previamente para impedir su desmoronamiento.

Por la disposición en que se encontraban las partes del cuerpo se pudo determinar que este había sido dispuesto en sentido oeste-este (cabeza-pies respectivamente), con las piernas flexionadas a la altura de la cadera, esto es, en posición genuflexa, y la mano izquierda cruzando por encima de la primera vértebra lumbar hacia el costado derecho.

El análisis bioarqueológico confirmó que los restos humanos correspondían a dos individuos (NMI=2). Se estimó el sexo del individuo adulto como probablemente femenino de acuerdo a la evaluación de rasgos morfológicos en la pelvis, cráneo y mandíbula listados en las Tablas 1 y 2 (Capítulo 3).

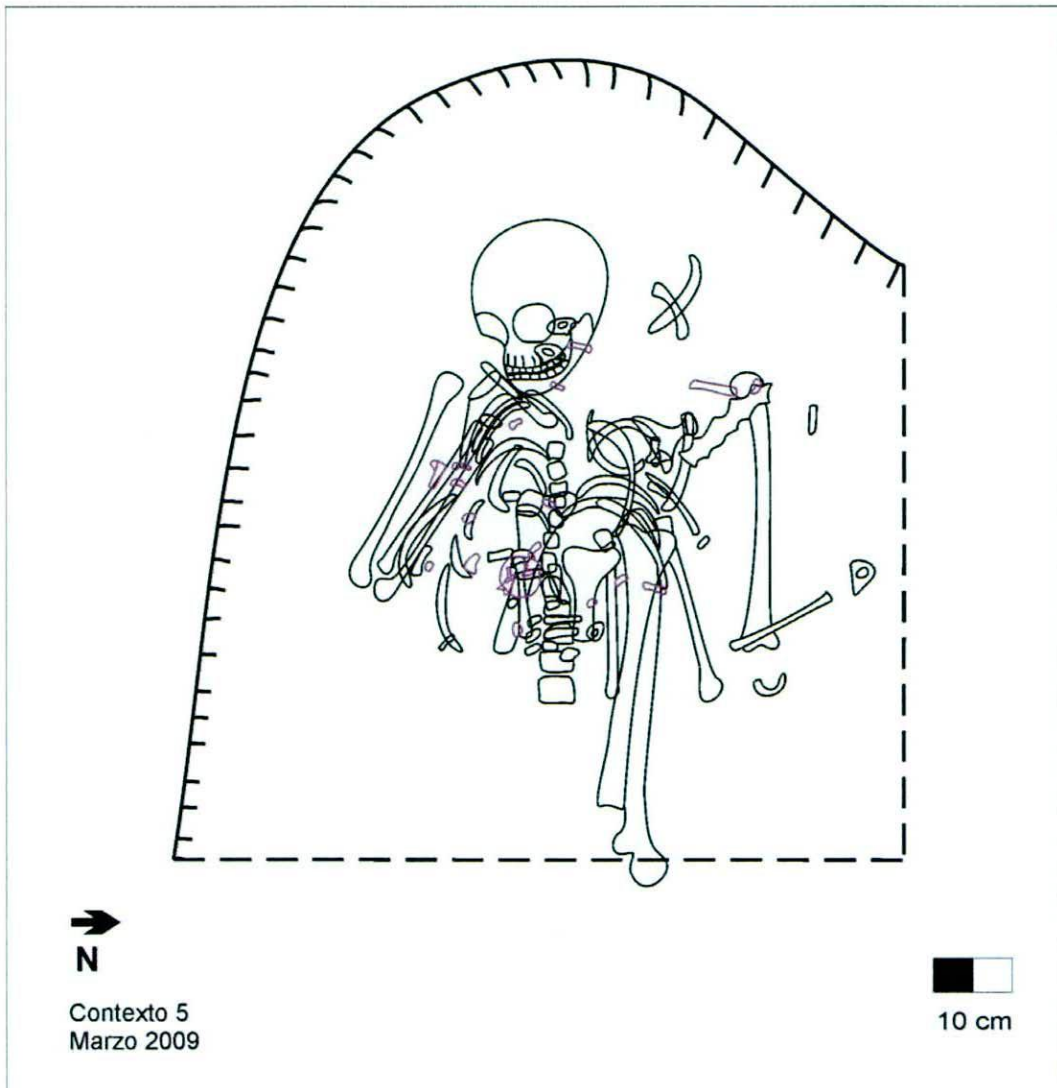


Figura 54. Esquema del Contexto 5 (en negro: la mujer adulta, en violeta: el bebé).

Se trata de una mujer de aproximadamente 20-25 años de edad, estimada a partir de distintos indicadores (ver Tabla 9): (1) la evaluación de la morfología de la superficie articular del ileon, coincidente con un estado intermedio entre las fases 1, 20 a 24 años y 2, 25 a 29 años según Lovejoy et al. (1985); y entre los 24 y 27 años según Buikstra y Ubelaker (1994); (2) la presencia de una línea de fusión incompleta entre la primera y segunda vértebra sacra (S1-S2), indicativa de una edad menor a los 25-27 años (Scheuer y Black 2000:213); (3) fusión incompleta de la epífisis medial de ambas clavículas, observable en general entre los 24 y 29 años (Scheuer y Black 2000:251); (4) fusión incompleta de la cresta ilíaca de la pelvis, lo cual señala una edad menor a 20-23 años, momento en el cual se estima su osificación total (Scheuer y Black 2000:372); (5) la presencia de una leve línea de fusión en la epífisis proximal de ambos húmeros; según

los distintos autores, se completaría entre los 13 a 17 ó 12 a 19 años en mujeres; y algo más tardíamente entre los hombres, 15,75 a 20 ó 17 a 24 años (Scheuer y Black 2000:281).

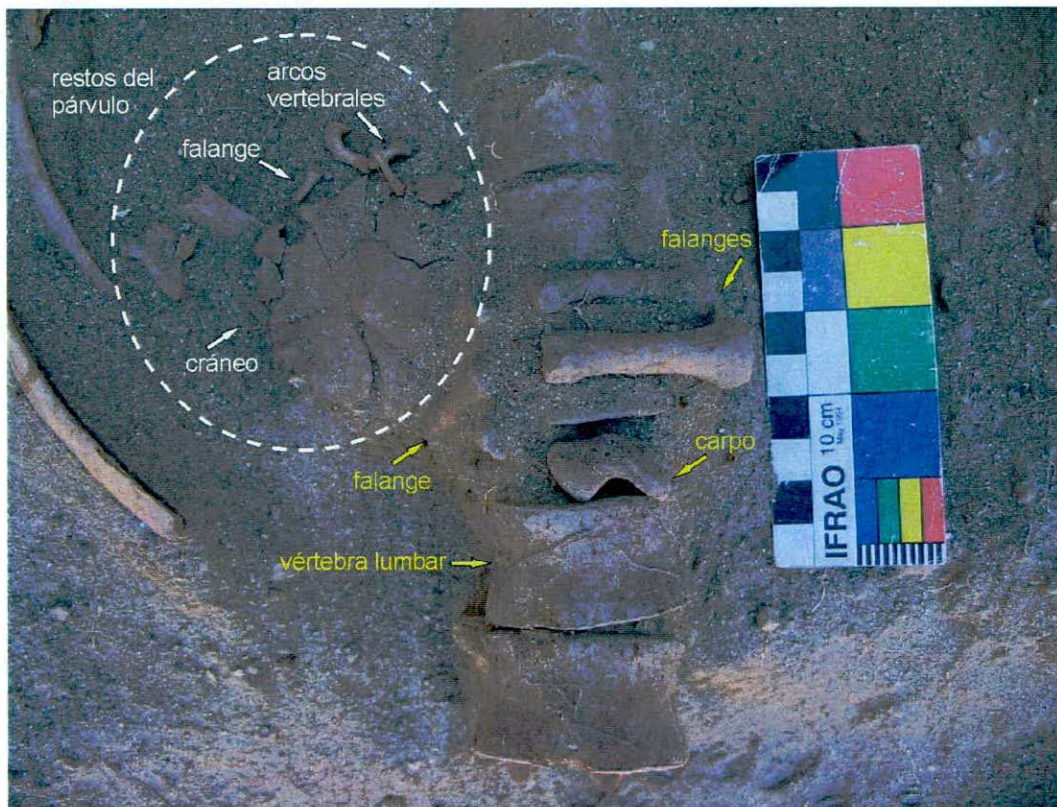


Figura 55. Detalle del cráneo y vértebras del párvulo a la altura de las últimas vértebras torácicas y primeras lumbares. Sobre ellas, la mano izquierda de la mujer enterrada (Contexto 5).

indicador	método	estimación de edad (en años)
ileon (superficie articular)	Lovejoy et al. (1985)	fase 1 = 20-24 fase 2 = 25-29
	Buikstra y Ubelaker (1994)	24-27
sacro (fusión incompleta S1-S2)	Scheuer y Black (2000:213)	< 25-27
clavícula (fusión incompleta epífisis medial)	Scheuer y Black (2000:251)	18-21
pelvis (fusión incompleta de la cresta ilíaca)	Scheuer y Black (2000:372)	< 20-23
húmero (fusión incompleta epífisis proximal)	Scheuer y Black (2000:281)	< 17-19 (mujeres) < 20-24 (hombres)

Tabla 9. Estimación de edad. Mujer adulta (Contexto 5)

La edad del individuo subadulto se estimó en aproximadamente 9 meses lunares, esto es, un individuo en los últimos momentos de gestación o bien, neonato. La estimación se realizó en base a la medición de la porción basilar del hueso occipital (base del cráneo) de acuerdo a los estándares y metodología propuestos por Fazekas y Kósa (1978). Asimismo, esta estimación fue confirmada por un incisivo superior concordante con la etapa de maduración ‘nacimiento ± 2 meses’ según Ubelaker (1989).

indicador	método	resultado	estimación de edad (en meses lunares)
cráneo (porción basilar)	Fazekas y Kósa (1978)	largo = 12,44 mm	12 mm = 9 meses (♀) 13 mm = 10 meses (♂) 12 mm = 9 meses 12,6 mm = 9,5 meses (♂)
		ancho = 12,93 mm	13 mm = 9 meses (♀) 13,5 mm = 9 meses (♂)
diente (incisivo superior)	Ubelaker (1978)		nacimiento ± 2 meses

Tabla 10. Estimación de edad. Neonato/feto (Contexto 5).

La estimación de la estatura de la mujer adulta se realizó a partir del fémur y húmero izquierdos aplicando los estándares de Trotter (1970) para *American White Females*. Ambas estimaciones arrojaron resultados similares. Tomando el fémur como referencia (ver Capítulo 3), la estatura se estimó en 1,64 m (ver Tabla 11).

parte esquelética	izquierda (mm)	derecha (mm)	estatura (m)	método/estándares
fémur	445	-	1,64	(Trotter 1970, <i>American White Females</i>)
húmero	320	-	1,65	(Trotter 1970, <i>American White Females</i>)

Tabla 11. Estimación de estatura (Contexto 5).

Su cráneo se halla deformado artificialmente, de la forma tabular erecta según Dembo e Imbelloni (1938) (Figura 56). De acuerdo a estos autores, esta forma pudo haberse logrado mediante la aplicación de algún tipo de aparato corporal como artefacto deformador durante la infancia, aunque en ciertos casos, los aparatos cefálicos pueden asimismo resultar en formas tabulares erectas (Dembo e Imbelloni 1938:289).

De acuerdo a los datos recopilados por Cocilovo y Varela (2010) sobre la distribución espacial y temporal de los tipos de deformación artificial en el Noroeste argentino y el norte de Chile (ver Capítulo 3), la dominancia del tipo Tabular Erecto es característica de las regiones de San Pedro de Atacama, Calama y Piragua (junto con los

no deformados), mientras que en el Noroeste argentino, este tipo de deformación predomina en el Valle Calchaquí, Belén y las Selvas Occidentales (Pampa Grande), al contrario de lo que ocurre en las regiones de Puna y Quebrada de Humahuaca donde la mayor proporción se asocia al tipo Tabular Oblicuo.

En el norte de Chile La deformación Tabular Erecta se registra desde el período Arcaico en Arica, mientras que aparece en San Pedro de Atacama durante el período Temprano (300 AC-400DC) aunque la mayor proporción para este momento se observa entre los no deformados (Cocilovo y Varela op. cit.: Tabla 9), y se mantiene como el tipo más frecuente durante los períodos Medio (400-1000 DC) y Tardío (1000-1535 DC).

En el Noroeste argentino, la información cronológica de las muestras es escasa, pero se registra este tipo de deformación a partir del “Período Medio” (muestras correspondientes a El Altarcito-La Isla y Pampa Grande) y alcanza la mayor frecuencia en las muestras procedentes de los “valles Calchaquíes” (Salta y Catamarca) y “Catamarca” (Belén), las cuales fueron asignadas al período Tardío (Cocilovo y Varela op. cit.:45).



Figura 56. Cráneo de la mujer adulta, norma lateral.
Presenta leve deformación tabular erecta (Contexto 5)

El análisis detallado de los restos, tanto de la mujer como del bebé, no evidenciaron ningún indicador de lesiones patológicas o carencias nutricionales observables a nivel esquelético. Tampoco se detectaron en la mujer adulta remodelaciones óseas producidas por actividades reiteradas u otras causas. Su dentición

se encuentra en perfecto estado, posee todas las piezas dentales in situ, sin evidencias de caries u otras afecciones que comprometieran su salud bucal. Sí se observa un leve grado de desgaste en los dientes, comprometiendo sólo el esmalte, aproximadamente concordante con las etapas 1 y 2 de Miles (1963).

El entierro entonces, implicó el cavado de una fosa aproximadamente circular donde se depositaron los restos de la mujer y del bebé. Luego la fosa fue rellena con una arena fina y finalmente al menos cuatro piedras fueron colocadas en posición vertical por sobre los cuerpos. Ningún objeto se halló en asociación a los restos humanos o al interior de la fosa.

Los restos de la mujer adulta fueron fechados por AMS en 2056 ± 48 años AP (AA87286), esto es, 194 años AC a 51 años DC (calibrados, 2 sigmas). La señal isotópica de $\delta^{13}\text{C}$ asociada fue de $-18,7$ ‰ (Tabla 12).

procedencia	Nº laboratorio	material	^{14}C (años AP)	años calibrados (AC/DC)		$\delta^{13}\text{C}$ ‰
				1 sigma	2 sigmas	
Contexto 5	AA87286	costilla	2056 ± 48	158 a 134 AC 115 a 19 AC 13 a 1 AC	194 AC a 30 DC 37 a 51 DC	-18,7

Tabla 12. Fechado radiocarbónico y valor de $\delta^{13}\text{C}$ de la mujer adulta (Contexto 5).

5.2.6 Contexto 6: el hombre de la Duna

Aproximadamente equidistante de las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial, en la parte baja junto al río La Quebrada, se halla un gran médano de arena fina y clara, al cual los pobladores refieren como ‘el verdadero cementerio’ (Figura 57).

En efecto, esta gran duna de forma más o menos circular es un cementerio prehispánico –al que hemos denominado ‘Cementerio Duna’– que se destaca nítidamente sobre el paisaje circundante y constituye un punto de referencia obligado a la distancia. En octubre, tras la época de seca, el médano está en su momento de mayor visibilidad, destacándose con nitidez (Figura 58). En abril, una vez pasada la temporada de lluvias, la superficie se cubre de pastos suaves, que le otorgan un tono verde claro, a pesar del cual, continúa resaltando a la vista (Figura 59).

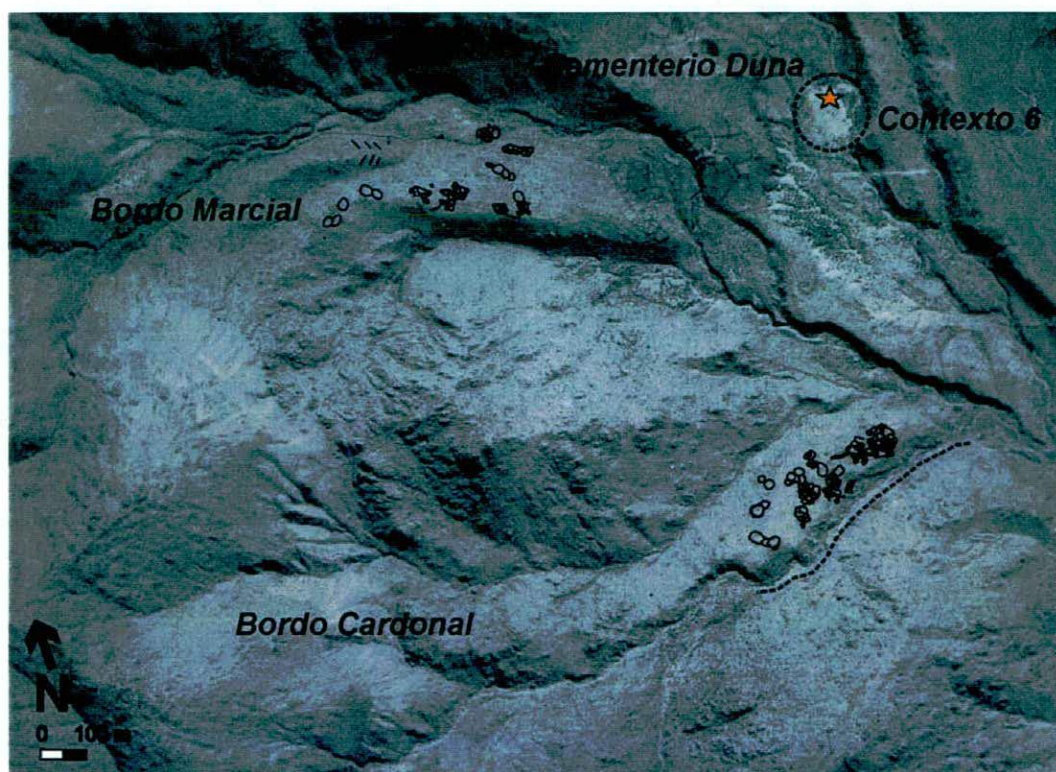


Figura 57. Foto aérea señalando la ubicación del Cementerio Duna y Contexto 6.
Latitud 26° 40' 29.5", Longitud 66° 27' 57.2", Altitud 3058 msnm.

El Cementerio Duna se halla al pie de la casa de la familia Marcial-Chaile. La familia Marcial ha vivido en este lugar desde hace décadas y aún evocan las épocas en que el Padre Baudilio Vázquez llegaba a lomo de mula a la capilla de La Quebrada y solía quedarse allí por un novenario. Aficionado coleccionista de piezas arqueológicas, el Padre Vázquez formó una importante colección arqueológica, parte de la cual se sabe proviene de este cementerio. Conservada hoy en el Museo Eric Boman de Santa María, esta colección atesora un gran número de piezas únicas asignables al período Formativo que son bastante conocidas ya que han sido profusamente ilustradas (Figura 60; ver por ejemplo, González 1977: figuras 51 y 258).



Figura 58. Vista del Cementerio Duna en octubre.
Se distinguen las acumulaciones de piedras en su superficie.

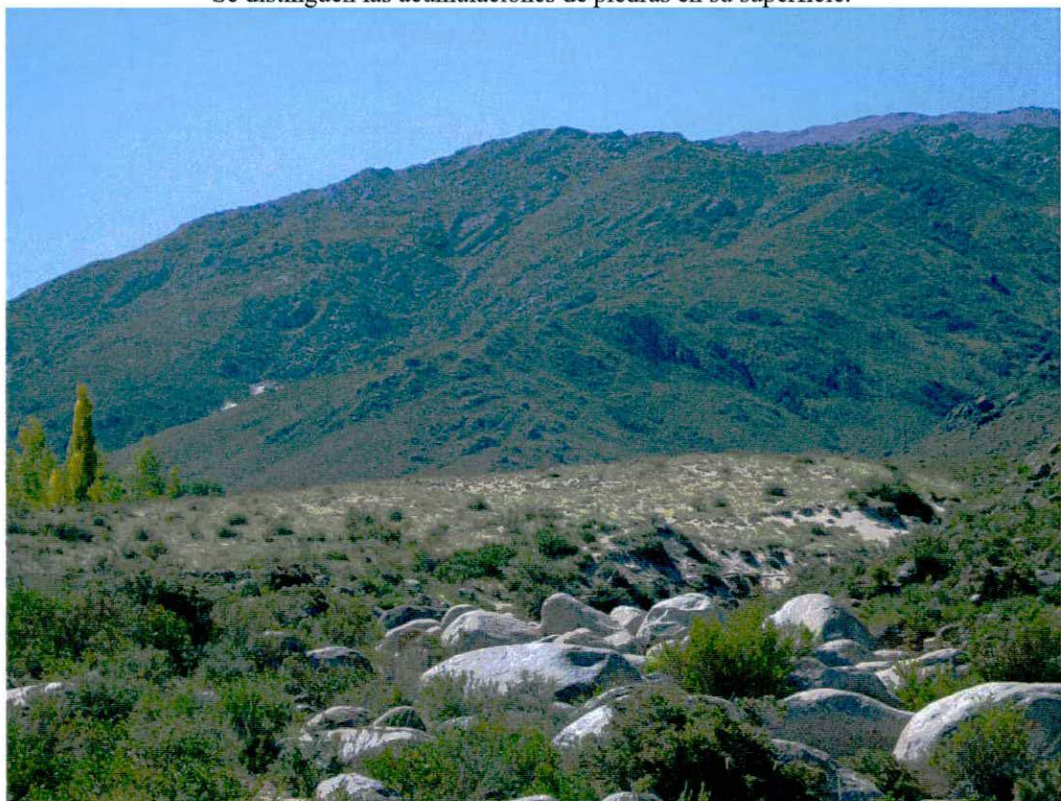


Figura 59. Vista del Cementerio Duna en abril.



Figura 60. Objetos de la colección Baudilio Vazquez del Museo Eric Boman de Santa María. Efigie de mujer de estilo Vaquerías (foto M. C. Scattolin) y dos láminas de oro, procedencia de La Quebrada (tomado de Goretti 2006)

La duna tiene una extensión aproximada de 1 ha. Hacia el este, se recorta abruptamente por el paso del río La Quebrada mientras que hacia el oeste, desciende de manera paulatina hasta converger con un área de cultivos actuales; hacia el norte y sur la duna se pierde naturalmente en su continuación con el paisaje circundante. A lo largo de todo su perímetro, una pirca de construcción actual –en parte realizada con rocas provenientes del mismo cementerio– forma un límite artificial que restringe su movimiento natural. En su punto más alto, esta formación alcanza los 3060 msnm y desciende hasta aproximadamente los 3044 msnm.

En superficie, se observan acumulaciones variables de piedras localmente disponibles, redondeadas y de tamaños regulares (ver Figuras 61, 62). En algunos sectores se agrupan en pequeñas concentraciones, mientras que en otros, se disponen en círculo siguiendo una hilera simple de piedras que puede alcanzar hasta 2 m de diámetro. Al centro de estos círculos, la arena fina forma una leve depresión, indicio probable de antiguas excavaciones. En este sentido, es difícil establecer si lo que hoy se observa como dos arreglos diferentes de piedras responden a dos tipos distintos de estructuras o bien, si ellas son el resultado de la remoción de las estructuras originales. Apelando a la memoria local, no hemos podido recabar mayores detalles sobre su aspecto en otras épocas, ya que los pobladores aseguran recordarlo ‘siempre así’.



Figura 61. Superficie del Cementerio Duna. Nótese la acumulación de piedras.



Figura 62. Superficie del Cementerio Duna.

Numerosos fragmentos de huesos humanos, cuentas de collar líticas de color azul intenso (Figura 63) y fragmentos de cerámica tosca y fina del tipo gris pulido se hallan dispersos por toda la superficie; se cubren y descubren cada año tras el paso de la temporada de lluvias y vientos. En nuestras inspecciones hemos dado con un hallazgo de cobre y otro de oro que indican que también objetos de metal habrían sido enterrados en este lugar (Figura 63).



Figura 63. Fragmento de oro (izquierda) y cuentas líticas (derecha) del Cementerio Duna.

En una recorrida de la Duna durante el año 2005, se detectó parte de un cráneo, mandíbula y vértebras articuladas aflorando en la superficie en el sector oriental, lugar donde la duna desciende de manera abrupta y forma un terraplén que atraviesa la pirca actual llegando hasta el río La Quebrada. Las partes esqueléticas, pese a estar blanqueadas y fragmentadas por encontrarse expuestas a la intemperie, presentaban buen estado de conservación. Se recolectaron estos hallazgos, demarcando el lugar para luego determinar, mediante una excavación, la presencia del resto del esqueleto, y en tal caso, efectuar un rescate del contexto.

La excavación de rescate tuvo lugar en el año 2009. Previo al inicio de estas tareas, se llevó a cabo un registro de la morfología de la duna mediante el uso de GPS. Como primera medida, se demarcó el perímetro de la duna y a continuación se planteó un grillado de la superficie total con el objeto de facilitar la ubicación y georeferenciación precisa de los hallazgos (Figura 64). Para ello se colocó una estaca en

el punto más alto de la duna registrado mediante el altímetro del GPS, y a partir de allí se trazaron dos ejes perpendiculares en sentido norte-sur y este-oeste. Sobre cada uno de estos ejes se colocaron estacas a intervalos regulares de 20 m. Un tercer eje se planteó 20 metros al oeste respecto del eje norte-sur original. La ubicación precisa de cada estaca fue luego georeferenciada con el GPS.

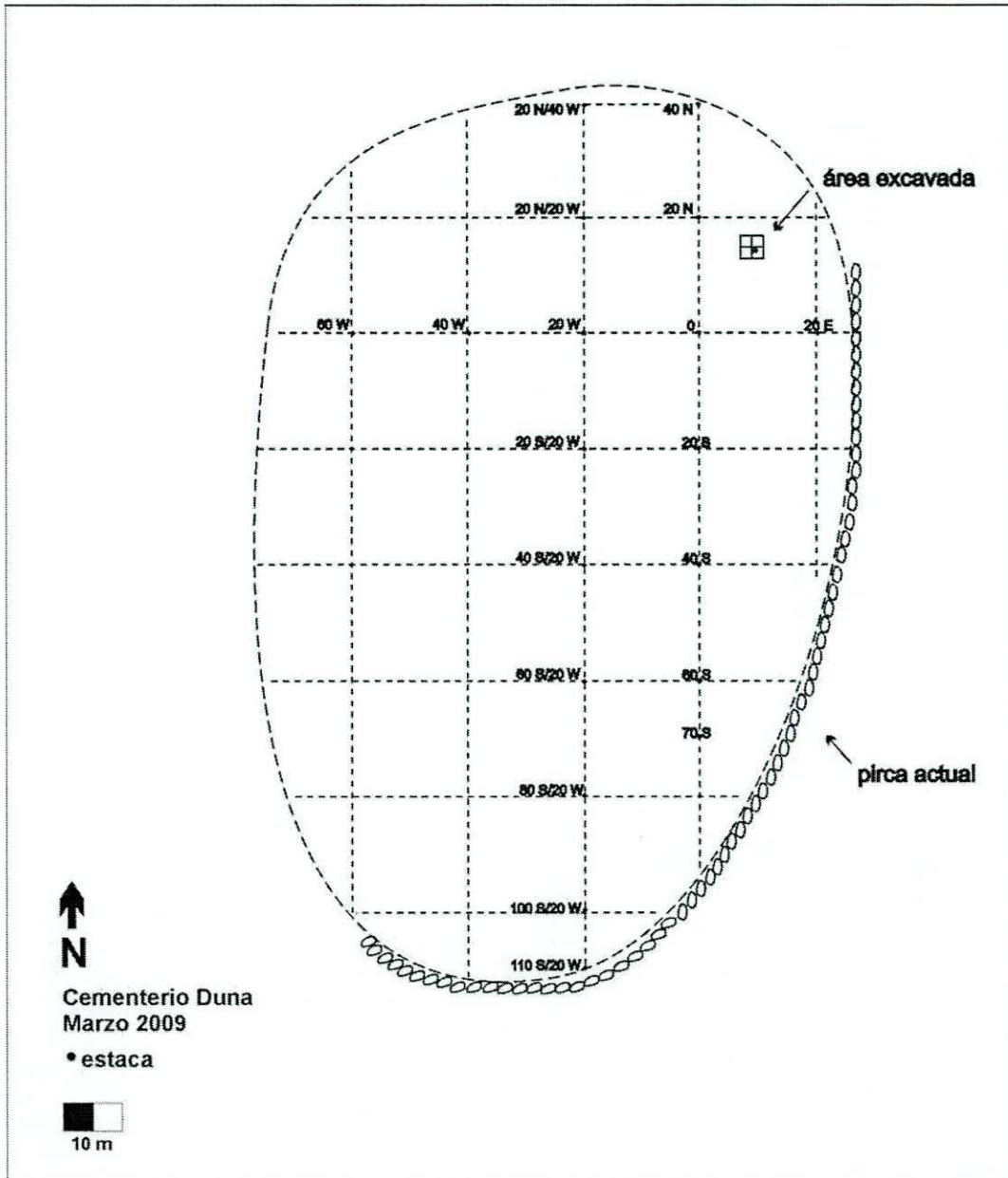


Figura 64. Esquema del grillado y georeferenciación del Cementerio Duna y área excavada (Contexto 6).

La excavación de rescate se inició con el planteo de una cuadrícula de 2x2 m centrada en el sector de los hallazgos del año 2005. En superficie se observaban una serie de piedras sueltas que fueron mapeadas y retiradas. A pocos centímetros del lugar

del hallazgo original, dos piedras de tamaño algo más grande se encontraban firmes en la arena, una de ellas en posición horizontal y la otra a 45° en la misma dirección que la anterior (Figura 65). Inmediatamente por debajo de éstas, se detectó la presencia de restos humanos.

Se planteó entonces una ampliación de la excavación de 2 m hacia el oeste y 2 m hacia el norte, esto es, 4 cuadrículas de 2x2 m, 16 m² en total. La excavación se realizó por niveles artificiales de 10 cm, tamizando la totalidad el sedimento removido, realizando mapeo y registro tridimensional de los hallazgos.



Figura 65. Piedras dispuestas sobre los restos humanos: la izquierda yace horizontal y la derecha colocada a 45° sobre aquella (Contexto 6).

El terraplén natural que la duna forma en este sector, hizo que el área de excavación presentara un desnivel de más de un metro en sentido este-oeste. Por tal motivo, antes de proseguir con la excavación del contexto, se niveló el área de excavación hasta alcanzar la profundidad de los hallazgos óseos. A excepción de algunos fragmentos muy pequeños de hueso y algunas cuentas de collar aisladas que probablemente hayan migrado a través de la arena fina, no hubo otros hallazgos durante las tareas de nivelación.

Una vez alcanzado el nivel del entierro, se mapearon y retiraron las piedras que cubrían el cuerpo. Por debajo, se halló el esqueleto de un individuo adulto en posición hiperflexionada, formando un paquete compacto, con las rodillas sobre el pecho y recostado sobre su lado derecho (Figura 66, 67). Estaba completamente articulado y en buen estado de conservación general. La cabeza se orientaba al este. Dos fragmentos de cráneo se hallaron en el sector donde la cabeza –rescatada en 2005– habría estado originalmente. No se recuperaron objetos en asociación directa al entierro.

A partir del análisis bioarqueológico, se determinó que los restos óseos recuperados en el rescate de 2005 correspondieron a varios fragmentos del cráneo, la mandíbula completa aunque fracturada en dos partes a la altura del mentón, con todas las piezas dentales in situ a excepción del primer premolar izquierdo superior (posiblemente perdido postmortem), y ocho vértebras: las siete cervicales (C1 a C7) y la primera torácica (T1), las cuales como se mencionó, articulaban perfectamente entre sí.

Los restos recuperados durante 2009 correspondieron al resto del esqueleto postcranial y dos pequeños fragmentos de cráneo que no remontaron con el resto de los fragmentos recuperados en 2005.

En este segundo conjunto se identificaron un total de 17 vértebras: las cinco lumbares (L1 a L5) y las doce torácicas (T1 a T12). Sumadas éstas a las vértebras recuperadas en 2005, el total identificado dio como resultado $n=25$, esto es, una más de las 24 vértebras presacrales esperables (5 lumbares, 12 torácicas, 7 cervicales = 24).

Se realizó entonces un análisis pormenorizado de la columna vertebral a fin de discernir si los restos recuperados en 2005 y 2009 correspondían a dos individuos diferentes o bien, se trataba de un caso poco frecuente, pero posible, de un individuo con una vértebra supranumeraria.

Aunque la columna vertebral muestra considerable estabilidad numérica en comparación con otros primates (Todd 1922), vértebras supranumerarias suelen ocurrir en las zonas de transición entre dos segmentos de la columna (e.g. sacro-lumbar, cervical-torácico) (Scheuer y Black 2000:174). La manifestación más común es la presencia de una sexta vértebra lumbar (L6) que exhibe rasgos morfológicos intermedios entre la primera sacra (S1) y la última lumbar (L5). No obstante existen también casos reportados de vértebras adicionales a lo largo de los segmentos presacrales (Scheuer y Black op. cit). En un estudio realizado sobre una muestra de 1239 esqueletos de distinta ascendencia étnica en los Estados Unidos, se determinó que

la ocurrencia de una 25^{ta} vértebra suele ser más frecuente en los hombres, mientras que en las mujeres se observa una mayor incidencia del caso opuesto, esto es, la ausencia de una vértebra, dando como resultado un total de 23 vértebras (Bornstein y Peterson 1966).

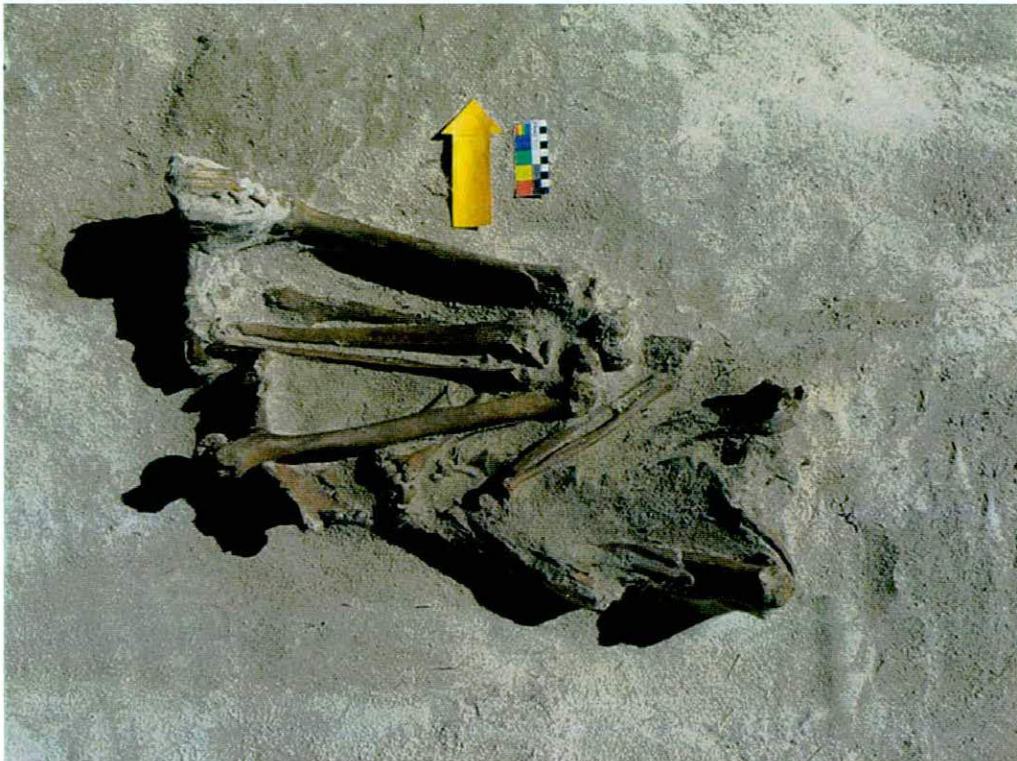


Figura 66. Restos humanos (Contexto 6)

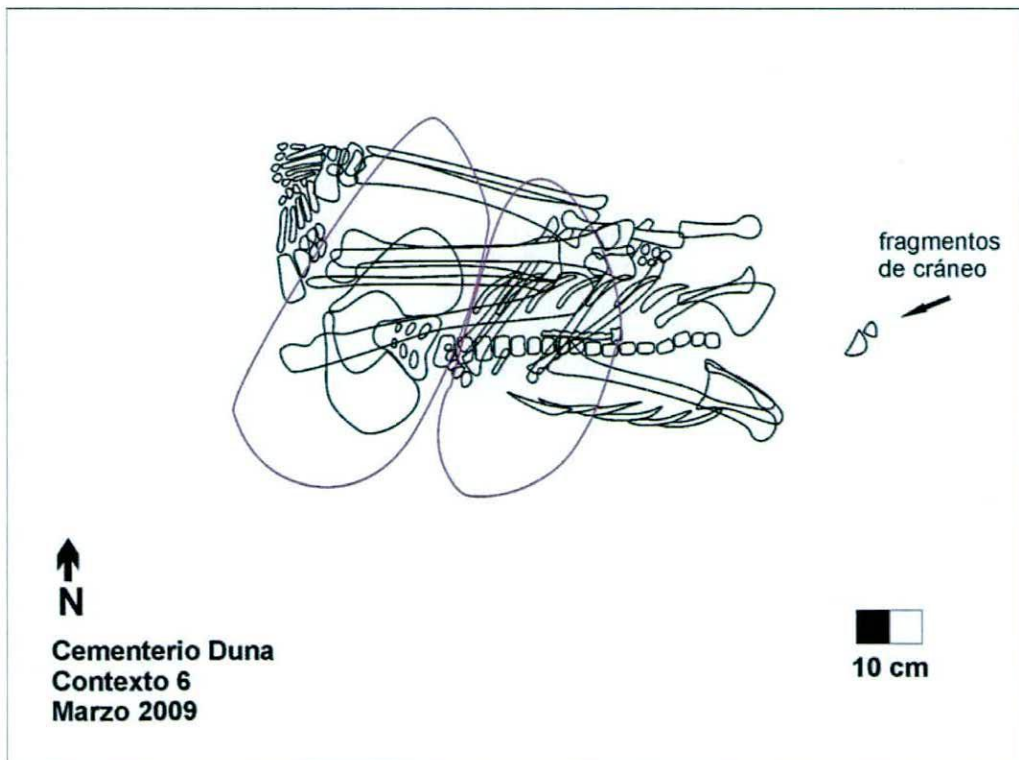


Figura 67. Esquema del Contexto 6: restos humanos (negro), piedras (violeta).

En el caso del individuo que aquí se analiza, la correspondencia morfológica de todas las carillas articulares entre sí –cervicales, torácicas, lumbares y sacras– avaló la hipótesis de que los restos correspondían a un único individuo. Asimismo, la presencia de una asimetría en las carillas articulares de la región sacro-lumbar (altura S1-L5) que se compensa paulatinamente a lo largo de la columna vertebral, anomalía esperable en casos de vértebras supranumerarias (A. González Simoneto, com. pers.) sustentó dicha conclusión. Por tanto, se determinó que los restos pertenecieron a un solo individuo con (NMI=1) con una vértebra supranumeraria la altura de T1, esto es, con 13 vértebras torácicas.

En base a rasgos de la pelvis (morfología general, ángulo de la escotadura ciática mayor, concavidad subpúbica y ángulo subpúbico); morfología de la mandíbula, y de la apófisis mastoidea del hueso temporal (cráneo) se estimó el sexo de este individuo como probablemente masculino.

La edad probable de este individuo fue estimada entre los 20-25 años de acuerdo a la presencia de una línea incompleta de fusión entre las vértebras sacras S1 y S2, la fusión incompleta de la epífisis medial de la clavícula derecha, la morfología de la sínfisis púbica, y la morfología de la superficie articular del ileon (ver Tabla 13).

indicador	método	estimación (en años)
pelvis (sínfisis púbica)	Suchey-Brooks (en Buikstra y Ubelaker 1994:23)	fase 3 = 28.7 ± 6.5
	Todd (1921a)	fase 3 = 22-24 fase 4 = 25-26
pelvis (superficie articular del ileon)	Lovejoy et al. (1985)	fase 1 = 20-24 fase 2 = 25-29
	Buikstra y Ubelaker (1994)	19-24
sacro (fusión incompleta S1-S2)	Scheuer y Black (2000:213)	< 25-27
clavícula (1° etapa de fusión)	Scheuer y Black (2000: 251)	18-21

Tabla 13. Estimación de edad (Contexto 6).

La estimación de estatura se realizó en base a ambos fémures y al radio izquierdo siguiendo los lineamientos y estándares de Trotter (1970) para *American White Males*. El resultado obtenido para ambos fémures fue de 1,69 m (ver Tabla 14).

parte esquelética	izquierda (mm)	derecha (mm)	promedio (mm)	estatura (m)	método/estándares
fémur	452	450	451	1,69	(Trotter 1970, <i>American White Males</i>)
radio	250	-		1,73	(Trotter 1970, <i>American White Males</i>)

Tabla 13. Estimación de estatura (Contexto 6).

El contexto fue fechado por AMS en 1915 ± 47 años AP (AA87292), esto es, 32 años AC a 224 años DC (calibrados, 2 sigmas). La señal isotópica de $\delta^{13}\text{C}$ asociada fue $-16,1 \text{ ‰}$.

procedencia	N° laboratorio	material	^{14}C (años AP)	años calibrados (AC/DC)		$\delta^{13}\text{C}$ ‰
				1 sigma	2 sigmas	
Contexto 6	AA87286	costilla	1915 ± 47	25 a 32 DC	32 a 31 AC 20 a 12 AC 1 AC a 224 DC	-16,1

Tabla 14. Fechado radiocarbónico y valor de $\delta^{13}\text{C}$ (Contexto 6).

4.2.7 Contexto 7: un hombre sin cabeza y dos instrumentos de hueso

Durante 2004, el primer año que visitamos el sitio Cardonal, en una recorrida inicial del área fuimos guiados por uno de los pobladores hacia un sector en lo alto del bordo, al cual se accede caminando algunos minutos en subida desde el sector de las estructuras de habitación (Figura 68).

La formación natural del terreno dejaba una pequeña área despejada de vegetación formando un ‘balcón’ natural hacia el oriente. En el centro de este lugar, se observó un leve montículo de piedras redondeadas dispuestas en hileras aproximadamente concéntricas que dejaban libre la parte central (Figura 69, 70).

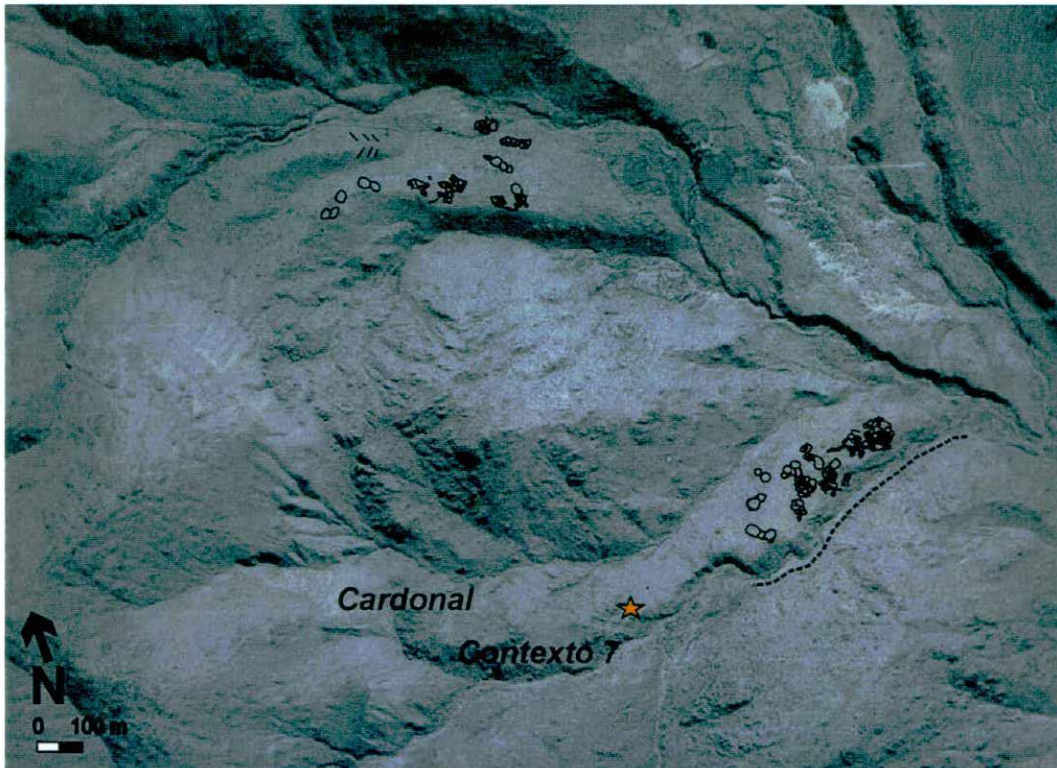


Figura 68. Foto aérea señalando la ubicación del Contexto 7.
 Latitud S 26° 41' 00.1", Longitud W 66° 28' 24.1", Altitud 3110 msnm.



Figura 69. Vista en superficie antes de iniciar la excavación (Contexto 7).
 La fotografía fue tomada desde el oeste mirando hacia el este. Al fondo se observa la sierra del Cajón.

La excavación tuvo lugar durante la temporada de abril de 2008. Se sectorizó el área a excavar en 16 cuadrículas de 1x1 m abarcando la totalidad de la estructura visible en superficie. La remoción del sedimento se realizó por niveles artificiales de 20 cm, tamizando la totalidad del sedimento. Extraídos los dos primeros niveles, pudo distinguirse con claridad la estructura observada inicialmente: varias hileras concéntricas de piedras dispuestas en torno a un espacio central (Figura 71).

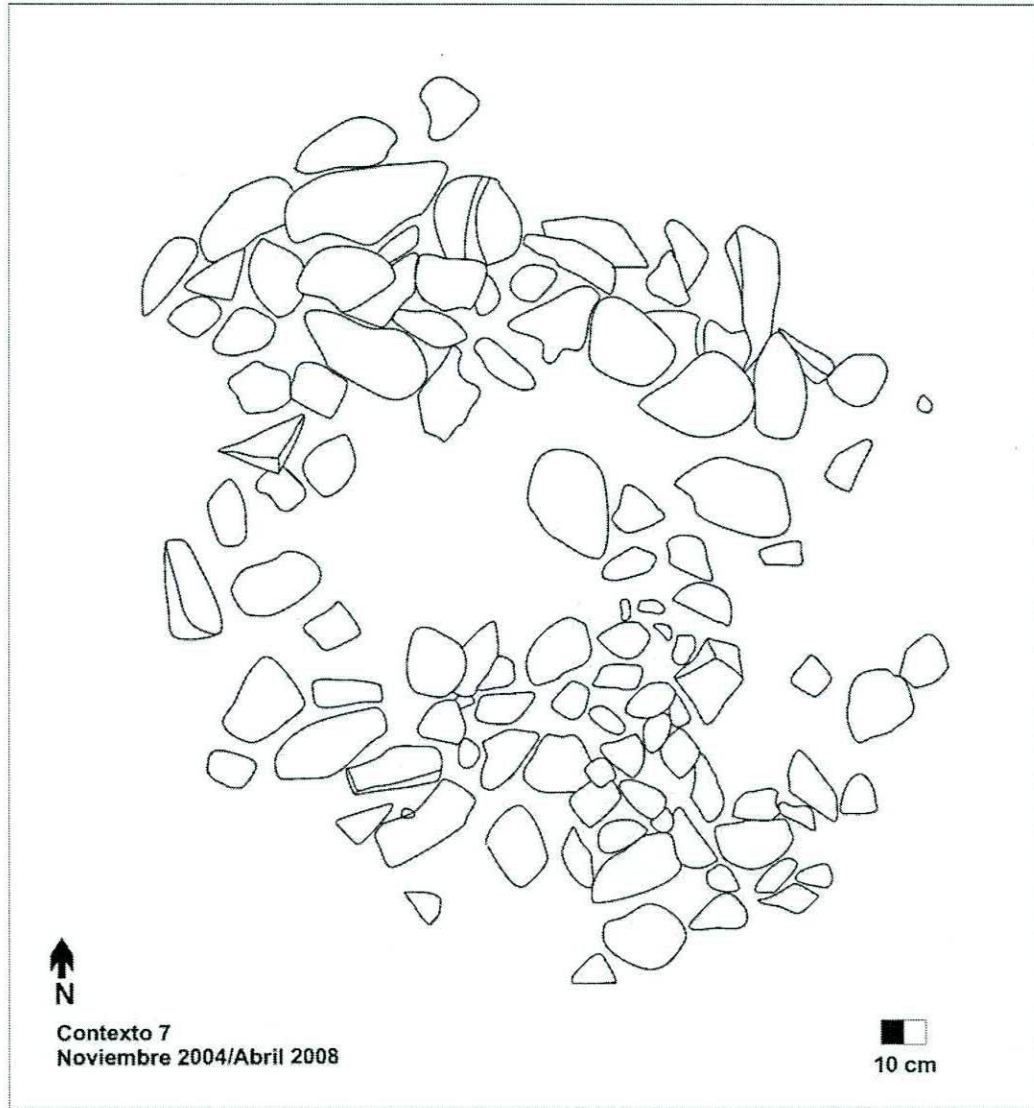


Figura 70. Estructura visible a nivel de superficie (Contexto 7).

Una vez levantadas las piedras de la estructura, se alcanzó la roca de base en la mayoría de las cuadrículas. No obstante, en el sector central, que antes se encontraba despejado, comenzaron a aparecer una serie de rocas que conformaban un nuevo rasgo. Se trata de doce piedras de tamaños variables dispuestas en torno a una mayor y más

plana, colocada en posición horizontal (Figura 72, 73, 74,). Una de estas piedras resultó ser una conana en posición invertida (Figura 75).



Figura 71. Estructura de piedras luego de remover los primeros niveles de sedimento (Contexto 7).

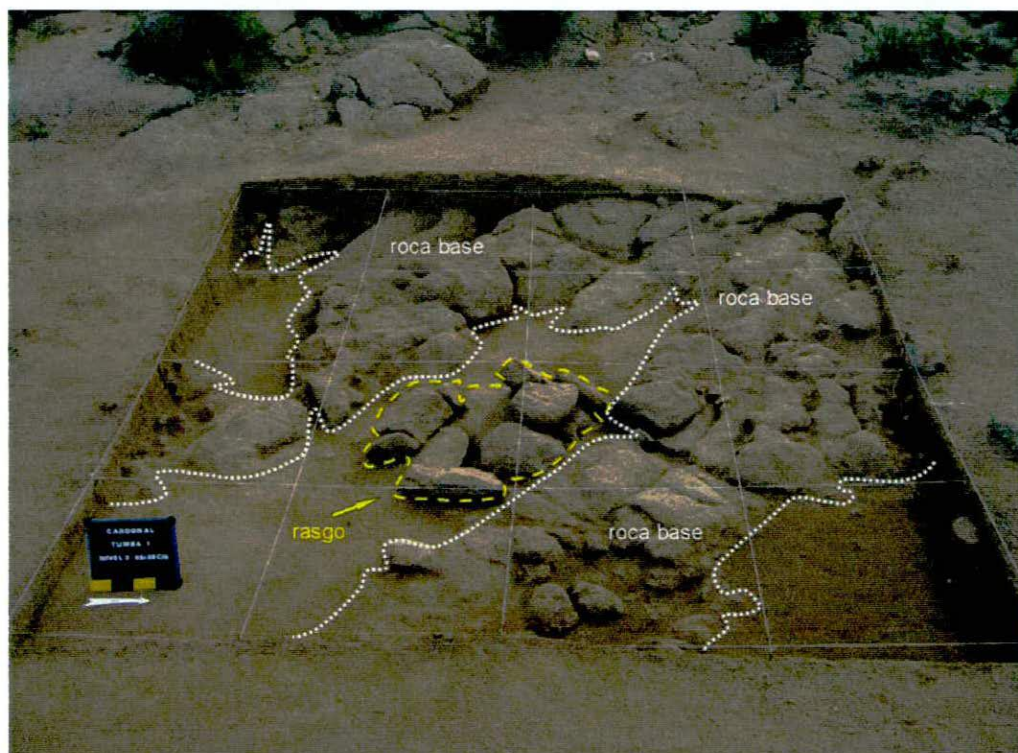


Figura 72. Rasgo de piedras que subyacía a la estructura superior (línea amarilla). En los alrededores del rasgo se observa el afloramiento de la roca base (línea blanca) (Contexto 7).

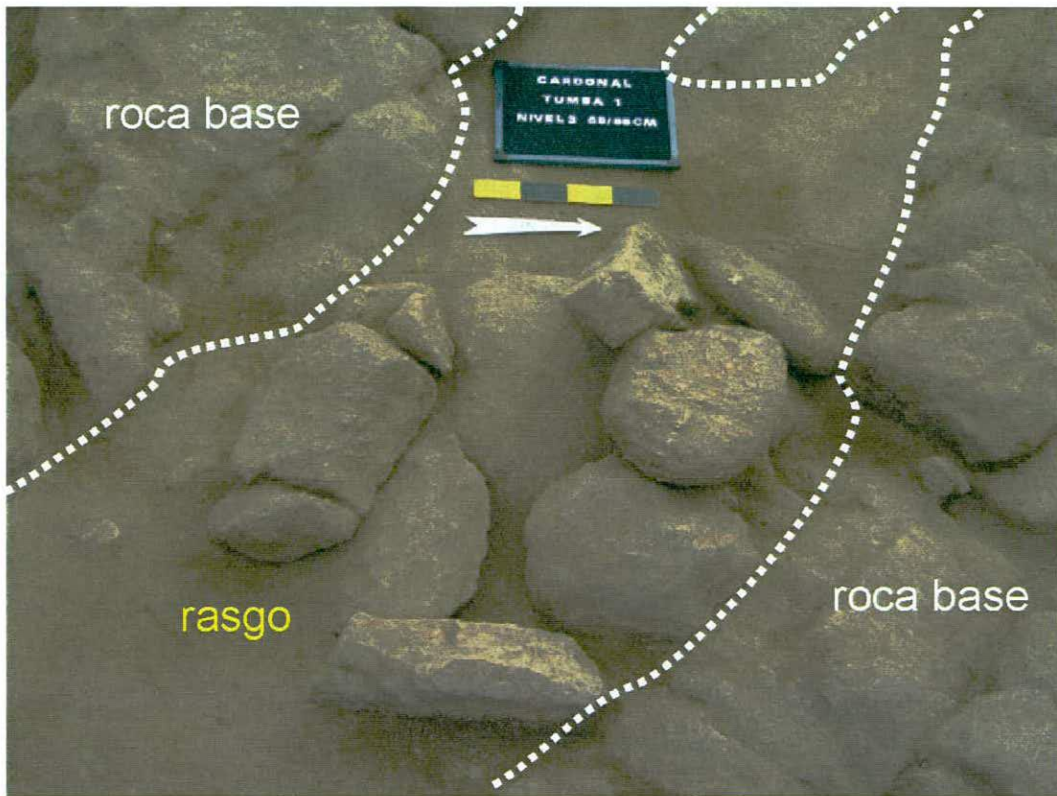


Figura 73. Detalle del rasgo de piedras que subyacía a la estructura superior (Contexto 7).

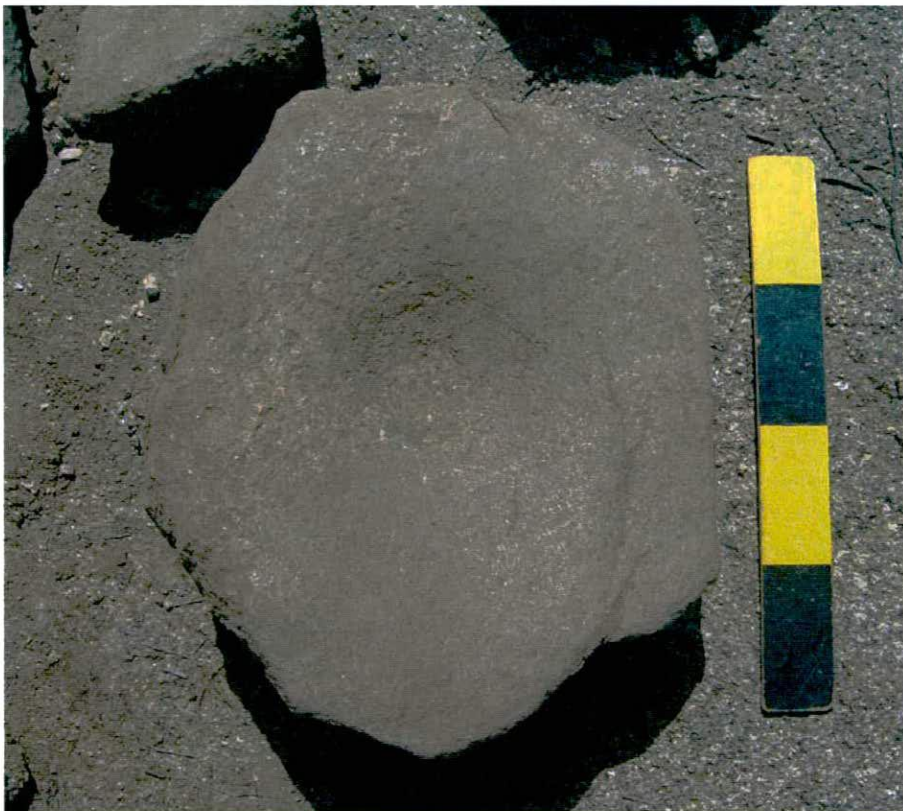


Figura 74. Conana hallada en posición invertida como parte del rasgo (Contexto 7).

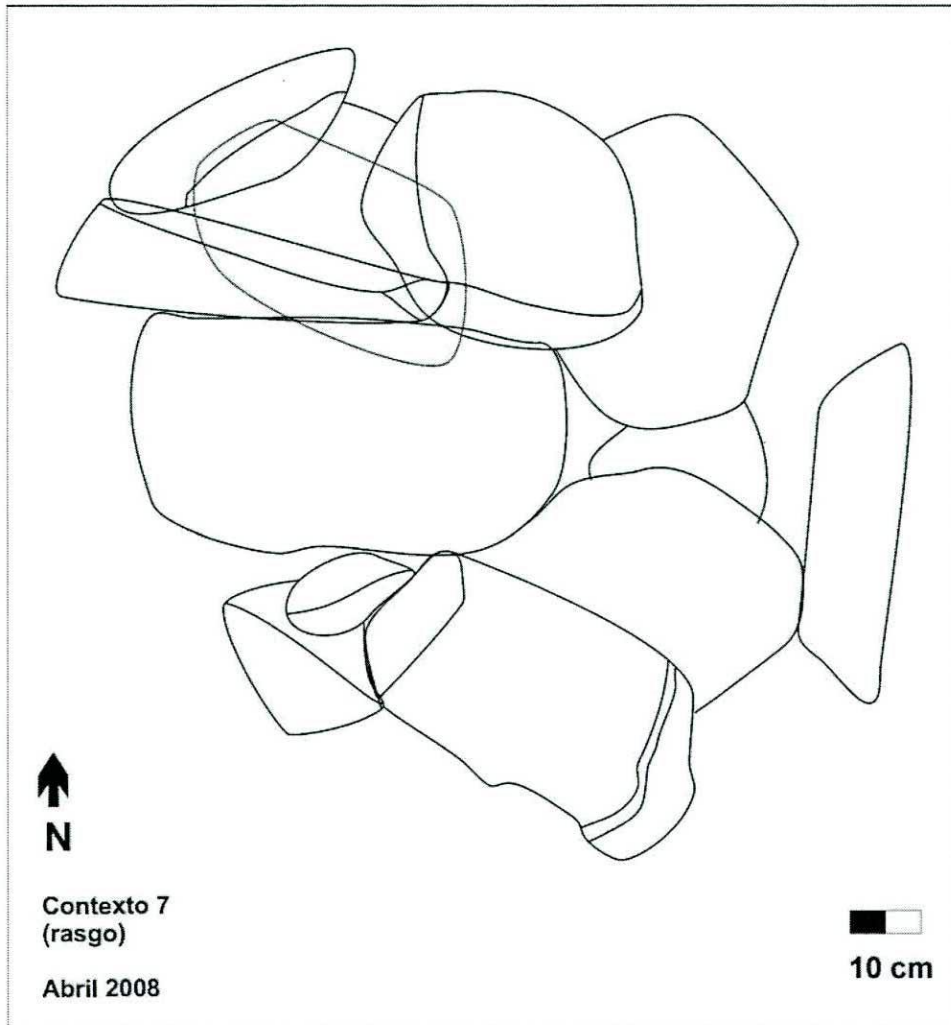


Figura 75. Esquema del rasgo de piedras que subyacía a la estructura superior (Contexto 7).

Por debajo de la acumulación de piedras que formaban el rasgo, yacía el esqueleto de un individuo adulto. No se detectó ninguna señal de cavado intencional de un pozo; en cambio, el cuerpo había sido ‘acomodado’ siguiendo las cavidades naturales de la roca base, utilizando sus depresiones a modo de fosa natural (Figura 76).

El individuo había sido dispuesto en sentido este-oeste, decúbito dorsal, levemente orientado hacia el lado derecho, con las piernas flexionadas a la altura de la rodilla, y apoyadas en posición elevada sobre el afloramiento de la roca base. El brazo derecho se encontraba extendido al costado del cuerpo y el izquierdo flexionado, cruzado sobre el abdomen hacia el lado contrario. El esqueleto carecía de cráneo, mandíbula, las siete vértebras cervicales y la primera vértebra torácica. (Figura 77, 78).



Figura 76. Disposición del cuerpo (Contexto 7).



Figura 77. Detalle de la disposición del cuerpo (Contexto 7).

Ningún indicio de dichas partes fue recuperado durante la excavación. El resto de la columna vertebral y todo el esqueleto postcraneal se encontraba totalmente articulado y en buen estado de conservación.

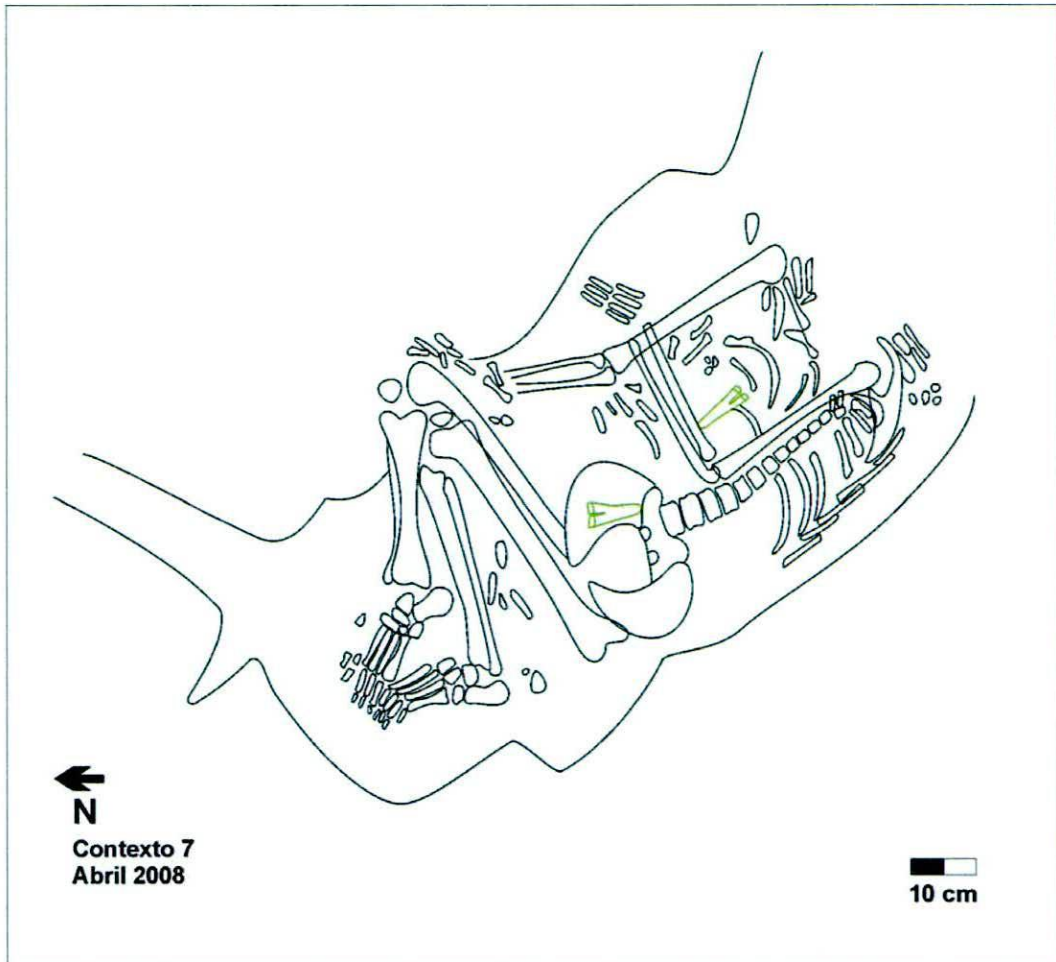


Figura 78. Esquema de la disposición del cuerpo y los instrumentos de hueso (Contexto 7).

Dos instrumentos de hueso se hallaron junto con el cuerpo (Figuras 77, 78), uno a la altura de la cavidad abdominal, y el segundo sobre la cavidad torácica (ver abajo).

La totalidad del Contexto 7 se puede observar en la Figura 81.

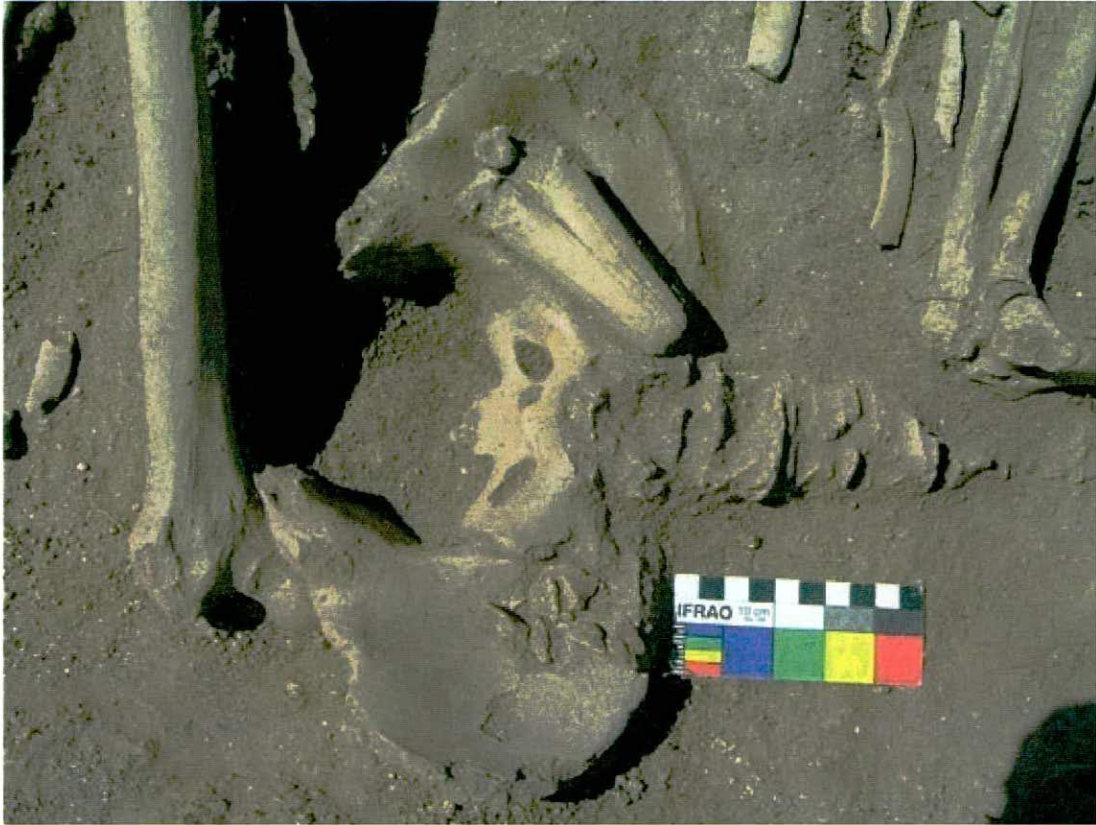


Figura 79. Instrumento de hueso sobre la pelvis (Contexto 7).



Figura 80. Instrumento de hueso a la altura de la cavidad abdominal (Contexto 7).

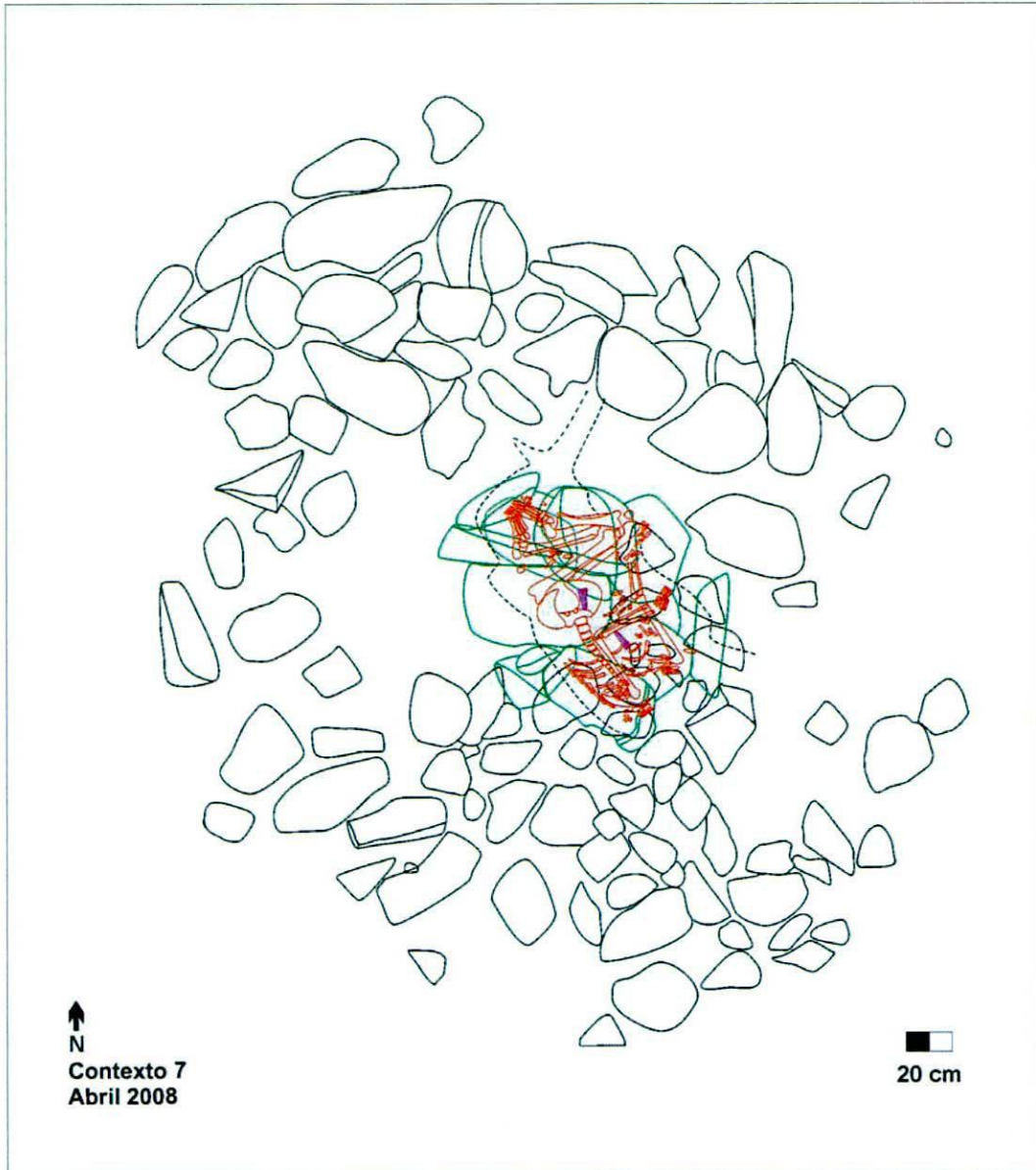


Figura 81. Esquema del Contexto 7. Cuerpo (rojo), instrumentos de hueso (violeta), rasgo (verde) y estructura mayor de piedras (negro).

El análisis bioarqueológico determinó que los restos humanos procedentes de este contexto corresponden a un único individuo (NMI=1). La identificación de los elementos recuperados confirmó la ausencia del cráneo, mandíbula, la totalidad de las vértebras cervicales (C1 a C7) y la primera vértebra torácica (T1). El resto de las partes esqueléticas está en buen estado de conservación, a excepción de las costillas, vértebras y ambas escápulas que se encuentran fragmentadas, con una textura bastante porosa y friable.

Dada la integridad del contexto, la articulación de todas las partes esqueléticas y el estado de conservación de los huesos, se interpreta la ausencia de cráneo y vértebras como resultado de una práctica intencional, descartándose la acción de procesos postdeposicionales, tafonómicos u otras causas fortuitas.

Asimismo, el hecho de que no se observara ninguna señal indicativa de la reapertura del contexto, es evidencia de que este individuo fue enterrado aún con tejidos blandos y que la esqueletización fue un proceso posterior. Por tanto, se trata de un entierro primario, esto es, el cráneo, mandíbula y las ocho primeras vértebras fueron removidas con anterioridad a su depositación en la tumba.

Pese a que el estado de conservación general de los restos humanos es bueno, la porosidad del tejido óseo de las vértebras recuperadas impidió detectar algún tipo de marca que pudiera interpretarse como característica de una decapitación según la bibliografía específica (e.g. Tung 2008). Como se discutirá más adelante (ver Capítulo 6), la práctica de entierro de cabezas aisladas o individuos decapitados parecen haber tenido una gran difusión en la región de los Andes del sur, habiendo ejemplos constatados en numerosos contextos.

El análisis de los restos esqueléticos permitió estimar la edad de este individuo entre 25-35 años. Se consideraron como indicadores: (1) la morfología de la superficie articular del ileon, cuyos rasgos se corresponden con un estadio intermedio entre las fases 2 (25 a 29 años) y 3 (30 a 34 años) de Lovejoy et al. (1985); y entre los 24 y 27 años de edad según Buikstra y Ubelaker (1994); (2) la fusión completa de la epífisis medial de la clavícula permite estimar una edad probable mayor a 29 años (Scheuer y Black 2000:251); (3) una leve línea de fusión presente entre la primera y segunda vértebras sacras (S1-S2), indicativa de una edad menor a los 27 años (Scheuer y Black 2000:213) (ver Tabla 15).

indicador	método	estimación (en años)
pelvis (superficie articular del ileon)	Lovejoy et al. (1985)	fase 2 = 25-29 fase 3 = 30-34
	Buikstra y Ubelaker (1994)	24-27
clavículas (fusión completa de la epífisis medial)	Scheuer y Black (2000:251)	> 29
sacro (línea de fusión entre S1-S2)	Scheuer y Black (2000:213)	< 27

Tabla 15. Estimación de edad (Contexto 7).

Conforme a la evaluación de la morfología general del esqueleto y de los rasgos dimórficos de la pelvis (ver Capítulo 3, Tablas 1 y 2), se estimó el sexo de este individuo como probablemente masculino (Buikstra y Ubelaker 1994).

La estatura fue calculada sobre las mediciones del fémur izquierdo, la tibia y peroné derechos, y ambos húmeros, aplicando los estándares de Trotter (1970) para *American White Males*. Los resultados son aproximadamente concordantes entre sí (ver Tabla 16). En base a la medición del fémur, se estima la estatura de este individuo cercana a 1,72 m.

parte esquelética	izquierda (mm)	derecha (mm)	promedio (mm)	estatura (m)	método/estándares
fémur	466	-	466	1,72	(Trotter 1970, <i>American White Males</i>)
tibia	-	385	385	1,76	(Trotter 1970, <i>American White Males</i>)
peroné	-	363	363	1,69	(Trotter 1970, <i>American White Males</i>)
húmero	320	330	325	1,70	(Trotter 1970, <i>American White Males</i>)

Tabla 16. Estimación de estatura (Contexto 7)

No se observaron lesiones patológicas o modificaciones del tejido óseo indicativas de su estado de salud y nutrición. El segundo metatarso izquierdo presenta una formación leve de sobrehueso en la diáfisis, el cual pudo haber sido ocasionada por un leve desgarró a la altura de la inserción muscular.

Como se mencionó anteriormente, sobre el cuerpo de este individuo se hallaron dos instrumentos de hueso realizados sobre metapodios de camélido (Figuras 80, 81). Un instrumento de similares características se halló al interior de la Estructura 4, del Núcleo 1 de Cardonal, esto es, en un contexto doméstico (ver Capítulo 4, Figura 21).

Ningún otro tipo de material se halló directamente asociado al cuerpo. Del total de las 16 cuadrículas excavadas sólo se recuperaron 37 fragmentos cerámicos de manera aislada. Los fragmentos se concentraban en los niveles superiores (nivel 2, n=16 y nivel 3, n=17), hallándose tan sólo un único fragmento ordinario en las cercanías del rasgo.

La dispersión de los tiestos –ninguno al interior del rasgo– y la cualidad de su fragmentación –ninguna pieza entera o parcialmente completa– no permiten considerar a estos como objetos de acompañamiento del individuo enterrado, en cambio, es más probable que estos hayan entrado al depósito como parte del material de relleno o del sedimento acumulado posteriormente.



Figura 82. Instrumentos de hueso (frente) (Contexto 7).



Figura 83. Instrumentos de hueso (revés) (Contexto 7).

Del total de fragmentos cerámicos recuperados, 23 fueron asignados al grupo ordinario y 14 al grupo fino. El grupo fino esta compuesto por 8 fragmentos gris pulido con diseños geométricos grabados de línea escalonada doble formando posiblemente triángulos y otros decorados por sombreado zonal. Algunos de los tiestos presentan características de pasta y decoración de estilo ‘Aguada’ (Bugliani 2008b).

El Contexto 7 de Cardonal fue fechado por AMS en 1326 ± 43 años AP (AA82261), esto es, 638 a 777 años DC (calibrados, 2 sigmas). La señal isotópica de $\delta^{13}\text{C}$ fue de $-14,3 \text{ ‰}$ (Tabla 17).

Procedencia	N° Laboratorio	material	^{14}C (años AP)	años calibrados (DC)		$\delta^{13}\text{C}$ ‰
				1 sigma	2 sigmas	
Contexto 7	AA87286	costilla	1326 ± 43	654 a 708 747 a 765	638 a 777	-14,3

Tabla 17. Fechado radiocarbónico y valor de $\delta^{13}\text{C}$ (Contexto 7).

4.2.8 Otros lugares de entierro: los arenales de Cardonal y Bordo Marcial

Además de los siete contextos antes descritos, se han detectado evidencias en otros dos sectores lindantes con las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial que fueron también lugares elegidos para el entierro de los difuntos (Figura 84). Como se mencionó en el Capítulo 4, estas áreas de cementerio comparten ciertas características formales: ambas se ubican al norte de los sitios de habitación, emplazadas simétricamente en relación a las estructuras domésticas. Los cementerios y las aldeas se encuentran adyacentes pero a su vez separados por pequeñas cárcavas labradas por el curso ocasional de agua. Al igual que el Cementerio Duna, se trata de áreas medanosas, si bien de de dimensiones algo más pequeñas que aquél. Esta particular elección en el emplazamiento de los lugares de entierro será un punto sobre el cuál profundizaré más adelante (Capítulo 6).

En superficie suelen hallarse fragmentos de hueso humano y distribuciones irregulares de piedras mayormente redondeadas, evidencia de las estructuras originales y de antiguas excavaciones. Asimismo, gran cantidad de cuentas líticas se distinguen sobre la arena.

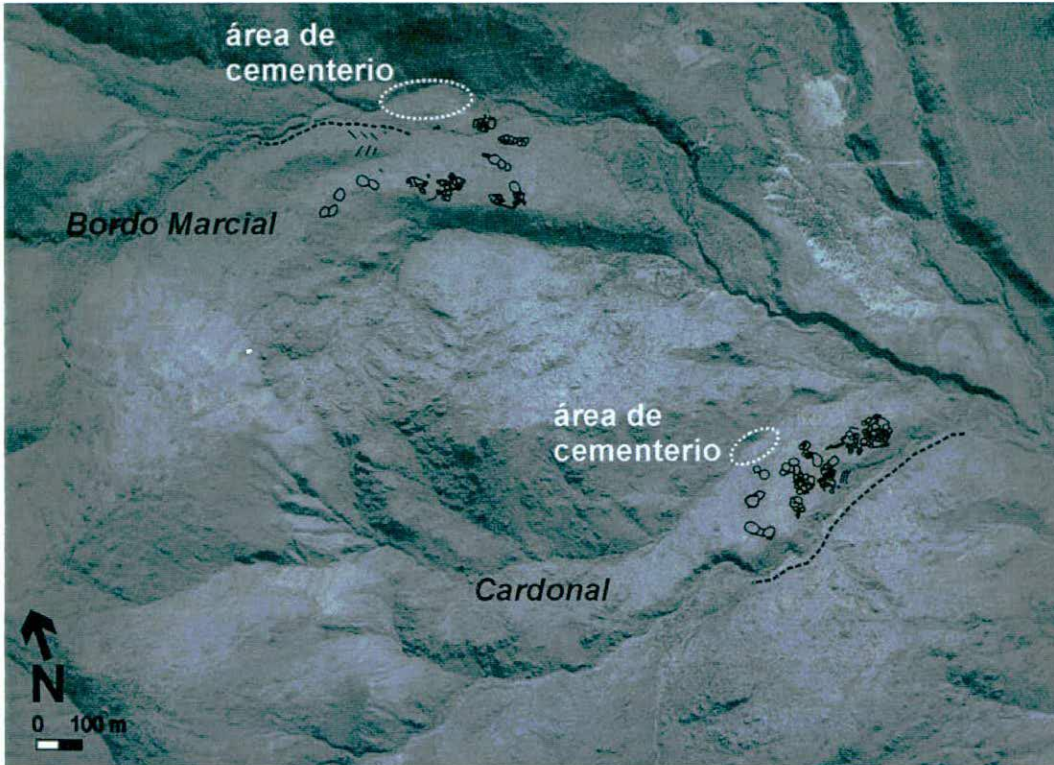


Figura 84. Ubicación de las áreas de cementerio y las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial.

La gran mayoría son de forma circular, de diámetros variables, con una perforación central, idénticas a las recuperadas en el Cementerio Duna (ver Figura 63). Se han hallado también cuentas cilíndricas y se destaca el caso particular de una cuenta antropomorfa procedente del cementerio de Bordo Marcial, la cual es notablemente similar a otras que se exhiben en el Museo Arqueológico de San Pedro de Atacama (Figura 85), evidencia de la circulación de estilos, objetos y modos de hacer entre estas regiones.



Figura 85. Cuenta lítica del cementerio de Bordo Marcial (izquierda) y cuentas del Museo Gustavo Le Paige, San Pedro de Atacama, Chile (derecha, foto: Florencia Ávila).

En síntesis, siete fueron los contextos recuperados en las tareas de campo en la localidad de La Quebrada (ver Figura 86). En la larga trayectoria de ocupación de este paisaje (Tabla 18), se observaron características diversas en cuanto al tratamiento de los cuerpos, su asociación con diversos objetos, tipos de estructuras y el emplazamiento en sectores diferenciales del paisaje (ver Tabla 19). En el capítulo siguiente se discuten las implicancias asociadas a la larga significación de este lugar atendiendo a la variabilidad en las prácticas funerarias observada en La Quebrada, en el marco regional del Noroeste argentino y Andes del sur.

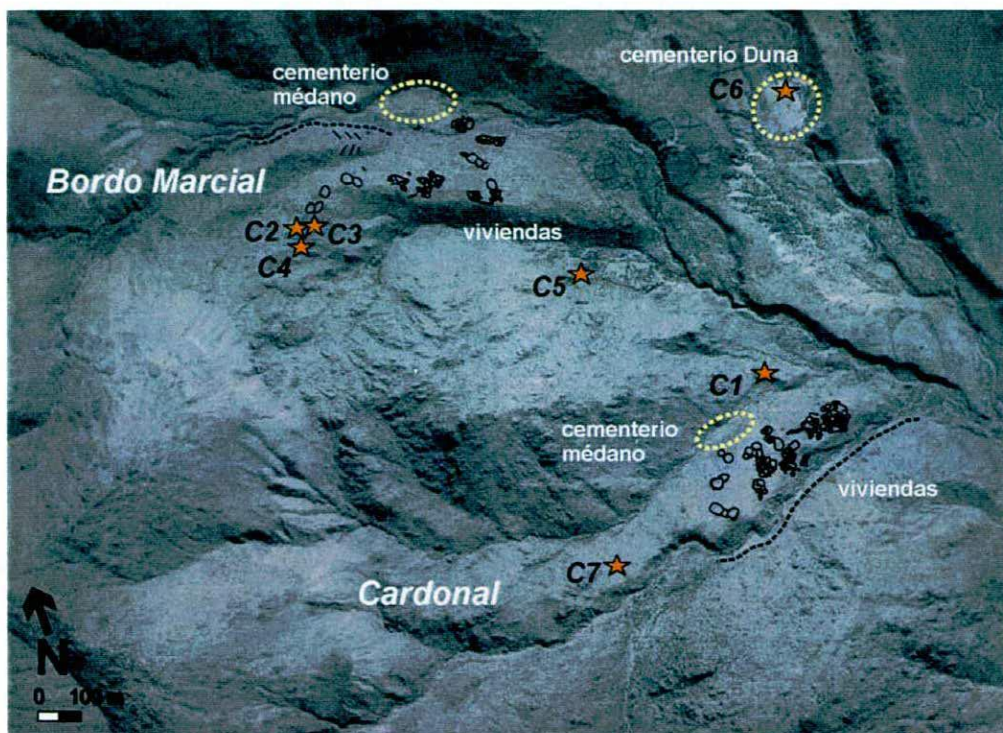


Figura 86. Foto aérea del área de La Quebrada señalando todos los contextos mencionados en el texto.

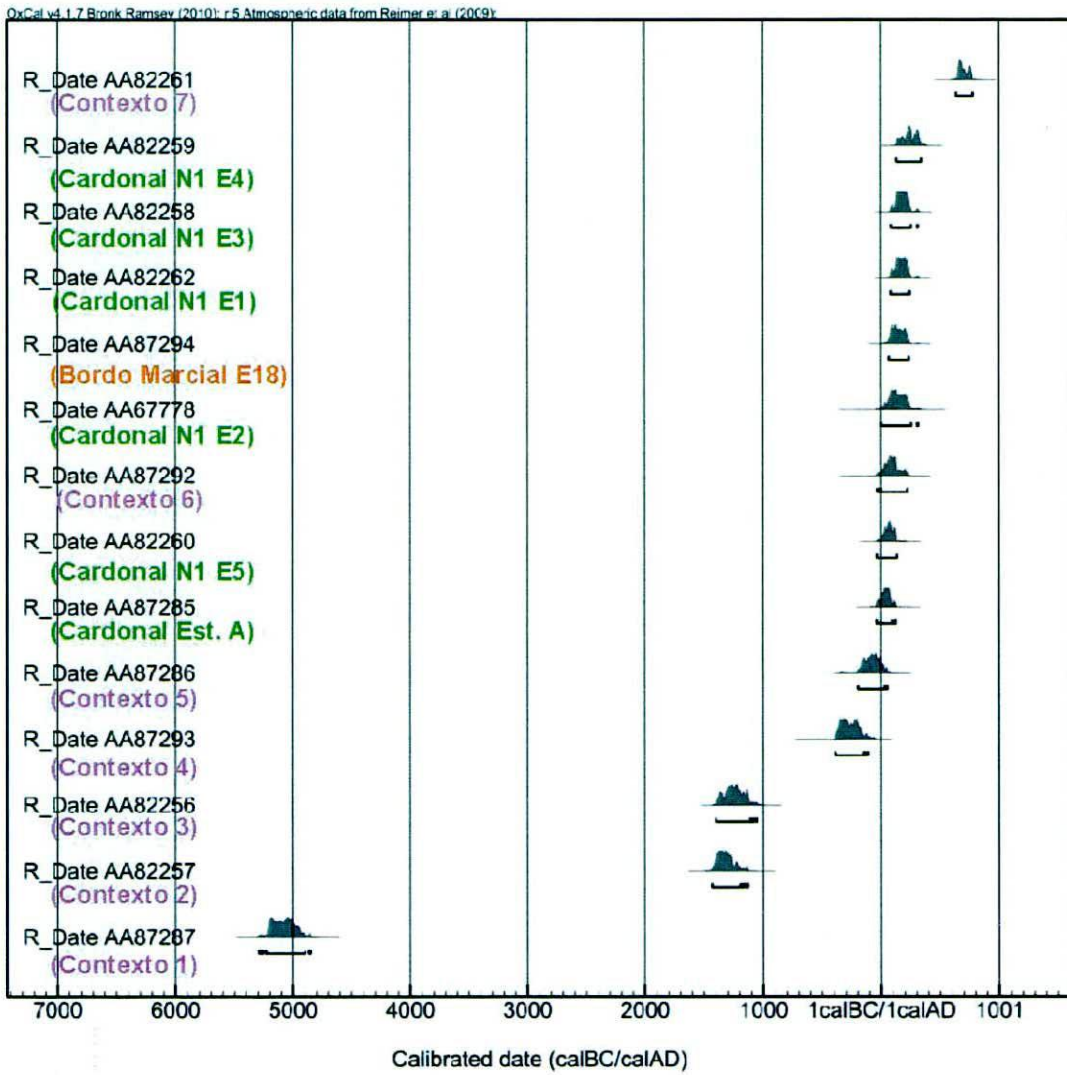


Figura 86. Fechados radiocarbónicos de los contextos funerarios y los sitios Cardonal y Bordo Marcial (Oxcal).

fechado ¹⁴ C (años AP)	Nº laboratorio	procedencia	material	años calibrados (1 sigma)	años calibrados (2 sigmas)	rango cronológico (2 sigmas)
6133±66	AA87287	Contexto 1	hueso	5207 a 5144 AC 5139 a 5091 AC 5082 a 4998 AC	5292 a 5267 AC 5228 a 4897 AC 4866 a 4851 AC	5292-4851 AC
3057±50	AA82257	Contexto 2	diente	1395 a 1268 AC	1432 a 1192 AC 1175 a 1164 AC 1143 a 1132 AC	1432-1132 AC
3001±49	AA82256	Contexto 3	diente	1370 a 1356 AC 1316 a 1191 AC 1177 a 1161 AC 1143 a 1132 AC	1398 a 1112 AC 1101 a 1085 AC 1064 a 1058 AC	1398-1058 AC
2190±48	AA87293	Contexto 4	diente	358 a 277 AC 258 a 196 AC	387 a 152 AC 138 a 113 AC	387-113 AC
2056±48	AA87286	Contexto 5	hueso	158 a 134 AC 115 a 19 AC 13 a 1 AC	194AC a 30 DC 37 a 51 DC	194 AC-51 DC
1958±37	AA87285	Cardonal Estructura A	carbón vegetal	1 a 80 DC	41 AC a 92 DC 98 a 124 DC	41-124 DC
1932±35	AA82260	Cardonal Núcleo 1 E5 Nivel 6	carbón vegetal	27 a 41 DC 48 a 89 DC 101 a 123 DC	8-39 AC 3 AC a 34 DC	8-34 DC
1915±47	AA87292	Contexto 6	hueso	25 a 32 DC	32 a 31 AC 20 a 12 AC 1 AC a 224 DC	32-224 AC
1878±57	AA67778	Cardonal Núcleo 1 E2 Nivel 6	carbón vegetal	70 a 220 DC 73 a 180 DC 186 a 214 DC	1 a 320 DC 3 a 255 DC 304 a 315 DC	1-315 DC
1869±38	AA87294	Bordo Marcial E18	carbón vegetal	83 a 172 DC 193 a 211 DC	66 a 236 DC	66-236 DC
1841±35	AA82262	Cardonal Núcleo 1 E1 (fogón)	carbón vegetal	130 a 220 DC	80 a 245 DC	80 a 245 DC
1831±35	AA82258	Cardonal Núcleo 1 E3 Nivel 3	carbón vegetal	134 a 222 DC	83 a 254 DC 307 a 312 DC	83-312 DC
1781±35	AA82259	Cardonal Núcleo 1 E4 Nivel 5	carbón vegetal	175 a 191 DC 211 a 262 DC 279 a 327 DC	133 a 340 DC	133 a 340 DC
1326±43	AA82261	Contexto 7	hueso	654 a 708 DC 747 a 765 DC	638 a 777 DC	638 a 777 DC

Tabla 18. Fechados radiocarbónicos de los contextos funerarios y los sitios Cardonal y Bordo Marcial.

Contexto	Proveniencia	NMI	Estimación de sexo	Estimación de edad	Estatura	Asociación contextual	Cronología (¹⁴ C años AP)	δ ¹³ C ‰
Contexto 1	NE de Cardonal sector bajo	1	femenino	adulto 40-50 años	no estimable	-	6133 ± 66 (AA87287)	-14,7
Contexto 2	Bordo Marcial sector alto	1	no estimable	individuo 1: subadulto 8-12 años	no estimable	cuenta de collar pendiente de cobre	3057 ± 50 (AA82257)	-17,8
		3	no estimable	individuo 2: adulto	no estimable	-	-	-
				individuo 3: no estimable individuo 4: subadulto-párvulo				
Contexto 3	Bordo Marcial sector alto	14	femeninos y masculinos	7 adultos	-	máscara antropomorfa de cobre	3001 ± 49 (AA82256)	-16,9
				7 subadultos:	no estimable			
				(1) 2-3 años				
	(1) 3-4 años							
	(2) 4-5 años							
	(1) 8-10 años							
	(1) 10-12 años							
	(1) 14-15 años							
Contexto 4	Bordo Marcial sector alto	1	no estimable	subadulto 4-5 años	no estimable	cuentas de collar	2190 ± 48 (AA87293)	-20,4
Contexto 5	SE de Bordo Marcial sector bajo	2	femenino	adulto 20-25 años	1,64 m (fémur)	-	2056 ± 48 (AA87286)	-18,7
			no estimable	subadulto ≈ 9 meses lunares	no estimable		-	-
Contexto 6	Cementerio Duna	1	masculino	adulto 20-25 años	1,69 m (fémur)	-	1915 ± 47 (AA87292)	-16,1
Contexto 7	bordo Cardonal sector alto	1	masculino	adulto 25-35 años	1,72 m (fémur)	instrumentos de hueso	1326 ± 43 (AA82261)	-14,3

Tabla 19. Contextos funerarios de La Quebrada, valle del Cajón.

4.3 Consideraciones sobre las variaciones espaciales y temporales en dieta a partir de los valores isotópicos de $\delta^{13}\text{C}$

En este acápite final me centraré en la interpretación de las señales de isotópicas de $\delta^{13}\text{C}$, indicativas de la composición de la dieta de los individuos muestreados, en el marco de las evidencias disponibles para las regiones de puna, valles y yungas adyacentes.

Los valores isotópicos de $\delta^{13}\text{C}$ proveen información directa de la proporción relativa de los tipos de alimentos consumidos, inaccesible desde otras líneas de evidencia, permitiendo conocer las variaciones en la composición de la dieta de los individuos (ver Capítulo 3). Las señales isotópicas obtenidas se sumarizan en la Tabla 20.

Contexto	$\delta^{13}\text{C}$ ‰	grupo etario	sexo estimado	tipo de muestra	fecha ^{14}C (años AP)
Contexto 1	-14,7	adulto	femenino	hueso (costilla)	6133 ± 66
Contexto 2	-17,8	subadulto	-	diente	3057 ± 50
Contexto 3	-16,9	adulto	?	diente	3001 ± 49
Contexto 4	-20,4	subadulto	-	diente	2190 ± 48
Contexto 5	-18,7	adulto	femenino	hueso (costilla)	2056 ± 48
Contexto 6	-16, 1	adulto	masculino	hueso (costilla)	1915 ± 47
Contexto 7	-14, 3	adulto	masculino	hueso (costilla)	1326 ± 43

Tabla 20. Valores de $\delta^{13}\text{C}$ obtenidos sobre los individuos inhumados en el valle del Cajón.

Hasta el momento, estas son las únicas evidencias isotópicas sobre muestras humanas del valle del Cajón. A fin obtener una visión más amplia para la interpretación de las variaciones temporales y espaciales en la dieta, las muestras del valle del Cajón se contemplan regionalmente a la par de otras evidencias disponibles provenientes de regiones aledañas – la Puna, el valle de Santa María y la vertiente oriental andina. En las Tablas 21 y 22 se detallan las evidencias consideradas, en orden cronológico ascendiente, y de acuerdo a el mayor o menor enriquecimiento en los valores isotópicos, respectivamente.

contexto	sigla	área geográfica	$\delta^{13}\text{C}$ ‰	grupo etario	sexo estimado	muestra	^{14}C años AP	periodo
Huachichocana E3 (2)	Hchi E3	Puna septentrional	-15,73	adulto?	?	-	10200 ± 420 8420 ± 430	ca. 10000-6000 AP
Contexto 1 (1)	Ctx1	valle del Cajón	-14,7	adulto	femenino	costilla	6133 ± 66	
Huachichocana E2 (2)	Hchi E2	Puna septentrional	-17,05	adulto	masculino	-	3400 ± 130	ca. 3500-2000 AP
Contexto 2 (1)	Ctx2	valle del Cajón	-17,8	subadulto	-	diente	3057 ± 50	
Contexto 3 (1)	Ctx3	valle del Cajón	-16,9	adulto	?	diente	3001 ± 49	
Cueva Cacao 1A (9)	Cca	Puna meridional	-19,42	?	?	pelo	3000 ± 80	
Pintoscaycoc (2)	Py	Puna septentrional	-17,2	subadulto	?	-	± 2900	
Morro Ciénago Chico 2 (2) (3)	Mch2	Puna septentrional	-17,8	adulto	femenino	-	2750 ± 100 2460 ± 60	
Morro Ciénago Chico 1 (2) (3)	Mch1	Puna septentrional	-17,9	adulto	femenino	-	2750 ± 100 2460 ± 60	
Contexto 4 (1)	Ctx4	valle del Cajón	-20,4	subadulto	-	diente	2190 ± 48	
Contexto 5 (1)	Ctx5	valle del Cajón	-18,7	adulto	femenino	costilla	2056 ± 48	
Contexto 6 (1)	Ctx6	valle del Cajón	-16,1	adulto	masculino	costilla	1915 ± 47	
El Molino (4)	Mol	La Candelaria	-9,5	adulto	?	diente	1895 ± 50	ca. 2000-1000 AP
Agua Chica (4)	Ach	La Candelaria	-9,1	adulto	?	hueso	1740 ± 65	
Caspinchango 1 (5)	Cch1	La Candelaria	-9,4	adulto	?	hueso	1615 ± 65	
Quebrada de Los Corrales (10)	Qcrr	El Infiernillo	-18,4	adulto	masculino	cráneo	1560 ± 25	
Huanacocha (5)	Hch	La Candelaria	-11	adulto	?	hueso	1455 ± 60	
Lampacito (6)	Lam	valle de Santa María	-12	adulto	femenino	hueso	1446 ± 36	
Toro Loco 1 (5)	Tl1	La Candelaria	-9,8	adulto	?	hueso	1390 ± 65	
Toro Loco 2 (5)	Tl2	La Candelaria	-11	adulto	?	diente	1380 ± 60	
El Bañado-La Vaquería (7)	Bv	valle de Santa María	-12	subadulto	-	diente	1375 ± 40	
Contexto 7 (1)	Ctx7	valle del Cajón	-14,3	adulto	masculino	costilla	1326 ± 43	
Caspinchango 2 (5)	Cch2	La Candelaria	-9,5	adulto	?	hueso	1280 ± 60	
Punta de la Peña 9 (8)	Pp9	Puna meridional	-16,6	adulto	femenino	cráneo	1240 ± 50	
Quebrada de la Cueva 2 (2)	Qc2	Puna meridional	13,1	adulto	masculino	-	1180 ± 60	
Quebrada de la Cueva 1 (2)	Qc1	Puna meridional	-12,6	adulto	femenino	-	1130 ± 60	
Unquillo (4)	Uq	La Candelaria	-13	adulto	?	hueso	1120 ± 55	

Tabla 21. Muestra regional de valores de $\delta^{13}\text{C}$ en orden cronológico. Referencias: (1) esta tesis; (2) Olivera y Yacobaccio (1999); (3) Yacobaccio et al. (1997); (4) Fasth (2003); (5) Muñoz y Fasth (2001); (6) Scattolin et al. (2005); (7) Scattolin y Bugliani (2005); (8) Babot et al. (2009), (9) Olivera et al. 2003, (10) Oliszewski et al. 2010.

contexto	sigla	área geográfica	$\delta^{13}\text{C}$ ‰	grupo etario	sexo estimado	^{14}C años AP	referencia
Contexto 4	Ctx4	valle del Cajón	-20,4	subadulto	-	2190 ± 48	(1)
Cueva Cacao 1A	Cca	Puna meridional	-19,4	?	?	3000 ± 80	(9)
Contexto 5	Ctx5	valle del Cajón	-18,7	adulto	femenino	2056 ± 48	(1)
Quebrada de los Corrales	Ccrr	El Infiernillo	-18,4	adulto	masculino	1560 ± 25	(10)
Morro Ciénago Chico 1	Mch1	Puna septentrional	-17,9	adulto	femenino	2750 ± 100 2460 ± 60	(2) (3)
Morro Ciénago Chico 2	Mch2	Puna septentrional	-17,8	adulto	femenino	2750 ± 100 2460 ± 60	(2) (3)
Contexto 2	Ctx2	valle del Cajón	-17,8	subadulto	-	3057 ± 50	(1)
Pintoscaiyoc	Py	Puna septentrional	-17,2	subadulto	?	± 2900	(2)
Huachichocana E2	Hchi	Puna septentrional	-17,05	adulto	masculino	3400 ± 130	(2)
Contexto 3	Ctx3	valle del Cajón	-16,9	adulto	?	3001 ± 49	(1)
Punta de la Peña 9	Pp9	Puna meridional	-16,6	adulto	femenino	1240 ± 50	(8)
Contexto 6	Ctx6	valle del Cajón	-16,1	adulto	masculino	1915 ± 47	(1)
Huachichocana E3	Hchi E3	Puna septentrional	-15,7	adulto?	?	10200 ± 420 8420 ± 430	(2)
Contexto 1	Ctx1	valle del Cajón	-14,7	adulto	femenino	6133 ± 66	(1)
Contexto 7	Ctx7	valle del Cajón	-14,3	adulto	masculino	1326 ± 43	(1)
Quebrada de la Cueva 2	Qc2	Puna meridional	13,1	adulto	masculino	1180 ± 60	(2)
Unquillo	Uq	La Candelaria	-13	adulto	?	1120 ± 55	(4)
Quebrada de la Cueva 1	Qc1	Puna meridional	-12,6	adulto	-	1130 ± 60	(2)
Lampacito	Lam	valle de Santa María	-12	adulto	femenino	1446 ± 36	(6)
El Bañado-La Vaquería	Bv	valle de Santa María	-12	subadulto	-	1375 ± 40	(7)
Huanacocha	Hch	La Candelaria	-11	adulto	?	1455 ± 60	(5)
Toro Loco 2	Tl2	La Candelaria	-11	adulto	?	1380 ± 60	(5)
Toro Loco 1	Tl1	La Candelaria	-9,8	adulto	?	1390 ± 65	(5)
El Molino	Mol	La Candelaria	-9,5	adulto	?	1895 ± 50	(4)
Caspinchango 2	Cch2	La Candelaria	-9,5	adulto	?	1280 ± 60	(5)
Caspinchango 1	Cch1	La Candelaria	-9,4	adulto	?	1615 ± 65	(5)
Agua Chica	Ach	La Candelaria	-9,1	adulto	?	1740 ± 65	(4)

Tabla 22. Muestra regional de valores de $\delta^{13}\text{C}$ en orden de mayor a menor enriquecimiento. Referencias: (1) esta tesis; (2) Olivera y Yacobaccio (1999); (3) Yacobaccio et al. (1997); (4) Fasth (2003); (5) Muñoz y Fasth (2001); (6) Scattolin et al. (2005); (7) Scattolin y Bugliani (2005); (8) Babot et al. (2009), (9) Olivera et al. 2003, (10) Oliszewski et al. 2010.

En total la muestra está conformada por 27 individuos: 9 de la Puna (meridional y septentrional), 7 del valle del Cajón, 2 del valle de Santa María, 1 de El Infiernillo y 8 de La Candelaria, vertiente oriental andina. Temporalmente la muestra se extiende a lo largo de 9000 años, entre ca. 10000 y 1000 años AP. No obstante, hay un hiato de información en los momentos más tempranos, esto es, entre el 10000 y 8000 AP (Huachichocana E3) y el 6000 AP (Contexto 1 del valle del Cajón); y entre esta última y el 3400 AP (Huachichocana E2). A partir del 3000 AP, las muestras no se separan cronológicamente de manera considerable.

En la Figura 87 se plotean los valores de $\delta^{13}\text{C}$ para las muestras de la Puna (círculos amarillos), valle del Cajón (círculos violetas), valle de Santa María (círculos rojos), El Infiernillo (círculo celeste) y La Candelaria (círculos verdes). Como se mencionó en el Capítulo 3, en ausencia de valores de referencia arqueológicos o modernos para el área del valle del Cajón, se optó por utilizar los rangos de Fernández et al. (1991), que se indican en el gráfico con líneas punteadas. Esto permite continuar la misma línea interpretativa iniciada en un trabajo previo (ver Calo y Cortés 2009), habilitando así una nueva evaluación de los resultados obtenidos en aquel momento a la luz de las nuevas evidencias consideradas.

El supuesto base que subyace a la interpretación es que aquellos valores que queden comprendidos en cada uno de estos rangos pueden ser tomados como teóricamente indicativos de una dieta compuesta 100% por plantas C_3 o C_4 respectivamente. De acuerdo a Pate (1994), los valores que se distribuyan entre dichos rangos podrían ser interpretados como evidencia de dietas ‘mixtas’ compuestas por una mayor o menor proporción de recursos vegetales del tipo C_3 , C_4 y posiblemente CAM, o bien, de herbívoros que se alimenten de estos recursos. No obstante, es imprescindible tener en cuenta que de acuerdo a la incidencia de las variaciones paleoclimáticas regionales y temporales entre los valores de referencia y los muestreados (ver Capítulo 3), estos rangos deben ser tomados referentes ideales, siendo más atinado hablar en términos tendencias hacia una mayor o menor preponderancia de ciertos tipos de alimentos en la dieta.

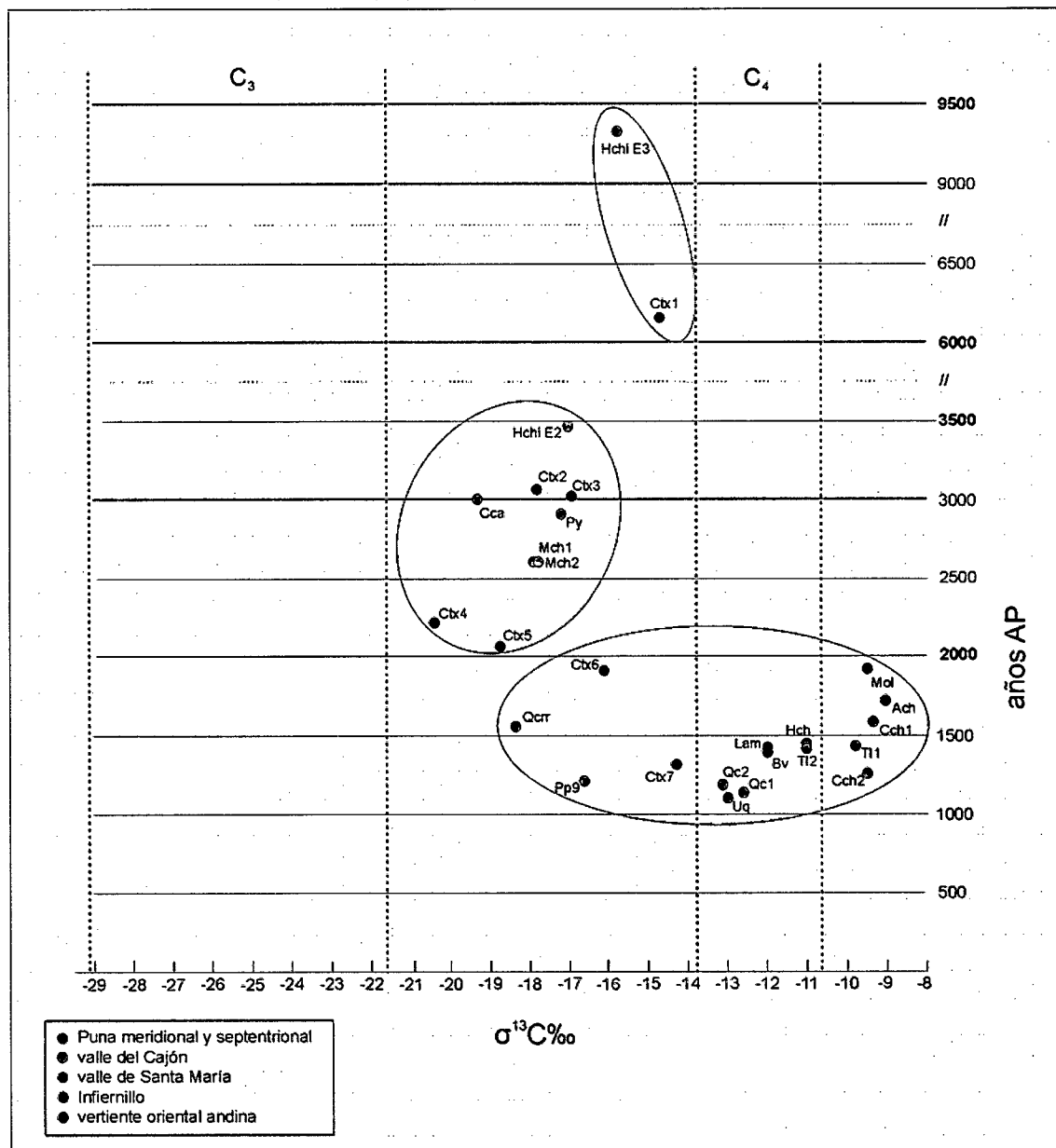


Figura 87. Distribución de las muestras regionales de valores de $\delta^{13}C$ de acuerdo a los rangos C_3 y C_4 para plantas modernas de la Puna (Fernández et al. 1991). Ver referencias de las siglas en la Tabla 22.

Una primera observación del gráfico (Figura 87) demuestra que existen diferencias en la dieta de los individuos considerados, tanto en términos temporales como espaciales. De acuerdo al estado actual de la investigación arqueobotánica sobre los inicios de la producción de alimentos, los tubérculos y pseudocereales (C_3) han sido propuestos como exponentes de los primeros recursos en ser domesticados, mientras que el maíz (C_4), sólo habría adquirido preponderancia más tardíamente (ca. 600 AD) en el desarrollo histórico de las sociedades del Noroeste argentino (Pearsall 1992, Babot 2004, Korstanje 2005). De acuerdo a ello, esperaríamos observar en la distribución de

los valores isotópicos una tendencia general hacia valores menos enriquecidos en $\delta^{13}\text{C}$ a lo largo del tiempo, consistente con la transición desde una dieta fuertemente basada en cereales y pseudocereales a una preponderancia de maíz.

Atendiendo a la dispersión cronológica de las muestras, podemos destacar algunas tendencias en este sentido. Los individuos más antiguos, provenientes de Huachichocana E3 (10200 ± 420 y 8420 ± 430 años AP) y el Contexto 1 (6133 ± 66 años AP), forman una primera agrupación con valores de $-15,7$ y $-14,7$ ‰, respectivamente. Pese a la distancia temporal que existe entre ellas, ambas poseen un valor isotópico cercano al rango C_4 . Adscritas a momentos previos a la domesticación de alimentos, este valor probablemente esté reflejando una dieta con “fuentes de energía C_4 y proteínas C_3 (...) correspondiendo al consumo de herbívoros (principalmente, camélidos y roedores) junto con plantas CAM...” esperable para grupos cazadores recolectores (Olivera y Yacobaccio 1999:8).

Entre los 3500 y 2000 años AP podemos observar que las muestras disponibles, provenientes del valle del Cajón (Contextos 2, 3, 4, 5) y la Puna (Huachichocana E2, Cueva Cacao A1, Pintoscayoc, Morro Ciénago Chico 1 y 2) se agrupan dentro de los valores intermedios a los rangos propuestos por Fernández et al. (1991), con señales isotópicas de entre $-20,4$ y $-16,9$, posiblemente indicativas de dietas mixtas.

Finalmente, entre los 2000 y 1000 años AP las señales isotópicas muestran una notable variabilidad en términos regionales y temporales. Los individuos del valle del Cajón (Contextos 6 y 7) y aquel de Punta de la Peña, continúan manifestando dietas ‘mixtas’, mientras que el Contexto 7, el más temprano en la muestra, se acerca al rango C_4 , indicando una mayor preponderancia de maíz en su dieta.

Por su parte, este recurso habría sido el principal componente de la dieta los individuos del valle de Santa María (Lampacito y El Bañado-La Vaquería), de la Puna (Quebrada de la Cueva 1 y 2) y de La Candelaria (Unquillo, Huanacocha y Toro Loco 2) con valores de entre $-13,1$ y -11 ‰.

El resto de las muestras procedentes del área de La Candelaria (El Molino, Agua Chica, Caspinchango 1 y 2, Toro Loco 1) muestran señales isotópicas menos enriquecidas (entre $-9,8$ y $-9,1$ ‰). En tanto se ubican por fuera del límite inferior del rango de las C_4 -, la interpretación de estos valores es algo problemática. No obstante, atendiendo a los factores que pueden incidir en las variaciones de los valores isotópicos provenientes de diversos momentos temporales y de regiones ecológicas disímiles,

probablemente la dieta de estos individuos estuviera asimismo basada en el consumo maíz.

Finalmente, el individuo de Quebrada de los Corrales, en El Infiernillo, se separa de manera notoria de los contemporáneos de La Candelaria y del valle de Santa María. Su señal isotópica, -18,4 ‰, es congruente con una dieta mixta con baja preponderancia de recursos C₄, lo que sería concordante con poblaciones viviendo en ambientes de altura como este (3000 msnm).

En términos cronológicos, por tanto, se observa la tendencia esperada hacia una progresiva transición de recursos C₃ a C₄ congruente con una mayor preponderancia del maíz a través del tiempo. Sin embargo, en el lapso 2000-1000 AP existe una marcada variación regional en las dietas. Esto es esperable para grupos asentados en distintos ambientes (puna, valles de altura, tierras bajas) con disponibilidad diferencial de recursos naturales. Pero asimismo, esta variación daría sustento a la hipótesis de que diferentes poblaciones habrían seguido tendencias disímiles en la adopción de la agricultura del maíz, mostrando un panorama más complejo en el desarrollo de la producción de alimentos en épocas prehispánicas (Calo y Cortés 2009:201).

En cuanto a las muestras del valle del Cajón, aunque se observa una tendencia hacia el mayor consumo de maíz, todas poseen valores intermedios entre los rangos propuestos, lo cual podría interpretarse en términos de una dieta mixta con mayor o menor preponderancia de C₃ y C₄ según su cercanía a cada uno de estos rangos (Pate 1994). En tal sentido, cumple con la tendencia antes mencionada, indicando un alto consumo de recursos animales durante el Arcaico (Contexto 1), mayor incidencia de recursos C₃ (Contextos 2, 3, 4, 5) durante los inicios del período Formativo (3000-2000 AP), y finalmente, un aumento en la proporción de recursos C₄ en el milenio posterior (Contexto 7).

Mayores evidencias y la disponibilidad de valores de referencia arqueológicos del área del valle del Cajón permitirán afinar la comprensión de este panorama de variabilidad inicial.

Capítulo 6

Paisajes funerarios, paisajes cotidianos: los trayectos imbricados de la vida y la muerte al sur del valle del Cajón

*“The most fundamental thing about life is that it does not begin here
or end there, but is always going on. And for the same reason (...)
environments are never complete but are continually under construction”*
(Ingold 2000:172)

6.1. Introducción

Estudiar las sociedades del pasado es desentramar las concepciones de ellas mismas y de sus propios pasados, los cuales, en gran medida están presentes en los lugares y las formas en que han elegido para el entierro de sus muertos (Parker Pearson 2002:145).

Estas elecciones son inseparables de historicidad del paisaje, esto es, del contexto de las relaciones establecidas en el tiempo y en el espacio. En tal sentido, la singularidad de los modos funerarios de La Quebrada no puede ser entendida en aislamiento, sino en la escala regional y temporal mayor del Noroeste argentino y los Andes del sur; porque la gente, las ideas, las formas de hacer, los objetos y los estilos circularon de distintas maneras, conectando espacios diferentes a través de redes de intercambio e interacción, que modelaron las tradiciones locales.

A continuación discutiré las evidencias arqueológicas recabadas, desde un enfoque que considera las cualidades del paisaje, el tratamiento de los cuerpos y las elecciones materiales como los ejes a partir de los cuales las ideas sobre la muerte fueron expresadas dentro del ámbito de la vida cotidiana.

Al final de este capítulo, retomaré las hipótesis que guiaron esta investigación y concluiré sobre la pertinencia de las mismas para dar cuenta de las formas y conceptos a través de los cuales los grupos que habitaron La Quebrada pensaron a sus muertos.

6.2 La construcción del paisaje y la creación de los muertos: elecciones singulares y tradiciones compartidas

El paisaje actual de La Quebrada es evidencia de una larga historia de ocupación, de casi 5000 años durante los cuales la gente que transitó y habitó este espacio, eligió lugares y formas específicas para el entierro de sus muertos.

La mujer de Cardonal (Contexto 1), fue enterrada en el sector bajo del cerro intermedio entre Cardonal y Bordo Marcial, cerca de la confluencia de los arroyos que los delimitan y desembocan el río La Quebrada. Este es el primer registro de la profundidad temporal de este paisaje.

Su cuerpo es, hasta ahora, la única evidencia de restos humanos adscriptos al período Arcaico en el área de estudio, hacia el 5000 AC, de allí que el conocimiento sobre los estilos de vida de estos grupos al sur del valle del Cajón sea aún incipiente. De todos modos, sabemos que, durante su vida, esta mujer debió haber realizado actividades que demandaron gran esfuerzo de la columna vertebral, evidenciado en las lesiones osteoartísticas, las cuales debieron acrecentarse por su edad madura. El alto grado de desgaste en sus dientes también es esperable para su edad, y es evidencia indirecta de una dieta de carácter abrasivo, la que habría estado mayormente compuesta por proteínas de origen animal, coincidente con los modos de subsistencia asociados a estas poblaciones (Olivera y Yacobaccio 1999) (ver Capítulo 5).

En La Quebrada no se han registrado aún indicios de asentamiento, tecnologías, o recursos aprovechados para este momento, no obstante la presencia de esta mujer es testimonio de la relevancia de este espacio en sus traslados regulares. La depositación de su cuerpo indica que La Quebrada debió ser un lugar incluido dentro de circuitos de movilidad estacional, al cual llegaban para asentarse de modo temporario; o bien, que este era un lugar de paso que atravesaban en su camino hacia otras regiones. Recordemos que La Quebrada ocupa un sector estratégico que conecta espacios

ecológicos discímiles –la Puna, los valles y la vertiente oriental andina–, ruta que es utilizada hasta la actualidad (Capítulo 4).

En el Noroeste argentino, los contextos funerarios de época semejante son escasos. Huachichocana III (ca. 10000-8000 años AP), en la Puna septentrional (ver Figura 88), antecede en varios milenios a la mujer del Cajón. En esta cueva, se registró la inhumación secundaria de un individuo adulto cuyo cráneo había sido separado del cuerpo y el resto las partes esqueléticas rearticuladas posteriormente sin incluir las extremidades inferiores. El cráneo, asimismo, presentaba huellas haber sido expuesto al fuego; partes del mismo y varias piezas dentales fueron halladas en un fogón asociado. Había sido envuelto con paja y pelo humano, y acomodado entre lajas (Fernández Distel 1988, citado en Standen y Santoro 1994:178).

Asimismo, en el sitio Peña de las Trampas 1.1, Antofagasta de la Sierra, se han detectado entierros secundarios de partes esqueléticas datados en ca. 8400 y 7800 años AP (Martínez y Aschero 2005, citado en Babot et al. 2009).

En Inca Cueva 4, Puna de Jujuy, Torres de Aparicio recuperó en 1936 el cuerpo momificado de una joven mujer, vestida con una piel de guanaco, una tela de fibras vegetales y un gorro, cuentas de collar de valvas alóctonas, plumas de aves y pezuñas de cérvidos, que fue fechado en ca. 5100 años AP (Aschero 2007). Asimismo, en esta cueva se hallaron el cráneo y algunos huesos de un infante al interior de “una cuna con base de cañas macizas”, bolsas de cuero conteniendo piernas humanas momificadas y un recipiente de madera conteniendo huesos largos humanos “todos con aditamentos para ser transportados” (Aschero op. cit.).

A una escala más amplia, en la región de Arica, el sitio Patapatane-1, una cueva de origen fluvial, ha proporcionado registro de un contexto funerario del período Arcaico tardío de acuerdo a la secuencia del norte chileno. Se trata del entierro de una mujer joven, de unos 20-23 años de edad, sin ajuar, fechada en 5910 ± 90 años AP, esto es, 3960 años calibrados AC (Standen y Santoro 1994), casi contemporánea de nuestro caso. El cuerpo se hallaba recubierto con algunas piedras; había dispuesto en posición extendida, decúbito dorsal y también sometido a prácticas de remoción y relocalización de partes esqueléticas: sus huesos fueron desarticulados y fracturados antes de ser depositados en la cueva, sólo se hallaron en estado anatómico la columna vertebral, sacro, coxal y fémur izquierdos y algunas costillas, mientras que la cabeza, sin

partes esqueléticas, rearmado de los cuerpos y momificación, cuya singularidad no tiene precedentes en la región andina. Estas sociedades pescadoras de la costa del Pacífico se desarrollaron durante un extenso lapso temporal, entre ca. 8000 y 1500 años AP (Arriaza 1995, Rivera 1995), por tanto, contemporáneas en algún momento con la mujer del Cajón.

Carlos Aschero (2007) ha propuesto que las modalidades de entierros secundarios observados en la Puna argentina y el norte chileno responden a

“partes de inhumaciones llegadas de otros asentamientos u ocurridas allí y preparadas para ser transportadas. Tienen que ver con este particular tratamiento de los muertos –que se desplazan con los vivos, o que son cíclicamente mostrados entre los vivos– que conocemos entre los cazadores-recolectores de la Puna desde ca. 8400 AP” (Aschero 2007:154)

En tal sentido, las prácticas de depositación y posterior reapertura de los entierros, selección de partes esqueléticas y transporte de restos humanos es una tradición de larga data en la Puna argentina y el norte de Chile (Aschero 2007, Babot et al. 2005).

Evidencia de la perduración de este tipo de prácticas es el caso de Punta de la Peña 9, donde se hallaron fragmentos de restos óseos de dos individuos, uno posiblemente femenino de entre 30 y 40 años de edad y otro posiblemente masculino de entre 30-35 años de edad, con una variedad de materiales acompañantes (pulidor, mano de molino, percutor, pigmentos, cuentas de collar, cordeles en torsión Z, un fragmento de escudilla, corteza de mate, artefactos de madera y restos de plantas y fauna). El contexto fue datado en 1240 ± 50 años AP, esto es, 669-889 años DC. La evaluación de la dinámica de formación de este depósito permitió identificar prácticas de reapertura de la estructura funeraria para “la extracción de partes óseas y materiales culturales” (Babot et al. 2005:197).

Como mencionara anteriormente, en el caso de la mujer del Contexto 1, es llamativa la ausencia de huesos de la rodilla hacia abajo en el conjunto de partes esqueléticas identificadas. A la luz de los casos comentados, cabe la posibilidad de que este cuerpo haya sido objeto de prácticas intencionales de desmembramiento, fractura o remoción de partes óseas, insertándose en una tradición compartida entre la Puna argentina y el Norte chileno. Sin embargo, el hecho de que casi la totalidad de restos se

hallaran expuestos a la intemperie al momento de su rescate, muy deteriorados por su exposición directa al sol y en estado altamente fragmentario, obliga a ser cautelosos sobre de esta conclusión.

No es sino hacia el 3000 AP que volvemos a encontrar evidencia de la utilización de este paisaje para la disposición de los cuerpos. En este caso, el lugar elegido fue un sector prominente en lo alto de Bordo Marcial. Dos estructuras –correspondientes a los Contextos 2 y 3–, fueron construidas entre unos 1400 a 1100 años AC, con muy alta probabilidad dentro de un lapso contemporáneo, sino de modo simultáneo, demarcando de manera permanente este lugar.

Retomando la idea de que la manipulación de los cuerpos, su ordenamiento y su asociación con materias específicas son índices de una cosmovisión particular (Capítulo 3), en los Contextos 2 y 3, aquellos aspectos fueron empleados de maneras contrastantes, y este carácter de oposición se estableció a distintos niveles: en la forma de las estructuras, en las posiciones dadas a los cuerpos, y en las cualidades de los objetos asociados.

La disposición simétrica, aunque exactamente inversa de las estructuras instaure un primer nivel de oposición. Como se describió anteriormente, las paredes trazan cada una, una curva opuesta a la otra, conteniendo y a la vez separando los cuerpos contenidos (ver Capítulo 5, Figuras 28 y 29).

En un segundo nivel de oposición, la imagen especular que las estructuras reflejan continúa proyectándose al interior de cada tumba a través de los cuerpos. Su disposición es índice de otra simetría invertida, aquella que opera por anulación del gesto humano en el Contexto 1 (cuerpos desarticulados), y la preservación de la postura anatómica del niño del Contexto 2 (cuerpo articulado).

El tercer nivel de antítesis se establece a partir de las cualidades de los objetos asociados. En el Contexto 1, la supresión de la individualidad anatómica de los cuerpos contrasta con una única forma humana representada en los rasgos antropomorfos de la máscara.

Varios autores han destacado que la imagen antropomorfa del ‘ancestro’ ha sido fundamental a la cosmovisión andina de épocas prehispánicas (Duviols 1979, García Azcárate 1996, Aschero 1999, 2007, Pérez Gollán 2000a, 2000b) (ver Capítulo 3). En tal sentido, Duviols planteó que los monolitos esculpidos o lisos fueron la expresión

material de los ancestros tutelares o *huanacas*, proceso al cual denominó “litomorfosis del ancestro” (Duviols 1979).

Basándose en este autor, y al respecto de las máscaras de piedra de Condorhuasi-Alamito y Tafi halladas en contextos funerarios (ver Figura 89), Aschero ha propuesto que estas podrían actuar como *huauqui*, esto es “como íconos que apelan a los poderes del ‘doble’ del alma del ancestro fallecido” (Aschero 2007:149).

Con referencia a los ‘suplicantes’, Pérez Gollán argumentó que estas esculturas son reconocibles en sus cualidades humanas a partir de sus características anatómicas (ver Capítulo 3), las cuales representan el gesto dado al difunto en el rito fúnebre andino y en tal sentido pueden entenderse como la expresión material de los antepasados y el ancestro mismo (Pérez Gollán 2000b:236). Elaborando sobre esta idea, Aschero los propuso “como una metáfora visual del cadáver en su presentación entre los vivos” (Aschero 2007:149).

En el caso de la máscara del Contexto 1, su humanidad fue lograda mediante la representación sintética pero efectiva de los ojos, la nariz y la boca. Como otras máscaras del Noroeste argentino, los ojos y la boca están literalmente abiertos por las perforaciones efectuadas sobre el metal (Scattolin et al. 2010) (Figura 89). La elección de representarlos como aperturas es significativa, en tanto puede ser entendida como metáfora de la comunicación.

En la literatura etnográfica se destaca cómo las aperturas efectuadas por la perforación de las orejas y labios, lejos de tener una finalidad exclusivamente ornamental, están directamente relacionadas con la necesidad de inaugurar en los individuos la habilidad de comunicación en el ámbito social (Turner 1995). Ambos tipos de aperturas son entendidas como formas de ‘amplificar’ el poder de la comunicación social, ya sea transmitiéndola (en el caso de los discos labiales) o recibiendo (en el caso de las perforaciones de las orejas) (Turner op. cit.). Recordemos también que, uno de los atributos principales asignados al ‘chamán’ o ‘jefe’ ha sido la propiedad de hablar por los otros en su calidad de intermediario, mientras que entre los Incas, ciertos objetos o rasgos del paisaje considerados *huacas* “eran oráculos que, sobre todas las cosas, hablaban a sus adoradores” (Classen 1990:724).

En tal sentido, la máscara puede ser entendida como la representación de un gesto elocuente (marcando un nuevo punto de contraste con el contexto de muerte en el cual fue depositada). Las aperturas efectuadas en los ojos y la boca habrían simbolizado la

habilidad del personaje representado de 'ver' y 'hablar' por el conjunto de las personas que allí fueron enterradas, unificando en su representación performativa, la desunión de los cuerpos que se sintetizan en un conjunto homogéneo.



Figura 89. Máscaras antropomorfas del Noroeste Argentino (ver Scattolin et al. 2010). Primera de la izquierda, máscara del Contexto 1.

Asimismo, aún cuando la cara suele simbolizar la individualidad más efectivamente que otra parte del cuerpo (Synnott 1993:73), no se han incluido en ella detalles que pudieran singularizarla como una persona adulta o joven, hombre o mujer (aunque no debemos olvidar que pudo tener adicionados otros materiales perecederos como telas, plumas, pelos, o recursos expresivos como pinturas faciales, tatuajes, adornos o marcas particulares). En tal sentido, sostengo que la máscara –sujeto reconocible dentro del todo los cuerpos indiferenciados– actúa como la síntesis de esa comunidad de hombres y mujeres, niños, jóvenes y adultos. En otras palabras, la unicidad del gesto humano de la máscara constituye una metáfora de la comunidad allí enterrada. La humanidad de los antepasados ha sido disuelta en los cuerpos, y reunificada en el metal. La máscara *es*, por tanto, el pasado mismo representado, el pasado corporeizado.

Estos niveles de contraste planteados para el Contexto 3 se refuerzan y se vuelven aún más significativos en relación al contemporáneo Contexto 2.

En la literatura etnográfica, es común encontrar referencias acerca de cómo el uso de determinados atavíos u objetos de adorno se modifica a lo largo de la vida de cada persona, marcando la etapa social que atraviesa quien lo porta (el crecimiento fisiológico, la iniciación en el mundo adulto, la aptitud para casarse o tener hijos, el duelo, la viudez, etc.) (Turner 1995:158). Brazaletes, cuentas, collares suelen tener un carácter de marcador social que habilita a la persona que los lleva a ocupar una determinada posición en la sociedad (Seeger 1975). Asimismo, estudios arqueológicos han demostrado la misma asociación entre el ciclo de vida y el uso de determinados objetos (e.g. Stoodley 2000, Bvocho 2005). Ello demuestra que las historias de los objetos y de las personas no pueden ser contadas separadamente (Hoskins 1998).

En tal sentido, la cuenta de collar y el pendiente reafirman la individualidad transmitida por el cuerpo articulado. No obstante, dicha ‘individualidad’ debe ser entendida en términos relacionales, porque el significado de los objetos de uso personal se funda en la inclusión del individuo en su medio social (Brück 2004.:311). En otras palabras, el pendiente y la cuenta son a la vez, la expresión material de su individualidad como sujeto social y metáfora del grupo al que perteneció.

De esta forma, la simetría y contraste que los cuerpos objetos y estructuras efectúan en ambos contextos, pueden considerarse como dos caras complementarias de un mismo sistema de referencia, esto es, una misma lógica clasificatoria que admite

ciertas formas y las expresa en términos opuestos. Si el orden de las cosas, es el orden de lo mismo, mecanismo que en cada cultura equivale a reunir lo disperso en sus identidades (Foucault 1968 [1966]:9), ambas formas gestuales nos hablan, en última instancia, de un sistema de clasificación que reúne a partir de una variedad infinita de posibilidades, formas que se oponen y se implican mutuamente (Figuras 90, 91).

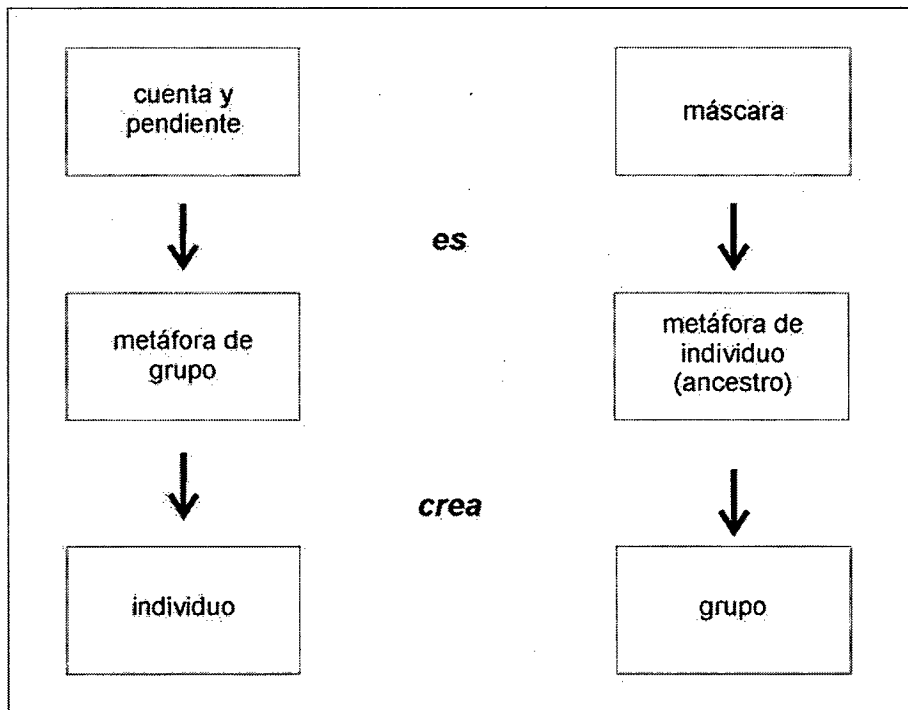


Figura 90. Esquema de la representación de los objetos y los cuerpos de los Contextos 2 y 3.

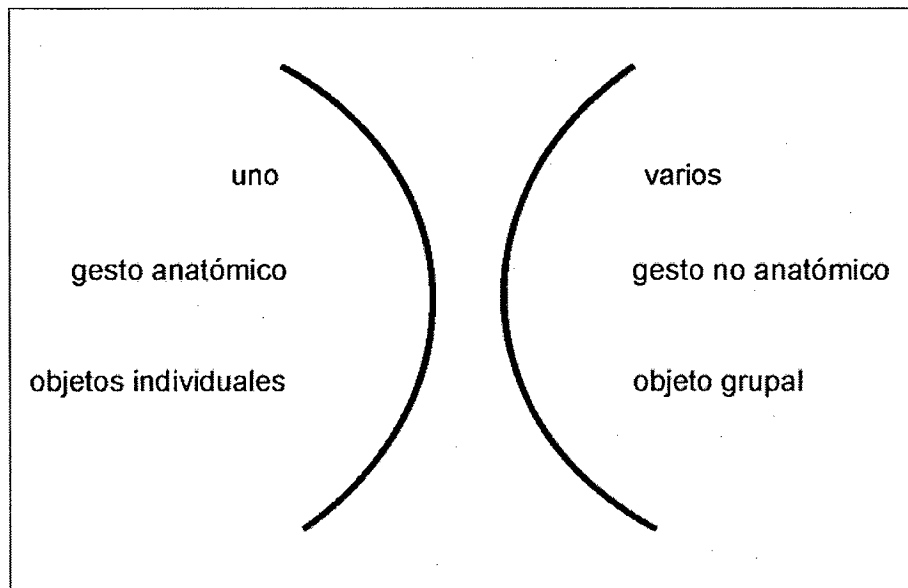


Figura 91. Esquema de simetría y oposición de los Contextos 2 y 3 de Bordo Marcial.

Como se mencionó, la singularidad de los Contextos 2 y 3 no puede ser analizada aisladamente, sino en el marco espacio-temporal mayor de su ocurrencia. El único antecedente de una tumba formativa para el área de estudio, es aquella que registrara Arena (1975) en Campo del Fraile, distante sólo algunos kilómetros de La Quebrada. En ella se habían inhumado al menos doce individuos de distintas edades “un feto, otros juveniles, adultos y seniles” (Arena 1975:52). Esqueletos parcialmente articulados se hallaban en el nivel más profundo y sobre ellos, huesos largos desarticulados. Una estructura de piedras dispuestas en forma oval contenía los cuerpos y cuatro vasijas de estilo Candelaria junto con ellos.

Si bien no disponemos de mayores datos, la presencia conjunta de dos formas de disposición de los cuerpos indicaría que esta tumba habría sido utilizada para la disposición de entierros tanto primarios (articulados) como secundarios (desarticulados), acción que probablemente haya implicado su reapertura en distintos momentos, y en tal sentido, es significativo el hecho de que no exista “una correspondencia entre el número de cráneos y los demás huesos del esqueleto” (Arena op. cit.), situación que pone en evidencia prácticas de remoción y/o selección de partes esqueléticas.

Las prácticas que resultaron en la conformación del osario del Contexto 3 podrían de igual modo estar relacionadas con la reutilización de esta tumba, en tanto con cada nueva disposición de un cuerpo, los entierros anteriores habrían sido removidos resultando en la desarticulación y fragmentación de los restos esqueléticos. Sin embargo, la representación de partes esqueléticas (ver Capítulo 5) no es la que debiera existir si los cuerpos hubieran sido depositados con tejidos blandos, dado que esperaríamos encontrar algún grado de articulación entre ellos. En cambio, no existen en este contexto huesos articulados. Todo indica que esta particular configuración es el resultado de una práctica de entierro secundario, esto es, que los cuerpos ya esqueléticos (o partes de ellos), hayan sido transportados desde otro lugar y enterrados conjuntamente en esta tumba.

Asimismo, la distribución de los restos humanos en el Contexto 3, esto es, muy bien circunscriptos a una pequeña área, sin hallarse limitada por la construcción de una estructura cerrada, sugiere que los restos pudieron estar envueltos o contenidos por algún tipo de tejido o cuero.

Por su parte, la presencia de restos aislados de al menos otros tres individuos junto al entierro del niño del Contexto 2 podría haber estado relacionada con el uso cíclico de este lugar para entierros y que, dichos cuerpos ya esqueletizados, hubieran sido trasladados en algún momento anterior o posterior al del niño (ver Capítulo 5).

Como se mencionó, las prácticas de depositación, reapertura de las tumbas y transporte de restos humanos ha sido una tradición regional compartida desde por lo menos 8400 AP (Aschero 2007). Las características de los Contextos 2 y 3 de Bordo Marcial dan sustento a esta hipótesis, a la vez que insertan a los grupos que depositaron a sus muertos hace tres mil años en este lugar en el marco de una tradición compartida – aunque con variantes locales – de dichas prácticas.

Tal es el sentido que Aschero ha propuesto en su interpretación de los hallazgos efectuados en la Cueva Cacao 1A, Antofagasta de la Sierra, un contexto formado por dos trenzas de cabello humano, un par de sandalias de cuero de camélido y un sonajero de calabaza fechados en 3000 ± 80 años AP (pelo humano) y 2870 ± 40 años AP (sandalias) (Olivera et al. 2003), esto es, exactamente contemporáneo con los contextos de Bordo Marcial. Este particular conjunto se trataría de una variante dentro de un mismo sistema ritual que “entierra, desentierra, selecciona y lleva, dejando (¿intencionalmente?) partes esqueléticas u objetos, [...] repitiendo con esto prácticas de larga data.” (Aschero 2007:156).

A la variabilidad regional de esta tradición compartida, se suman otros contextos. En Punta de la Peña, una oquedad natural en la región de Antofagasta de la Sierra, se recuperó un fardo funerario de un bebé de aproximadamente 4 meses de edad, envuelto en un cuero cosido y dos cestas en posición invertida. El fardo apoyaba sobre un cuero y una capa de paja que recubría el conjunto. Poseía una serie de tientos retorcidos de cuero que habrían hecho las veces de manijas para transportarlo (Aschero et al. 2002:329). El bebé portaba un pectoral de valva atado a su cuello y pubis por cintas de cuero y vegetal, y otras dos cestas cubriendo su cabeza. La paja sobre la que se apoyaba el fardo fue fechada en 3630 ± 150 años AP (Aschero et al. 2002:334), mientras que una muestra de hueso humano ubicó temporalmente a este hallazgo en 3210 ± 50 AP (Aschero et al. 1999, citado en Olivera et al. 2003:266), dos siglos antes que el Contexto 3.

Algo más tempranamente, en el sitio Quebrada Seca 3, también de la Puna meridional, se halló otro enterratorio de un feto humano en un fardo funerario envuelto

en cuero de camélido y atado con un cordel de lana fechado por asociación en 4510 ± 100 años AP (Aschero et al. 1991, citado en Olivera et al. 2003:266).

Punta de la Peña y Quebrada Seca 3, son por tanto, dos de los escasos registros a escala regional cuya cronología se aproxima a la de los Contextos 2 y 3 de Bordo Marcial y que, además, muestran similitudes en las prácticas asociadas al transporte y remoción de restos humanos.

Otras evidencias de contextos funerarios contemporáneos han sido reportadas para Tulán-85 en San Pedro de Atacama, donde se localizó un área de inhumaciones fechada en 3150 ± 50 años AP. Está compuesta por múltiples enterratorios de párvulos y neonatos cubiertos con lajas, uno de los cuales portaba un “turbante” y otro, dispuesto en un pozo circular, se asoció a huesos de camélidos y una cuchara de cobre. Estas poblaciones, establecidas en aldeas sedentarias, habrían basado su subsistencia en la domesticación de camélidos (Núñez 1992:301). Según Núñez, “si bien se registra una importante densidad de neonatos, aún no se ha identificado la sofisticación de las ofrendas de Tulán-54”, el sitio más conocido como “templete” el cual contenía varias inhumaciones de neonatos, con al menos una datación de 2550 ± 70 AP (ver abajo).

Algo más tardíamente, algunos de los rasgos presentes en los Contextos 2 y 3 de Bordo Marcial se encuentran representados en una misma tumba de la localidad de Azampay, valle de Hualfín. Formada por dos líneas de lajas paralelas, contenía la inhumación de un niño con una máscara antropomorfa de piedra apoyada sobre su cráneo y una mujer adulta a su lado (Figura 92). El contexto posee un fechado de 2490 ± 60 años AP (Sempé et al. 2005), esto es, de algún momento entre 800 y 400 años calendáricos AC.

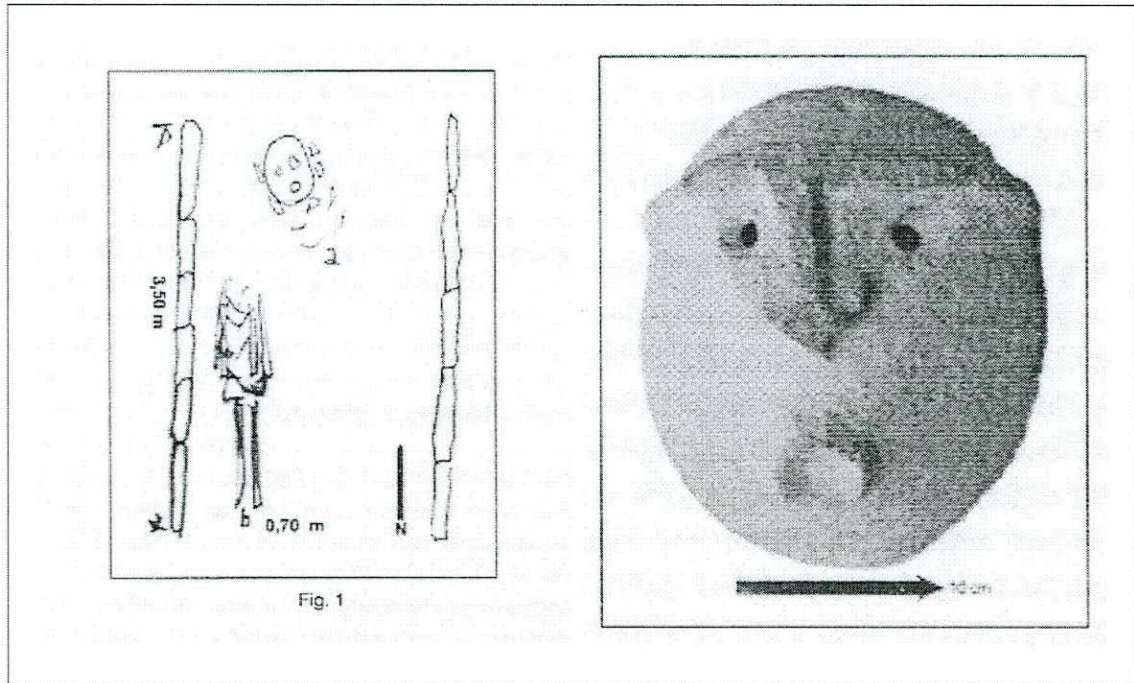


Figura 92. Tumba de Azampay (tomado de Sempé et al. 2005)

Azampay y Bordo Marcial son asimismo dos casos, entre otros, de una elección singular, la de construir estructuras funerarias formadas únicamente por hileras de piedras. Vale decir, que no constituyen una forma cerrada que delimite la disposición de los restos. Otros ejemplos de esta particular configuración de las estructuras funerarias han sido documentados por Methfessel “cerca de la Loma Rica” o “cerca de Andalgualá”, Catamarca. En su libreta de campo registra varios casos de inhumaciones en las cuales donde los cuerpos se habían sido separados unos de otros por hileras rectas de piedra (Ten Kate 1896:8) (Figuras 93, 94, 95, 96).



Figura 93. Entierros documentados por Methfessel en Catamarca (tomado de Ten Kate 1986:11, Fig. 1). Obsérvese la única pared de piedras como estructura del contexto “a” (izquierda).

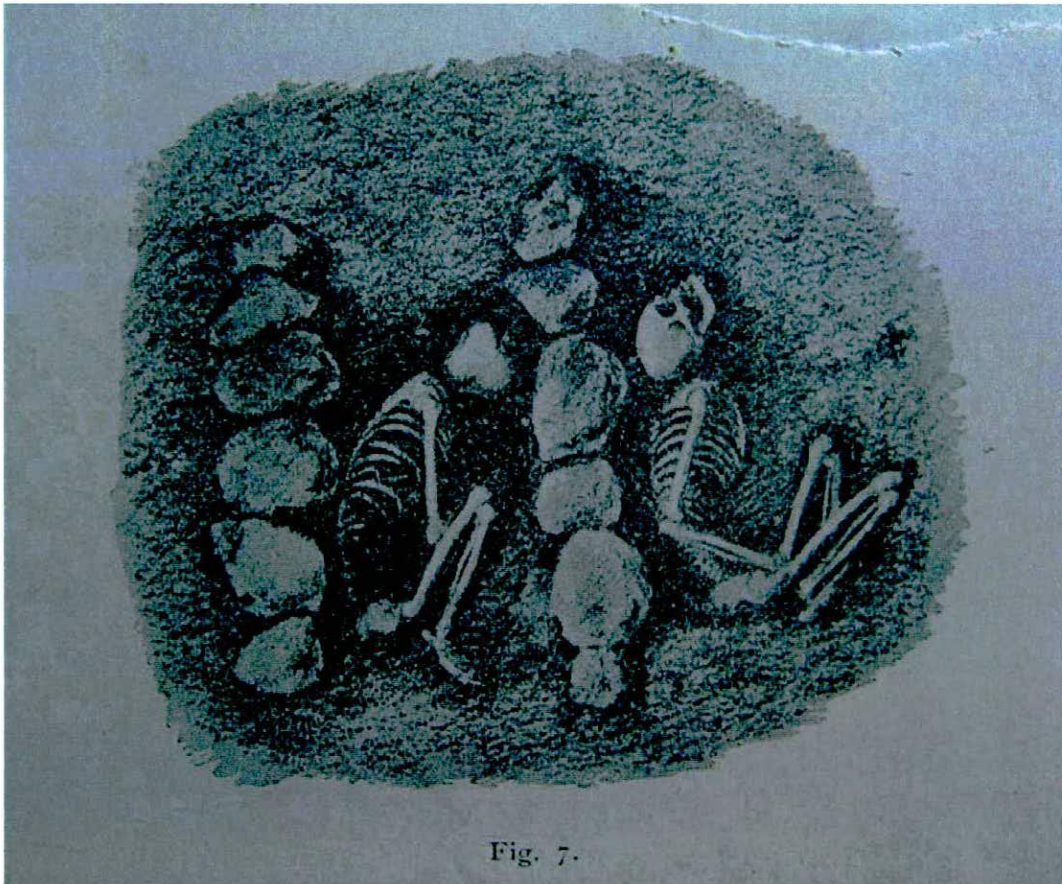


Figura 94. Entierros documentados por Methfessel en Catamarca (tomado de Ten Kate 1986:13, Fig. 7).

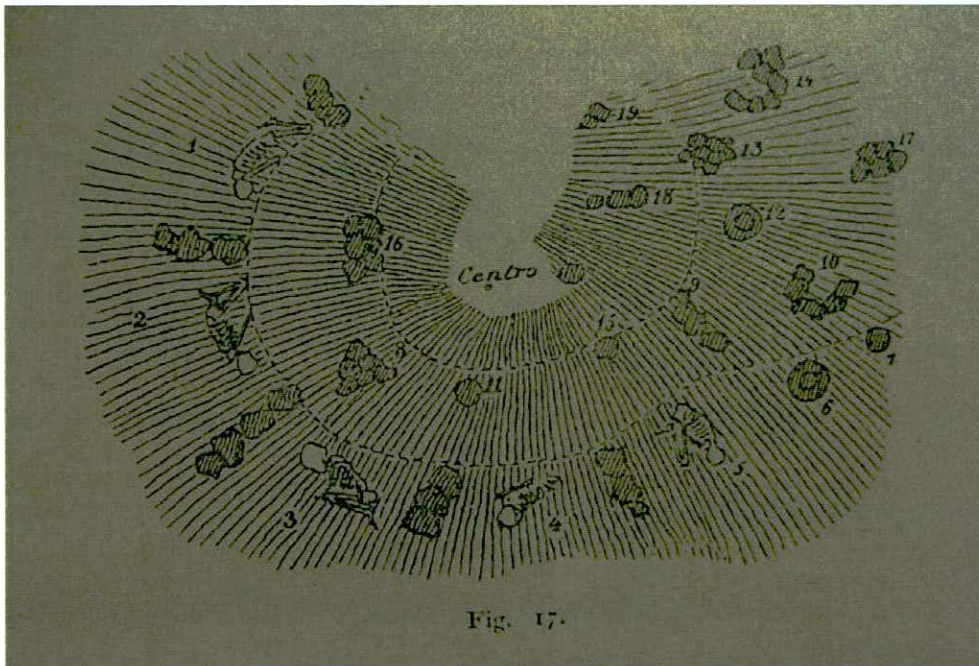


Figura 95. Entierros documentados por Methfessel en Catamarca (tomado de Ten Kate 1986: 17, Fig. 17).

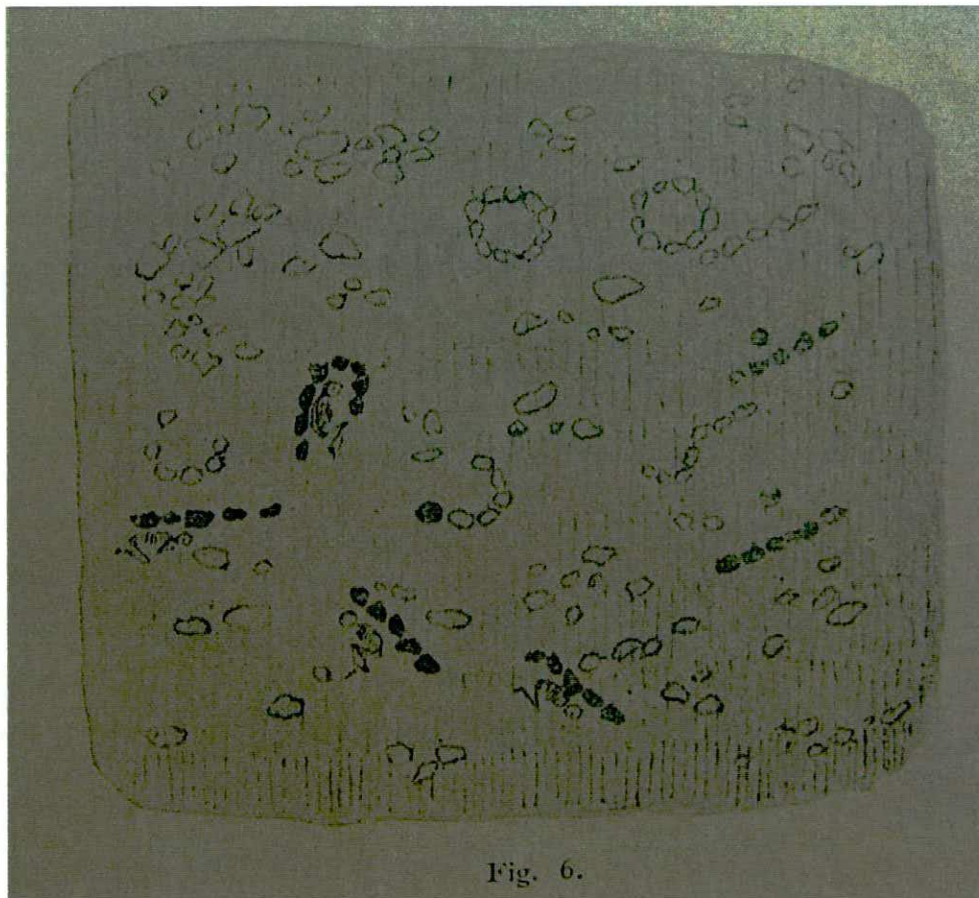


Figura 96. Entierros documentados por Methfessel en Catamarca (tomado de Ten Kate 1986:13, Fig.6). Paredes de una hilera de piedras resaltadas en el original.

Siguiendo la línea cronológica de los hallazgos efectuados en La Quebrada, años más tarde, la cima de Bordo Marcial donde se hallaron los Contextos 2 y 3 continuó siendo el lugar elegido para el entierro de los muertos; así lo testimonia el niño que fue depositado en una vasija de cerámica, ataviado con miles de cuentas de collar blancas, en algún momento entre los siglos II y IV AC (Contexto 4).

La asociación de niños, vasijas y cuentas de collar ha sido una tradición largamente compartida en distintas regiones del Noroeste argentino (Cortés 2005). Las cuentas de collar se encuentran entre el segundo tipo más frecuente de hallazgo en enterratorios del período Formativo (Cortés 2005), siendo las de materia prima lítica más frecuentes en los valles y las de valva en la vertiente oriental andina (Martínez Soler 1958-59, Rydén 1936, Heredia 1971, Ortiz 2003).

Estos ítems de adorno, enhebrados en collares o cosidos a las prendas de vestir, son de los escasos indicios que tenemos de las antiguas vestimentas. Ejemplos etnográficos de estos usos han sido documentos por Palavecino (1933) y von Rosen (1901-1902).

En el marco regional, no son muchos los hallazgos de cronologías semejantes. En Tulán-54, San Pedro de Atacama, antes mencionado, se registraron nueve enterratorios de párvulos dispuestos en pozos cavados y tapados con lajas, sobre el piso de ocupación de un recinto asociado a la fase Tilocalar, entre 630-540 años AC (Nuñez 1994).

Una de estas inhumaciones (CI2) correspondió a un neonato de ca. 6 meses de edad, asociado a una gran variedad de objetos: un collar de malaquita y lapislázuli en su cuello, una pequeña escultura lítica ornitomorfa colocada cerca de su boca, y a sus pies, dos collares, uno con cuentas hechas a partir de incisivos de llamas y otro con conchas “del oriente andino”. Asimismo, “apegado al rostro” llevaba una “lámina de oro recortada con un motivo de sierpe que transita a una cabeza humana con adorno de rayos recortados”. Una segunda lámina idéntica a la anterior se halló en posición invertida algo más alejada del cuerpo (Nuñez 1994:92).

La interpretación de Lautaro Nuñez sobre la iconografía de los objetos asociados a este entierro apunta a destacar las redes de interacción de las cuales participaban estos grupos, siendo los adornos personales uno de los objetos que habrían circulado entre regiones distantes:

“Es posible que el ícono de las láminas de oro de doble lectura (...) represente a un hombre con la cabeza emplumada que a su vez se revierte en sierpe. La asimilación humana de los poderes y propiedades del aire y de la tierra se portaba unida a cierta vestimenta (tiene perforación). La ofrenda de una escultura microlítica de ave y conchas del oriente, junto a incisivos de llamas y un collar de malaquita y lapislázuli sintetiza la integración simbólica de distintos espacios articulados por los agropastores de la fase Tilocalar” (Nuñez 1994:91).

Otro entierro de neonato hallado en la misma zona (CI1), estaba cubierto con fragmentos de un “jarrón o gran tazón canteado en roca volcánica” y posteriormente “matado”, con evidencia de haber contenido algún alimento a base de harina. En el diseño grabado, se representaron “llamas ‘humanizadas’ en distintas fases del proceso de cópula, correlacionado con rituales vinculados con la reproducción de los rebaños” (Nuñez 1994:92). Más tarde Núñez plantea que:

“Tomando en consideración el patrón etario de las inhumaciones, tal como lo sugiere la evidencia etnográfica y etnohistórica en otros lugares de los Andes, los infantes podrían ser considerados como intermediarios entre las rogativas y las deidades ancestrales, asociados a “mesas”, festines y libaciones, en su calidad de seres reservados exclusivamente para el ceremonial” (Núñez et al 2006:104)

Para la misma época que el entierro del niño de la urna había sido depositado en la cima de Bordo Marcial, entre el siglo II AC y el I DC, una joven mujer y su bebé fueron enterrados en la ladera opuesta a dicho bordo (Contexto 5). El lugar elegido para el entierro se traslada nuevamente en esta época, al sector bajo del paisaje.

En tal sentido, la situación de emplazamiento de los contextos hasta ahora mencionados permite comenzar a observar un alternancia vertical (o altitudinal) en la disposición de los muertos a través del tiempo: tras el entierro de la mujer arcaica, en el sector bajo adyacente de Cardonal, la parte más alta de Bordo Marcial instaura su carácter significativo con las tumbas simétricas y el entierro del niño en urna, para luego trasladar esta significación algo más abajo de la terraza, con la mujer y su bebé. Como discutiré en la sección final de este capítulo, dicha alternancia tiene asimismo como referente a la configuración establecida por los cursos de agua que surcan el paisaje.

La inhumación del Contexto 4 implicó el cavado de un pozo y la disposición de la mujer con sus piernas flexionadas. Es posible que haya estado en los últimos meses de embarazo o bien que hubiera sido enterrada con su bebé recién nacido. El pozo fue rellenado con un sedimento fino, y por sobre los cuerpos se dispusieron varias piedras en posición vertical para demarcar el lugar (Capítulo 5).

De un momento contemporáneo, se conocen lugares de enterratorio en el área de Cachi, al norte del valle Calchaquí, la mayoría de los cuales, sin embargo, permanecen aún sin publicar en detalle. Entre ellos, el cementerio Salvatierra presenta un patrón muy particular de construcción de las tumbas, consistente en la disposición de lajas en “forma prismática” para formar las paredes, y otras a su vez, tapando cada estructura. Se excavaron más de sesenta tumbas que contenían, adornos de oro, cuentas de collar y botellones negros bruñidos. Una de estas tumbas fue fechada en 2205 ± 140 años AP (Tarragó 1996:110).

En el área circundante, también se detectaron otros cementerios –Potrero Gutiérrez y Jaime– de los cuales tampoco hay mayores datos publicados. No obstante, de acuerdo a las características del estilo de algunos de los objetos asociados, se han planteado relaciones de ambos con Tebenquiche, y con Salvatierra, Campo Colorado y Tafi, para el segundo caso (Tarragó 1996:110-111).

Hacia el 2000 AP, esto es, en un momento contemporáneo a los Contextos 4 y 5 de Bordo Marcial y Salvatierra, en la Quebrada del Toro se registran varios cementerios ubicados “por fuera del perímetro de la aldea” (Las Cuevas, Potrero Grande, Las Minas). Asimismo, se registra otra modalidad de entierro que hasta este momento no había sido observada en la región, la de tumbas construidas por debajo del piso de patios centrales (Cerro el Dique, Las Cuevas, Las Capillas). Ambas modalidades comparten las mismas características: las tumbas para adultos son individuales “en forma cilíndrica, con techo de lajas y paredes de suelo natural sin torteado” (Raffino 1977:258), los cuerpos dispuestos de forma genuflexa y decúbito lateral con el cráneo orientado al norte, mientras que para los subadultos las urnas fueron consideradas propicias para su inhumación (Raffino 1977:272).

De estos, el sitio que presenta las dataciones más tempranas es Las Cuevas; posee cuatro fechados radiocarbónicos asociados 2070 ± 50 (ca. 210 AC-60 DC); 2485 ± 60 (ca. 790-410 AC); 1965 ± 30 (40AC-90DC) y 2150 ± 80 (390 AC-10 DC) (Cigliano 1969); en sentido amplio la aldea puede ubicarse cronológicamente entre el 600 AC y el

400 DC (Cigliano et al. 1972:127). En Las Cuevas se hallaron cuatro tumbas, tres correspondientes a individuos adultos, siguiendo las características estructurales antes mencionadas, con ajuares variables. La cuarta tumba corresponde a la inhumación de un párvulo en una urna de tipo ordinario, sin ningún otro objeto en su interior y ubicada debajo del piso del recinto (Raffino 1977:274).

Sabemos que las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial estuvieron habitadas entre 1800-1900 AP (ver Capítulo 4, Tabla 3), en parte contemporáneas del fechado más temprano de Las Cuevas, y no tan alejadas en el tiempo de los Contextos 4 y 5. Así también, en este mismo momento, las zonas bajas de las terrazas de Cardonal y Bordo Marcial continúan siendo elegidas para el entierro de los muertos, pero esta vez, hacen uso de las áreas medanosas de la gran Duna y los cementerios adyacentes a las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial.

A juzgar por las evidencias mencionadas, con el establecimiento de modos de vida menos móviles asociados al Período Formativo en el Noroeste argentino, se comienzan a poner de manifiesto sectores de cierta extensión para la ubicación de los muertos. Con el tiempo ellos se van constituyendo en lo que hoy denominamos cementerios. En La Quebrada estos espacios para los muertos están emplazados cerca de las viviendas y de los campos de cultivo, denotando una configuración del espacio donde lo cotidiano y lo funerario se imbrican en un mismo paisaje, el espacio de los muertos intercalado con las tareas productivas y el habitar cotidiano (ver abajo).

Emplazado en el bajo y equidistante de ambos sitios, el Cementerio Duna se recorta por el paso del río La Quebrada. Sabemos que una gran cantidad de personas fueron enterradas allí, aunque no contamos con registros sistemáticos de su ocurrencia (ver Capítulo 5). Entre ellos, el hombre joven del Contexto 6 fue dispuesto entre la arena fina sin objetos asociados, en algún momento entre los siglos I AC y II DC. Su posición hiperflexionada, hace pensar que muy probablemente haya estado atado o envuelto en algún material perecedero (¿cuero, tela, estera?), para mantener la postura compacta —el gesto contraído— en el que fue hallado. Dos piedras grandes se apoyaron luego sobre su cuerpo, tapándolo casi en su totalidad.

Tal como se mencionó, todo lleva a pensar que los cementerios emplazados en las áreas medanosas al norte de Cardonal y Bordo Marcial estuvieron en uso contemporáneamente a dichas aldeas y al Cementerio Duna (Capítulo 5). Las evidencias en superficie son idénticas en los tres arenales: cuentas de collar de malaquita de

distintos tipos y formatos, fragmentos de hueso humano y tiestos cerámicos afloran en la arena entre acumulaciones dispersas de rocas, indicio de antiguas estructuras y evidencia del saqueo sistemático que sabemos afectó por mucho tiempo a estos lugares.

La asociación de los muertos con las áreas medanosas no es exclusiva de La Quebrada. Las evidencias señalan que esta fue una práctica recurrente durante el período Formativo, y en tal sentido, sostengo que la cualidad de los arenales fue ponderada como altamente significativa en el pasado prehispánico al sur de los valles Calchaquíes (ver abajo).

En su paso por la falda occidental del Aconquija durante los años 1922-1924, Weiser registra numerosos cementerios y tumbas aisladas asignables al período Formativo en distintas localidades (Scattolin 1986). Notablemente, varias de las menciones que Weiser deja registradas en sus diarios y libretas de campo hacen referencia al emplazamiento de las tumbas en terrenos medanosos. Así por ejemplo:

- en Cerrillos, menciona el hallazgo de cuatro tumbas “en un *arenal* al pie del puesto viejo”. Una de ellas dataría del período Tardío y las otras tres del Formativo (Scattolin 1986).
- en Ingenio del Arenal Alto, describe el hallazgo de un cementerio con 24 tumbas emplazado “en los *médanos* hacia el norte del río Arenal” (Scattolin 1986).
- en Ingenio del Arenal Bajo, “en los *médanos* al sur del camino que va a Las Conchas se descubrió un cementerio con 4 tumbas” (Scattolin 1986).
- en Ingenio del Arenal, “un gran pueblo indígena está al pié de la pendiente del contrafuerte en el “Arenal”. *Un cementerio está cerca de los Arenales*” (Weiser 1922-1924).
- en Pajanguillo: “en el *médano a la derecha del arroyo* Pajanguillo, cerca de Punta de Balasto halla un “cementerio de un tribu ajeno (calabera no aplastada)” y “seis esqueletos en una troja sin cosas” (Weiser 3/11/1920, en Scattolin 1986).
- en Santa María: “Se busca *en el arenal a la orilla del Río Secco* por la arena fina el trabajo no rinde, sin hallazgos. Trabajo *en el mismo arenal*: un sótano con una tinaja marleada, con un puco mejor. El otro sótano: dos esqueletos solamente” (Weiser 19/12/1920, en Scattolin 1986).
- en Tesoro Alto: halla una tumba aislada y un cementerio con 16 entierros asignables al período Formativo emplazados “en el *médano* que se extiende entre la cuesta Este de

la loma alta y los recintos de siembra indígenas sobre la parte Norte del arroyo Tesoro” (Scattolin 1986). A propósito, en su libreta de campo registra:

“Después de dos días de penosa búsqueda, cuando ya se había perdido la esperanza de encontrar algo, se destapó un sepulcro en el médano que se extiende entre la cuesta del Este de la Loma Alta y los recintos de siembras indígenas sobre la parte del Norte. Extendiendo después las excavaciones se destapó un cementerio entero de diez y seis sepulcros. En tiempos remotos sobre estos sepulcros había piedras, puestas en cúmulos, como signos exteriores pero el médano, aparentemente en aumento, lo tapó todo. Fue una casualidad que se destapara el primer sepulcro. En general los sepulcros se hallaban apenas a unos 50 cms. bajo la capa con las piedras superficiales. Unas pocas piedras puestas a los lados del esqueleto, como pircado, era todo lo que formaba el sepulcro. En su mayor parte, estas piedras se hallaban cerca de la calavera, que a su vez estaba tapada con algunas piedras formando lajas, las que también tapaban los objetos funerarios que acompañaban al difunto. Casi todos los esqueletos estaban en situación estrechados no en cuclillas, echados al costado derecho, mirando la cara de la calavera hacia el Nor-Este, hacia la fila alta, pero había también esqueletos en diferente situación orientados. Desgraciadamente están todos los cráneos tan podridos por la humedad de la arena que apenas una sola calavera se ha podido conservar. Los huesos indicaban a hombres de una estatura mediana, no grandes. A la par de la calavera, siempre enfrente (hacia Nor-Este) de ella, se hallaban los objetos funerarios. Todos de barro negro, algunos toscos, otros de barro fino, cincelados, de forma y dibujo muy parecidos a los hallazgos de la Laguna Blanca o Corral Quemado. Objetos de procedencia calchaqui no han sido hallados. Por el modo de tapar, directamente la cabeza y los objetos con piedras de tamaño un poco grande, casi la mayoría de los objetos se han quebrado con el tiempo y el peso. Había también *guaicos de malajita* y *restos de cobre*. La impresión de los sepulcros es de que se trata de gente pobre y poco culta. Bóvedas faltaban enteramente así es que no se puede hablar de tumbas. Por no hallar mas que este cementerito se terminaron las excavaciones en Tesoro Alto.” (Weiser 1922-1924, énfasis mío, ortografía original).

La presencia de cuentas de malaquita (“*guaicos de malajita*”), restos de cobre, así como la acumulación de piedras en superficie o cubriendo los restos humanos plantea similitudes ineludibles entre el cementerio formativo de Tesoro Alto, el Cementerio

Duna y los cementerios de Cardonal y Bordo Marcial, todos los cuales además, estuvieron uso en momentos contemporáneos.

Probablemente los grupos asentados en el valle del Cajón y la falda occidental del Aconquija asociaran significados localmente específicos a sus rituales funerarios. No obstante, de la misma manera que las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial comparten recursos estilísticos con áreas vecinas que se pueden ver a la distancia como Cerrillos, Tesoro y otros sitios de la falda (ver Capítulo 4), las similitudes formales en las prácticas funerarias son otra evidencia de una manera de hacer las cosas, de estilos y materiales que trascienden los espacios y nos hablan de hábitos y tradiciones comparitadas, de ‘estilos como recursos’ (Scattolin 2007b) compartidos a través del paisaje, conectando regiones distantes.

Las libretas de campo no dejan dudas respecto de la voluntad de Weiser de explorar las áreas de médanos y arenales especialmente, en tanto conocía bien la asociación de estos lugares y la presencia de tumbas prehispánicas. En 1922 recorre Chafiñán, al sur del valle del Cajón, donde menciona haber ido a la zona de arenales en busca de cementerios (Weiser 1922-1924):

“Se terminan hasta el mediodía las excavaciones en el *arenal*. A la tarde se busca en el pueblo un poco más abajo, pero siempre sin cualquier resultado. Yo mismo reviso al campo hasta la loma negra *en la idea que posiblemente los grandes arenales tendrán un cementerio*, pero no encuentro ni tejos. Pero sospecho no de menos, que los indios tenían sus cementerios en el grande campo.” (Weiser 1922-1924, énfasis mío).

“Pero todas nuestras excavaciones en todos los puntos, rincones y *médanos que podían servir para un cementerio*, no dan resultado.” (Weiser 1922-1924 refiriéndose a la región alta de Los Campitos, falda del Aconquija, énfasis mío).

“Al menos, nos fue imposible encontrar un cementerio tan grande que respondiera al número de viviendas. A pesar de una prolija recorrida de toda la cuesta, *de todos los lugares que podían servir para cementerios, a pesar de extensas excavaciones en los arenales hasta lejos*, en el bajo campo de Pozuelos, no pudimos hallar un

cementerio.” (Weiser 1922-24, en Zarzo, falda occidental del Aconquiya, énfasis mío).

En otras oportunidades, es su acompañante Wolters el que va a revisar cada arenal en busca de antiguas tumbas:

“Dos días fueron las excavaciones sin resultado aún cuando Wolters fue hasta los *medanos*, 1/2 legua hacia el Oeste del ferrocarril nacional. Al tercer día se destaparon cuatro sepulcros.” (Weiser 1922-24, en Cerrillos, falda occidental del Aconquiya, énfasis mío)

“Todos los esfuerzos para hallar mas sepulcros en Los Campitos fueron vanos. De vuelta *hice recorrer todos los arenales* pero sin resultado. *Solamente al pié del puesto viejo, donde hay un pequeño arenal y donde también el propietario anterior don Ramón Ponce descubrió y explotó las tumbas se hallaron algunos sepulcros mas de adultos* en los cuales los esqueletos yacían entre algunas piedras para límite en los lados. Faltaba una tapa como tenían todos los sepulcros de Los Campitos, y la capa de tierra que los cubría era algunas veces de apenas 20 cms. Solamente se hallaron cuatro objetos cerca de dos esqueletos, objetos de arcilla negra, platitos y una jarrita todos muy rotos y de color negro.” (Weiser 1922-1924, énfasis mío).

Weiser no fue el único en registrar la asociación entre los muertos y las áreas medanosas en épocas prehispánicas. Otras menciones dan cuenta de la extensión temporal y regional de estas prácticas. Por ejemplo, entre los primeros cronistas, Bernabé Cobo describe la costumbre de los ‘antiguos peruanos’ de enterrar a sus muertos “en los campos o *en las dunas de arena*” (Bernabé Cobo, citado en Balducci 1984).

Mientras que Pedro Cieza de León registra la misma ocurrencia:

“En muchos valles de estos llanos, en saliendo del valle por las sierras de rocas y de arena, hay hechas grandes paredes y apartamientos, adonde cada linaje tiene su lugar establecido para enterrar sus difuntos, y para ello han hecho grandes huecos y concavidades cerradas con sus puertas, lo más primamente que ellos pueden; y *cierto es cosa admirable ver la gran cantidad que hay de muertos por estos*

arenales y sierras de secadaless; y apartados unos de otros, se ven gran número de calavernas y de sus ropas, ya podrecidas y gastadas con el tiempo. Llaman a estos lugares, que ellos tienen por sagrados, guaca [o huaca], que es nombre triste (...) Y usaron en los tiempos pasados de abrir las sepulturas y renovar la ropa y comida que en ellas habían puesto.” (Cieza de León 1945 [1553], grafía original y énfasis mío).

Así también, de acuerdo a un relato de Schreiter, esta práctica parece haberse mantenido en el valle del Cajón hasta el período Tardío:

“Los cementerios de urnas decoradas enterradas directamente en la tierra son más frecuentes que los de cistas. Para aquellos *se ha elegido con preferencia terrenos arenosos*, que admitían la excavación de pozos sin mayor trabajo. La ubicación de dos de estos cementerios, *en el suelo arenoso del Valle del Cajón*, al pie del Cerro de Famabalasto, se ve en el croquis fig.3.” (Schreiter 1919:5, énfasis mío)

La interpretación del Schreiter respecto del menor esfuerzo que los lugares arenosos representaban para la excavación de pozos puede ser verosímil en términos prácticos, pero claro está, la variabilidad de modos y técnicas que las sociedades prehispánicas del Noroeste argentino desplegaron para el entierro de sus muertos distan mucho de haber sido motivadas por consideraciones meramente prácticas.

A la par, otra idea que ha estado vigente en distintas regiones y momentos históricos es aquella que plantea que las tierras ‘yermas’, no aptas para el cultivo –esto es, no redituables en términos económicos– habrían sido utilizadas para el entierro de los difuntos. No obstante, en la actualidad estos espacios tienen una ‘utilidad productiva’: durante los meses de verano, cuando el Cementerio Duna se cubre de pastos tiernos que le otorgan un color verde claro, los pobladores de La Quebrada suelen pastar su ganado en estos lugares. Por otro lado, la explicación anterior elude la consideración del rol fundamental que los muertos tienen en la regeneración de los cultivos y la perpetuación del ciclo agrícola tradición compartida en muchas sociedades andinas (Bastien 1978, Allen 1982, Harris 1982, 1988, Gose 1994).

Asimismo, otra variable no atendida por estas interpretaciones, es la cualidad significativa que el paisaje y las distintas materias tienen en la cosmovisión andina,

aspecto registrado desde momentos históricos hasta la actualidad, y que probablemente tenga sus raíces en épocas prehispánicas (Capítulo 3).

En efecto, la asociación de los arenales y los muertos evoca aquellos relatos etnográficos y etnohistóricos que subrayan la importancia de los factores sensoriales, en especial de aquello que se destaca por su color, brillo o forma particular, pensamiento que es inseparable de la cualidad de animación que se cree inherente a todas las materias. Por tanto, considero que reparar en estos aspectos sensoriales permite sostener una interpretación alternativa (aunque no necesariamente contradictoria con las anteriores) en la recurrencia de dicha asociación.

La nitidez con la que la arena fina y clara de estos médanos resalta en el paisaje, contrastando vívidamente con el entorno, hace de ellos lugares ineludibles a la mirada (Figura 97). El Cementerio Duna, por ejemplo, se destaca conspicuamente por su forma y textura, desde todos los puntos de observación. Actualmente, es usado como punto de referencia y marca de orientación para quienes transitan La Quebrada. En el pasado, el carácter distintivo de la Duna debió haber sido sinónimo y recordatorio de la presencia de los ancestros en el paisaje.



Figura 97. Cementerio Duna, La Quebrada.

Por mi interés en esta recurrencia del uso de los arenales como áreas de entierro, en varias oportunidades he entrevistado a los pobladores del valle del Cajón al respecto. Los relatos que recabé revelan la profunda significación que aún tienen en la actualidad.

Por ejemplo, durante mi estancia en Ovejería Chica pregunté por un gran médano que cortaba la ladera con arena fina (Figura 98). Era la Salamanca, ‘el lugar del diablo’ donde ‘martes y jueves se escucha música tocar’. En La Quebrada, se cuentan relatos similares. En un arenal de la ladera cercana a Cardonal donde ‘aparecen dos cuernos’ (Figura 99) se cuenta que ‘en febrero el diablo festeja La Salamanca’, nuevamente el relato sostiene que durante esta época ‘se escucha música, gente que se ríe y baila’. Esa es gente que ‘se acercó una vez, por curiosidad, a mirar, atraídos por la fiesta... pero ya no vuelve, su alma se queda ahí para siempre y reaparece en la Salamanca’ (Marilín Calo, com. pers.).



Figura 98. ‘La Salamanca’ de Ovejería Chica (arenal).



Figura 99. ‘La Salamanca’ de La Quebrada, cerca del sitito Cardonal (arenal en forma de ‘cuernos’).

‘La Salamanca’, es la referencia a la leyenda hispana acerca de aquellos “espacios mágicos” donde habita el diablo y donde se aprende brujería (Farberman 2005:121). Estas narraciones dan cuenta de la alta significación que estos lugares mantienen en la actualidad. Su asociación con el diablo y las almas hace a estos espacios lugares evitados y peligrosos. En el pasado prehispánico, su cualidad distintiva los destacó y ponderó en su asociación con los ancestros; algo de esta particular significación (i.e. espacio de las almas o el temor o respeto infundido por estos lugares) aún perdura –con matices sincréticos– en la actualidad.

Desde esta perspectiva, y como discutiré más adelante, los órdenes de lo natural y lo artificial se vuelven difusos, o en todo caso, poco operativos en su aplicabilidad a otras sociedades donde los rasgos del paisaje han sido efectivamente pensados como casas, como objetos de veneración, como entidades poderosas, como barreras simbólicas y efectivas.

No obstante, las prácticas funerarias de estos momentos muestran otras costumbres a nivel regional. Así por ejemplo, El hallazgo reciente de enterratorios de niños en el valle de Santa María comenzó a llenar un vacío de información respecto de las prácticas funerarias en este valle en momentos tempranos, ca. 2000 AP (Capítulo 2).

Se trata del sitio Soria 2, fechado en 1940 ± 80 años AP, esto es, entre 103 AC y 310 años calibrados DC (Palamarzuck et al. 2007:127). Aquí se detectaron tres entierros dentro de recintos de habitación. El entierro 1 se halló en una esquina, delimitado por una línea de piedras. El cráneo de un niño fue cubierto con un fragmento de puco gris pulido. El resto del esqueleto se halló desarticulado y parcialmente cubierto por una olla ordinaria globular fragmentada. Por la disposición de sus partes, los autores estiman que se trata de un entierro secundario. Un artefacto lítico, una placa de armadillo y algunos huesos fragmentados de camélido completaban este contexto (Palamarzuck et al. 2007:129).

El entierro 2 correspondió a un individuo neonato depositado al interior de una olla tosca. La olla, aparentemente fragmentada al momento del entierro conservaba evidencias de haber sido atada para contener los fragmentos y los restos del individuo en su interior (Palamarzuck et al. 2007:129). Dentro de ella se recuperaron un ‘espejo’ de mica, fragmentos de cerámica y arcilla, cuentas de collar, huesos de fauna, un artefacto óseo y restos de material orgánico y carbón. La olla había sido calzada en un pozo de donde se obtuvieron además varios dientes de camélido, otro ‘espejo’ de mica y una placa de armadillo. La abertura superior de la olla permanecía cubierta por tierra y por la línea de piedras que cerraba el recinto (Palamarzuck et al. op. cit.).

El entierro 3 consistió en la inhumación de un neonato en una olla tosca acompañado por huesos de fauna, un diente de camélido, material orgánico, carbón y fragmentos de cerámica. Según los autores, este y los otros depósitos serían posteriores al uso efectivo de los recintos (Palamarzuck et al. op. cit.:129).

Al norte del valle Calchaquí, la aldea de Campo Colorado también proporcionó evidencias funerarias datadas en 1895 ± 70 años AP, esto es, 50 AC – 330 DC (años calibrados, 2 sigmas). Las inhumaciones se ubicaban por debajo del piso de los recintos habitacionales y en un cementerio adyacente al sector norte del poblado (Tarragó 1980, 1996). En el primer caso, correspondieron a dos entierros primarios de adultos en posición genuflexa, sobre los cuales no fue posible estimar su sexo ni aproximar su edad (Cortés 2005). Uno de ellos se asoció a dos piezas cerámicas junto al cráneo y el otro, a cuentas de collar en el mismo sector (Tarragó ms.). Asimismo, se halló el entierro de un individuo en el último mes de gestación o bien, neonato (Cortés 2005) dentro de una olla de cocina sellada con arcilla, y un instrumento lítico como posible ajuar (Tarragó ms.). Mezclados con el depósito del basurero, se detectó la presencia de restos óseos

pertenecientes a un individuo de aproximadamente 2 años de edad (Tarragó ms, Cortés 2005).

En el área de cementerio, los entierros correspondieron a dos adultos, un hombre de 40-44 años de edad, y una mujer adulta, que al igual que la mujer del Contexto 4, presentaba deformación del tipo Tabular Erecto (Cortés 2005). Ambos estaban en posición genuflexa y con piedras por sobre sus cuerpos. Asociado al cuerpo de la mujer se recuperó un botellón negro pulido (Tarragó ms).

La tendencia antes mencionada de las áreas destinadas a los muertos (los muertos mismos) entrelazándose en los trayectos de las vidas cotidianas de los pobladores de los caseríos, se evidencia en esta época no sólo en La Quebrada sino en otras tantas aldeas de los valles, quebradas, y en la Puna.

Entre los siglos IV y VI, desconocemos aún cuáles habrían sido las modalidades funerarias que se sucedieron en la trayectoria histórica de La Quebrada. No obstante, las evidencias de otras áreas nos permiten trazar un panorama regional para este momento.

En Alamito, bajo el piso de las habitaciones se han hallado 27 entierros, correspondientes a un total 22 adultos y 5 niños dispuestos al interior de pozos. En el montículo mayor se recuperaron además dos cráneos rotos en su base, los cuales han sido interpretados en términos de “una práctica ligada con canibalismo ritual” (Núñez Regueiro 1998:237), mientras que la presencia de varios cuerpos seccionados fue considerada evidencia de “resultados de sacrificios” (Núñez Regueiro op. cit). Finalmente se hallaron entierros de niños en los escalones externos de las plataformas.

Los sepulcros Ciénaga excavados por Weiser entre 1926 y 1928 fueron ubicados por González y Cowgill (1975) entre el 300 y 600 DC. Proviene de catorce cementerios donde los adultos fueron dispuestos en pozos cilíndricos y líneas de piedras, acompañados de vasijas cerámicas, adornos de metal, piezas líticas. Los niños en cambio, fueron dispuestos en urnas (González 1955).

Hacia el este, en el sitio Quebrada de los Corrales, abra del Infiernillo, se halló el entierro en cista de un hombre de unos 20-30 años dispuesto en posición decúbito dorsal, acompañado por dos vasijas, una globular de superficie negra asignada al estilo Candelaria, y otra roja, con decoraciones zoo-antropomorfas de estilo Tafi (Oliszewski et al 2010).

En La Candelaria, yungas orientales, la tradición de entierro consistía en inhumaciones de adultos y subadultos en urnas, algunas de ellas conteniendo vasijas,

cerámicas y carbones. En El Algarrobal, ca. 1550±35 años AP, Heredia (1971) plantea que estos repositorios habrían sido utilizadas más de una vez, como parece indicarlo el caso de una urna donde “los restos de uno y otro individuo estaban claramente diferenciados entre sí y no había mezcla entre ellos”. Asimismo, constata la presencia de restos de carbón en el fondo de la urna los cuales habrían “quemado y ennegrecido los huesos del individuo que estaban contiguos a él”. En otros casos, el desorden de los huesos hallados dentro de las urnas lo lleva a plantear modalidades de entierro secundario (Heredia 1971:30). También Rydén, en su paso por La Candelaria durante la década del ‘30 detecta modalidades similares de entierro, cuyos fechados se extienden entre ca. 1600 a 1200 años AP (Rydén 1936, Muñoz y Fasth 2001, en Fasth 2003).

Finalmente, el último entierro registrado en la larga trayectoria del paisaje de La Quebrada vuelve a ocupar el área alta de la terraza de Cardonal, una zona rocosa de las mismas características escénicas que aquellas del alto de Bordo Marcial.

Unos quinientos años después a la ocupación de los cementerios y de las viviendas del Núcleo 1 de Cardonal y el Recinto 18 de Bordo Marcial (ver Capítulo 4), en cierto momento entre siglos VII y VIII DC, el cuerpo de un hombre adulto sin cabeza fue deslizado al fondo de una grieta de la roca madre, como si lo hubieran acomodado cuidadosamente a su forma para fusionarse con ella. En tal sentido, el gesto que le fue dado se adecua a la forma del cerro, y no a la inversa, como podría implicar el cavado de una fosa.

Anteriormente destacué la tendencia observada por otros investigadores respecto de una práctica de larga data en el tratamiento de los muertos compartida en el Noroeste argentino, y en distintas regiones de los Andes del sur, aquella que implica la remoción de partes esqueléticas así como su disposición en posiciones no anatómicas. Entre estas, una práctica recurrente ha sido el entierro de individuos sin cráneo o de cráneos aislados del esqueleto postcraneal.

Según lo que he podido relevar en la literatura arqueológica, existen al menos tres variantes de esta práctica: en algunos casos, el cráneo ha sido depositado por fuera de las estructuras que contienen a los individuos decapitados; en otros, como es el caso del Contexto 5, sólo el esqueleto postcraneal se halla enterrado, sin registros del cráneo al menos en las inmediaciones del cuerpo; mientras que una tercera variante es la depositación de cabezas aisladas sin restos del esqueleto postcraneal.

Así por ejemplo, entre los hallazgos documentados por Methfessel se encuentran las dos primeras modalidades (Figuras 93 y 100); sobre la segunda, Moreno apunta:

“...algunos de estos cuerpos estaban sin cabeza, colocadas éstas fuera de las sepulturas, las que no presentan signos de haber sido abiertas posteriormente al depósito del cadáver” (Moreno 1890-91:199).

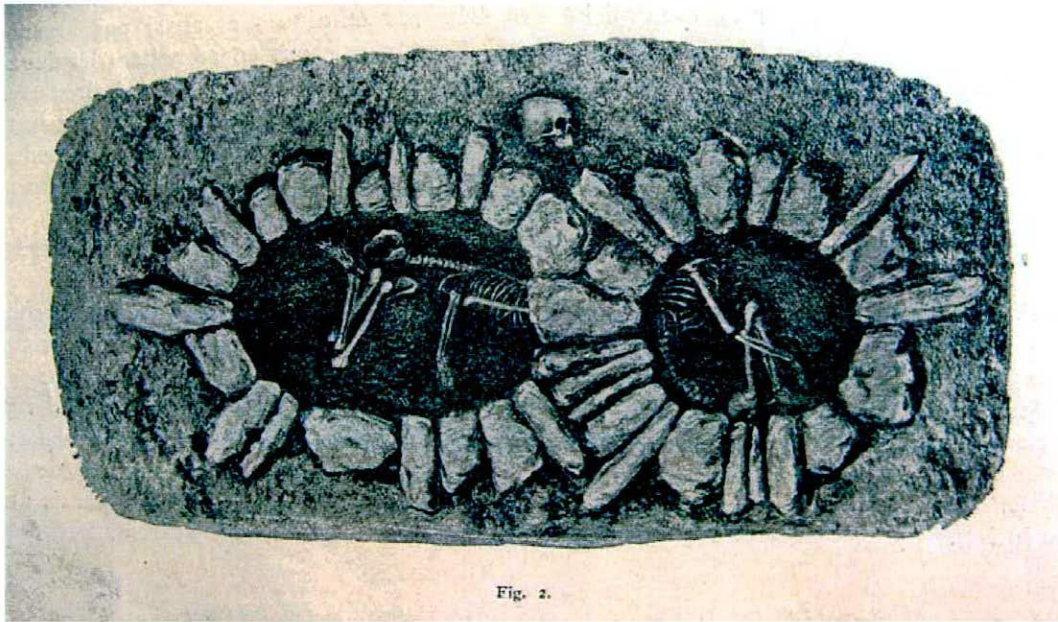


Figura 100. Hallazgo registrado por Methfessel en Catamarca de cuerpos decapitados y el cráneo colocado por fuera de la estructura (Ten Kate 1896:6, fig 2).

Para la misma época del entierro del decapitado de Cardonal, en el cementerio Aguada Orilla Norte del valle de Hualfín se inhumaron individuos siguiendo las tres variantes antes mencionadas. Estas prácticas han quedado registradas en las libretas y diarios de campo de Weiser (Sempé y Salceda 2005). Por ejemplo, se menciona un caso (tumba 45) en que el individuo “presenta el cráneo separado del cuerpo y colocado del lado norte a la izquierda del esqueleto post craneal” (Sempé y Salceda 2005:54). Se asocia además a un puco Aguada Pintado con motivo de “fauces felínicas”. En otras tumbas (81, 83, 135) solo se hallaron los restos del esqueleto en ausencia del cráneo; mientras que en el caso de la tumba 168, hay dos esqueletos con sus cráneos y un tercer cráneo aislado, que, a juzgar por la imagen, está tapado por un puco (Sempé y Salceda op. cit.:55, fig. 6). Las autoras mencionan que estas prácticas estarían asociadas a la profusa representación iconográfica del “sacrificador” en la cerámica funeraria de estilo

Aguada, asociación que postulan, sería evidencia “de sacrificios humanos en la cultura de la Aguada” (Sempé y Salceda 2005:54).

Como ha sido largamente reconocido, el tema del “sacrificador” es notablemente ubicuo en los estilos cerámicos Aguada para esta época. Este personaje ha sido interpretado como la representación del poder de la autoridad de los señoríos durante el período que algunos autores refieren como de ‘Integración Regional’:

“Los señores pudieron contar con otro emblema del poder: las hachas metálicas. Prueba de ello son las representaciones sobre los vasos de cerámica de individuos que, en algunos casos, van ataviados con elaborados tocados y pieles de jaguar, además de portar hachas y cabezas trofeo; en otros, las hachas se ostentan como pectorales. Estaba en manos de los señores el ejercicio de la violencia, real o potencial, para el control social. Esta coerción es la que permitió la integración territorial de los señoríos, toda vez que se encaminó hacia el control de los recursos humanos y naturales.” (Pérez Gollán 2000b:235)

Asimismo, la imagen del sacrificador es uno de los íconos principales en el conjunto de representaciones de los estilos Tiawanaco y Wari en los Andes del centro y sur (Figura 101), que incluyen también al personaje de los dos cetros, personajes alados, llamas acollaradas, felinos con fauces y otros seres fantásticos.

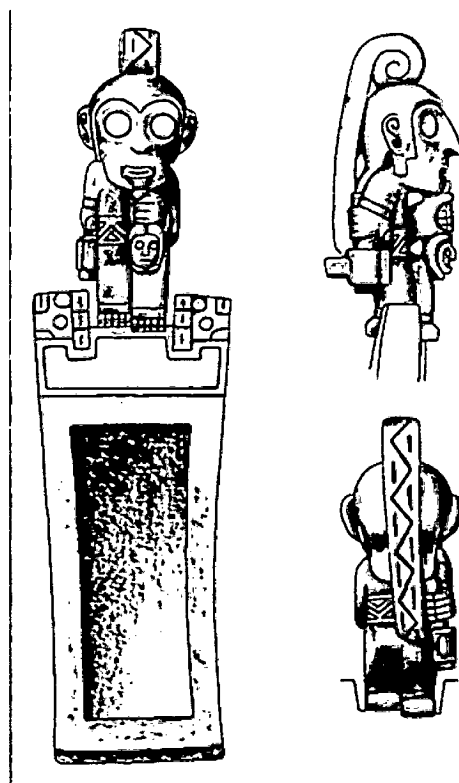


Figura 101. Imagen del sacrificador en una tableta de rapé de estilo Tiwanaco encontrada en una tumba en San Pedro de Atacama (Llagostera 2006).

No obstante, el hallazgo de individuos sin cráneo ha dado lugar a variadas interpretaciones según sus contextos de ocurrencia. Por ejemplo, “un paquete funerario” conteniendo el esqueleto postcraneal de una mujer adulta que fuera incluido en la pared de un recinto en Palo Blanco, valle de Abaucán, y adscripto a “la cultura Saujil (190-600 d.C.)” fue interpretado como “evidencia de una ofrenda propiciatoria” en el momento de contacto intercultural Aguada-Saujil-Ciénaga (Sempé y Salceda 2005:56).

En Barrealito de Azampay, valle de Hualfín, el hallazgo de un neonato (ca. 0-6 meses) bajo el piso de un recinto fechado en 1430 ± 60 AP fue considerado “evidencia de una ofrenda humana” en el período de contacto Ciénaga-Aguada (Sempé y Salceda 2005:56).

En el valle de Ambato, se han dado hallazgos similares. Numerosos son los contextos que han provisto evidencia de prácticas relacionadas con el desmembramiento, fractura y quemado de partes esqueléticas. En el sitio Martínez 4, que probablemente sea anterior a la plena vigencia de Aguada en dicho valle, se hallaron restos fragmentados y quemados de al menos siete individuos, adultos y

subadultos, femeninos y masculinos dispersos en el piso de ocupación y en el material de relleno. Se destaca además la “ausencia de tejido esponjoso en varios de los huesos largos”, así como posibles indicios del ‘uso’ de ciertas partes esqueléticas (brillo, filo) (Baffi y Torres 1996).

Pérez Gollán afirma que la presencia de huesos humanos fragmentados en el relleno del montículo principal de la Iglesia de los Indios indicaría que este estaba destinado a la realización de sacrificios (Pérez Gollán 2000b:234).

Por su parte, en el sitio La Rinconada, Gordillo y Solari (2009) informan acerca de la recurrencia de cráneos y mandíbulas –mayormente fragmentados– hallados en distintos sectores de los pisos de ocupación de recintos habitacionales y patios, y la paralela ausencia de restos del esqueleto postcraneal. Interpretan esta evidencia “como resultado de la separación deliberada de la cabeza (¿peri o postmortem?) y la voluntad efectiva de su conservación *dentro del ámbito de la vida cotidiana*” (Gordillo y Solari 2009:49, resaltado mío).

Por otra parte, en la evaluación que las autoras hacen del conjunto de las evidencias para el valle de Ambato, es interesante destacar que, de manera cautelosa y previo a la interpretación de los contextos estudiados, ellas clasifican las modalidades observadas en el tratamiento de los muertos en términos de “prácticas mortuorias con entierro” y “prácticas mortuorias sin entierro”, las primeras correspondientes a entierros en sitios habitacionales y la segunda, a la presencia de partes esqueléticas dispersas sobre los pisos de habitación o en los rellenos de estructuras, como las anteriormente mencionadas (Gordillo y Solari 2009:46).

En tal sentido, ambas situaciones son interpretadas como dos variantes dentro de un *mismo* sistema clasificatorio (i.e., el de las prácticas mortuorias), distanciándose así de otras interpretaciones que directa o indirectamente, asocian invariablemente el segundo tipo de registro en términos de una práctica de ‘sacrificio’ u ‘ofrenda ritual’, (esto es, incluida en una categoría diferente a la de las ‘prácticas funerarias’), en términos de lo que discutí en el Capítulo 2, una categoría que engloba a lo que es diferente a lo esperado. Al respecto, las autoras apuntan que:

“Debido a la influencia de la impactante iconografía Aguada, especialmente la imagen del «sacrificador» y de las cabezas cercenadas, los hallazgos de restos óseos humanos fragmentados encontrados en estructuras monticulares o dispersos

sobre los pisos de ocupación de unidades residenciales, han sido muchas veces interpretados como evidencia de sacrificios rituales humanos (González 1961/64, 1983, 1998; Juez 1991; Herrero y Ávila 1991).” (Gordillo y Solari 2009:47)

Concluyen, por tanto, que la asignación de estos particulares contextos a prácticas “de sacrificios humanos rituales” debe ser tomada con cautela en tanto los restos humanos podrían haber sido sometidos a diversos tratamientos postmortem, tales como prácticas funerarias de tipo secundario, ofrendas, reliquias o canibalismo; así como ser parte de desechos producto de descarte, limpieza y traslado; o exhibir los efectos de factores postdepositacionales. Concluyen por tanto que si bien la iconografía Aguada expresa claramente “la idea del sacrificio humano”, la evidencia bioantropológica no permite inferir indiscutiblemente “esa acción intencional de matar a un individuo por motivos político-religiosos.” (Gordillo y Solari op. cit.:49)

A una escala más amplia, en el norte de Chile, se ha reportado el hallazgo de un cementerio en Chorrillos, en las inmediaciones de Calama, “perteneciente a la época de Tiahuanaco y a la epigonal siguiente” donde se excavaron 26 sepulturas, de las cuales “una buena proporción de los esqueletos (...) carecía de cabeza y los cráneos no aparecían en ninguna parte” Latcham (1938:57-58, ver también Oyarzun 1940). La misma situación se registra Chiu-Chiu, San Pedro de Atacama y Guayacán, cerca de Coquimbo.

Se ha planteado que la influencia Tiwanaco en el Noroeste argentino llegó a través del norte de Chile, específicamente de San Pedro de Atacama, culminando en la formación de Aguada (González 1998:269). Posteriormente se propuso un origen autóctono para el fenómeno ‘Aguada’ (Pérez Gollán y Heredia 1990, Pérez Gollán 1991, Tartusi y Nuñez Regueiro 1993) contrarrestando “el sesgo difusionista de las interpretaciones que lo derivaban de Tiawanaku” (Scattolin 2006:360). Como alternativa, se propuso la existencia de “una ideología y una religión compartidas” desde el Titicaca hasta Catamarca, cuyo foco se estableció en el valle de Ambato, desde donde habrían circulado el estilo iconográfico y la ‘ideología’ de Aguada integrando otras regiones del Noroeste argentino y San Pedro de Atacama.

No obstante, si bien la iconografía del ‘jaguar’ y el ‘sacrificador’ fue un recurso usado y reproducido repetidamente en la región central del Noroeste argentino ca. 600-1000 DC, esta situación en sí misma no habilita a trasladar de manera automática los

procesos acontecidos en tales regiones y las interpretaciones estilísticas sobre el ‘decapitado’ de Cardonal. Varias razones me llevan a sostener esta postura.

Por un lado, tal como se ha expuesto en este capítulo, el desmembramiento, reordenación y manipulación secundaria de los restos humanos es una práctica de larga data en el Noroeste argentino y en los Andes en general. Además de los casos antes mencionados, y a propósito del tratamiento dado a los cráneos en particular, podemos mencionar el hallazgo de una cabeza aislada de una mujer adulta con deformación anular, ataviada con una “peluca con doce trenzas y un gorro tejido” hallada en el sitio Morro Ciénago Chico, en Susques, fechada en 2556 ± 90 años AP (Yacobaccio et al. 2001). Esto es, un milenio antes de las prácticas relacionadas con la esfera de influencia Tiawanaco-Aguada.

Por otro lado, tal como Scattolin (2006b, 2006b, 2007a) ha mostrado, los procesos ocurridos en el valle de Ambato, y sobre todo los derivados de interpretaciones iconográficas, no pueden ser generalizados a la totalidad del Noroeste argentino donde otras trayectorias históricas estaban desarrollándose en tales momentos:

“Prevalece... la idea de que el único foco de desarrollo pionero y progresivo está asociado a la expansión del estilo artístico Aguada, el cual seguramente debió difundirse en múltiples direcciones; últimamente el foco se lo ubica en el valle de Ambato (González 1998 y 1999; Núñez Regueiro y Tartusi 2002; Pérez Gollán 2000).” (Scattolin 2006a)

“En pocas palabras, se sobreentiende que, antes de 1000 DC, el valle de Santa María estuvo sucesivamente ocupado por las “culturas Condorhuasi, Ciénaga y Aguada”, representadas por sus estilos homónimos (González 1963). Y se tiende a suponer que los cambios en la cultura material del valle son consecuencia de los mismos procesos ocurridos fuera de él. Pero esta transferencia del modelo cultural y cronológico de Hualfín no hay que darla por supuesta, hay que investigarla. (Scattolin 2006b:121)

Asimismo, no debemos desestimar el hecho de que estas prácticas ‘conviven’ con una diversidad de tradiciones funerarias registradas para la misma época en distintas regiones del Noroeste argentino. En tal sentido, podemos mencionar los casos de El Bañado-La Vaquería, un entierro en urna del fondo de valle de Santa María de dos niños

junto a una jarrita antropomorfa de estilo Candelaria y una cuenta de collar fechado en 1375 ± 70 AP (Tarragó y Scattolin 1999, Cortés 2005, Scattolin et al. 2005).

En la vertiente oriental, el sitio Tafi Sitio 4 ha proporcionado evidencias de cistas de piedra con esqueletos de adultos y entierros de niños en urnas, vasijas de estilo Candelaria y algunas piezas de estilo Ciénaga (González y Nuñez Regueiro 1962:489) a los que se asocia un fechado de 1375 ± 70 AP (González 1962).

En la región de La Candelaria, continuaban las modalidades de entierro en urna registradas por Rydén (1936), así como una gran variabilidad de modos de entierro de adultos y subadultos en urna, en cista, directos e incinerados con variados ajuares como los que fueron hallados en las serranías de Las Pirguas (Aparicio 1941, González 1972, Baldini y Baffi 1996, Baldini et al. 1996, 2003).

En síntesis, y retomando la evidencia del 'decapitado' de Cardonal, el punto no es desatender la posibilidad de prácticas de sacrificio (en tanto la cabeza fue retirada antes de su depositación en la tumba, que además no muestra señales de reapertura), sino antes bien evaluar el conjunto del contexto sin limitarse a interpretar la ausencia de cráneo en términos de una 'mayor ritualidad' (en el sentido más abarcativo y por tanto menos explícito de la palabra), en contraste con otros entierros de individuos anatómicamente íntegros. No podemos ciertamente asumir que los cuerpos en estado de integridad anatómica no hubieran sido asimismo objeto de otros tratamientos o manipulaciones.

Atendiendo a estas consideraciones, el Contexto 5 de Cardonal puede constituir un ejemplo para discutir la limitada operatividad que la distinción dicotómica entre lo secular y lo ritual presenta en su aplicación acrítica al pasado (Capítulos 2 y 3). Los objetos profanos, comunes, 'domésticos' depositados en contextos funerarios tales como los dos instrumentos de hueso que acompañan a este individuo muestran que los límites rígidamente segmentados que se asocian a dichas categorías se diluyen ante la evidencia arqueológica de otras cosmovisiones.

Viene a colación aquí lo planteado por Bradley (2005:35) (Capítulo 2), respecto de la mayor significación o el carácter diferencial que siguen al hallazgo de artefactos asociados a la vida cotidiana en contextos caracterizados como 'rituales', en contraposición a las interpretaciones de orden funcionalista que se aplican cuando estos son hallados en contextos domésticos (recordemos que un instrumento de idénticas

características fue recuperado en la Estructura 4 de la aldea de Cardonal, y varios en las viviendas de Yutopián) (Capítulo 4, Figura 22).

En la misma línea de pensamiento, y más allá del acto mismo de decapitación, Gordillo y Solari (2009) han dado un giro a las interpretaciones del hallazgo de cabezas aisladas en La Rinconada, enfatizando como un factor ineludible que estas se hallaran dentro del ámbito de la vida cotidiana, como mencioné anteriormente.

En tal sentido, los ejemplos anteriores nos demuestran que las prácticas funerarias transitan formas, lugares y materias que atraviesan y desestabilizan la distinción binaria ritual/secular, ordinario/extraordinario, siendo por tanto evidencia de otro sistema de clasificación hacia los muertos y la muerte, por ende, de otra taxonomía de la realidad .

Habiendo analizado las prácticas funerarias de La Quebrada en el contexto regional y temporal de su ocurrencia, en el próximo acápite retomaré la escala local a fin de demostrar cómo en ciertos rasgos del paisaje actual podemos observar indicios de la ontología de la muerte en el pasado.

6.3 El rol de los muertos en la construcción del paisaje

Partiré de la idea de que la distinción categórica entre lo ‘naturalmente dado’ y lo ‘hecho por el hombre’ es una forma particular de observar la realidad, que a mi entender, no se ajusta a la interpretación de las evidencias hasta el momento recabadas en La Quebrada. El comienzo de esta reflexión puede sintetizarse en una pregunta: “¿dónde en un ambiente que lleva la impronta de la actividad humana podemos trazar la línea entre lo que es y lo que no es, una casa, o un edificio, o una instancia de la arquitectura?” (Ingold 2000:174, refiriendo a Parker Pearson y Richards 1994).

Así como en la construcción de los objetos existe una apropiación de lo natural – la materia prima– que es transformada y resignificada, lo que es naturalmente dado –el paisaje– también puede ser apropiado, valorado y clasificado, incluido en los mitos y cosmovisiones, por ende, creado. En otras palabras, “las cosas pueden ser hechas sin sufrir ninguna alteración física” (Ingold 2000:175).

Por ejemplo, los casos de Inca Cueva, Huachichocana, Punta de la Peña o Las Pirguas, demuestran que las cuevas, aleros y oquedades naturales han sido ‘casas’ para los vivos y ‘casas’ para los muertos, lugares para el asentamiento temporal, el desarrollo

de actividades cotidianas, y el entierro de los muertos. En estos casos, los órdenes de lo natural y lo artificial se vuelven difusos, o bien, poco operativos en su aplicabilidad a otras sociedades.

En La Quebrada, la disposición de los cuerpos estuvo basada en una percepción particular del paisaje que llevó a una apropiación y resignificación de ciertas discontinuidades naturales, así como del propio pasado histórico de los grupos que se sucedieron en la ocupación de esta región.

En el acápite anterior destacué la existencia de una ‘alternancia vertical’ en los espacios elegidos para el entierro de los muertos a través del tiempo. Sostengo que estas elecciones estuvieron basadas no sólo en la significación de aquellos lugares como propicios para tales prácticas sino además, prefigurada por la existencia de entierros previos. En tal sentido, la presencia de entierros ‘antiguos’ determinó la disposición de nuevos cuerpos, en general, en lugares opuestos (en lo alto/en lo bajo), utilizando la variación altitudinal de la topografía del paisaje como recurso de demarcación.

Asimismo, en el lugar dado a los cuerpos ponderaron ciertos rasgos y materias específicas del paisaje. Las ‘texturas’ creadas por estas elecciones y asociaciones, revelan que el carácter sensorial de las materias fue otro factor fundamental en la demarcación del ámbito de lo funerario. En tal sentido, ciertos rasgos que se manifiestan como discontinuidades naturales, reunieron las características y cualidades materiales – visibilidad, textura, diferencia– para ser elegidos como lugares de entierro. Los trayectos de los cursos de agua y cárcavas que atraviesan esta región, así como la presencia de áreas medanosas fueron los medios naturales ponderados a tal fin (ver Figura 102).

Como es sabido, en la cosmovisión andina la geografía es al mismo tiempo, espacio físico y cosmología (Mariscotti de Görlitz 1978, Bouysse-Cassagne et al. 1987, Salomon 1995). Transitar el paisaje no es un acto neutral. Por el contrario, implica muchas veces acciones específicas. Por ejemplo, a largo de las rutas que conectan lugares habitualmente visitados, es común encontrar acumulaciones de piedras ‘apachetas’ donde el caminante se detiene a realizar alguna ofrenda y asegurar el buen destino o propiciar distintos efectos (Girault 1958) (Figura 103). Asimismo, como algunos autores han destacado, moverse a través del espacio, no es sólo conectar un lugar con otro, es un movimiento a través del tiempo (Lecoq 1987).

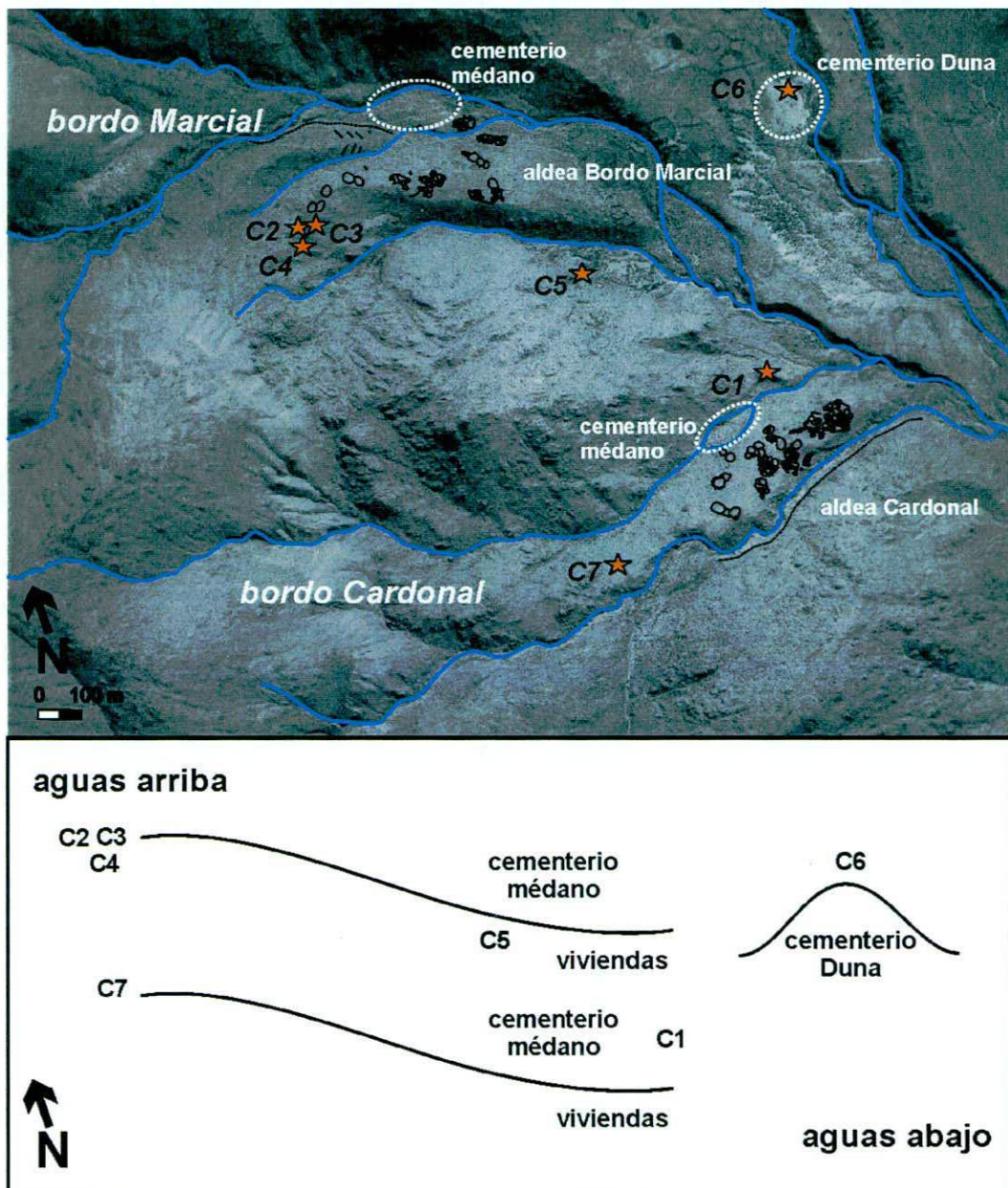


Figura 102. Esquema de la alternancia vertical y los cauces de agua en relación a los contextos funerarios (modificado de Scattolin 2010)

Para el antiguo Perú, Salomon (1995:322) menciona que todos los lugares considerados significantes eran ritualmente marcados. En particular, aquellos que representaban el tiempo remoto, el tiempo del origen, eran asimismo ubicados en lugares remotos del paisaje, esto es, fuera de los trayectos de actividades diarias.



Figura 103. Apacheta actual en el trayecto entre La Quebrada y la Puna.

Por otro lado, la asociación del agua, los ríos y los muertos ha sido profusamente ilustrada en los estudios andinos. Algunos relatos que he recabado en La Quebrada ilustran esta particular conexión.

Los pobladores actuales sostienen que los muertos deben atravesar uno río para llegar ‘al Cielo’. Este tránsito no pueden hacerlo solos, deben necesariamente hacerlo en compañía de un perro que los guíe. Cuando muere uno de los miembros de la comunidad, se prepara el cadáver con las mejores ropas, y en el mismo foso –tal como se estila en el pago a la Pachamama– se colocan hojas de coca, agua ardiente, vino, harina cocida, y otros alimentos que le gustaban al difunto, además de agua bendita. Es costumbre entonces sacrificar a uno de los perros del difunto: se lo alimenta en abundancia para que se ‘vaya bien comido’ y se lo ahorca. De la misma manera que al difunto, se lo entierra con hojas de coca, vino, harina cocida ‘para que tenga qué comer’.

El perro es un partícipe fundamental del viaje que debe realizar el difunto. Los relatos coinciden invariablemente en que el muerto debe cruzar un río, aunque existen discrepancias en cuanto a la cantidad de ríos que se deben atravesar, a veces uno, otras

veces, tres, pero todos afirman que el perro es quien lo ayuda a cruzar, puesto que éste es ‘inmune’ al río, por tanto guía indispensable del muerto en su travesía.

El mismo tipo de relato se repite en otros sectores del valle del Cajón. En San Antonio, María de Hoyos (2001) registra que el perro del difunto debe ser sacrificado a fin de que este lo ayude “a cruzar el ‘Jordán’, un caudaloso río de ultratumba que las almas por sí solas no pueden cruzar” (de Hoyos 2001:252). Así también, Bárbara Martínez (2008) apunta que en dicha comunidad “las almas de los difuntos se dirigen a un sitio de nombre y ubicación incierta, al que se accede cruzando el río Jordán”, un camino “duro y plagado de dificultades”, razón por la cual, al último de los nueve días de rituales que siguen al deceso, se escoge al perro “máspreciado por el difunto, que será sacrificado y lo acompañará y asistirá en su viaje”.

En sus trabajos etnográficos en la comunidad Laymi de Bolivia, Olivia Harris ha documentado que durante el Día de Todos los Santos, cuando se venera a los muertos recientes, la ropa de los difuntos es lavada nuevamente y

“todos los participantes y los objetos mismos deben cruzar a través del arroyo. El agua demarca una efectiva separación de los muertos; las almas no pueden cruzar el agua sin ayuda” (Harris 1982:55).

Para los Laymi, la tierra de los muertos “se encuentra al otro lado del mar, a la que las almas de los muertos deben cruzar en la nariz, o en la oreja, de un perro negro” (Harris 1982:62), y concluye por tanto, que “el agua es antitética a las almas” (Harris 1982:59). Los relatos históricos también mencionan que las Salamancas pueden ser una “cueva o el cauce de un río seco, reconocible a través de la música que de allí emana”, diferenciando además, entre las Salamancas “de agua” y las “de tierra” (Farberman 2005:119-120).

Al mismo tiempo, se describe a la tierra de los difuntos como lugares de calor ‘imaginado’ o efectiva sequedad (Harris 1982:62, Gose 1994:129). Las asociaciones entre el calor y los muertos también se manifiestan en el ritual funerario, durante el cual los participantes deben abstenerse de comer ‘picante’ (Guaman Poma de Ayala 1615: 292, 298, Harris 1982:62, Salomon 1995:330).

En La Quebrada, los ríos que surcan el paisaje y la elección de los arenales como áreas de cementerio permiten plantear una asociación y oposición entre los muertos, los

veces, tres, pero todos afirman que el perro es quien lo ayuda a cruzar, puesto que éste es 'inmune' al río, por tanto guía indispensable del muerto en su travesía.

El mismo tipo de relato se repite en otros sectores del valle del Cajón. En San Antonio, María de Hoyos (2001) registra que el perro del difunto debe ser sacrificado a fin de que este lo ayude "a cruzar el 'Jordán', un caudaloso río de ultratumba que las almas por sí solas no pueden cruzar" (de Hoyos 2001:252). Así también, Bárbara Martínez (2008) apunta que en dicha comunidad "las almas de los difuntos se dirigen a un sitio de nombre y ubicación incierta, al que se accede cruzando el río Jordán", un camino "duro y plagado de dificultades", razón por la cual, al último de los nueve días de rituales que siguen al deceso, se escoge al perro "máspreciado por el difunto, que será sacrificado y lo acompañará y asistirá en su viaje".

En sus trabajos etnográficos en la comunidad Laymi de Bolivia, Olivia Harris ha documentado que durante el Día de Todos los Santos, cuando se venera a los muertos recientes, la ropa de los difuntos es lavada nuevamente y

"todos los participantes y los objetos mismos deben cruzar a través del arroyo. El agua demarca una efectiva separación de los muertos; las almas no pueden cruzar el agua sin ayuda" (Harris 1982:55).

Para los Laymi, la tierra de los muertos "se encuentra al otro lado del mar, a la que las almas de los muertos deben cruzar en la nariz, o en la oreja, de un perro negro" (Harris 1982:62), y concluye por tanto, que "el agua es antitética a las almas" (Harris 1982:59). Los relatos históricos también mencionan que las Salamancas pueden ser una "cueva o el cauce de un río seco, reconocible a través de la música que de allí emana", diferenciando además, entre las Salamancas "de agua" y las "de tierra" (Farberman 2005:119-120).

Al mismo tiempo, se describe a la tierra de los difuntos como lugares de calor 'imaginado' o efectiva sequedad (Harris 1982:62, Gose 1994:129). Las asociaciones entre el calor y los muertos también se manifiestan en el ritual funerario, durante el cual los participantes deben abstenerse de comer 'picante' (Guaman Poma de Ayala 1615: 292, 298, Harris 1982:62, Salomon 1995:330).

En La Quebrada, los ríos que surcan el paisaje y la elección de los arenales como áreas de cementerio permiten plantear una asociación y oposición entre los muertos, los

ríos y las cualidades de los médanos (Figura 102). Las dunas son lugares de calor y sequedad que han sido elegidos a lo largo del tiempo para el entierro de los muertos. En el área de estudio, estas dunas, a la vez se encuentran delimitadas y escindidas de los sitios de habitación por cursos de agua. Las cualidades de una y otra, el agua y los médanos pueden pensarse como opuestas, y en tal sentido, si los arenales son el lugar de los muertos, el agua no lo es. El carácter de esta oposición por tanto, indicaría una separación simbólica pero efectiva entre espacios que se hallan lindantes unos con otros.

En tanto el paisaje no puede pensarse ajeno de aquellos que lo transitan, paralelamente a la demarcación basada en las cualidades las materias, los movimientos corporales implicados en el recorrido de los espacios fueron un segundo medio efectivo de segregación. Así, cruzar los ríos, subir a las cumbres, descender hacia las partes bajas y calurosas de los médanos, circular por los recintos de piedra de Cardonal y Bordo Marcial, atravesar las pequeñas cárcavas y acceder a los cementerios lindantes, son gestos que definieron en la propia corporeidad, la experiencia sensorial de transitar a través de espacios cargados de una significación diferencial.

En tal sentido, el ámbito de lo funerario fue definido sensorial y corporalmente. No obstante, el carácter efectivo de esta delimitación radica justamente en su inclusión dentro de un mismo paisaje que es también el de la vida cotidiana. Ciertamente, los lugares existen en tanto se puede ir y venir de ellos (Ingold 2007:2), es en estos trayectos que sostengo, se estableció la singularidad del espacio funerario. Esta interpretación contribuye pensar en términos relacionales e incluir a los individuos como parte constitutiva de los paisajes. En tal sentido, esta es una visión fundamentalmente dinámica, donde los materiales son vistos en constante flujo, y sus propiedades experimentadas prácticamente (Ingold 2007b).

Asimismo, las prácticas funerarias, al igual que otras acciones, efectuaron una “reorganización” del paisaje en formas no familiares: por ejemplo, las piedras que delimitan las estructuras fueron modeladas o dispuestas siguiendo ordenamientos que no están dados naturalmente, acciones que podrían entenderse en términos de una reordenación de lo existente.

En otras palabras, planteo que la creación de la muerte (Capítulo 2) implicó la resignificación de ciertos rasgos naturales, definiendo, demarcando y a la vez conectando, los lugares de entierro con los trayectos del habitar. Ríos, cárcavas, suelos arenosos, diferencias altitudinales, como rasgos significativos del paisaje, han formado

parte de la conceptualización de los muertos a través del tiempo. El paisaje por tanto, refiere a los muertos y éstos se definen a partir de aquél.

Si el espacio vivido –en oposición al espacio objetivado– queda definido por atributos cualitativos como dirección y cercanía, rumbo y esfuerzo, cualidades a partir de las cuales se conectan distintos espacios (Thomas 2001) cabe preguntarse ¿bajo qué lógica debiéramos considerar ‘extraordinario’ al ámbito de lo funerario si la gente ha convivido día a día con él, si ha transitado –o incluso evitado– estos lugares haciéndolos parte de sus trayectos cotidianos?

Con ello retomo el punto discutido más arriba respecto de la frecuente asociación de ‘lo funerario’ con lo ‘extraordinario’ o ‘lo ritual’, frente a la ‘normalidad’, ‘cotidianeidad’ y ‘secularidad’ de los ámbitos domésticos. La arqueología del paisaje aplicada al estudio de las prácticas funerarias ofrece un marco integrador que permite unir acciones humanas y actividades que usualmente asumimos como categorías separadas. En tal sentido, la mirada sobre el paisaje no necesariamente debe ser aquella que distingue sitios domésticos/sitios rituales de manera tajante, ellos han conformado parte de un todo indisoluble donde vida y muerte cohabitan un mismo espacio.

6.4 Síntesis y conclusión

Una de las hipótesis que busqué contrastar en esta tesis es que a lo largo del tiempo, el entierro de los muertos prefiguró la ocupación posterior del espacio, así como la disposición de nuevos cuerpos en el paisaje, redefiniendo de esta manera los lugares y los caminos transitados. Impliqué por ello, que el propio pasado histórico de las personas influyó en las decisiones y acciones de las generaciones que se sucedieron en la ocupación del valle.

Una segunda propuesta, fue que el paisaje funerario de La Quebrada había sido creado a través del emplazamiento de los cuerpos, acción que involucró la ponderación de determinadas materias y rasgos, configurando a partir de los movimientos corporales y la sensorialidad, el ámbito de lo funerario dentro del espacio cotidiano.

Finalmente, en una tercera hipótesis proponía que el ámbito de lo funerario no podía considerarse escindido de la vida doméstica, en tanto ambos se implicaban en un mismo paisaje construido a partir de los trayectos de la vida cotidiana.

Las evidencias consideradas me permitieron sustentar dichas propuestas de distintas maneras.

El entierro de la mujer arcaica demuestra la valoración que fue dada a este lugar, donde grupos cazadores-recolectores establecieron un 'punto fijo' dentro de sus circuitos de alta movilidad, acción que se vuelve especialmente significativa si la consideramos en el marco de una larga tradición compartida, aquella de manipular los cuerpos de sus difuntos para hacerlos 'transportables' y volverlos, de tal manera, parte de sus trayectos cotidianos. La disposición de este cuerpo, por tanto, marcó un lugar estable en sus propias memorias, y en la memoria del paisaje.

Este espacio fue posteriormente resignificado por las primeras sociedades productoras de alimentos que dispusieron a sus muertos en la cima de Bordo Marcial. En tal sentido, efectuaron una primera separación de aquellas poblaciones que los antecedieron, eligiendo uno de los puntos prominentes del espacio. A través del tiempo volvemos a ver una ocupación de los sectores bajos, y en particular, de los arenales, por las sociedades plenamente establecidas en las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial. Posteriormente, tal como dos mil años atrás lo había sido Bordo Marcial, un cuerpo vuelve a ser depositado en la cima, en este caso, de Cardonal.

Concluyo por tanto, que la topografía fue uno de los *recursos* utilizados para demarcar los ámbitos funerarios dentro del paisaje habitado. En particular, ciertos rasgos específicos fueron ponderados en distintos momentos: las diferencias altitudinales (sectores altos/sectores bajos), la textura de los suelos (médanos, arenas), la presencia de cursos de agua o cárcavas. De ello se deriva que la *experiencia sensorial* – dada por los movimientos del propio cuerpo (subir, bajar, cruzar) y la percepción de las cualidades del paisaje (nitidez, pregnancia, calor, visibilidad)– fue la condición implicada en la definición de los ámbitos de la vida y la muerte.

En suma, si los lugares de los muertos fueron: *visibles*, por su nitidez contrastante con el paisaje circundante (arenales); *ineludibles*, por la reorganización de lo ubicuo en formas no familiares (estructuras de piedra); *cercanos*, por su proximidad a las viviendas, los cultivos y corrales, entonces, el ámbito funerario no puede ser entendido de otra manera, más que como parte integrante de lo *cotidiano*.

De esta manera, a lo largo de casi 5000 años, los muertos han jugado un rol fundamental en la creación del paisaje de La Quebrada. Índice de ello es la larga

trayectoria de apropiación de distintos espacios y materias para disponer los cuerpos, resignificando la historia previa para construir la propia.

El paisaje funerario al que me he referido en esta tesis debe ser, por tanto, entendido en este sentido, integrado e inseparable de los trayectos del habitar.

Capítulo 7

Reflexiones finales y perspectivas futuras

*“Every text, story or trip, in short,
is a journey made rather than an object found”*

(Ingold 2007:16)

Basándome en el estudio de la variabilidad de modos de entierro observados a través del tiempo y del espacio en la localidad de La Quebrada, el objetivo principal de esta tesis fue analizar las formas en que la disposición de los muertos estuvieron implicadas en la construcción del paisaje a fin de aportar al conocimiento de los estilos de vida y cosmovisiones de los grupos que habitaron el sur del valle del Cajón en épocas prehispánicas.

Cuando inicié esta investigación, el conocimiento de las prácticas funerarias de momentos tempranos era prácticamente inexistente en dicha región. Las evidencias recabadas como producto de las tareas sistemáticas de excavación y rescate en La Quebrada han comenzado a revertir esta situación, volviendo a insertar su carácter singular en el marco de las tradiciones compartidas en el Noroeste argentino y los Andes del sur.

Los resultados han aportado de manera significativa al proyecto mayor en el cual se inserta, en tanto han proporcionado un cúmulo de información sobre un aspecto fundamental de los estilos de vida del pasado prehispánico: la forma en que pensaron a sus muertos y por tanto, dieron significado a sus propios pasados. En tal sentido, la interpretación que he ofrecido sobre las prácticas funerarias completa el panorama de conocimiento que actualmente disponemos sobre la vida doméstica, los usos del espacio, la producción de alimentos y tecnologías, los estilos, los intercambios y redes

de interacción que forjaron la historia de las primeras sociedades productoras de alimentos.

Asimismo, este trabajo ha contribuido sustancialmente a la arqueología del Noroeste argentino en tanto ha producido un registro exhaustivo de más de veinte individuos en siete contextos funerarios recuperados, generando información referente a las características biológicas de los individuos inhumados, su tratamiento particular al momento de la muerte, las características de los objetos asociados, así como su contextualización en el marco de la variabilidad temporal y regional en las prácticas de entierro en el sur andino.

Se realizaron análisis radiocarbónicos a fin de obtener la cronología precisa de cada uno de los hallazgos. Asimismo se obtuvieron valores isotópicos de $\delta^{13}\text{C}$ para siete de los individuos inhumados, siendo estos los primeros disponibles para el área de estudio. Se efectuaron análisis metalográficos sobre el objeto más temprano hasta ahora recuperado en el Noroeste argentino (máscara), obteniendo información relativa a su composición química y a la técnica de manufactura empleada.

Ahora contamos una base de datos sistematizada que detalla, la identificación de las partes esqueléticas recuperadas de los individuos, su estado de conservación, así como con datos precisos sobre edad, sexo, estatura, patologías, cualidad de las dietas y sus variación a lo largo del tiempo, así como el tipo de deformación artificial presente en el área de estudio.

Las asociaciones contextuales han quedado plasmadas en los registros de campo, incluyendo descripciones detalladas de sus condiciones de recuperación, la metodología empleada en cada caso, soportes gráficos y fotografías del proceso de excavación.

Se realizó una revisión de las propuestas teóricas y metodológicas abocadas al estudio de las prácticas funerarias y de los antecedentes de estos trabajos desde fines del siglo XIX hasta la actualidad.

Asimismo, se recopilaron y evaluaron críticamente las informaciones proporcionadas por otros autores en una amplia región del Noroeste argentino (Puna, valles y yungas), el norte de Chile y otras áreas del sur andino. Los resultados obtenidos han dado cuenta de los modos materiales inherentes al tratamiento de los cuerpos y sus implicancias sociales, así como los vínculos que estas maneras de hacer trazan con otras sociedades contemporáneas.

He compilado distintos registros etnográficos y etnohistóricos, así como reunido informaciones actuales recabadas en mis propias campañas en La Quebrada para generar otras posibles líneas de indagación e hipótesis que puedan enriquecer la investigación.

En tal sentido, he combinado una serie de herramientas teóricas y metodológicas derivadas de diversas áreas del conocimiento (arqueología, bioarqueología y antropología) proponiendo una alternativa que contribuye a expandir los caminos interpretativos vigentes.

Se señaló la importancia de considerar al paisaje como parte del contexto funerario, destacando la necesidad de atender a sus cualidades físicas y las experiencias sensoriales que ellas implican. Sin embargo, esta no debe considerarse una perspectiva aislada o contradictoria a otras aproximaciones, sino que necesariamente el beneficio radica en su complementariedad con diversos modos de conocer el espacio habitado. En tal sentido, se espera que esta perspectiva genere información similar en otros lugares a fin de poder contrastar las interpretaciones obtenidas en escala mayor.

Esta tesis no pretende ser un punto final en el entendimiento del paisaje y su relación con las concepciones de la muerte en el pasado prehispánico de La Quebrada. La naturaleza de este trabajo debe ser tomada como provisional, sujeta a futuras reformulaciones y revisiones críticas a la luz de nuevos datos y nuevos puntos de vista.

Espero haber transmitido en estas páginas la utilidad de una mirada interdisciplinaria hacia el pasado. En tal sentido, mi formación me permitió analizar los cuerpos desde distintas perspectivas, tarea que espero seguir explorando en el futuro, como una continuación lógica de esta tesis.

Reconozco los beneficios de haber transitado y explorado caminos metodológicos y teóricos, que en última instancia, han demostrado que este es en esencia un análisis de las clasificaciones, aplicado a un aspecto particular de la vida de las poblaciones del pasado: el modo en que pensaron a los cuerpos de los muertos y en tal sentido se pensaron a sí mismos. Esta postura es inseparable de un ejercicio crítico respecto de las categorías que como investigadores situados en el presente aplicamos a su análisis y que tienen consecuencias directas sobre las cuestiones éticas que se derivan de su estudio.

En efecto, la investigación que he llevado a cabo en el sur del valle del Cajón, no está aislada del contexto social en el cual se enmarca, donde el conocimiento del pasado

se imbrica indefectiblemente con los intereses de distintos sectores de la sociedad y sus reclamos hacia la tarea que realizamos.

Una continuación ineludible de esta tarea será profundizar en las discusiones éticas sobre la práctica arqueológica en su relación con los pueblos originarios y el público en general y los restos de los ancestros prehispánicos en particular.

Bibliografía

- Albeck, M. E. (ed) 1994. *Taller "De costa a selva". Producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes Centro Sur*. Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Alberti, B. 1999. Los cuerpos en prehistoria: más allá de la división entre sexo/género. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, Suplemento 3: 57-67.
- Allen, C. 1988. *The hold life has. Coca and cultural identity in an Andean community*. Washington, Smithsonian Institution Press.
- Allen, C. 1982. Body and soul in Quechua thought. *Journal of Latin American Lore* 8(2): 179-195.
- Ambrose, S. H. y De Niro, M.J. 1986. Reconstruction of African human diet using bone collagen carbon and nitrogen isotope ratios. *Nature* 319: 321-324.
- Ambrosetti, J. B. 1976. *Supersiticiones y leyendas del folklore argentino*. Buenos Aires, Editorial Convergencia.
- Ambrosetti, J. B. 1906. Exploraciones arqueológicas en La Pampa Grande (Provincia de Salta). *Publicaciones de la Sección Antropología, FFyL* 1: 1-199.
- Anderson Beck, L. (ed.). 1995. *Regional approaches to mortuary analysis*. New York, Plenum Press.
- Aparicio, F. 1941. Nuevas investigaciones en la Pampa Grande. *La Prensa*, Domingo 21 de Septiembre. Segunda Sección.
- Arena, M. D. 1975. Arqueología del Campo del Fraile y aledaños (Valle del Cajón, Dpto. de Santa María, Catamarca). *Actas del I Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 43-83.

- Ariès, P. 1974. *Western attitudes toward death from the Middle Ages to the present*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Arriaga, P. P. I. 1621. Extirpación de idolatría del Piru. Balducci, M.I. (ed.). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, *Documenta Laboris*, Año IV, no.61.
- Arriaza, B. 1995. Chinchorro bioarchaeology: chronology and mummy seriation. *Latin American Antiquity* 6(1): 35-55.
- Aschero, C. 2007. Íconos, *huancas* y complejidad en la Puna Sur Argentina. En: *Producción y circulación prehispánica de bienes en el sur andino*, Nielsen, A. E., Rivolta, M. C., Seldes, V., Vázquez, M. M. y Mercolli, P. (comps.). Córdoba, Brujas.
- Aschero, C. 1999. El arte rupestre del desierto puneño y el Noroeste argentino. En: *El arte rupestre en los Andes de Capricornio*, pp. 97-135. Santiago de Chile, Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Aschero, C. y Ribotta, E. 2007. Usos del espacio, tiempo y funebria en El Remate (Los Zazos, Amaicha del Valle, Tucumán). En: *Paisaje y Procesos sociales en Tafí del Valle*, Arenas, P., Manasse, B. y Noli, E. (comps.), pp. 79-94. San Miguel de Tucumán, Instituto de Arqueología de Tucumán y Escuela de Arqueología de Catamarca.
- Aschero, C., Zurita, R. D., Colaneri, M. G. y Toselli, A. 2002. El bebé de la Peña. En: *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo 2: 329-338.
- Ashmore, W. y Knapp, B. (eds.). 1999. *Archaeologies of landscape. Contemporary perspectives*. Oxford, Blackwell.
- Babot, M. P., González Baroni, L. G., Urquiza, S. V., Aguirre, M. G., Colaneri, M. G., Hocsman, S. y Haros, M. C. 2009. Dinámicas de formación y transformación de un entierro en el desierto puneño (Antofagasta de la Sierra, Puna Meridional Argentina). *Intersecciones en Antropología* 10: 183-201.

- Babot, M. P. 2004. *Tecnología y utilización de artefactos de molienda en el Noroeste Prehispánico*. Tesis Doctoral. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán. ms.
- Baffi, E. I., Baldini, L. y Pappalardo, R. 2001. Entierro de un párvulo en urna. Ruiz de los Llanos (valle Calchaquí, Salta, Argentina). *Boletín del Museo de Arqueología y Antropología* 4(3): 69-75.
- Baffi, E. I. y Torres, M. F. 1996. Los restos óseos humanos del sitio Martínez 4 (Ambato, Catamarca). *Publicaciones de Arqueología CIFYH* 48: 55-63.
- Baffi, E. I., Torres, M. F. y Cocilovo, J. A. 1996. La población prehispánica de Las Pirguas (Salta, Argentina). Un enfoque integral. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 1(1): 204-218.
- Baldini, L. 2007. Cancha de Paleta, un cementerio del período Formativo en Cachi (Valle Calchaquí, Salta). *Cuadernos* 32: 13-33.
- Baldini, L. y Baffi, E. I. 2003. Niños en vasijas. Entierros tardíos del Valle Calchaquí (Salta). *Runa* 24: 43-62.
- Baldini, L. y Baffi, E. I. 2007. Aportación al estudio de las prácticas mortuorias durante el período de Desarrollos Regionales. Entierros en vasijas utilitarias del sector central del valle Calchaquí (Salta, Argentina). *Revista Española de Antropología Americana* 37(1): 7-26.
- Baldini, M. I. y Baffi, E. I. 1996. Comportamiento mortuario en la población prehispánica de Las Pirguas (Pampa Grande, Salta). Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. II Parte. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* (Mendoza), Tomo XXIII (1/4): 7-17.
- Baldini, M. I., Baffi, E. I. y Togo, J. 1998. Abrigos y cavernas que hacen historia: los hallazgos de Las Pirguas (Pampa Grande, Salta). *Obra de Homenaje a Alberto Rex*

- González, pp. 343-362. Buenos Aires, Fundación Argentina de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras.
- Baldini, M. I., Baffi, E. I., Salaberry, M. T. y Torres, M. F. 2003. Candelaria: una aproximación desde un conjunto de sitios localizados entre los cerros de Las Pirguas y El Alto del Rodeo (Dto. de Guachipas, Salta, Argentina). En: *La mitad verde del mundo andino*, Ortiz, G. y Ventura, B. (eds.), pp. 131-151. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- Balducci, M. I. 1984. *Notas a 'Extirpación de Idolatría del Piru'* (ver Arriaga, P. P. I.). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, *Documenta Laboris*, Año IV, no.61.
- Barboza, M. C., Mendonça, O. J. y Bordach, M. A. 2005. Varones y mujeres de Las Pirguas, Salta. Estudio de las expresiones dimórficas. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 7(1): 104.
- Barley, N. 1995. *Dancing on the grave. Encounters with death*. London, Murray.
- Barret, J. C. y Ko, I. 2009. A phenomenology of landscape. A crisis in British landscape archaeology? *Journal of Social Archaeology* 9(3): 275-294.
- Bass, W. M. 1995 [1971]. *Human osteology. A laboratory and field manual*. Special Publication N°2. Columbia, Missouri Archaeological Society.
- Bastien, J. W. 1978. *Mountain of the condor. Metaphor and ritual in an Andean ayllu*. New York, West Publishing Co.
- Becker, E. 1973. *The denial of death*. New York, Free Press.
- Bell, C. 1992. *Ritual theory, ritual practice*. Oxford, Oxford University Press.
- Bender, B., Hamilton, S. y Tilley, C. 1997. Leskernick: stone worlds; alternative narratives; nested landscapes. *Proceedings of the Prehistoric Society* 63: 147-178.

- Berberián, E. y Nielsen, A. 1988. Sistemas de asentamiento prehispánico en la etapa formativa del valle del Tafi (Pcia. de Tucumán, República Argentina). En: *Sistemas de Asentamiento Prehispánico en la Etapa Formativa del Valle del Tafi*, Berberián, E. Nielsen, A.E., De Dorsch, E. A., Bixio, B. Salazar, J. y Pillado E. (eds.), pp. 21-53. Córdoba, Comechingonia.
- Binford, L. R. 1971. Mortuary practices: their study and their potential. En: *Approaches to social dimensions of mortuary practices*, Brown, J. A. (ed.), pp. 6-29. Society for American Archaeology, Memoir 25.
- Bloch, M. y Parry, J. (eds.) 1982a. *Death and the regeneration of life*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Bloch, M. y Parry, J. 1982b. Introduction: death and the regeneration of life. En: *Death and the regeneration of life*, Bloch, M. y Parry, J. (eds.), pp. 1-44. Cambridge, Cambridge University Press.
- Blom, D. E. 2005. Embodying borders: human body modification and diversity in Tiwanaku society. *Journal of Anthropological Archaeology* 24: 1-24.
- Bogin, B. 1995. Growth and development: recent evolutionary and biocultural research. En: *Biological anthropology. The state of the science*, Boaz, N. T y Wolfe, L. D. (eds.), pp. 49-70. Bend, International Institute for Human Evolutionary Research.
- Bogin, B. y Smith, B. H. 2000. Evolution of the human lifecycle. En: *Human biology: an evolutionary and biocultural perspective*, Stinson, S., Bogin, B., Hush-Ashmore, R. y O'Rourke, D. (eds.), pp. 377-424. New York, Wiley-Liss.
- Boivin, N. y Owoc, M. A. (eds.) 2004. *Soils, stones and symbols. Cultural perceptions of the mineral world*. London, UCL Press.
- Bordach, M. A., Mendonça, O., Ruiz, M. S. y Albeck, M. E. 1998. El 'joven señor' de La Falda: indicadores de una persona social en el Tilcara hispanoindígena. En: *Los*

- desarrollos locales y sus territorios. Arqueología del NOA y sur de Bolivia*, Cremonte, M. B. (comp.), pp. 199-222. Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- Bornstein, P. E. y Peterson, R. R. 1966. Numerical variation of the presacral vertebral column in three population groups in North America. *American Journal of Physical Anthropology* 25: 139-146.
- Bouysse-Cassagne, T., Harris, O., Platt, T. y Cereceda, V. 1987. Tres reflexiones sobre el pensamiento andino. La Paz, Hisbol.
- Boyd, D. C. 1996. Skeletal correlates of human behavior in the Americas. *Journal of Archaeological Method and Theory* 3: 189-251.
- Bradley, R. 2005. *Ritual and domestic life in prehistoric Europe*. London, Routledge.
- Bradley, R. 2000. *An archaeology of natural places*. London, Routledge.
- Bradley, R. 1995. Foreword. Trial and error in the study of mortuary practices—exploring the regional dimension. En: *Regional approaches to mortuary analysis*, Anderson Beck, L. (ed.), pp. v-ix. New York, Plenum Press.
- Bremmer, J. 1991. Walking, standing, and sitting in ancient Greek culture. En: *A cultural history of gesture: from antiquity to the present day*. Bremmer, J. y Roodenburg, H. (eds.), pp. 15-35. Cambridge, Polity Press.
- Bremmer, J. y Roodenburg, H. (eds.). 1991. *A cultural history of gesture*. Cambridge, Polity Press.
- Brown, J. 1995. On mortuary analysis—with special reference to the Saxe-Binford research program. En: *Regional approaches to mortuary analysis*, Anderson Beck, L. (ed.), pp. 3-26. New York, Plenum Press.

- Bruch, C. 1902. Descripción de algunos sepulcros Calchaquíes. Resultado de las excavaciones efectuadas en Hualfín (Provincia de Catamarca). *Revista del Museo de La Plata* XI: 2-17.
- Brück, J. 2004. Material metaphors. The relational construction of identity in Early Bronze Age burials in Ireland and Britain. *Journal of Social Archaeology* 4(3): 307-333.
- Brück, J. 1999. Ritual and rationality: some problems of interpretation in European archaeology. *European Journal of Archaeology* 2(3): 313-344.
- Bugliani, M. F. 2008a. *Consumo y representación en el sur de los Valles Calchaquíes (noroeste argentino): Los conjuntos cerámicos de las aldeas del primer milenio A.D.* BAR International Series, S1774. Oxford, John & Erica Hedges.
- Bugliani, M. F. 2008b. *Informe del material cerámico recuperado en Cardonal Tumba 1.* ms.
- Buikstra, J. E. y Ubelaker, D. H. 1994. *Standards for data collection from human skeletal remains.* Arkansas Archaeological Survey Research Series No. 44. Arkansas.
- Burger, R. L. y van der Merwe, N. J. 1990. Maize and the origin of highland Chavín civilization: an isotopic perspective. *American Anthropologist* 92: 85-95.
- Butler, J. 1993. *Bodies that matter. On the discursive limits of sex.* London, Routledge.
- Bvocho, G. 2005. Ornaments as social and chronological icons. A case study of southeastern Zimbabwe. *Journal of Social Archaeology* 5(3): 409-424.
- Calo, C. M. 2010. *Plantas útiles y prácticas cotidianas entre los aldeanos al sur de los valles Calchaquíes (600 AC - 900 DC).* Tesis Doctoral. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. ms.

- Calo, C. M. y Cortés, L. I. 2009. A contribution to the study of diet of Formative societies in Northwestern Argentina: isotopic and archaeological evidence. *International Journal of Osteoarchaeology* 19: 192-203.
- Cannon, A. 1989. The historical dimension in mortuary expressions of status and sentiment. *Current Anthropology* 30(4): 437-458.
- Carnese, F. R., Mendisco, F., Keyser, C., Dejean, C. B., Dugoujon, J. M., Bravi, C. M., Ludes, B. y Crubézy, E. 2010. Paleogenetical study of Pre-Columbian samples from Pampa Grande (Salta, Argentina). *American Journal of Physical Anthropology* 141(3): 452-462.
- Carr, J. 1995. Mortuary practices: their social, philosophical-religious, circumstantial, and physical determinants. *Journal of Archaeological Method and Theory* 2(2): 105-200.
- Chapman, R. y Randsborg, K. 1981. Approaches to the archaeology of death. En: *The archaeology of death*, Chapman, R. Kinnes, I. y Randsborg, K. (eds.), pp. 1-24. Cambridge, Cambridge University Press.
- Chesson, M. S. (ed.) 2001. *Social memory, identity and death: anthropological perspectives on mortuary ritual*. Archaeological Papers of the American Anthropological Association Number 10.
- Chiappe Sánchez, N. 2007. *Sobre la construcción social de la muerte. Las prácticas funerarias en un sitio agroalfarero temprano: Bajo Los Cardones -Amaicha del Valle, Tucumán-*. Tesis de Licenciatura. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán. ms.
- Cieza de León, P. 1945 [1553]. *La crónica del Perú*. Buenos Aires, Espasa Calpe.
- Cigliano, E. M. 1973. *Tastil, una ciudad preincaica argentina*. Buenos Aires, Cabargó.

- Cigliano, E. M. (dir.). 1960 Investigaciones Arqueológicas en el Valle de Santa María. Instituto de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional del Litoral, *Publicación 4:7-12*, 120-5.
- Cigliano, E. M. 1958. Arqueología de la zona de Famabalasto. Departamento de Santa María (Catamarca). *Revista del Museo de La Plata*, Nueva Serie, Tomo V: 29- 192)
- Cigliano, E. M., Raffino, R. A. y Calandra, H. A. 1972. Nuevos aportes para el conocimiento de las entidades alfareras más tempranas del Noroeste Argentino. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología VI*: 225-236.
- Classen, C. 1990. Sweet colors, fragrant songs: sensory models of the Andes and the Amazon. *American Ethnologist* 17(4): 722-735.
- Cocilovo, J. A. y Varela, H. H. 2010. La distribución de la deformación artificial del cráneo en el área andina centro sur. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXV*: 41-68.
- Cortés, L. I. 2007. *Material confines. Conceptualizations of death through the materiality of burial structures*. Tesis de Maestría. Departamento de Arqueología, Universidad de Sheffield, UK. ms.
- Cortés, L. I. 2005. *Contextos funerarios del período Formativo: aportes desde una comparación entre los valles y las yungas*. Tesis de Licenciatura. Departamento de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. ms.
- Cosgrove, D. E. 1984. *Social formation and symbolic landscape*. London, Croom Helm.
- Costa, M. A., Neves, W. A. y Hubbe, M. 2004. Influencia de Tiwanaku en la calidad de vida biológica de la población prehistórica de San Pedro de Atacama. *Estudios atacameños* 27: 103-116.

- Costa, M. A., Neves, W. A., de Barros, A. M., Bartolomucci, R. 1998. Trauma y estrés en poblaciones prehistóricas de San Pedro de Atacama, Norte de Chile. *Chungara* 30 (1): 65-74.
- Cremonte, M. B. 1996. *Investigaciones arqueológicas en la Quebrada de La Ciénaga (Departamento de Tafí, Tucumán)*. Tesis Doctoral. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. ms.
- Cruz, P. J. 2006. La muerte y sus manifestaciones en el valle de Ambato (Cuenca de Los Puestos, Catamarca, Argentina). En: *La Cultura de La Aguada y su dispersión*, IV Mesa Redonda: 43-52.
- Cruz, P. J. 2004. *Archéologie de la mort dans la vallée d'Ambato. Homme et milieu dans le Bassin de Los Puestos (Catamarca-Argentine) durant la Période d'Intégration Régionale (IV-Xème siècles après J. C.)*. Tesis Doctoral. Universidad de Paris I Panthéon Sorbonne. École Doctorale d'Archéologie UMR 8096 Archéologie des Amériques. ms.
- Csordas, T. J. 1990. Embodiment as a paradigm for anthropology. *Ethos* 18(1): 5-47.
- Cummings, V. y Whittle, A. 2003. Tombs with a view: landscapes, monuments and trees. *Antiquity* 77: 255-266.
- de France, S. D., Keegan, W. F. y Newson, L. A. 1996. The archaeobotanical, bone isotopic, and zooarchaeological records from Caribbean sites in comparative perspective. En: *Case Studies in Environmental Archaeology*, Reitz, E. J., Newson, L. A. y Scuder, S. J. (eds.), 289-304. New York, Plenum Press.
- de Hoyos, M. 2001. Saliendo del Cajón por el Río Jordán: costumbres funerarias del Valle del Cajón, Catamarca, Argentina. *Chungará*, 33(2): 249-252. Arica.
- Delfino, D. 1999. Prospecciones en los 90': nuevas evidencias para repensar la arqueología de Laguna Blanca (departamento Belén, Catamarca). *Revista de Ciencia y Técnica* 7:55-80.

http://www.unca.edu.ar/LB/proyecto_arqueologico_prospecciones_evidencias.htm

- Dembo, A. y Imbelloni, J. 1938. Deformaciones intencionales el cuerpo humano. *Humanior*, Sección A, Tomo 3: 1-348.
- Dobres, M. A. 1999. Of paradigms and ways of seeing. Artifact variability as if people mattered. En: *Material Meanings. Critical Approaches to the Interpretation of Material Culture*, Chilton, E. S. (ed), pp. 7-23. Salt Lake City, The University of Utah Press.
- Duray, S. M. 1996. Dental indicators of stress and reduced age at death in prehistoric native Americans. *American Journal of Physical Anthropology* 99: 275-286.
- Duviols, P. 1979. Un symbolisme de l'occupation, de l'aménagement et de l'exploitation de l'espace: le monolithe 'huanca' et sa fonction dans les Andes préhispaniques. *L'Homme* 29 (2):7-31.
- Edmonds, M. 1999. *Ancestral geographies of the Neolithic. Landscapes, monuments and memory*. London, Routledge.
- Fantuzzi, L. 2008. Análisis de las prácticas funerarias en el sector sur de la necrópolis de La Ciénaga (Prov. de Catamarca, Argentina). *La Zaranda de Ideas. Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología* 4: 55-75.
- Farberman, J. 2005. Las Salamancas mestizas. De las relaciones indígenas a la hechicería colonial. Santiago del Estero, siglo XVIII. *Memoria Americana* 13: 117-150. Buenos Aires.
- Farro, M. 2009. *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX*. Rosario, Prohistoria ediciones.
- Fasth, N. 2003. *La Candelaria. Preservation and conservation of an archaeological museum collection from Northwestern Argentina at the Museum of the World Culture, Sweden*. Tesis de Maestría, Göteborg Universitet.

- Fazekas, I. G. y Kósa, F. 1978. *Forensic fetal osteology*. Budapest, Akadémiai Kiado.
- Feldesman, M. R. 1992. Femur/Stature ratio and estimates of stature in children. *American Journal of Physical Anthropology* 87:447-459.
- Ferembach, D., Schwidetzky, I. y Stloukal, M. 1980. Recommendations for age and sex diagnoses of skeletons. *Journal of Human Evolution* 9: 517-549.
- Fernández, J. V., Markgraf, H. O., Panarello, M., Alberó, F. E., Angelini, S. y Arriaga M. 1991. Late Pleistocene/Early Holocene environments, climates, fauna and human occupation in the Argentine Altiplano. *Geoarchaeology* 6: 251-272.
- Flannery, K. V. 1972. *La evolución cultural de las civilizaciones*. Barcelona, Editorial Anagrama.
- Fleming, A. 2006. Post-processual landscape archaeology: a critique. *Cambridge Archaeological Journal* 16(3): 267-280.
- Fleming, A. 1996. Tomb with a view. *Antiquity* 69: 1040-1042.
- Foucault, M. 1968 [1966]. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores,
- Fowler, C. 2002. Body parts: personhood and materiality in the earlier Manx Neolithic. En: *Thinking through the body. Archaeologies of corporeality*, Hamilakis Y., Pluciennik, M. y Tarlow, S. (eds.), pp. 47-69. New York, Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- Fowler, C. y Cummings, V. 2003. Places of transformation: building monuments from water and stone in the Neolithic of the Irish sea. *Journal of the royal Anthropological Institute* 9: 1-20.
- Fried, M. 1979 [1960]. Sobre la evolución de la estratificación social y del estado. En: *Antropología Política*, Llobera, J. R. (comp.), pp. 133-151. España, Anagrama.

- García Azcárate, J. 1996. Monolitos-huancas: un intento de explicación de las piedras de Tafi (Rep. Argentina). *Chungara* 28: 159-174.
- Geller, P. L. 2008. Conceiving sex. fomenting a feminist bioarchaeology. *Journal of Social Archaeology* 8(1): 113-38.
- Gero, J. M. s/f. *Registros de campo de las excavaciones en el sitio Cardonal (Valle del Cajón, Catamarca)*. ms.
- Gero, J. M. y Scattolin, M. C. 2002. Beyond complementarity and hierarchy: new definitions for archaeological gender relations. En: *In pursuit of gender: worldwide archaeological perspectives*, Nelson, S. y Rosen-Ayalon, M. (eds.), pp. 155-171. Walnut Creek, AltaMira Press.
- Gillespie, S. D. 2001. Personhood, agency and mortuary ritual: a case study from the ancient Maya. *Journal of Anthropological Archaeology* 20: 73-112.
- Girault, L. 1958. Le culte des apacheta ches les Aymara de Bolivie. *Journal de la Société des Américanistes* 47:33-45. Paris.
- Gittings, C. 1984. *Death, burial and the individual in Early Modern England*. London, Croom Helm.
- Goldstein, L. G. 1981. One-dimensional archaeology and multidimensional people: spatial organization and mortuary analysis. En: *The archaeology of death*, Chapman, R. Kinnes, I. y Randsborg, K., pp. 53-69. Cambridge, Cambridge University Press
- González, A. R. 1998. Arte precolombino. Cultura La Aguada. Arqueología y diseños. Buenos Aires, Filmediciones Valero.
- González, A. R., 1977. *Arte precolombino de la Argentina*. Buenos Aires, Filmediciones Valero

- González, A. R. 1972. Descubrimientos arqueológicos en la serranía de “Las Pirguas” (Provincia de Salta). *Revista de la Universidad Nacional de La Plata* 24: 388-392.
- González, A. R. 1955. Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N.O. Argentino. (Nota preliminar). *Anales de Arqueología y Etnología* 11: 7-32.
- González Baroni, L. 2008. El espacio funerario vinculado al espacio doméstico y viceversa. El caso del sitio Punta de la Peña Sector 1. En: *Libro de Resúmenes. Jornadas de Arqueología del Área Puneña y los Andes Centro-Sur*. Tendencias, variabilidad y dinámicas de cambio (ca. 11000-1000 AP), pp. 50-51. Tucumán, Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo.
- González, A. R. y Cowgill, G. 1975. Cronología del Valle de Hualfín, Provincia de Catamarca, Argentina. Obtenida mediante el uso de computadoras. *Actas y trabajos del primer Congreso de Arqueología Argentina*, pp. 383-404. Rosario.
- González, A. R y Nuñez Regueiro, V. 1962. Informe preliminar sobre la investigación arqueológica en Tafí del Valle (NO Argentino). *Actas del XXXIV Congreso Internacional de Americanistas*, pp. 485-496. Viena.
- Goodman, N. 1990. *Maneras de hacer mundos*. Madrid, Visor.
- Gordillo, I. y Solari, A. 2009. Prácticas mortuorias entre las poblaciones Aguada del valle de Ambato (Catamarca, Argentina). *Revista Española de Antropología Americana* 39(1): 31-51.
- Goretti, M. (ed.), 2006. *Tesoros precolombinos del Noroeste argentino. Catálogo de la exhibición*. Buenos Aires, Fundación Centro de Estudios para Políticas Públicas Aplicadas (CEPPA).
- Gosden, C. y Head, L. 1994. Landscape – a usefully ambiguous concept. *Archaeology in Oceania* 29: 113-116.

- Gosden, C. y Marshall, Y. 1999. The cultural biography of objects. *World Archaeology* 31 (2): 169-178.
- Gose, P. 1994. *Deathly waters and hungry mountains. Agrarian ritual and class formation in an Andean town*. Toronto, University of Toronto Press.
- Guaman Poma de Ayala, F. 1615. Nueva crónica y buen gobierno. Cortesía de The Royal Library, Copenhagen, Denmark. Manuscript's call number GKS 2232 4to. Disponible en: www.kb.dk/permalink/2006/poma/info/es/frontpage.htm
- Haber, A. F. 2006. Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla. Primer y segundo milenios d.C. Córdoba, Jorge Sarmiento Editor-Universitaslibros y Universidad de Cauca (Colombia).
- Haber, A. F. 1997. La casa, el sendero y el mundo. Significados culturales de la arqueología, la cultura material y el paisaje en la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños* 4: 373-392.
- Hall, G.W. 1982. Size sexual dimorphism and secular trend: indicators of subclinical malnutrition? En: *Sexual dimorphism in Homo sapiens*, Hall, R. (ed.), pp. 245-259. New York, Praeger.
- Hamilakis, Y., Pluciennik, M. y Tarlow, S. (eds.) 2002. *Thinking through the body. Archaeologies of corporeality*. London, Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- Harris, O. 1982. The dead and the devils among the Bolivian Laymi. En: *Death and the regeneration of life*, Bloch, M. y Parry, J. (eds.), pp. 45-73. Cambridge, Cambridge University Press.
- Hastorf, C. A. y DeNiro, M.J. 1985. Reconstruction of prehistoric plant production and cooking practices by a new isotopic method. *Nature* 315: 489-491.

- Heaton, T. H. E. 1999. Spatial, species, and temporal variations in the $^{13}\text{C}/^{12}\text{C}$ Ratios of C3 plants: implications for palaeodiet studies. *Journal of Archaeological Science* 26: 637–649.
- Heredia, O. 1971. Excavaciones arqueológicas en La Candelaria (Provincia de Salta). *Etnia* 13: 25-35.
- Hertz, R. 1960. *Death and the right hand*. Traducción de Needham R., y Needham, C. Aberdeen, Cohen and West.
- Hodder, I. 1984. Burial, houses, women and men in the European Neolithic. En: *Ideology, power and prehistory*, Miller, D. y Tilley, C. (eds.), pp. 51-68. Cambridge, Cambridge University Press.
- Hodder, I. 1982. *Symbols in action. Ethnoarchaeological studies of material culture*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Hoskins, J. 1998. *Biographical objects. How things tell the stories of people's lives*. New York, Routledge.
- Humphrey, S. C. y King, H. (eds.). 1981. *Mortality and immortality: the anthropology and archaeology of death*. London, Academic Press.
- Huntington, R. y Metcalf, P. 1979. *Celebrations of death: the anthropology of mortuary ritual*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Huss-Ashmore, R., Goodman, A. H. y Armelagos, G. J. 1982. Nutritional inference from paleopathology. *Advances in Archaeological Method and Theory* 5: 395-474.
- Ingold, T. 2007a. *Lines. A brief history*. London, Routledge.
- Ingold, T. 2007b. Materials against materiality. *Archaeological Dialogues* 14(1):1-16.

- Ingold, T. 2007c. Writing texts, reading materials. A response to my critics. *Archaeological Dialogues* 14(1): 31-36.
- Ingold, T. 2006/2007. Comment. En: Overcoming the modern invention of material culture. Proceedings of the TAG Session Exeter 2006, Thomas, J. y Oliveira Jorge, V. (eds.), *Journal of Iberian Archaeology Special Issue* 9/10: 313-317.
- Ingold, T. 2000. *The perception of the environment. Essays in livelihood, dwelling and skill*. London, Routledge.
- Ingold, T. 1993. The temporality of the landscape. *World Archaeology* 25(2): 152-174.
- Isacson, S. Una nota retrospectiva del editor. En: *Masked histories: A re-examination of the Rodolfo Schreiter Collection from North-western Argentina*. Stenborg, P. y Muñoz, A. (eds.), pp. 9-11. *Etnologiska Studier* 43. Göteborg, Etnografiska Museet I Göteborg.
- Izeta, A. D. 2007. *Zooarqueología del sur de los valles Calchaquíes (Provincias de Catamarca y Tucumán, República Argentina): análisis de conjuntos faunísticos del primer milenio A.D.* B.A.R. International Series S1612. Oxford, John & Erica Hedges.
- Johansson, N. 1996. *Burials and society. A study of social differentiation at the site of El Pichao, North-western Argentina, and in cemeteries dated to the Spanish Native period*. GOTARC Series B. Gothenburg Archaeological Theses N°5. Göteborg, Department of Archaeology, Göteborg University, Sweden.
- Joyce, R. 2001. Burying the dead at Tlatilco: social memory and social identities. En: *Social memory, identity, and death: anthropological perspectives on mortuary rituals*, Chesson, M. (ed.), pp. 12-26. Archaeological Papers of the American Anthropological Association Number 10.
- Joyce, R. 2000. Girling the girl and boying the boy: the production of adulthood in ancient Mesoamerica. *World Archaeology* 31(3): 473-483.

- Joyce, R. 1998. Performing the body in Prehispanic Central America. *RES: Anthropology and Aesthetics* 33:147-165.
- Karsten, R. 1926. *The civilization of the South American indians*. London, Billing and Sons Ltd.
- Kendon, A. 1981. Geography of gesture. *Semiotica* 37 (1/2):129-163.
- Kendon, A. y Blakely, T.D. (eds.) 1986. Approaches to Gesture. *Semiotica Special Issue* 62 (1/2).
- Knapp, A. y Meskell, L. 1997. Bodies of evidence on prehistoric Cyprus. *Cambridge Archaeological Journal* 7(2): 183-204.
- Kopytoff, I. 1986. The cultural biography of things: commoditization as process. En: *The social life of things: commodities in cultural perspective*, Appadurai, A. (ed.), pp. 64-91. Cambridge, Cambridge University Press.
- Korstanje, M. A. 2005. *La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos en sociedades agropastoriles formativas (Provincia de Catamarca, Republica Argentina)*. Tesis Doctoral. Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán: Tucumán.
- Krapovickas, P. 1955. El yacimiento de Tebenquiche (Puna de Atacama). *Publicaciones del Instituto de Arqueología* 3: 7-40.
- Kroeber, A. L. 1927. Disposal of the dead. *American Anthropologist, New Series* 29(3): 308-315.
- Krogman, W. M. y Iscan, M. Y. 1986. *The human skeleton in forensic medicine*. Segunda Edición. Springfield, Thomas.

- Kus, S. 1992. Toward an archaeology of body and soul. En: *Representations in Archaeology*, Gardin, J. C. y Peebles, C. (eds), pp. 168-177. Bloomington, Indiana University Press.
- Larsen, C.S. 2002. Bioarchaeology: the lives and lifestyles of past people. *Journal of Archaeological Research* 10(2): 119-166.
- Larsen, C. S. 1987. Bioarchaeological interpretations of subsistence economy and behavior from human skeletal remains. *Advances in Archaeological Method and Theory* 10: 339-445.
- Larsen, C. S., Kelly, R. L., Ruff, C. B., Shoeninger, M. J. y Hutchinson, D. L. 1996. Biobehavioral adaptations in the Western Great Basin. En *Case Studies in Environmental Archaeology*, Reitz, E. J., Newson, L. A. y Scuder, S. J. (eds.), 289-304. New York, Plenum Press.
- Latcham, R. E. 1938. *Arqueología de la Región Atacameña*. Santiago de Chile, Prensas de la Universidad de Chile.
- Lazzari, M. 2006. *Travelling things and the production of social spaces: an archaeological study of circulation and value in North Western Argentina*. Tesis Doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Columbia, Nueva York. ms.
- Lazzari, M. 2005. The texture of things: objects, people, and landscape in Northwest Argentina (First Millennium A.D.). En *Archaeologies of materiality*, Meskell, L. (ed.), pp. 126-161. Oxford, Blackwell.
- Lecoq, P. 1987. Caravanes de lamas, sel et échanges dans une communauté de Potosí en Bolivie. *Bulletin de l'Institut Francais d'Etudes Andines* 16(3-4):1-38.
- Leenhardt, M. 1947. *Do Kamo*. Buenos Aires, CAEA Editorial.
- Lefebvre, H. 1991 [1974]. *The production of space*. Oxford, Blackwell.

- Llagostera, A. 2006. Contextualización e iconografía de las tabletas psicotrópicas Tiwanaku de San Pedro de Atacama. *Chungara* 38(1): 82-111.
- Loth, S. R. y Henneberg, M. 1996. Mandibular ramus flexure: a new morphologic indicator of sexual dimorphism in the human skeleton. *American Journal of Physical Anthropology* 99: 473-485.
- Lovejoy, C. O., Meindl, R. S., Pryzbeck, T. R. y Mensforth, R. P. 1985. Chronological metamorphosis of the auricular surface of the ilium: a new method for the determination of age at death. *American Journal of Physical Anthropology* 68: 15-28.
- Mariscotti de Görlitz, A. M. 1978. Pacha Mama Santa Tierra. Contribución al estudio de la religión autóctona de los Andes centro-meridionales. *Indiana* 8, Berlín.
- Martin, D. L., Goodman A. H. y Armelagos, G. J. 1985. Skeletal pathologies as indicators of quality and quantity of diet. En: *The analysis of prehistoric diets*, Gilbert, R. y Mielke J. (eds.), pp: 227-279. Orlando, Academic Press.
- Martínez, B. 2008. Relaciones recíprocas entre vivos y muertos en San Antonio del Cajón. En: *Etnografías de la muerte*, Hidalgo, C. (comp.). Buenos Aires, EUDEBA
En prensa.
- Martínez Soler, B.J. 1958-1959. Conchylología etnológica. *Runa* IX: 267-322.
- Matthews, S. G. 2005. The materiality of gesture: intimacy, emotion and technique in the archaeological study of bodily communication. Position paper presented to the roundtable session 'The archaeology of gesture: reconstructing prehistoric technical and symbolic behaviour', 11th Annual Meeting of the European Association of Archaeologists. Cork, Ireland.
- Matthews, S. G. 2004. The instantiated identity: critical approaches to studying gesture and material culture. Paper presented in 'The Materialisation of Social Identities' session at the annual Theoretical Archaeology Group conference, University of

- Glasgow, Scotland, 17th - 19th December 2004. Disponible en:
<http://www.semioticon.com/virtuals/archaeology/instantiated.pdf>
- Mauss, M. 1979. *Sociology and psychology*. London, Routledge & Kegan Paul.
- May, R. L., Goodman, A. H. y Meindl, R. S. 1993. Response to bone and enamel formation to nutritional supplementation and morbidity among malnourished Guatemalan children. *American Journal of Physical Anthropology* 92: 37-51.
- Merleau-Ponty, M. 2005 [1962]. *Phenomenology of perception*. London, Routledge.
- Meskel, L. 2004. *Object worlds in ancient Egypt. Material biographies past and present*. Oxford, Berg.
- Meskel, L. 2000. Cycles of life and death: narrative homologies and archaeological realities. *World Archaeology* 31(3): 423-441.
- Metcalf, P. y Huntington, R. 1991. *Celebrations of death: the anthropology of mortuary ritual*. Segunda edición. Cambridge, Cambridge University Press.
- Miles, A. E. W. 1963. The dentition in the assessment of individual age in skeletal material. En: *Dental Anthropology*, Brothwell, D.R. (ed.), pp. 191-209. Oxford, Pergamon.
- Miller, D. 2005. Materiality: an introduction. En: *Materiality*, Miller, D. (ed.), pp. 1-50. Durham & London, Duke University Press.
- Miller, D. 1985. *Artefacts as categories: a study of ceramic variability in central India*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Mitford, J. 1965. *The American way of death*. London, Hutchinson.

- Moorrees, C. F. A., Fanning, E. A. y Hunt, E. E. 1963. Formation and resorption of three deciduous teeth in children. *American Journal of Physical Anthropology* 21: 205-213.
- Moreno, F. P. 1890-91. Exploración arqueológica a la provincia de Catamarca. Primeros datos sobre su importancia y resultados. *Revista del Museo de La Plata*, Tomo 1: 199 y ss.
- Morris, I. 1991. The archaeology of ancestors: The Saxe/Goldstein hypothesis revisited. *Cambridge Archaeological Journal* 1(2): 147-169.
- Muñoz, A. y Fasth, N. 2000. In the footsteps of Stig Rydén. Research and fieldwork report on La Candelaria. *Årstryck*: 1995-1998: 85-96.
- Nastri, J. H. 2005. *El simbolismo en la cerámica de las sociedades tardías de los valles Calchaquíes (siglos XI a XVI)*. Tesis de Doctorado, Departamento de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. ms.
- National Geographic. 2007. Photo Gallery: National Geographic Photography Milestones. <http://photography.nationalgeographic.com/wallpaper/photography/photos/national-geographic-milestones/peruvian-mummy/>
- Neves, W.A. 1984. Estilo de vida e osteobiografía: a reconstituição do comportamento pelos ossos humanos. *Revista de Pré História* 6: 287-291.
- Norr, L. 1995. Interpreting dietary maize from bone stable isotopes in the American tropics: the state of the art. *Archaeology in the Lowland American Tropics*, Sthal, P. W. (ed.), pp. 198-233. Cambridge, Cambridge University Press.
- Núñez, L. 1994. Emergencia de complejidad y arquitectura jerarquizada en la Puna de Atacama: las evidencias del sitio Tulán-54. En: *De costa a selva. Producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes Centro Sur*, Albeck, M.E. (ed.), pp. 85-105. Tilcara, Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

- Núñez, L. 1992. Ocupación arcaica en la Puna de Atacama: secuencia, movilidad y cambio. En: *Prehistoria Sudamericana. Nuevas Perspectivas*, Meggers, B.J. (ed.), pp. 283-307. Washington, Taraxacum.
- Núñez, L., Cartagena, I., Carrasco, C., de Souza, P. y Grosjean, M. 2006 Emergencia de comunidades pastoralistas formativas en el sureste de la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños* 32: 93-118.
- Núñez Regueiro, V. A. 1998. *Arqueología, historia y antropología de los sitios de Alamito*. Tucumán, Instituto Interdisciplinario de Estudios Andinos.
- Núñez Regueiro, V. A. 1974. Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5: 169-190.
- O'Shea, J. M. 1984. *Mortuary variability*. New York, Academic Press.
- Oliszewski, N., Gramajo Bühler, C. M., Mauri, E. P., Miguez, G. E., Muntaner, A. C. y Pantorrilla Rivas, M. M. 2010. Caracterización de un entierro humano en la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán). *Intersecciones en Antropología* 11: 315-319. Olavaria.
- Olivera, D. E. 2001. Sociedades agropastoriles tempranas: el Formativo Inferior del Noroeste Argentino. En *Historia argentina prehispánica*, Berberían, E. y Nielsen, A. E. (eds.), Tomo I, pp. 83-125. Córdoba, Editorial Brujas.
- Olivera, D. E. y Yacobaccio, H. D. 1999. Estudios de paleodieta en poblaciones humanas de los Andes del sur a través de isótopos estables. En *Actas del V Congreso Nacional de Paleopatología*, Sanchez Sanchez, J. A. (ed.), pp. 190-200. Alcalá la Real, Asociación Española de Paleopatología
- Olivera, D. E., Vidal, A. S. y Grana, L. G. 2003. El sitio Cueva Cacao 1A: hallazgos, espacio y proceso de complejidad en la Puna meridional (ca. 3000 años AP). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXVIII*: 257-270.

- Ortiz, G. 2003. Estado actual del conocimiento del denominado Complejo o Tradición Cultural San Francisco, a 100 años de su descubrimiento. En: *La mitad verde del mundo andino. Investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina*, Ortiz, G. y Ventura, B. (eds.), pp: 23-71. Jujuy, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.
- Ortner, D. J. (ed.) 2003a. Trauma. En: *Identification of pathological conditions in human skeletal Remains*, pp. 119-177. Segunda edición. California, Academic Press.
- Ortner, D. J. (ed.) 2003b. Infectious diseases: introduction, biology, osteomyelitis, periostitis, brucellosis, glanders, and septic arthritis. En: *Identification of pathological conditions in human skeletal Remains*, pp. 179-226. Segunda edición. California, Academic Press.
- Ortner, D. J. (ed.) 2003c. Osteoarthritis and diffuse idiopathic skeletal hyperostosis. En: *Identification of pathological conditions in human skeletal Remains*, pp. 545-560. Segunda edición. California, Academic Press.
- Ortner, D. J. (ed.) 2003d. Dental disease and miscellaneous pathological conditions of jaws. En: *Identification of pathological conditions in human skeletal Remains*, pp. 589-608. Segunda edición. California, Academic Press.
- Owoc, M. A. 2004. A phenomenology of the buried landscape. Soil as material culture in the Bronze Age of South-West Britain. En *Soils, stones and symbols. Cultural perceptions of the mineral world*, Boivin, N. y Owoc M. A. (eds.), pp. 107-121. London, UCL Press.
- Oyarzun, A. 1940. Esqueletos sin cráneos y cráneos sin esqueletos. *Revista del Museo Histórico Nacional de Chile* 1(2): 180-185.
- Pærregaard, K. 1987. Death rituals and symbols in the Andes. *Folk* 29: 23-42.

- Palamarczuk, V., Spano, R., Magnífico, D., Weber, F., López, M. S., y Manasiewicz, M. 2007. Soria 2. Apuntes sobre un sitio temprano en el valle de Yocavil (Catamarca, Argentina). *Intersecciones en Antropología* 8: 121-134.
- Palavecino, E. 1933. Los indios Pilagá del Río Pilcomayo. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural "Bernardino Rivadavia"*, Tomo XXXVII: sin números de página.
- Parker Pearson, M. 2004. Earth, wood and fire. Materiality and Stonehenge. En: *Soils, stones and symbols. Cultural perceptions of the mineral world*, Boivin, N. y Owoc, M. A. (eds.), pp. 71-89. London, UCL Press.
- Parker Pearson, M. 2002. Placing the physical and the incorporeal dead: Stonehenge and changing concepts of ancestral space in Neolithic Britain. En: *The space and the place of death*, Silverman, H. y Small, D. B. (eds.), pp. 145-160. Archaeological Papers of the American Anthropological Association Number 10.
- Parker Pearson, M. 1999a. Fearing and celebrating the dead in southern Madagascar. En Downes, J. y Pollard, T. (eds.), *The loved body's corruption: archaeological contributions to the study of human mortality*, pp. 9-18. Glasgow, Cruithne Press.
- Parker Pearson, M. 1999b. *The archaeology of death and burial*. Texas A&M University Anthropology Series, 3. Texas A&M University.
- Parker Pearson, M. 1993. The powerful dead: archaeological relationships between the living and the dead. *Cambridge Archaeological Journal* 3(2): 203-229.
- Parker Pearson, M. 1982. Mortuary practices, society and ideology: an ethnoarchaeological study. En: *Symbolic and Structural Archaeology*, Hodder, I. (ed.), pp. 99-113. Cambridge, Cambridge University Press.
- Parker Pearson, M. y Ramilisoninā 1998. Stonehenge for the ancestors: the stones pass on the message. *Antiquity* 72: 308-26.

- Pauketat, T. 2001. Practice and history in archaeology. An emerging paradigm. *Anthropological Theory* 1(1): 73-98.
- Pearsall, D. 1992. The origins of plant cultivation in South America. En: *The origins of agriculture. An international perspective*, Cowan, C. y Watson, P. (eds.), pp. 173-205. Washington DC, Smithsonian Institution Press.
- Peebles, C. S. y Kus, S. M. 1977. Some archaeological correlates of ranked societies. *American Antiquity* 42: 421-488.
- Pereyra Domingorena, L. 2010. *Manufacturas alfareras de las sociedades aldeanas del primer milenio d. C. al sur de los valles Calchaquíes*. Tesis Doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. ms.
- Pereyra Domingorena, L. 2009. Análisis petrográfico de los recipientes cerámicos del sitio Cardonal. En: *Arqueometría latinoamericana: segundo Congreso Argentino y Primero Latinoamericano VI*: 40-46, Palacios, O. M., Vázquez, C. Palacios, T. y Cabanillas, E. (eds.). San Martín, Centro Atómico Constituyentes, Comisión Nacional de Energía Atómica.
- Pérez Gollán, J. A. 2000a. Los Suplicantes: una cartografía social. En: *Temas de la Academia. Arte prehispánico: creación, desarrollo y persistencia*, pp. 21-48. Buenos Aires, Academia Nacional de Bellas Artes.
- Pérez Gollán, J. A. 2000b. El jaguar en llamas. La religión en el antiguo Noroeste argentino. En: *Nueva Historia Argentina*. Capítulo 4: Los pueblos originarios y la conquista, pp. 229-256. Barcelona, Editorial Sudamericana.
- Pérez Gollán, J. A. 1991. La Cultura de La Aguada vista desde el valle de Ambato. *Publicaciones del Instituto de Antropología* 46: 157-173.
- Pérez Gollán, J. A. y Heredia, O. 1990. Hacia un replanteo de la cultura de La Aguada. *Cuadernos del Instituto de Antropología* 12: 161-178.

- Phenice, T. W. 1969. A newly developed visual method of sexing the os pubis. *American Journal of Physical Anthropology* 30: 297-301.
- Pollard, J. 2001. The aesthetics of depositional practice. *World Archaeology* 33(2): 315-333.
- Preucel, R. W. y Meskell, L. 2004. Places. En: *A companion to social archaeology*, Meskell, L. y Preucel, R. W. (eds.), pp. 215-229. Oxford, Blackwell.
- Raffino, R. A. 1977. Las aldeas del Formativo Inferior de la Quebrada del Toro (Prov. de Salta). *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, Tomo II: 235-299.
- Richards, C. 1996. Monuments as landscape: creating the centre of the world in Late Neolithic Orkney. *World Archaeology* 28 (2): 190-208.
- Richards, C. 1993. Monumental choreography: architecture and spatial representation in Late Neolithic Orkney. En: *Interpretative Archaeology*, Tilley, C. (ed.), pp. 143-178. Oxford, Berg.
- Rivera, M. A. 1995. The Preceramic Chinchorro Mummy Complex of Northern Chile: context, style, and purpose. En: *Tombs for the living: Andean mortuary practices*, Dillehay, T. D. (ed.), pp. 43-77. Washington DC, Dumbarton Oaks.
- Robb, J. 2002. Time and biography: osteobiography of the Italian neolithic lifespan. En *Thinking through the body. Archaeologies of corporeality*, Hamilakis, Y., Pluciennik, M. y Tarlow, S. (eds.), pp. 137-171. London, Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- Robb, J., Bigazzi, R., Lazzarini, L. Scarsini, C. y Sonogo, F. 2001. Social "status" and biological "status": a comparison of grave goods and skeletal indicators from Pontecagnano. *American Journal of Physical Anthropology* 115: 213-222.
- Rose, J. C, Condon, K. W. y Goodman, A. H. 1985. Diet and dentition: developmental disturbances. En: *The analysis of prehistoric diets*, Gilbert, R. y Mielke, J. (eds), pp. 281-305. Orlando, Academic Press.

- Rowe, J.H. 1946. Inca culture at the time of the Spanish conquest. En: *Handbook of South American Indians*, Vol. 2; The Andean Civilizations, Steward, J. H. (ed.), 183-330. Washington, United States Government Printing Office.
- Rubenstein, D. R. y Hobson, K. A. 2004. From birds to butterflies: animal movement patterns and stable isotopes. *Trends in Ecology and Evolution* 19(5): 256-263.
- Rydén, S. 1936. Archaeological researches in the Department of La Candelaria (Prov. Salta, Argentina). *Etnografiska Studier* 3. Gotemburgo.
- Salomon, F. 1995. "The beautiful grandparents": Andean ancestor shrines and mortuary ritual as seen through colonial records. En: *Tombs for the living: Andean mortuary practices*, Dillehay, T. D. (ed.), pp. 315-353. Washington DC, Dumbarton Oaks.
- Sampietro M. M. y Vattuone, M. A. 2005. Reconstruction of activity areas at a formative household in Northwest Argentina. *Geoarchaeology* 20(4): 337-354.
- Saul, F.P. 1976. Osteobiography: life history recorded in bone. En: *The measures of man: methodologies in biological anthropology*, Giles, E. y Friedlander, J. (eds.), pp. 372-382. Cambridge, Peabody Museum Press.
- Saunders, N. J. 2004. The cosmic earth. Materiality and mineralogy in the Americas. En: *Soils, stones and symbols. Cultural perceptions of the mineral world*, Boivin, N. y Owoc, M. A. (eds.), pp. 123-141. London, UCL Press.
- Saunders, N. J. 1999. Biographies of brilliance: Pearls, transformations of matter and beings, ca. AD 1492. *World Archaeology* 31(2): 243-257.
- Saxe, A. 1970. *Social dimensions of mortuary practices*. Tesis Doctoral. University of Michigan, Ann Arbor.
- Scattolin, M. C. 2010. La organización del hábitat precalchaquí (500 a.C. - 1000 d.C.). En: *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del*

- espacio organizado*. Albeck, M. E., Scattolin, M. C. y Korstanje, M. A (eds.). San Salvador de Jujuy, Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy.
- Scattolin M. C., 2007a. Santa María antes del año mil. Fechas y materiales para una historia cultural. En: *Sociedades Precolombinas Surandinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, Williams, V. Ventura, B., Callegari, A. y Yacobaccio, H., pp. 203-219. Buenos Aires, Instituto de Arqueología, FFyL-UBA.
- Scattolin, M. C. 2007b. Estilos como recursos en el Noroeste argentino. En: *Procesos Sociales Prehispanicos en el Sur Andino. La Vivienda, la Comunidad y el Territorio*, pp. 291-321. Nielsen, A., Rivolta, C., Seldes, V., Vázquez, M. y Mercolli, P. (comps.). Córdoba, Editorial Brujas.
- Scattolin, M.C. 2006a. De las comunidades aldeanas a los curacazgos en el Noroeste argentino. *Boletín de Arqueología Pontificia Universidad Católica del Perú* 10:357-398.
- Scattolin, M.C. 2006b. Categoremáticas indígenas y designaciones arqueológicas en el noroeste argentino prehispánico. *Chungara* 38(2): 181-192.
- Scattolin, M.C. 2006c. Contornos y confines del universo iconográfico precalchaquí del valle de Santa María. *Estudios Atacameños* 32: 119-139.
- Scattolin, M. C. 2003. Los ancestros de calchaquí: una visión de la colección Zavaleta. *Cuadernos* 20: 51-79.
- Scattolin, M. C. 2000. Santa María durante el primer milenio A.D. ¿Tierra baldía? *Árstryck* 1995-1998: 63-83.
- Scattolin, M. C. 1986. *Registros manuscritos de las Libretas y Diarios de Campo originales de Vladimiro Weiser 1920-1929, Expedición Muniz Barreto*. Departamento de Arqueología, Universidad de La Plata. ms.

- Scattolin, M. C. y Bugliani, M. F. 2005. Un repertorio surtido: las vasijas del oasis de Laguna Blanca, Puna argentina. *Revista Española de Antropología Americana* 35: 51-74.
- Scattolin, M. C. y Gero, J. M. 1999. Consideraciones sobre fechados radiocarbónicos de Yutopían (Catamarca, Argentina). En: *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* III, pp. 352-357. La Plata.
- Scattolin, M. C., Bugliani, M. F., Cortés, L. I., Pereyra Domingorena, L. y Calo, C. M. 2010. Una máscara de cobre de 3000 años. Estudios arqueometalúrgicos y comparaciones regionales. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 15(1): 25-46.
- Scattolin, M. C., Bugliani, M. F., Cortés, L. I., Calo, C. M. Pereyra Domingorena, L. y Izeta, A. D. 2009a. Pequeños mundos: hábitat, maneras de hacer y afinidades en aldeas del valle del Cajón, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXIV: 251-274. Buenos Aires.
- Scattolin, M. C., Cortés, L. I., Bugliani, M. F., Calo, C. M. Pereyra Domingorena, L., Izeta, A. D. y Lazzari, M. 2009b. Built landscapes of everyday life: a house in an early agricultural village of northwestern Argentina. *World Archaeology* 41(3): 396-414.
- Scattolin, M. C., Cortés, L.I., Calo, C.M., Pereyra Domigorena, L. y Izaguirre, J. 2007-2008. Una máscara metálica del valle del Cajón, Catamarca, Argentina. *Arqueología* 14: 229-237.
- Scattolin, M. C., Pereyra Domingorena, L., Cortés, L. I., Bugliani, M. F., Calo, C. M., Izeta, A. D. y Lazzari, M. 2007. Cardonal: una aldea formativa entre los territorios de valles y puna. *Cuadernos* 32: 211-225. Jujuy.
- Scattolin, M. C., Bugliani, M. F., Pereyra Domingorena, L. y Cortés, L. I. 2005. La señora de los anillos, entre otras tumbas presantamarianas de Yocavil. *Intersecciones en Antropología* 6: 29-41.

- Scheuer, L. y Black, S. 2000. *Developmental juvenile osteology*. London, Academic Press.
- Schmitt, J. 1991. The rationale of gestures in the West: third to thirteenth centuries. En: *A Cultural History of Gesture*, Bremmer, J. y Roodenburg, H. (eds.), pp. 59-70. Cambridge, Polity Press.
- Schoeninger, M. J. 1995. Stable isotope studies in human evolution. *Evolutionary Anthropology* 4(3): 83-98.
- Schoeninger, M.J. y DeNiro, M.J. 1983. Nitrogen and carbon isotopic composition of bone collagen from marine and terrestrial animals. *Geochimica et Cosmochimica Acta* 48: 625-639.
- Schreiter, R. 1919. *Distintas clases de sepulturas antiguas observadas en los Valles Calchaquíes*. Buenos Aires, Sociedad Científica Alemana.
- Schwartz, J. H. 1995. *Skeleton keys*. New York, Oxford University Press.
- Seeger, A. 1975. The meaning of body ornaments: a Suyá example. *Ethnology* 14 (3): 211-224.
- Sempé, M. C. y Baldini, M. I. 2005. La cerámica Aguada Gris Grabada y su contexto funerario. En: *La cultura de la Aguada y sus expresiones regionales. Trabajos presentados en la V Mesa Redonda "La Cultura Aguada y su dispersión"*, pp. 65-80. La Rioja, Secretaría de Ciencia y Tecnología, Universidad Nacional de La Rioja.
- Sempé, M. C. y Baldini, M. I. 2004. Contextos temáticos funerarios de las tumbas Aguada Gris Grabado del cementerio Aguada Orilla Norte, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 29: 275-295.
- Sempé, M. C. y Salceda, S. A. 2005. El ritualismo y los sacrificios humanos en la cultura Aguada. En: *La cultura de la Aguada y sus expresiones regionales. Trabajos*

- presentados en la V Mesa Redonda "La Cultura Aguada y su dispersión", pp. 53-63. La Rioja, Secretaría de Ciencia y Tecnología, Universidad Nacional de La Rioja.
- Sempé, M. C., Salceda, S. y Desántolo, B. 2005. El período temprano inicial en Azampay y sus relaciones. En: *Azampay. Presente y pasado de un pueblito catamarqueño*, Sempé, C. Salceda, S. y Maffia, M. (eds.), pp. 203-231. La Plata, Ediciones Al margen.
- Service, E. R. 1975 [1984]. *Los orígenes del estado y la civilización*. Parte I: 19-122. Madrid, Alianza Editores.
- Shanks, M. y Tilley, C. 1992 [1987]. *Re-constructing archaeology. Theory and practice*. Segunda edición. London, Routledge.
- Sillar, B. 1996. The dead and the drying: techniques for transforming people and things in the Andes. *Journal of Material Culture* 1: 259-289.
- Sillar, B. 1992. The social life of the Andean dead. *Archaeological Review from Cambridge* 11(1):107-123.
- Silverman, H. y Small, D. B. 2002 (eds.) *The space and the place of death*. Archaeological Papers of the American Anthropological Association Number 10.
- Soja, E. 1989 *Postmodern geographies: the reassertion of space in critical social theory*. London, Verso.
- Somonte, C. 2007 Espacios persistentes y producción lítica en Amaicha del Valle, Tucumán. En: *Paisajes y procesos sociales en Tafi del Valle*, Arenas, P., Manasse, B. y Noli, E. (comps.), pp. 47-78. San Miguel de Tucumán, Instituto de Arqueología de Tucumán y Escuela de Arqueología de Catamarca.
- Standen, V. y Santoro, C. M. 1994. Patapatane-1: temprana evidencia funeraria en los andes de Arica (norte de Chile) y sus correlaciones. *Chungara* 26(2): 165-183.

- Stenborg, P. y Muñoz, A. (eds.) *Masked histories: a re-examination of the Rodolfo Schreiter Collection from North-western Argentina*. Etnologiska Studier 43. Göteborg, Etnografiska Museet I Göteborg.
- Stini, W.A. 1985. Growth rates and sexual dimorphism in evolutionary perspective. En: *The analysis of prehistoric diets*, Gilbert, R. y Mielke, J. (eds), pp.191-226. New York, Academic Press.
- Stini, W. A. 1972. Reduced sexual dimorphism in upper arm muscle circumference associated with protein-deficient diet in South American population. *American Journal of Physical Anthropology* 36: 341-353.
- Stini, W. A. 1969. Nutritional stress and growth: sex difference in adaptative response. *American Journal of Physical Anthropology* 31: 417-426.
- Stinson, S. 1985. Sex differences in environmental sensitivity during growth and development. *Yearbook of Physical Anthropology* 28: 123-147.
- Stoodley, N. 2000. From the cradle to the grave: age organization and the early Anglo-Saxon burial rite. *World Archaeology* 31(3): 456-472.
- Stuiver, M. y Reimer, P. J. 1986-2005. *Radiocarbon Calibration Program*. CALIB REV 5.0.2
- Synnott, A. 1993. *The body social. Symbolism, self and society*. Routledge, London.
- Tainter, J. A. 1978. Mortuary practices and the study of prehistoric social systems. *Advances in Archaeological Method and Theory* 1: 105-141.
- Tainter, J. A. 1975. Social inference and mortuary practices: an experiment in numerical classification. *World Archaeology* 7:1-15.
- Tarragó, M. N. 1996. El Formativo en el Noroeste argentino y el alto Valle Calchaquí. En: *Actas y memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (II Parte)*.

- Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza)*, Tomo XXIII (1/4): 103-119.
- Tarragó, M. N. 1992. El Formativo y el surgimiento de la complejidad social en el Noroeste argentino. En *El Formativo Sudamericano, una reevaluación*, pp. 302-313. Quito, ABYA-YALA.
- Tarragó, M. N. 1980. Los asentamientos aldeanos tempranos del sector septentrional del Valle Calchaquí, Provincia de Salta y el desarrollo agrícola posterior. *Estudios Arqueológicos* 5: 29-53.
- Tarragó, M. N. y Díaz, P. P. 1977. Sitios arqueológicos del Valle Calchaquí (II). *Estudios de Arqueología* 2: 61-71.
- Tarragó, M. N. y Scattolin, M. C. 1999. La problemática del período Formativo en el valle de Santa María. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo I: 142-153. La Plata.
- Tarragó, M. N. S/f. *Informes y registros de campo de las excavaciones realizadas en Campo Colorado*. ms.
- Tartusi, M. y Núñez Regueiro, V.A. 1993. Los centros ceremoniales del NOA. *Publicaciones del Instituto de Arqueología* 5 (1): 1-48.
- Ten Kate, H. F. C. 1896. Anthropologie des anciens habitants de la région Calchaquie (Republique Argentine). *Anales del Museo de La Plata* 1: 1-20. La Plata, Talleres de publicaciones del Museo.
- Thomas, J. 2007. Archaeology's humanism and the materiality of the body. En: *The archaeology of identities*, Insoll, T. (ed), pp. 211-224. Routledge, London.
- Thomas, J. 2001. Archaeologies of place and landscape. En: *Archaeological Theory Today*, Hodder, I. (ed.), pp. 165-186. Cambridge, Polity Press.

- Thomas, J. 1996. *Time, culture and identity*. London, Routledge.
- Thomas, J. 1993. The hermeneutics of megalithic space. En *Interpretative Archaeology*, Tilley, C. (ed.), pp. 73-97. Oxford, Berg.
- Thomas, K. 1991. Introduction. En: *A Cultural history of gesture*, Bremmer, J. y Roodenburg, H. (eds.), pp. 1-14. Cambridge, Polity Press.
- Tieszen, L. L. 1991. Natural variations in the carbon isotope values of plants: implications for archaeology, ecology and paleoecology. *Journal of Archaeological Science* 18: 227-248.
- Tieszen, L. L. y Fagre, T. 1993. Carbon isotopic variability in modern and archaeological maize. *Journal of Archaeological Science* 20: 25-40.
- Tilley, C. 2004. *The materiality of stone. Explorations in landscape phenomenology*. Oxford, Berg.
- Tilley, C. 1994. *A phenomenology of landscape. Places, paths and monuments*. Oxford, Berg.
- Todd, T.W. 1922. Numerical significance in the thoracolumbar vertebrae of the mammalia. *The Anatomical Record* 24:260-286.
- Todd, T. W. 1921a. Age changes in the pubic bone I: the male white pubis. *American Journal of Physical Anthropology* 3: 285-334.
- Todd, T. W. 1921b. Age changes in the pubic bone III: the pubis of the white female. *American Journal of Physical Anthropology* 4: 1-70.
- Torres, L. M. 1934. Las colecciones arqueológicas de Benjamín Muniz Barreto en el Museo de La Plata. *Actas del Congreso Internacional de Americanistas* 25, vol. 2: 195-199.

- Torres-Rouff, C. 2008. The influence of Tiawanaku on life in the Chilean Atacama: mortuary and bodily perspectives. *American Anthropologist* 110(3): 325-337.
- Torres-Rouff, C. 2003. Oral implications of labret use: a case from Pre-Columbian Chile. *International Journal of Osteoarchaeology* 13: 247-251.
- Torres-Rouff, C. y Knudson, K. J. 2007. Examining the life history of an individual from Solcor 3, San Pedro de Atacama: combining bioarchaeology and archaeological chemistry. *Chungara* 39(2): 235-257.
- Trotter, M. 1970. Estimation of stature from intact long limb bones. En: *Personal Identification in Mass Disasters*, Stewart, T. D. (ed.), pp. 71-84. Washington DC, National Museum of Natural History Smithsonian Institution.
- Tschopik, H. 1951. The Aymara of Chuchito, Peru. 1. Magic. *Anthropological Papers of The American Museum of Natural History*, Vol. 44, Part 2.
- Tung, T. A. 2008. Dismembering bodies for display: a bioarchaeological study of trophy heads from the Wari site of Conchopata, Perú. *American Journal of Anthropology* 136: 294-308.
- Turner, T. 1995. Social body and embodied subject: bodiliness, subjectivity, and sociality among the Kayapo. *Cultural Anthropology* 10(2): 143-170.
- Ubelaker, D. H. 1989. *Human skeletal remains*. Segunda edición. Washington D.C., Taraxacum Press.
- Ubelaker, D. H., Katzemberg, M. A. y Doyon, L. G. 1995. Status and diet in precontact highland Ecuador. *American Journal of Physical Anthropology* 97: 403-411.
- Van de Guchte, M. 1999. The Inca cognition of landscape: archaeology, ethnohistory, and the aesthetic of alterity. En: *Archaeologies of Landscape. Contemporary Perspectives*, Ashmore, W. y Knapp, B. (eds.), pp.149-.168. Oxford, Blackwell.

- van Gennep, A. 2008 [1969]. *Los ritos de paso*. Traducción de J. R. Aranzadi Martínez. Madrid, Alianza Editorial.
- Von Rosen, E. 1901-1902. *Ethnographical research work during the Swedish Chaco-Cordillera Expedition*. Stockholm, Alb. Bonniers Boktryckeri.
- Weiser, V. 1922-1924. *Diarios y Libretas de Campo de la IV Expedición Muniz Barreto*. Originales depositados en el Departamento de Arqueología del Museo de La Plata. ms.
- Yacobaccio, H. D., Madero, C. M. y Reigadas, M. C. 2001. Inhumación de una cabeza aislada en la Puna Argentina. *Chungara* 33 (1): 79-82.
- Zavaleta, M. B. 1906. *Catálogo de la Colección Calchaquí de arqueología y antropología*. Buenos Aires, Imprenta Petenello Hnos.

Apéndice

Informe de los análisis efectuados sobre la 'máscara Marcial' (Contexto 3)

A continuación se describen las características y particularidades de la pieza hallada en octubre de 2005 en el sitio Bordo Marcial, la Quebrada, Dpto. Santa María, Catamarca y se presentan los resultados de los análisis arqueometalúrgicos.

El ejemplar mide 180 mm de alto, 150 mm de ancho y 1 mm de espesor, y muestra una leve convexidad. La máscara Marcial exhibe rasgos antropomorfos trabajados en altorrelieve. La boca está conformada por una abertura central rodeada de un relieve horizontal de forma rectangular con vértices redondeados. La nariz cuyo realce es más notorio, se encuentra incompleta probablemente como consecuencia de procesos postdepositacionales. Los ojos son dos orificios oblongos horizontales apenas contorneados en relieve (Figuras 1 y 2).



Figura 1. Máscara Marcial, anverso.



Figura 2. Máscara Marcial, reverso.

Posee nueve pequeñas perforaciones circulares en los bordes, dos en cada costado, dos en las esquinas superiores, dos en la parte central del borde superior y una en la parte central del borde inferior. Se ha efectuado un agujero en la proximidad del ojo izquierdo que podría haber servido para una eventual reparación. Las perforaciones sugieren que la máscara pudo haber estado sostenida por cuerdas o bien ser parte componente de una pieza compuesta también por otros materiales que no se han conservado.

Está fracturada en varias partes y se halla recubierta por una capa de sedimento consolidado, sobre todo en su anverso. Esta capa ayuda a mantener unidos algunos fragmentos de la lámina por lo que, de removerla, se corre el riesgo de que la pieza pierda estabilidad y se fracture aún más. Asimismo, la integridad de este ejemplar o su tendencia a la disgregación, está directamente relacionada al grado de avance del proceso natural de corrosión por contacto con el medio. Este proceso consumió el metal original en extensas áreas reemplazándolo por una pátina (ver más abajo), que en ciertos sectores sustituye por completo al metal. Aunque se buscó examinar las marcas de recorte en los extremos de la lámina o la técnica usada para realizar los orificios, no se pudo conocer el procedimiento de perforación ni se llegó a obtener evidencia concluyente acerca del empleo de otros métodos de manufactura. La fragilidad de la

máscara nos previno de efectuar mayores manipulaciones que habrían afectado su integridad.

A fin de determinar su composición y las posibles técnicas empleadas para su manufactura, la máscara fue sometida a una serie de estudios específicos. Su composición química se determinó mediante la aplicación de dos técnicas de microanálisis: espectroscopía dispersiva en energía (EDS) y espectroscopía dispersiva en longitud de onda (WDS). Con el mismo objetivo se realizaron también estudios de fluorescencia de Rayos X.

Los análisis de EDS y WDS se hicieron en el Departamento de Materiales, GAEN, Comisión Nacional de Energía Atómica, Argentina, y estuvieron a cargo de Silvia Balart, Ricardo Montero y Rubén González. Los estudios de Fluorescencia de Rayos X fueron realizados por Graciela Custo, de la Unidad de Actividad Química de la misma Comisión Nacional de Energía Atómica.

Los análisis de EDS se efectuaron con detector EDAX Phoenix 3.2 incorporado en microscopio electrónico de barrido Philips SEM 515, Departamento de Química, CAC, CNEA, Philips ESEM, SEGEMAR. Los análisis de WDS se realizaron con CAMECA SX 50, Departamento de Materiales, GAEN, CNEA. La Fluorescencia de Rayos X se realizó con Espectrómetro de Fluorescencia de Rayos X Dispersivo en Longitud de Onda Venus 200 Minilab de Panalytical, de la Unidad de Actividad Química de la Comisión Nacional de Energía Atómica.

Las mediciones se realizaron en una superficie del metal de 2 mm² expuesta mediante pulido mecánico en el reverso de un pequeño fragmento desprendido del sector de la boca (Figura 3).

Los análisis cualitativos de EDS, con un límite de detección de 10000 ppm (partes por millón) (= 1%), mostraron únicamente la presencia de cobre (Cu) (Figura 4). Interesaba conocer si la muestra contenía estaño (Sn) y/o arsénico (As), ya que su presencia podría ser indicativa de aleaciones intencionales para obtener bronce estanníferos u arsenicales que son las más comunes en el Noroeste de Argentina. Para lograr este objetivo se empleó la técnica WDS, la cual posee mayor resolución que la de EDS.

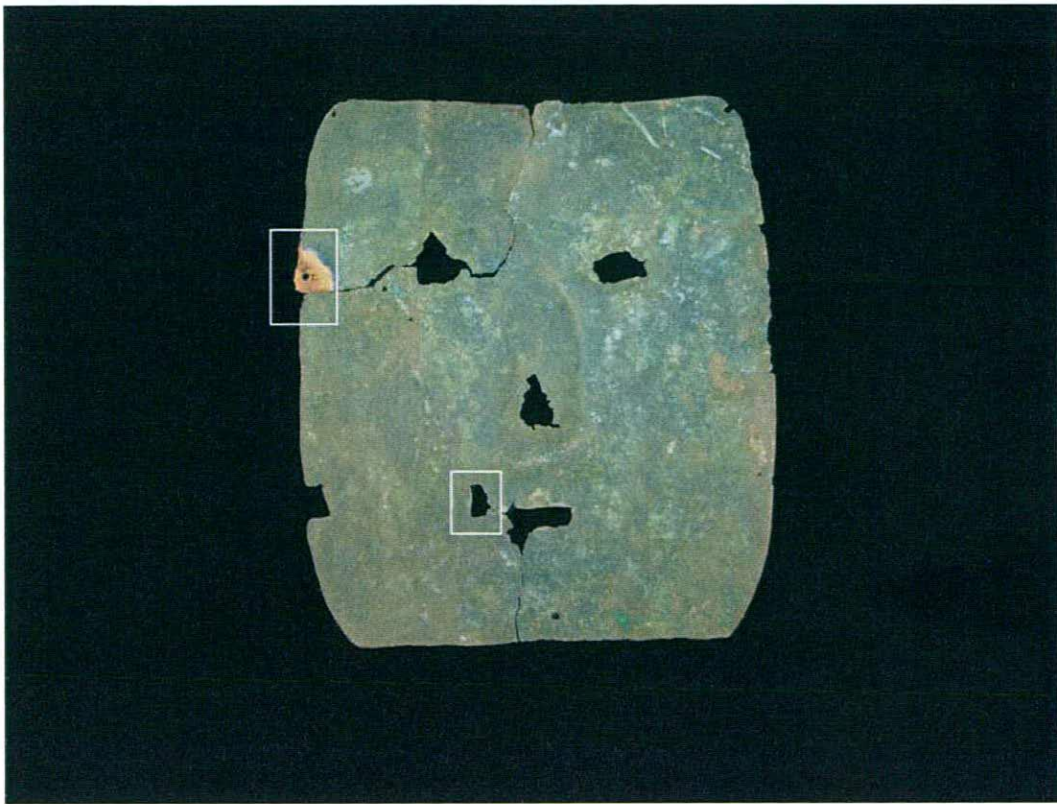


Figura 3. Sectores sobre los cuales se efectuaron los estudios arqueometalúrgicos.

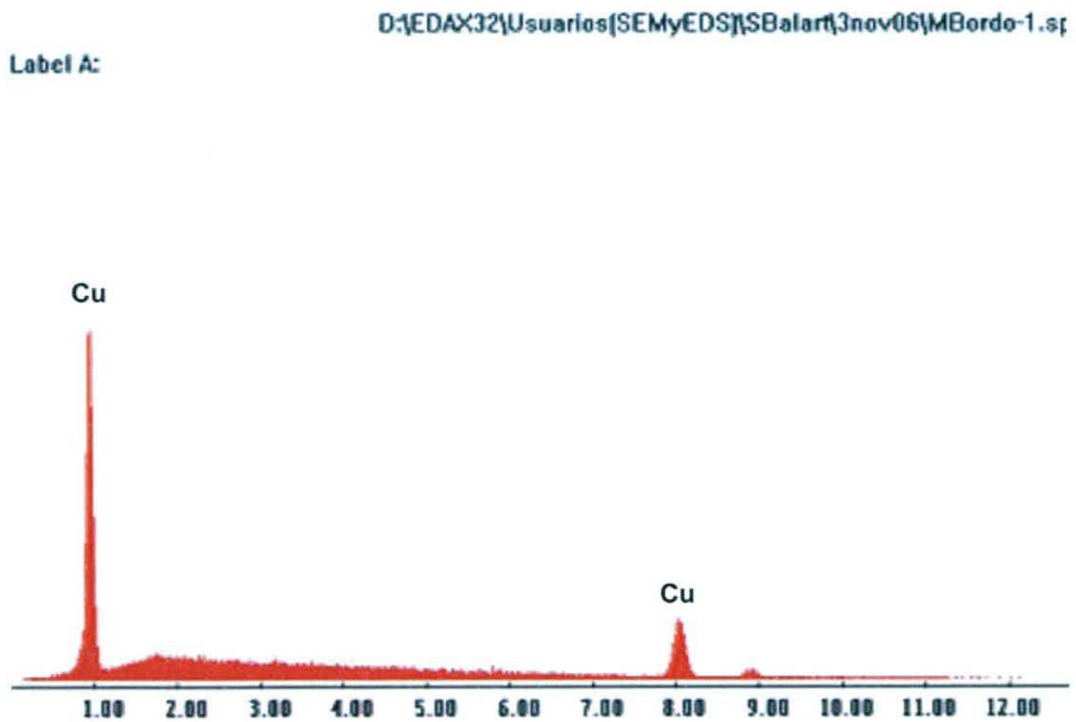


Figura 4. Análisis de EDS. El espectro muestra los picos de cobre.

La técnica WDS mide contra patrones puros dando resultados cuantitativos con un límite de detección de entre 100 y 500 ppm (= 0,01 y 0,05%). El estudio exploratorio con WDS descartó la presencia de As. Respecto del Sn, de un total de 10 mediciones sobre la muestra sólo una mostró la presencia de este elemento dentro del límite de detección. Esto significa que en caso de contener Sn, éste estaría en cantidades menores que 500 ppm at (= 0,05%). Esta detección, aunque casi despreciable, justificó una nueva medición para el Sn. Por ello se sugirió el empleo de Fluorescencia de Rayos X que es un procedimiento más adecuado para la detección de trazas.

Como se puede apreciar en el gráfico, el espectro no muestra Sn y por lo tanto su presencia fue descartada (Figura 5). No obstante, la figura también exhibe una serie de picos espectrales que merecen explicación. Los picos de Cr corresponden al tubo de Rayos X. Los pequeños picos de Ti y Fe pueden deberse a contaminación superficial del suelo. Los picos de Ni y Zn podrían indicar pequeñas cantidades de impurezas presentes en el metal. Como la medición se hizo sobre la superficie, es imposible cuantificar estos datos y, de todas maneras, las cantidades son muy pequeñas: es decir, reflejarían impurezas pero no una aleación deliberada. De allí que, si bien en el espectro aparecen otros elementos, se puede decir que la máscara es, en esencia, de cobre. Al momento, no podemos afirmar si fue confeccionada a partir de cobre nativo o de un mineral combinado de cobre. Se requerirán nuevos análisis para la detección del mineral original.

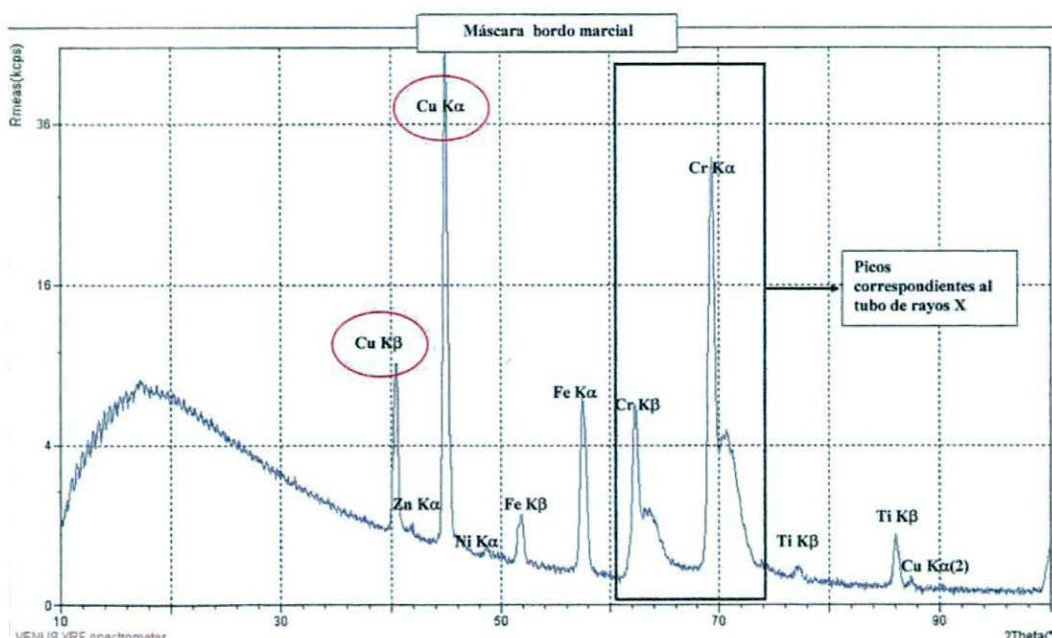


Figura 5. Espectro resultado de la Fluorescencia de Rx.

En forma paralela, con el objetivo de conocer el modo de manufactura se efectuaron estudios metalográficos en dos sectores del reverso de la máscara: en el pequeño fragmento desprendido de la boca y en el vértice superior izquierdo cerca de uno de los orificios (Figura 3).

A tal fin debió primero removerse la pátina que recubría la máscara para exponer el metal original. Para ello se realizaron tres etapas de pulido. En la primera, el ejemplar fue abradido en seco con lijas de carburo de silicio, lo que permitió ver a ojo desnudo la coloración rojiza típica del Cu en un área de 2 mm² (Figura 6). En la segunda etapa se emplearon lijas más finas y paños diamantados de hasta una granulometría de 3 μm. En la tercera etapa se empleó la técnica de pulido electrolítico que permitió exponer una superficie metálica libre de deformación. La microestructura del metal se reveló sobre la superficie pulida mediante un ataque químico con una solución alcohólica de cloruro férrico.



Figura 6. Detalle del pulido en el sector superior cercano al orificio.

La microestructura expuso granos de recristalización de Cu con maclas de recocido (Figuras 7 y 8). Esta imagen es típica de un proceso de trabajado y recocido, es decir, aquel logrado mediante sucesivos calentamientos y martillados del material.

Durante las tareas de pulido se observó que en ciertos sectores la degradación del metal había sido tal que la pátina atravesaba todo el espesor de la pieza, vale decir que ésta había reemplazado por completo al metal en algunas partes (Figura 9).

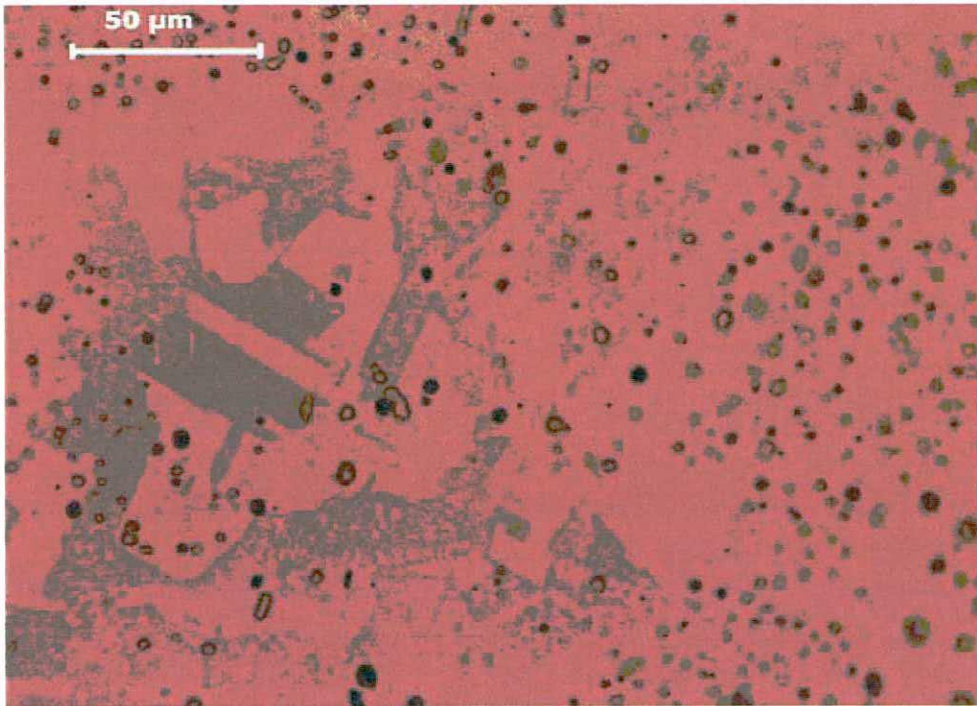


Figura 7. Microestructura de trabajado y recocido en el fragmento del sector vecino a la boca. Se observan granos de recristalización con maclas de recocido en su interior (zonas delimitadas por bordes rectos). Los puntos negros son restos de pátina.

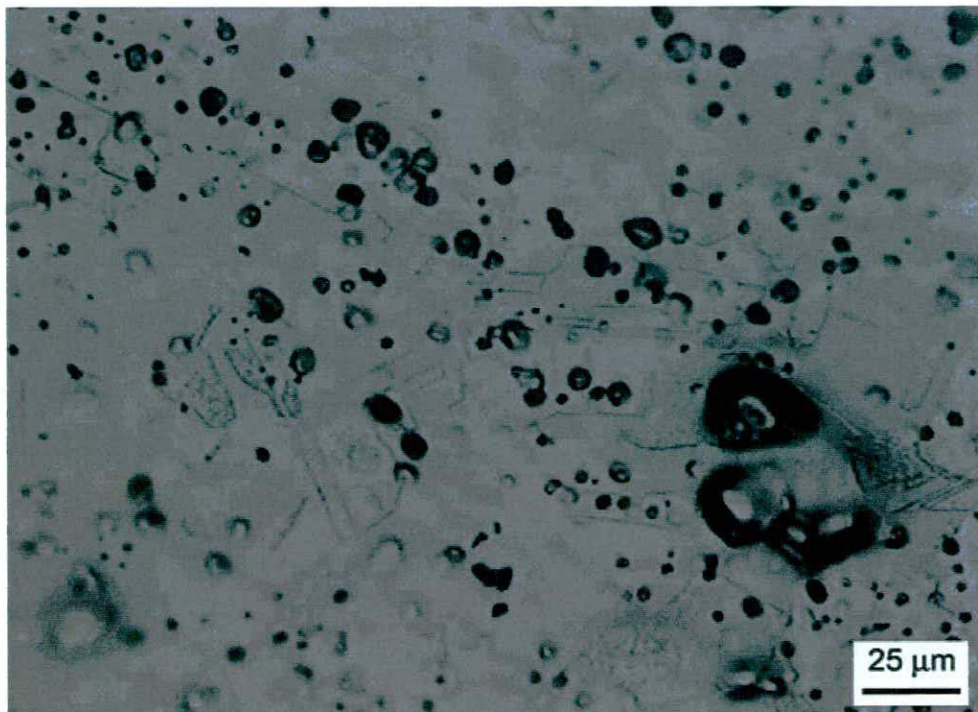


Figura 8. Microestructura del sector del borde del orificio donde se observan las maclas de trabajado y recocido.

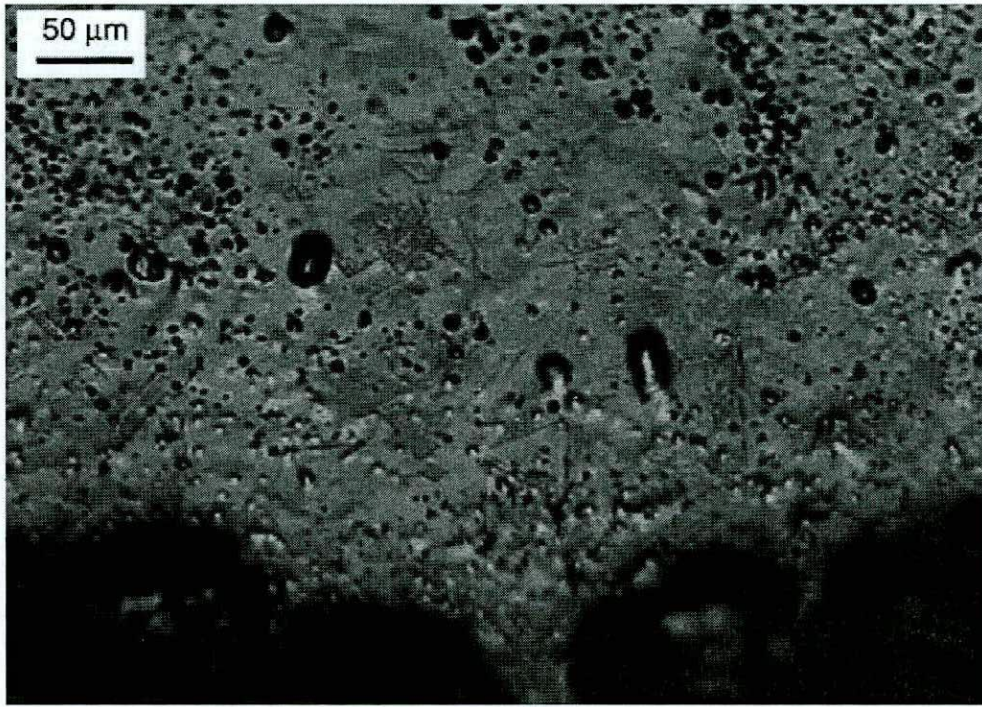


Figura 9. Microestructura de trabajado y recocido en el sector del borde del orificio. La parte inferior oscura corresponde a una porción de pátina que reemplaza totalmente al metal.

En síntesis, los estudios arqueometalúrgicos determinaron que el constituyente químico de la máscara de Bordo Marcial es cobre puro o de muy baja aleación, puesto que las técnicas de microanálisis no mostraron concentraciones de ningún aleante por encima del 1%. El análisis metalográfico de la microestructura demostró que la máscara fue confeccionada sobre una lámina de cobre lograda mediante la deformación plástica del metal por el proceso de martillado en frío y recocido.